

## CAPÍTULO XV

### Los que vuelven para auxiliar

**Amor maternal.**—Algunos difuntos permanecen celando solícitamente a los allegados y amigos que dejaron en la tierra, y se manifiestan en las ocasiones oportunas para protegerlos y auxiliarlos. Uno de los más notables casos de esta índole es el relatado por el Dr. Neale, y que si bien ya transcrito en mi obra: *Protectores invisibles*, repetiré aquí por su hermosa ejemplaridad. Dice el Dr. Neale que un recién enviudado estaba de visita con su hijos, todavía pequeños, en una casa de campo cuyos bajos tenían largos y oscuros corredores por donde los niños jugaban gozosamente al escondite. Pero cuando más seguros se creían, toparon con unos escalones, frente a los cuales se les apareció su madre diciéndoles que volvieran atrás, como así lo hicieron. Posteriores pesquisas denotaron que los escalones daban a un pozo descubierto, en donde los desprevenidos muchachos hubieran caído de no evitarlo el maternal aviso.

En este caso, parece indudable que la misma madre celaba a su hijos desde el plano astral, y que el ardentísimo deseo de avisarles del peligro le dió bastante poder para manifestarse visible y auditivamente por un momento, o también para infundir en la mente de los niños la idea de que la veían y oían. Así mismo es posible que el protector no fuera la misma madre y tomase la apariencia de esta con objeto de alamar a los niños; pero lo más lógicamente probable es atribuir el fenómeno a la acción del siempre vigilante amor maternal, no debilitado por la muerte.

El difunto consciente o el protector invisible del plano astral pueden siempre asumir figuras familiares a fin de dar mayor eficacia a su labor.

**Elusión de un peligro.**—Ejemplo de esta posibilidad nos ofrece el caso reterido en la obra: *Noticias del mundo invisible*, escrita por la señorita Isabel Smith, hija de un coronel residente en Piercefield. Dice que durante una excursión a la cercana sierra de Ullswater se metió por un atajo inmediato a la cascada de Tira, y sin saber como se encontró en un paraje del que no le era posible salir ni hacia delante ni hacia atrás, so pena de caerse a cada paso. Miraba la joven con espantados ojos los peligros que la rodeaban, cuando distinguió claramente, a unos doscientos metros del sitio en que estaba, una señora vestida con bata de muselina blanca, tal como era por entonces moda el llevarlas por las mañanas. La aparición gesticuló tan expresivamente que infundió a la atemorizada joven plena confianza para seguir adelante y hallar la salida que hasta entonces no había acertado a des-

cubrir. Prosiguió su camino la joven hacia la aparición que tanto ánimo le daba y se vió, por fin, junto a ella al otro lado de la cascada. La aparecida era su propia hermana. Se confundió la joven al pensar como y de que manera había podido seguirla y alcanzarla en aquel paraje su hermana, a la que dejara en casa ocupada en sus estudios habituales. Sin embargo, no era la ocasión propicia para entretenerse en preguntas, porque la aparición empezó a bajar por la escarpadura, indicando a su hermana con el gesto donde debía poner los pies, hasta que llegaron a una meseta donde ya la bajada no presentaba dificultad alguna. Allí se detuvo la señorita Smith para reponerse de la emoción sufrida y preguntarle a su hermana como estaba en aquel sitio. ¡Pero la aparición se había desvanecido sin dejar rastro! Vuelta dos horas después la señorita Smith a casa, encontró a su hermana en el estudio tal como la dejara y toda la familia aseguró que ni por un momento se había movido de allí.

Nada nos demuestra, en este caso, si el protector pertenecía al número de los muertos o de los vivos. Si la aparecida hubiese estado durmiendo a la sazón, podríamos suponer que al advertir el riesgo de su hermana se apresurara a salvarla; pero esta hipótesis es inadmisibile desde el momento en que no interrumpió ni un solo instante el estudio. Por consiguiente, cabe suponer con fundamento que algún protector asumiera la figura de la hermana, aunque no hay prueba de que fuese un difunto. Se observara que la facultad de manifestación personal es un arma tan eficaz para el daño como para el beneficio, y en consecuencia, uno de los riesgos de las sesiones espiritistas es la duda sobre la índole de la personalidad que se comunica, cuyo carácter no es capaz de descubrir el hombre vulgar.

**Petición de auxilios edpirituales.**—En su obra: *Visiones y sombras*, refiere el Dr. Lee dos interesantes casos de la vuelta de un difunto a fin de obtener los que consideraba necesarios auxilios espirituales para un allegado superviviente.

En el primer caso, una señora anciana, fallecida hacia diez años, llamó a un sacerdote para que auxiliara a un joven en peligro de muerte. El sacerdote fue a la casa indicada sin encontrar a ningún enfermo en ella, pero sí a un joven católico que desde tiempo atrás había descuidado sus deberes religiosos. El sacerdote le persuadió a hacer confesión general y emendar su conducta. Al día siguiente falleció repentinamente aquel joven de un ataque cardíaco, y mientras estaba el sacerdote disponiendo las cosas para el entierro encontró el retrato de la misteriosa señora que le había dado el aviso y que resultó ser la madre del difunto.

En el segundo caso, dos niños llamaron a un sacerdote para que fuese junto a la cabecera de su moribundo padre y le describieron exactamente la casa adonde había de ir. El sacerdote vió que el enfermo estaba solo y apesadumbrado por no tener a quien enviar en demanda de los auxilios espirituales. Los niños cuyas señas le dió el sacerdote habían muerto algún tiempo atrás sin precisar la fecha.

Todos estos casos son ejemplos de intervención aislada promovida por la inminencia de algún peligro concreto; pero tampoco son raros los casos de continuidad y persistencia del esfuerzo protector, aunque no tan frecuentes, a causa de que los difuntos solo demoran su permanencia en los niveles inferiores del plano astral, cuando voluntariamente se dedican a una labor benéfica relacionada con el plano físico.

**Filantropía astral.**—El Dr. Minot J. Savage refiere (1) que, hace algunos años había en la ciudad de Boston un famoso catequista muy amigo de los pobres y desanparados en cuyas atenciones le ayudaba su mujer. Ya muy viejo tomó un colega que le aliviara un tanto el trabajo, y entre los tres prosiguieron la benéfica obra en pro de las clases menesterosas. Pasados los años murieron los tres y únicamente les sobrevivió la viuda del colega, que parecía tener aptitudes mediúnicas o por lo menos muy exquisita sensibilidad. El predicador y su mujer, conservaban después de muertos, el mismo sentimiento de solicitud respecto de sus pobres feligreses, aunque muchos de ellos habían emigrado ya a otras ciudades. Los difuntos cónyuges se esforzaron en impresionar el cerebro de la viuda superviviente, hasta inducirle a socorrer a los feligreses menesterosos. Durante muchos años realizaron de este modo eficaces obras de caridad sin agradecimiento ni vocerío, pues tan solo dos o tres amigos íntimos conocían el secreto. La viuda habitaba en una ciudad no muy distante de Boston y oportunamente recibía aviso de ir a la casa número tal, de tal calle, para socorrer a la familia necesitada que allí vivía. Multitud de veces recibió avisos de esta naturaleza, sin que jamás supiese quien se lo daba, pero sin que ni una sola vez fallasen, pues siempre hallaba la persona en el lugar y situación indicados por el aviso.

Una vez le ordenaron que fuese a la ciudad vecina sin conocer el nombre de la persona en cuya busca iba, y si tan solo la casa en donde efectivamente halló ocasión de ejercer su acostumbrada beneficiencia. No todos los avisos propendían a remediar necesidades físicas, sino que también hubo muchos encaminados a librar de algún peligro en circunstancias verdaderamente novelescas.

Sobre el caso que vamos relatando conviene recordar otro incidente. La hija del difunto catequista recibió orden expresa de comunicarse con su padre por medio de la viuda, y enviar, bajo sobre, veinte dólares a una familia de la que jamás había oído hablar y que habitaba en otra población. La hija titubeaba en enviar el dinero de aquel modo y quiso remitir un cheque como menos expuesto a extravío, pero tuvo aviso de no demorar el encargo porque urgía en extremo. Envío por lo tanto, con la dirección indicada, dos billetes de diez dólares, y luego llegó el acuse de recibo en una carta que yo mismo leí, escrita con lápiz y redactada con mala sintaxis y pésima ortografía. Delataba la carta un caso de infidelidad conyugal, en que la abandonada esposa había hecho heroicos esfuerzos para mantener y educar a sus hijos; pero que llegada ya al último extremo, se proponía encender una estufa de

(1) *Ainslee's Magazine*, Marzo 1902, tomo IX.

carbón para suicidarse por asfixia junto con sus hijos, cuando providencialmente vino a salvarla el oportuno socorro.

Este caso es de veras interesante por lo reciente, pero hay muchos otros análogos de que el mundo nada sabe. Tal vez no sea muy frecuente la filantropía astral extendida a gran número de necesitados, pero es más común de lo que se cree la acción protectora de los difuntos respecto de sus deudos supervivientes. El bienhechor astral se manifiesta en el plano físico por diversos medios: escritos automáticos, golpes, sueños y vigorosas impresiones mentales, que al influido le parecen intuiciones.

**El caso de Gaspar.**—Mucho más raro es que el protector se manifieste directamente por medio de avisos verbales, pero también hay algunos ejemplos de este fenómeno, como el referido en la obra: *Pisadas en la linde del otro mundo*. Durante tres años estuvieron oyendo todos los individuos de cierta familia, incluso los criados, los misteriosos avisos verbales de un difunto llamado en vida Gaspar, que nada quiso decir de sus antecedentes terrenos y cuya voz causaba verdadero placer a la familia, pues siempre acertaba en sus avisos. Solo se apareció dos veces, envuelto en amplio capote con sombrero hongo de anchas alas. Nunca hablaba de cuestiones religiosas y se reducía a encomiar ardentemente la virtud y la concordia.

No parece que el difunto tuviera en este caso parentesco alguno con la familia, sino que fortuitamente descubrió en sus individuos la necesaria receptividad y disposición de ánimo para comunicarse con ellos. Sin duda que algunos individuos de esta familia debían tener aptitudes mediúnicas, de modo que el difunto tomaba de ellos la suficiente materia para emitir la voz física y aparecerse por dos veces. Cuando la familia se trasladó a otro país, no la siguió el comunicante, porque tal vez se había elevado por entonces a un nivel desde el cual fuese mucho más difícil la comunicación.

**En una calle muy concurrida.**—Algunas veces el difunto se acerca a los supervivientes con propósito de darles avisos de importancia, como le ocurrió a David Dick, subastador público, que tenía la almoneda en Glasgow, calle de Sauchiehall, número 9, de unos treinta y cinco años de edad, recién casado y miembro de la "Sociedad Ruskin" de dicha ciudad. Oigamos su relato:

"Había visto yo un fantasma, y me parecía imposible explicar su presencia por las llamadas razones naturales.—¿Era el fantasma de un vivo o de un muerto?—De un muerto.—¿Cuanto tiempo hacia de su muerte?—Seis años.—¿En donde lo vió?—En Glasgow.—¿De día o de noche?—En pleno día; a las tres y media de la tarde.—Pues refiéranos el caso.—Había salido yo de mi despacho de la calle de Sauchiehall a las tres y media de la tarde para hacer una diligencia en la calle de San Vicente, y solo pensaba en mi negocio. Al desembocar en la calle de Renfield se me apareció el fantasma.—Supo usted que era un fantasma?—Perfectamente.—¿En qué lo conoció usted?—Porque lo conocí en seguida.—¿Le hablo a usted?—Me habló.—¿Y qué le dijo?—No puedo revelarlo. Se trataba de un asunto muy

personal. —¿Le respondió usted?—Sí; pero continué mi camino en el que me acompañó el fantasma con tanta naturalidad como una persona de carne y hueso. Anduvimos conversando calle de Renfield abajo, y nada había en la apariencia del fantasma que lo diferenciase de un hombre vivo. Llevaba casaca azul y sombrero hongo de fieltro, que yo le había visto llevar tan solo una vez en vida. Recorrimos la porción más concurrida de la calle de Renfield, en un trecho de 250 metros, y al llegar a la esquina de la calle de San Vicente se desvaneció la aparición. No vi por donde vino ni por donde se fue. Solo noté que ya no estaba a mi lado. —¿No se sobresaltó usted?—Ni lo más mínimo. —¿Le preguntó usted algo?—Nada; únicamente hablamos del asunto iniciado por él. —¿Le conturbó a usted su repentina desaparición?—De ninguna manera. Se puso a mi lado sin que yo me diera cuenta, y del mismo modo se apartó de mí. No observé como se desvanecía. Sencillamente no estaba ya allí. —¿Reconoció usted la personalidad del fantasma?—Perfectamente. —¿Puedo saber quién era?—Mi padre. —¿Pensaba usted a la sazón en su padre?—No. —¿Se sorprendió usted al oírle hablar?—Tampoco. —¿Ni mostró usted extrañeza?—Me pareció la cosa más natural del mundo. Pensaba yo entonces en el sitio adonde iba, y hasta el día siguiente no me extrañé de que hubiese hablado con mi padre, seis años después de su muerte, en una de las más concurridas calles de Glasgow. Pero no tuve ni la más mínima duda de que era mi padre. Lo sé de seguro. No he vuelto a tener otra experiencia de esta clase. Todo cuanto puedo decir es que anduve un buen trecho de la calle de Renfield con mi padre, seis años después de su muerte.

“La visión como yo la llamo, me indicó, sin insistir mucho en ello, que me preocupaba demasiado de negocios cuyo éxito no dependía de mí, y que los acontecimientos me demostrarían lo insensata que era mi preocupación. No había en todo ello ni definida promesa ni vaticinio terminante.”

El mismo Dick refirió este caso el año 1891 a Stead, quien lo cita en su obra: *Verdaderas historias de fantasmas*. El rasgo más notable en este caso es la aparición del difunto en pleno día y en una calle de tránsito activo; pero conviene observar que no sabemos si alguno de la multitud de transeúntes vió el espectro, por lo que también hubiera podido ser efecto de una intensa impresión mental producida por el padre en su hijo. Una de las mayores rarezas de este caso es la preocupación del protagonista que no se dió cuenta de la anomalía de estar hablando con su padre, no obstante saber que había muerto. El difunto parece que actuó movido por el deseo de dar un cariñoso aviso sobre un punto que por las trazas no era de capital importancia.

Lo más frecuente es que el difunto rompa el silencio de la tumba por causas poderosas. Tal vez, como opinan los bretones, si no estuvieramos tan afanados en nuestros negocios personales, tendríamos más repetidas ocasiones de recibir consejos de ultratumba; pero las condiciones en que por lo general vivimos, oponen serias dificultades a la comunicación, aparte de que la mayoría de los difuntos desconocen la posibilidad de comunicarse, y tan

solo se esfuerzan en ponerse al habla con los supervivientes cuando les mueve a ello algún estímulo poderoso. A veces visitan a los seres amados para avisarles de que están cercanos a la muerte, y a ello les mueve la creencia religiosa de que son necesarios los auxilios espirituales. Otras veces les incita el deseo de que tengan tiempo de arreglar sus negocios, o para que no sea tan violenta la emoción de los parientes del que va a morir.

**Aviso paternal.**—Ejemplo reciente de esta última clase de avisos nos da el Dr. Minot J. Savage en el mismo artículo de que hemos entresacado el caso del clérigo filantrópico. Dice así:

“Ocurrió esto hace unos dos años, en las cercanías de Nueva York. Un joven de fogoso temperamento, había cursado sus estudios en la universidad de Heidelberg, y por su robusta y vigorosa complexión gozaba fama de atleta. Era muy aficionado a las matemáticas, física y electricidad, y en plena salud estaba de vuelta en la residencia veraniega de su madre. Acostumbraba, después de comer, a pasearse por la galería, pipa en boca, hasta que una tarde, sin decir nada a nadie, se fue a la cama. Al día siguiente entró en la alcoba de su madre, cuando aún esta dormía, y poniéndole la mano en la mejilla, para despertarla sin sobresalto, le dijo: “He de decirte una cosa muy triste. Ten valor para escucharla.” La madre se inquietó, y le preguntó que había de decirle. El hijo respondió: “Madre, moriré muy pronto. Lo se de cierto.”

“Atónita la madre por aquella revelación, apremió a su hijo para que le explicase en que se fundaba, y el respondió: “Anoche, mientras me pasaba fumando por la galería, se apareció un espíritu junto a mi y me dijo que iba a morir.” La madre se sorprendió con la noticia y no acertaba a comprender que habría en todo aquello, por lo que llamó al médico para consultarle el caso. El médico examinó cuidadosamente al joven, diciendo que ningún peligro había de muerte, y por lo tanto era forzoso tomar aquellos escrúpulos como un mal sueño o alguna alucinación sin consecuencias, y que, dentro de poco, se reírían ellos mismos de haberse preocupado por semejante nonada.

“A la mañana siguiente se puso el joven algo enfermo y llamaron otra vez al médico, quien de nuevo dijo que la cosa no tenía importancia, y procuró disuadirles de su preocupación. Al tercer día empeoró el enfermo, y por tercera vez vino el médico, quien diagnosticó un caso de apendicitis. En consecuencia, operaron al joven, que como resultado murió a los dos días. De la visión a la muerte solo transcurrieron cinco.

“Algún tiempo después de la defunción de su hijo, fue la madre a casa de un psíquico de Nueva York para evocar el espíritu del hijo, quien por este medio declaró a su madre muchas cosas que el psíquico no podía saber en modo alguno. Le preguntó la madre a quien había visto aquella noche (1), y el joven respondió por boca del psíquico, que a su padre (2).”

(1) La madre fue a casa del psíquico sin revelar los antecedentes del asunto, y expuso la pregunta de modo que no pareciera referirse a un espectro.

(2) El padre había muerto años antes y la viuda estaba casada en segundas nupcias.

**Apariciones de antepasados.**—Muchas apariciones de las que registran en sus fastos las familias de abolengo, parecen encaminadas a anunciar a sus descendientes la hora de la muerte. Generalmente les mueve a ello el desordenado orgullo de estirpe, pero a veces están dominados por la idea de que así expían sus faltas terrenas, y otras les impulsa el cariño a sus descendientes o su profundo apego al honor de la casa. Precisamente, en las familias más celosas de su nombre son más frecuentes estas apariciones.

La historia de la Dama Blanca de Neuhaus es uno de los más fidedignos ejemplos de apariciones ancestrales. Hay retratos auténticos en prueba de que la Dama Blanca fue hija de Ulrico de Rosenburgo y Catalina de Warterburgo, y floreció a mediados del siglo xv. Nada hay en su vida por donde colegir la causa de su dilatada permanencia en los subplanos inferiores del plano astral, a no ser lo desgraciada que fue en su matrimonio. De todos modos, durante algunos siglos se apareció a desiguales intervalos para anunciar la muerte de personas de las familias de su extirpe. Es tradición entre sus descendientes, que siempre se aparece benévolutamente para avisar con tiempo la muerte de alguno de ellos.

La Dama Negra de Darmstadt es otro ejemplo de estas apariciones ancestrales. El Dr. Lcc, en su obra *Visiones y sombras*, cita tres casos recientes de la manifestación física de la Dama Negra, seguida cada una de ellas de la muerte de un individuo de la familia real. Es notable la particularidad de que esta aparecida no admite intrusiones extrañas, pues en cierta ocasión un joven oficial que quiso abalanzarse sobre ella y dispararle un tiro, quedó muerto de repente, sin señal de golpe ni herida en su cuerpo; pero le quedó rota la pistola con el cañón retorcido como un sacacorchos y del todo desprendido de la caja.

Algunas veces el antepasado avisa al descendiente de la muerte que le amaga, por medios no tan molestos, aunque de la misma eficacia que la aparición; pues se vale de agüeros o vaticinios en cuyo estudio nos ocuparemos oportunamente.

Recuerdo numerosos casos en que dos parientes o amigos, todavía en el plano físico, se prometieron mutuamente que quien primero de los dos muriera se le aparecería al superviviente con el propósito de convencerle de la continuidad de la vida después de la muerte; pero se interponen muchas circunstancias para impedir el cumplimiento de la promesa, si bien hay casos en que fue escrupulosamente cumplida.

**El caso de lord Brougham.**—De la obra de Andres Lang titulada *Sueños y Fantomas*, entresacaremos el caso de lord Brougham, no porque difiera de otros análogos, sino por la reputación del autor que lo cita. Dice así:

“A la una de la madrugada llegamos a una posada (1) con propósito de pasar la noche en cómodos aposentos. Aterido de frío como estaba, quise tomar un baño de agua templada antes de irme a la cama, y me ocurrió una

(1) El hecho ocurrió en Suecia.

cosa tan peregrina que debo referirla con todos sus antecedentes.

“Al salir de la Escuela superior entré con mi íntimo amigo G., en la Universidad, y por entonces firmamos atolondradamente, con nuestra propia sangre escrito, un pacto por el cual el primero que de los dos muriera se le aparecería al otro para así resolver las dudas que ambos teníamos acerca de la vida futura. Años después, G. se marchó a la India, y yo casi me olvidé de él.

“Según antes dije, estaba tomando en la fonda un baño de agua caliente y gozaba de su tibia temperatura, cuando al disponerme a salir del baño volví de pronto la cabeza hacia la silla en donde había puesto la ropa. En la silla estaba sentado G., que me miraba serenamente. No sé como salí del baño; pero al recobrar el sentido me encontré tendido en el suelo. La aparición se había desvanecido. Tanto me impresionó el suceso, que lo consigné por escrito con todos sus pormenores y la fecha del 19 de Diciembre en que ocurrió.”

El 16 de Octubre de 1862, lord Brougham copió este extracto de su autobiografía, y dijo que al llegar a Edimburgo tuvo carta de la India con la noticia de que G. había fallecido el 19 de Diciembre.

Otro caso auténtico de la aparición de un difunto en cumplimiento de la promesa hecha en vida, es el de Teodoro Buckley, capellán de la iglesia del Cristo, de Oxford, que se apareció tres días después de muerto a su amigo Kenueth Mackenzie (1).

Otro ejemplo es el del mayor Sydenham y el capitán Duke, que convinieron en que quien antes muriese de los dos se le aparecería al superviviente a media noche en la casa de campo del mayor Sydenham, el tercer día después de la muerte. Murió primero el mayor, y el capitán esperó debidamente la visita desde las once media hasta las dos de la madrugada. Sin embargo, seis semanas después se apareció el mayor en el dormitorio del capitán y le dijo que no le había sido posible cumplir la palabra, pero que era indudable la existencia del más allá de la muerte, sobre cuyo tema tanto discutieran en vida. Nada dijo respecto de la índole de los obstáculos que le habían impedido cumplir antes su palabra, pero cabe suponer que no recobró la conciencia luego después de su muerte, o en caso de recobrarla no pudo materializarse oportunamente (2).

(1) *Vislumbres en el Crepúsculo*, 82.

(2) Extractado de la obra de Glanville: *Sadducismus Triumphatus*.

## CAPÍTULO XVI

### Los necesitados de auxilio

Hemos considerado algunos casos en que los difuntos volvieron a la tierra movidos por sentimientos altruistas. Ahora hemos de examinar otros en que regresan en demanda del auxilio que pueden prestarles los supervivientes. En muchos casos, la necesidad es pura presunción motivada por prejuicios e ideas convencionales. Así tenemos que el difunto se conturba a veces porque su cuerpo está sin sepultura, o, si fue católico, porque no se han rezado bastantes misas en sufragio de su alma; pero aparte de estas fruslerías pueden inquietarle motivos graves, como el pensamiento de las deudas que dejó, de las que con él dejaron sus acreedores, del tesoro avaramente escondido, del crimen aviesamente impune, de la venganza no satisfecha, de la injusticia necesitada de reparo o del porvenir de su familia.

**El capitán Blomberg.**—Caso notable de esta índole es el del capitán Blomberg, que murió repentinamente estando de guarnición en la Martinica. En el momento de morir se hallaba lejos de los pabellones, con el encargo de llevar partes de urgencia a un punto apartado de la isla. En estas circunstancias se apareció a dos de sus compañeros que vivían en un mismo pabellón, y le dijo a uno de ellos que había muerto aquella noche y le suplicaba que adoptase a su huérfano. Le dió las señas de los parientes del niño en Londres, y le informó, además, que en tal mueble de su casa estaban los títulos de propiedad de cierta hacienda que por derecho pertenecía a su hijo. Como todos los datos resultaron exactos, pronto se corrió la voz del suceso hasta llegar a oídos de la reina Carlota, quien mandó que llevaran el niño a palacio para allí educarle, y con el tiempo llegó a ser alto dignatario eclesiástico (1).

**¿Por qué no ocurren más a menudo?**—La generalidad de las gentes piensan con arreglo a tan recortados patrones, que al oír estos relatos objetan diciendo:

Si esas cosas son verdad ¿por qué no ocurren más a menudo? ¿Cómo no vuelven a la tierra para arreglar sus asuntos todos los que fallecen de repente? Muchos documentos importantes se echan de menos y no pocas injusticias necesitan reparación.”

(1) Extractado de la obra de Ingram: *Las casas de duendes y tradiciones familiares de la Gran Bretaña*.

Por de pronto, nuestra incumbencia se contrae a inquirir, observar y recordar los hechos según se nos presentan, sin entrar en averiguaciones de por qué no habrían de ser distintos de como son, pues la rareza de un hecho no es razón alguna para negarlo ni para lamentar que no ocurra más a menudo. Sin embargo, el estudiante de ocultismo comprenderá, sin dificultad, la respuesta.

La intervención de los difuntos es mucho más frecuente de lo que pudiéramos suponer, aunque es, en comparación, muy raro que sientan la necesidad de manifestarse visiblemente. Por lo general, la energía de su pensamiento basta para influir en la mente de los vivos e infundirles los deseos del difunto o sugerirles en donde hallar lo que necesitan. Únicamente cuando fracasan estos procedimientos recurren a otros más eficaces, y podemos tener la completa seguridad de que por cada caso notorio de aparición espectral hay diez ignorados de las gentes, porque es muy lógica la reserva en asunto tan íntimo y personal.

También conviene recordar que gran número de personas quedan inconscientes durante un período más o menos largo después de la muerte, y que al despertar les ocupa preferentemente cuanto a sí mismos atañe y atienden tan solo a las nuevas circunstancias en que se encuentran. Pero la principal causa es que por la deplorable ignorancia de la inmensa mayoría de gentes, respecto de estos importantísimos asuntos, el hombre ordinario no sabe como transportar la mente de la vida astral a la física, ni tiene idea de la energía telepática ni tampoco de la posibilidad de materializarse o influir en la mente de sus allegados y amigos que en semejantes circunstancias no tienen receptividad alguna, pues su pensamiento se detiene únicamente en las cosas materiales y creen que el difunto se fue para siempre de este mundo sin esperanza de volverle a ver. En resumen: cabe afirmar que la generalidad de los difuntos no saben como manifestarse aunque quieran, y la mayor parte de los vivos tampoco conciben la posibilidad de la aparición. Lo sorprendente no es que se aparezcan tan pocos difuntos, sino que logren atravesar la triple coraza opuesta a su acción por nuestra ignorancia rasa, nuestro engreído escepticismo y nuestros blindados prejuicios. Si fuéramos algo más prudentes y menos presuntuosos, podríamos aprender mucho de lo que ignoramos y dar mayor plenitud de dicha a nuestra vida. No hay duda de que más de una vez intenta el muerto ponerse en comunicación con el vivo y no es culpa suya si no lo consigue, porque nuestras preocupaciones egoistas y nuestra grosera materialidad le impiden darnos comunicaciones del mayor interés por lo edificantes e instructivas. La generalidad de los hombres se parecen al avariento con capazo y escobilla que en su obra *El progreso del peregrino*, nos pinta Bunyan, escarbando en el estiércol en busca de monedas perdidas, sin hacer caso del ángel que le ofrece lozana corona.

Después de la muerte, como durante la vida, muchas personas siguen influidas por sus prejuicios. He observado numerosos casos en que el pensamiento dolnimente del recién fallecido era que sus funerales estuvieran muy concurridos y fuesen muy pomposos. Esto influye poderosamente en las cla-

ses bajas que miran los funerales como una especie de convite final que da el difunto y honran en extremo su memoria cuando se celebran fastuosamente. No es propia tan solo de nuestro tiempo esta preocupación respecto de los entierros y exequias funebres, sino que en otras épocas era todavía más honda por su amalgama con la superstición dominante de que mientras el cuerpo permaneciese insepulto no podía el alma proseguir libremente su camino.

**Rechinamiento de cadenas.**—Cuenta Plinio el Joven que había en Atenas una casa donde nadie quería vivir por tener duendes, hasta que el filósofo Atenadoro la alquiló contra la opinión del vulgo. La primera noche, después que los criados se hubieron ido a la cama, se quedó el filósofo escribiendo en su estudio resuelto a que nadie se burlara de él con alguna mala pasada. Durante un buen rato no se oyó ni el rumor más leve, y estaba Atenadoro abstraído en su labor, cuando resonó un ruido como de rechinamiento de cadenas, el mismo que tan atemorizados tenía a los vecinos; pero el filósofo se tapó los oídos, concentró su mente y siguió escribiendo sin levantar los ojos del papiro.

Sin embargo, el ruido iba en aumento hasta acercarse a la puerta y resonar en el mismo aposento. Miró entonces Atenadoro a su alrededor y vio la figura de un viejo flaco, feo y astroso, de larga barba y cabellos enmarañados, que le hacía con el dedo ademán de llamarle. El filósofo respondió con gesto y mano como diciéndole que esperase un poco hasta dejarle acabar el escrito, y entonces se adelantó la figura y sacudió las cadenas sobre la cabeza del otro. Volvió este a mirarle, y al ver que insistía en sus señas, se levantó para seguirle. La aparición echó a andar pausadamente como si las cadenas le embarazaran los pasos, y condujo al acompañante hasta cierto paraje del patio que separaba las dos divisiones de las antiguas casas griegas. Una vez allí desapareció repentinamente la figura, y entonces Atenadoro amontonó unas cuantas hierbas y hojas para señalar el paraje. Al día siguiente refirió el caso a los magistrados de la ciudad, quienes dispusieron excavar aquel sitio, donde encontraron un esqueleto humano ceñido de cadenas. Después de dar honrosa sepultura a aquellos restos, ya no volvió a interrumpirse la nocturna quietud de aquella casa.

Es interesante advertir que el desgraciado difunto estuvo, sin duda, preso en cadenas durante su vida terrena; creyó que había de seguir así después de la muerte, y esta idea fue lo bastante viva para entorpecer sus movimientos y alucinar los oídos de las gentes con rechinamiento de cadenas.

**El ganadero australiano.**—En este caso se anota asimismo superlativamente, aunque entreverado con otros, el deseo de sepultura. En su obra: *Vislumbres de lo sobrenatural* (1), lo refiere el Dr. Lee, quien afirma que no obstante las distintas versiones del relato, esta es la más conforme con la verdad. Dice así:

(1) Tomo II.

Hace unos veinticinco años, dos ganaderos que de Inglaterra habían emigrado a Australia, se asociaron para el negocio y fueron dueños, con el tiempo, de una vasta propiedad; pero uno de ellos desapareció cierto día sin dejar rastro. Una tarde, cosa de tres semanas después, su socio y amigo regresaba de la cabaña por un atajo abierto a orillas de una ancha y profunda laguna. Iban extendiéndose las sombras del crepúsculo, y el sol poniente había casi traspuesto los gigantescos arbustos y silvestres matorrales que cortaban el horizonte. De repente vio la figura de su compañero, tan real en apariencia como si estuviese vivo, sentado en la margen de la laguna con el brazo izquierdo apoyado sobre la rodilla del mismo lado. Quiso nuestro hombre adelantarse para hablar al espectro, pero se detuvo al observar que este se desvanecía algún tanto y reflejaba tristeza melancólica en su semblante. De nuevo cobró la figura vigoroso relieve, y levantando el brazo derecho señaló con el índice hacia un paraje de la laguna, junto a un árbol cuyas ramas se inclinaban sobre las negras y profundas aguas. Repitió la figura el ademán por dos veces con deliberado intento, y después se fue desvaneciendo paulatinamente.

Al día siguiente, mandó el ganadero dragar el estanque en el sitio indicado, y apareció el cadáver del socio con una pesada piedra atada a la cintura, y junto a él un hacha cortante con la que, sin duda, le asesinaron. Se averiguó que el arma pertenecía a un aventurero en cuyo poder se hallaron importantes valores, propiedad del asesinado, por lo que no tuvo más remedio que contesar su crimen y sufrir en consecuencia la última pena.

Aquí hemos de inferir razonablemente otros pensamientos en la mente del difunto, aparte del deseo de sepultura, pues tal vez quisiera despertar en su socio la incertidumbre respecto de su paradero, además de la sed de venganza contra su asesino, pues era seguramente el difunto hombre no muy adelantado en su evolución.

El sentimiento de venganza ha sido incentivo de muchas apariciones como, por ejemplo, el famoso caso de Chester-le-Street, en que la mujer asesinada se apareció varias veces al molinero hasta que este denunció al asesino.

En otras ocasiones, el difunto reconoció sus muchas culpas, y al verse cohibido por ellas, vino en demanda de oraciones. Diferentes casos de esta índole refiere la señora Crowe en sus obras *La Vidente de Prevorst* y *El aspecto nocturno de la Naturaleza*, entre ellos el ocurrido en la cárcel de Weinsberg, y otro en Neckarsteinach, donde un difunto comerciante en maderas de esta ciudad, se apareció a un amigo en demanda de tan crecido número de sufragios públicos, que los parientes procedieron judicialmente contra el que había visto el espectro, acusándole de difamación.

**El fantasma a la luz del sol.**—En los *Anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas* se relata el caso de un hombre que deseaba ardientemente hablar con un sacerdote sin que este accediera a ello, hasta que después de muerto se le apareció sin decir palabra. El caso es como

sigue, según lo refirió de viva voz el reverendo Gerardo Luis, vicario de la iglesia de Margate:

“ Una calurosa y soleada tarde de verano, lo recuerdo como si fuese ayer, iba yo por la calle inundada de luz en dirección a casa de P., cuando advertí que estaban cuidadosamente echados los visillos de las ventanas, acaso para resguardar del sol los muebles que la mujer de mi amigo tenía en gran estima. Me refí para mis adentros de este pormenor. Deje entonces el arroyo y subí a la acera en dirección a la verja de entrada, frente la cual estaba un joven como de veinte años, vestido de negro, con la cabeza descubierta, en quien por la semejanza con mi amigo P., me pareció reconocer a su hijo. Nos miramos de hito en hito desde alguna distancia, y de pronto se adelantó hacia donde yo estaba y se quedó mirándome sin pestañear, con evidente deseo de hablarme, aunque permanecía sin pronunciar palabra; pero sus ojos y todos los rasgos de su semblante hablaban con silenciosa elocuencia entreverada de reconvencción y de pena. Me sorprendí al principio, y me irrité después por aquella mirada impertinente, preguntándome por que me miraría así. Sin embargo, continué mi camino y no pensé más en lo que me acababa de suceder.

“El miércoles siguiente estaba yo de guardia en el cementerio, y cual sería mi sorpresa al ver que uno de los cadáveres por enterrar era el del hijo de P. Sin perder tiempo corrí a casa de mi amigo, donde encontré a su mujer, quien me puso en mayor confusión al decirme que su hijo Jaime había muerto, con ardientes aunque vanos deseos de verme, el jueves anterior al domingo en que me pareció verle a la puerta de su casa. Había muerto en una estancia del piso bajo, cuya ventana daba al mismo nivel de la calle, y en dicha estancia estuvo de cuerpo presente hasta el miércoles en que se lo llevaron al cementerio. Por lo tanto, el cadáver estaba todavía en la estancia mortuoria el domingo en que yo había visto su apariencia viviente frente a la verja.”

Algo más que el deseo de recibir auxilios espirituales determinaría la aparición de este joven, después tal vez tendría que descubrir algún secreto o confesar alguna grave falta necesitada de expiación. Su deseo de ver al sacerdote fue lo bastante vehemente para determinar la aparición, aunque es de presumir que al materializarse agotará sus energías y no fuese capaz de hablar. Pero, ¿hubiera hablado en el caso de que comprendiendo el sacerdote su situación le invitara a explicarse? No es posible saberlo.

## CAPÍTULO XVII

### Las ansias de expiación

El ansia de confesar o expiar alguna falta grave retiene a veces, durante muchos años, a los difuntos en cercana relación con la tierra.

**Remordimiento por un hurto.**—Aquí tenemos un caso en que el remordimiento por un leve hurto retuvo al difunto cerca de treinta años en los subplanos inferiores. La señorita V. que estaba en cierta ocasión en casa de su tía, se alarmó una noche por la aparición de una señora ya entrada en años, de aseado aspecto, como de ama de llaves o criada mayor de casa principal, que se desvaneció después de inclinarse sobre el lecho con notorios esfuerzos para hablar.

Meses más tarde asistía la señorita V. a una sesión espiritista de carácter íntimo, en casa de una amiga, y se comunicó una tal Sara Clarke, cuyo nombre desconocían las dos señoras. La comunicante declaraba que muchos años antes había sido ama de llaves en casa de la tía de la señorita V., con quien, sin conseguirlo, había intentado comunicarse directamente siempre que la joven visitaba la casa, descosa de confesar una falta de la que pedía perdó a su antigua ama. El incesante deseo de confesión la había impelido a frecuentar el aposento que ocupaba en vida. Declaró entonces que se vió tentada de hurtar y esconder varios cubiertos de plata, un azucarero y otras piezas del mismo metal, según fue enumerando, y que muy agradecida quedaría si la señorita V. quisiera manifestar a su tía lo sinceramente que se arrepentía de lo hecho con esperanza de perdón.

Cuando la señorita V. volvió a ver a su tía le preguntó si conocía a una tal Sara Clarke.

—Seguramente. Era el ama de llaves de casa desde hacía treinta o cuarenta años.

—¿Tenía bucnas cualidades?

—Muy buena y cuidadosa mujer.

—¿Echó usted de menos algunas piezas de platería mientras estuvo ella en casa?

La señora reflexionó, y repuso:

—Creo que si. Un azucarero y algunas otras cosas de plata desaparecieron misteriosamente. Pero ¿por qué me preguntas eso?

—¿No sospechó usted de Sara?

—No; aunque ella manejaba la plata, la teníamos por demasiado fiel para imputarle el hurto.

Entonces la señorita V. repitió la comunicación recibida de Sara, y compulsando las notas resultó que, según recordaba la tía, faltaban, en efecto, las piezas enumeradas por la difunta. No sabemos que pensó la tía del relato de su sobrina; pero dijo que si Sara había hurtado las piezas, la perdonaba de todo corazón. Desde entonces ya a no volvió a aparecerse la difunta (1).

Dice Owen que dada la calidad de la tía y la sobrina no tendría inconveniente alguno en atestiguar el hecho.

Según vemos, Sara Clarke no intentó siquiera restituir lo hurtado, pues tal vez no le hubiese sido posible al cabo de tanto tiempo. Ella deseaba tan solo aliviar su conciencia por la confesión de la falta y recibir el perdón de la perjudicada.

**El secreto de confesión.**—En este caso, la falta fue de índole muy diversa, pues se trataba de un gravísimo abuso de confianza, cuyas desastrosas consecuencias se esforzó el culpable en evitar durante ochenta años desde el plano astral. Repito el caso tal como me lo refirió un caballero que atestiguaba su autenticidad.

Parece que a este le convidaron a comer en una quinta campestre, y como llegase algo temprano vió que solo estaba en la sala un sacerdote católico, a quien no conocía sentado en el sofá con un voluminoso libro entre manos. Al entrar el caballero, levantó el sacerdote la vista, le saludó con leve inclinación de cabeza y se puso a leer de nuevo. Era el sacerdote hombre fornido, de penetrante mirada, pero con muestras de fatiga y ansiedad que llamaron la atención del recién llegado, quien no supo explicarse como podían haberle convidado en aquella casa. Pronto vinieron otros convidados y después la señora de la casa que se deshizo en excusas por su tardanza en recibirles, y con esto se le olvidó a nuestro hombre preguntar quien era aquel sacerdote; pero cuando se sentaron todos a la mesa se acordó de ello, y le dijo a la dueña de la casa:

—¿Por qué no me ha presentado usted a ese interesante sacerdote con quien me encontré en la sala? ¿Quién es?

Pero como pasara los ojos por la mesa y no le viese, prosiguió diciendo:

-Parece que no ha venido a comer.

Se sorprendió extrañamente la señora con muestras de turbación, y repuso en voz muy queda:

—¿Le ha visto usted?

—Seguramente. Pero usted perdone si por inadvertencia he nombrado a un

(1) Extractado de la obra de Owen: *La tierra en litigio*.

sujeto que le desagrada, pues acaso me haya entremetido en un secreto de familia. Yo creí que ese sacerdote era uno de tantos invitados, y su aspecto me interesó hasta el punto de que deseaba trabar conocimiento con él. Sin embargo, si por alguna razón quiere usted encubrir su presencia en esta casa, no necesito decirle que pude usted contar con mi silencio.

—No, no, caballero—prosiguió la señora también en voz baja.—No me comprende usted. Nada hay que yo intente encubrir, aunque ese sacerdote es un sujeto de quien mi marido no gusta hablar. Me sorprendí de que se le hubiese aparecido a usted, porque hasta ahora solo le habían visto los individuos de mi familia. Lo que usted vió no era una persona de carne y hueso, sino un espectro.

—¿Una aparición?—exclamó el caballero.

—Sí. Pero una aparición de cuyo carácter sobrenatural no es posible dudar, porque durante los dos años que vivimos en esta casa le hemos visto mi marido y yo casi una docena de veces en circunstancias incompatibles con toda alucinación y superchería. Puesto que no podemos explicarnos el fenómeno y estamos seguros de que no son naturales sus causas, decidimos no hablar a nadie del asunto; pero ya que usted lo ha visto, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Con infinito gusto si me es posible.

—Pues he pensado, a menudo, que si alguien tuviese el valor de hablarle, tal vez nos libráramos de su presencia. Puede usted, con cualquier pretexto, ir a la sala, y si aun está, conjurarle a que deje la casa en paz. Exorcizarle, en una palabra.

Después de vacilar algun tanto, se avino el caballero a la propuesta, y como, al parecer, nadie había notado su conversación en voz baja con la señora, se excusó ante los convidados para ausentarse durante breves minutos, y salió del comedor sin permitir que le acompañara un criado que a ello se prestaba. Al entrar en la sala se estremeció al ver la figura del sacerdote en el mismo sitio y actitud; pero desechando todo temor se dirigió frente al espectro. Como la vez primera, el sacerdote le saludó cortésmente con la cabeza; pero en lugar de volver los ojos al libro, que parecía breviario, los fijó con infinita angustia en el semblante del convidado, quien tras breve pausa dijo grave y solemnemente:

—En el nombre de Dios, ¿quién eres y qué deseas?

La aparición cerró el libro, se levantó del sofá, se puso frente a frente del que le hablaba, y después de titubear un momento, respondió en voz baja, pero clara y tranquila:

—Nadie me conjuró antes de ahora. Te diré quien soy y que deseo. Como ves, soy sacerdote de la iglesia católica, y hace ochenta años era mía esta casa en que estamos. Cabalgaba yo muy bien y tenía extremada pasión por la caza, a cuyo ejercicio me entregaba siempre que se me ofrecía coyuntura.

Un día me preparaba yo a una partida concertada, cuando una joven señora de elevada estirpe me llamó para que la oyese en confesión. No repetiré lo que dijo, porque importa mucho a la honra de una de las más nobles familias de Inglaterra; pero tan gravísimo me pareció el caso, que cometí la indiscreción, el pecado mejor dicho, pues lo prohíbe en absoluto nuestra iglesia, de tomar notas escritas de la confesión de mi penitente. Una vez la hube absuelto, vi que todavía me era posible, apresurando el paso, llegar a tiempo a la partida de caza; pero aun en mi apresuramiento no me olvidé, por lo importante que para mí era, de guardar cuidadosamente las notas del terrible secreto que se me confiara. Por motivos que no es necesario exponer, había yo quitado de la pared de un corredor de los bajos de esta casa unos cuantos ladrillos, en cuyo hueco pensaba esconder con toda seguridad mis notas, hasta que de vuelta de la caza pudiera estudiar a mis anchas el asunto y destruir inmediatamente el peligroso papel. En el ínterin lo puse entre las hojas del breviario, bajé al corredor, metí el libro en el hueco, coloqué de nuevo los ladrillos, monté a caballo y salí escapado al bosque. Pero en uno de los ojeos caí de la montura con tal mala suerte que me quedé en el sitio, y desde entonces frecuento esta casa que fué mía, con el ardiente deseo de impedir el descubrimiento de aquellas malhadadas notas y evitar las consecuencias de mi pecado. Nunca hasta ahora se atrevió ningún mortal a hablarme como tu lo hiciste; nunca hasta ahora tuve esperanza de que alguien me sacara de la pena; pero ahora, ¿quieres tu salvarme? Si te digo en donde está escondido el breviario, ¿me juras, por cuanto más quieras, destruirlo sin leerlo ni que ojo humano vea el papel que entre sus hojas encuentres? ¿Empeñas en ello tu palabra?

—Doy mi palabra de que cumpliré fielmente tus deseos—respondió solemnemente nuestro amigo.

Le Miró entonces el sacerdote con tan escudriñadora mirada, que parecía atravesarle el alma; pero satisfecho, por lo visto, del inquisitivo examen, le dijo con acento de confiada calma:

—Pues entonces, sígueme.

Como si contra su voluntad le llevaran, siguió nuestro amigo al espectro escaleras abajo hasta el piso del entresuelo, y por otra escalera de piedra llegaron a una especie de bodegas subterráneas donde aquel se detuvo de repente, y, volviéndose a nuestro amigo, le dijo, al propio tiempo que señalaba en la pared con la mano:

—Aquí es. Arranca el yeso, levanta los ladrillos y encontrarás el hueco. Marca con toda exactitud el sitio y acuerdate de tu promesa.

Iba nuestro amigo a examinar de cerca el punto de la pared indicado por el espectro, cuando deseoso de preguntarle otra cosa volvió la cabeza, viendo con asombro que se había desvanecido y estaba el solo en el tenebroso corredor. Desde luego, que nuestro amigo debía estar dispuesto a tan brusca desaparición; pero aun así, le impresionó más de lo que se figuraba y echando a correr escaleras arriba, llegó casi sin aliento al comedor.

Su prolongada ausencia había motivado algunos comentarios, y su maniñesta turbación al volver, excitó la curiosidad de los comensales. Incapaz por de pronto de coordinar sus ideas, respondía a las apremiantes preguntas de los convidados diciéndoles que la dueña de la casa les satisfecería la curiosidad. No sin vacilación declaró la señora el motivo de la ausencia del convidado con lo que se avivó sobremanera la curiosidad de todos, y tan pronto como nuestro amigo pudo expresar sus ideas, se vió compelido a referir el caso que ya no era posible ocultar.

Seguramente, que aparte de la natural elocuencia de nuestro amigo, ningún discurso dejó tan atentamente suspenso al auditorio como la relación del sucedido; y al concluir nadie se opuso a la unánime opinión de que un albañil abriera la pared en el punto indicado, para ver si se confirmaba el dramático relato. Vino el labañil de allí a poco, y acompañado por nuestro amigo y seguido de todos los de la casa, bajaron al corredor deseosos de presenciar el resultado de la prueba. Se le pusieron al caballero los pelos de punta al verse de nuevo en el sitio donde sin etiqueta alguna se desvaneciera el espectro, pero repuesto de la turbación indicó el punto de la pared señalado por el sacerdote, y el albañil comenzó su tarea.

—El yeso parece duro y compacto—observó un circunstante.

—En efecto—repuso el dueño de la casa, —es de excelente calidad y relativamente fresco. Estos sótanos estuvieron mucho tiempo sin servicio, hasta que mi predecesor mandó repararlos con nueva obra hace pocos años.

A este punto había ya el albañil abierto la pared y sacado un par de ladrillos que, con la natural sorpresa de los presentes, dejaron ver un hueco de unos sesenta centímetros cuadrados de entrada por cuarenta lineales de profundidad. El dueño de la casa se abalanzó a mirar lo que dentro hubiese, pero conteniendose de pronto retrocedió hacia nuestro amigo, y le dijo:

—Me había olvidado de vuestra promesa. Solo usted tiene derecho a las primeras investigaciones.

Pálido, pero dueño de sí, se acercó nuestro amigo a la pared y sacó del hueco un libro antiguo recubierto de una espesa capa de moño y polvo. Se estremecieron los circunstantes a la vista del libro, sin que voz alguna turbara la silenciosa expectación de todos, mientras el caballero volvía las hojas y sacaba de entre ellas un papel amarillento ya por los años, con unas cuantas líneas apresuradamente escritas. Tan pronto como se cercioró el caballero de que había encontrado lo que buscaba, desvió la vista del papel, y a través del paso que respetuosamente los demás le abrían, subió a la sala para echarlo al fuego de la chimenea, con tanta reverencia como si depositara valiosa ofrenda en las aras de un altar zoroastriano. Nadie pronunció palabra hasta que el último canto del papel quedó convertido en pavesas, y aún entonces, solo unos cuantos expresaron su admiración en entrecortadas palabras, mientras la mayoría quedaban mudos de asombro como si no creyesen lo que habían visto. El caballero tuvo la seguridad de que ninguno de los circunstantes y el menos aún, olvidarían la lección que el suceso les daba, y al cabo de años no

podía referir el caso sin conmoverse profundamente. El sacerdote no volvió a parecer por la casa que tanto tiempo había ocultado su culpable secreto.

Fácilmente nos podemos dar cuenta de cuales serían los sentimientos del sacerdote al verse de pronto fuera del plano físico a causa del accidente, incapaz de evitar las consecuencias de su indiscreción. Se añadía la dificultad de que la índole del secreto le imposibilitaba de confiárselo a cualquiera, y mientras encontraba persona de su confianza, estaría en continuo recelo de que lo descubriese algún bellaco. Su situación era, por lo tanto, muy difícil.

**La misa del sacerdote.**—También se trata en este caso de un sacerdote cuya falta consistió en el incumplimiento de un deber sin ulteriores consecuencias en el plano físico, por lo que no le era forzoso mantenerse en continua vigilancia; pero en cambio fue tan vivo su remordimiento, que se impuso la consiguiente penitencia, o, mejor dicho, se la impuso otro sacerdote, porque el culpable recurrió a un confesor en demanda de absolución, exactamente lo mismo que hubiera hecho en el plano físico. Refirió este caso Carlos Corre de Penvenau, en 1885, y lo cita la señora Whitehead en su obra *Comunicación con los muertos*. Dice así:

“La víspera de Navidad volvía mi abuelo de Paimpal a donde había ido a cobrar unas cuentas. La nieve extendía uniformemente su blanquísima alfombra por campos y senderos, de suerte que temeroso de extraviarse mi abuelo, llevaba de las riendas el caballo, y al llegar a una ruinoso capilla que bordeaba el camino, oyó sonar las doce de la noche, seguidas a poco del son de una campana que tocaba a misa.

—¿Será posible?— penso mi abuelo.—Deben de haber restaurado la capilla de San Cristobal, pero no lo advertí al pasar esta mañana, aunque bien es verdad que no me fijé en si lo estaba.

La campana seguía repicando, y mi abuelo se decidió a ver que era aquello. La capilla parecía nueva y hermosa a la luz de la luna, y estaba interiormente iluminada con cirios cuyo brillante resplandor refulgía en las ventanas. Mi abuelo ató el caballo a la puerta, y entrando en la capilla, la vió llena de gente absorta en la oración, sin que se oyeran las tosecillas que continuamente interrumpen el silencio de las iglesias. El viejo Chatton, pues tal era el apellido de mi abuelo, se arrodilló en las losas del atrio. El sacerdote oficiaba en el altar mayor, y el monacillo iba de un lado a otro de la capilla, de modo que mi abuelo dijo para sí:

—Después de todo, oiré la misa del gallo.

Y empezó a rezar, según costumbre, por sus parientes difuntos. El sacerdote se volvió luego a bendecir al pueblo, y entonces advirtió mi abuelo que los ojos le echaban lumbre y, ¡cosa extraña!, que se clavaban en el con intranquilizadora insistencia. El sacerdote tomó del copón una Forma entre los dedos, y dijo con voz cavernosa:

—¿Desea alguien comulgar?

Nadie respondió. Tres veces consecutivas repitió el sacerdote la pregunta con el mismo silencio entre los fieles. Entonces se levantó mi abuelo indignado de la indiferencia de aquella gente ante la invitación del sacerdote, y exclamó:

— Reverendo señor; palabra de cristiano que antes de salir de casa confesé ayer mañana con propósito de comulgar hoy día de Navidad; pero si lo descais, estoy dispuesto a recibir ahora mismo el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

El sacerdote bajó inmediatamente las gradas del altar, mientras mi abuelo se abría paso a través de los fieles arrodillados junto a la verja. Después que mi abuelo hubo recibido la hostia, exclamó el sacerdote:

— ¡Bendito seas, Chatton ! Una noche de Navidad, tan nevosa como esta, me negue a llevar el Viatico a un moribundo. Hace de esto trescientos años. No podía salir del purgatorio hasta que un viviente consintiera recibir de mis manos la Comunión; gracias a ti estoy libre.

Tan pronto como ceso de hablar el sacerdote se apagaron los cirios, y mi abuelo se vio completamente solo en la arruinada capilla, cuyo techo eran las nubes entre las malezas y arbustos que crecían en la desierta nave. Con dificultad pudo creer lo que veía; pero montó a caballo y prosiguió su camino.”

Este caso tiene lugar adecuado en este capítulo como ejemplo de aparición motivada por el deseo de expiar una negligencia cometida durante la vida terrestre; pero también puede citarse en prueba de que los difuntos suelen valerse de recursos accesorios para el logro de su intento. El restaurado aspecto de la ruinoso capilla en donde el aparecido ejercería sin duda su ministerio sacerdotal, la concurrencia de fieles y las luces fueron probablemente creaciones engendradas por la dilatada concentración mental del muerto, aunque bien hubieran podido ser materializaciones visibles para todo transeunte. Asimismo cabe la suposición de que la fuerza de voluntad del sacerdote influyera mesméricamente en Chatton, ampliando su conciencia hasta el plano astral. Muy posible sería que la congregación de fieles no fuesen simples formas mentales, sino católicos devotos ya difuntos que, sabedores de la pena sufrida por el sacerdote, le auxiliaran con las fuerzas combinadas de su pensamiento y voluntad. De ser así, resultaría fácilmente explicable la abundancia de accesorios.

Otro punto curioso es la rapidez con que se desvanece su pena, pues tan pronto como ve expiada su falta, se siente libre, y es probable que en realidad se viese libre en cuanto atañe a los subplanos inferiores del plano astral, pues durante muchos años le retuvo en ellos el deseo de cumplir la penitencia impuesta, y al transmutarse la fuerza volitiva se desintegró rápidamente la porción grosera del vehículo y se encontró actuando directamente en los subplanos superiores. La experiencia demuestra que cuando el hombre está cercano a transferir su conciencia de un subplano a otro, un violento choque o un profundo sentimiento pueden apresurar la transferencia, y sin duda ocu-

rrió así en este caso. Trescientos años son un muy dilatado período para permanecer en el plano astral, aunque medie el cumplimiento de una penitencia imaginaria, y cabe sospechar de que el sacerdote se equivocó en la duración de su vida purgante, por más que si celebraba la misa expiatoria una vez al año, la noche de Navidad, hubo de esperar muchos años la coyuntura que se le deparó finalmente.

Pero el más dramático ejemplo de cuantos se refieren a los difuntos que vuelven a la tierra para expiar un crimen cometido durante la vida carnal, es el de sir Randolph Fenicigh (1). No lo repito por ser demasiado extenso su relato; pero demuestra como un hombre, al suicidarse en la cárcel, siente remordimientos de conciencia por sus crímenes, y deja por testamento que quienquiera encontrase cierto tesoro por el escondido podría apropiárselo legítimamente con tal de emplear una parte en la reparación de sus fechorías. Durante muchos años, después de muerto, rondó el sitio donde estaba el tesoro, hasta que dió con persona de su confianza. Los nombres citados en el relato son supuestos, porque los personajes viven todavía; pero puedo asegurar por comprobación personal la veracidad del suceso.

(1) Véase *El Teósofo*, Febrero Marzo, 1886.

## CAPÍTULO XVIII

### En las fronteras terrestres

Los casos referidos en el capítulo anterior corresponden a una de las diversas clases de difuntos retenidos por su estado pasional en las cercanías del mundo físico, o en las fronteras terrestres; y, como dice San Martín, se detienen pero no regresan, pues son incapaces de desligarse por completo de la vida física, hasta que ultiman el asunto cuya resolución los detiene junto a la tierra.

Ejemplo de ello tenemos en el caso, ya referido en *Protectores Invisibles*, del padre que, habiendo dejado dos hijos desamparados, no pudo tranquilizarse ni pensar en cosa alguna hasta proveerles de medios de vida con la ayuda de un protector. Una vez realizado su anhelo, prosiguió gozoso el padre su ascensión. Otros difuntos suelen aparecerse por motivos a primera vista fútiles, aunque en realidad razonables.

**La señora Webb.** - He oído referir que una señora llamada Webb en vida, famosa por su avaricia, frecuentó durante mucho tiempo una casa de la aldea de Barby en el Northamptonshire. Se conjeturó que sus apariciones estarían relacionadas con algún escondrijo de dinero que la difunta tendría en la casa, y en efecto, hechas las consiguientes pesquisas, se encontró el tesoro en el desván. Pero como desde entonces se apareciera en las casas vecinas, supusieron sus parientes que habría dejado por pagar algunas deudas, según así se averiguó después; y, una vez satisfechas, cesó la difunta de aparecerse.

**Tres chelines, y diez peniques.**- En su obra *Anatomía del Sueño*, cita el Dr. Eduardo Binns otro ejemplo del anhelo de dejar ultimados los asuntos terrenos antes de ascender a esferas superiores, y asegura que tal vez no haya otro caso de más incontrovertible autenticidad. Una mujer presbiteriana de Perth llamó a un sacerdote católico para decirle que, durante muchas noches, se le había aparecido un espectro sin dejarla descansar, hasta que por último la conminó a ir en busca de un sacerdote católico para que en su nombre pagara tres chelines y diez peniques, cuya deuda le pesaba mucho en la conciencia; pero como no declaró el nombre del acreedor, tuvo el sacerdote que hacer trabajosas averiguaciones hasta encontrar a cierto tendero que recordaba haber tenido entre sus parroquianas a una mujer de apellido Maloy (según dijo llamarse el mismo espectro), la que, conforme a las cuentas de la tienda, le debía tres chelines y diez peniques. El sacerdote católico pagó la deuda, y no volvió a verse el espectro en casa de la mujer presbiteriana.

Es verdaderamente admirable la inquietud determinada por el deseo de satisfacer una tan exigua deuda, aunque por otra parte resulta extraño que una mujer tan meticulosa en sus asuntos, no indicara desde luego, con toda precisión, el nombre y señas del acreedor. Tampoco se ve muy claro el motivo de que, para satisfacer la deuda, se valiera la difunta de un sacerdote católico a quien no conocía. Sin embargo, en el mismo plano físico, no son siempre las gentes lógicas en su proceder.

Por lo regular es más frecuente que en vez de aparecerse un difunto con deseo de pagar una deuda, trate de que sus herederos cobren lo que a él se le debe.

**El mayordomo del conde de Buchan.**— Dice la señora Morgan (1), que lord Erskine le refirió el siguiente suceso:

“En mi juventud estuve algún tiempo ausente de Escocia, y la misma mañana de mi regreso a Edimburgo, al salir de una librería, encontré al mayordomo de mi casa, que me pareció pálido, escuálido y flacucho como un espectro. Al verle exclamé:

“—¡Hola, muchacho! ¿Qué te trae por aquí?”

“—Apelar a vuestro honor para que intercedáis con mi amo, a fin de que se me pague una cantidad que el administrador me quedó a deber en el último ajuste.

“Sorprendido por su aspecto y mirada, le invité a que me siguiera a la librería, y entramos en la trastienda; pero al volverme yo para hablarle, había desaparecido.

“Recordé que su mujer tenía un comercio al por menor en el casco antiguo de la ciudad, y como en mi niñez había estado yo muchas veces allí, me encamine hacia la tienda y encontré a la mujer vestida de luto. Su marido había muerto meses atrás, y ya moribundo, le dijo a su mujer que el administrador de mi padre le debía cierta cantidad que prometió pagar en cuanto volviese el señor conde.

“En consecuencia, prometí a la viuda satisfacer la deuda, como de allí a poco lo hice.”

El mayordomo estaría probablemente impulsado, no tanto por la importancia de la deuda, cuanto por el deseo de remediar la pobreza de su viuda.

El dinero parece que suele conturbar a los que lo poseyeron en vida, y especialmente a quienes lo atesoraron, como le sucedió a la señora Webb de Barby.

He aquí otro caso por el estilo:

**La avarienta.**—Más de una vez habían encontrado los transcurtes al atardecer a una vieja astrosa, vestida a la antigua usanza, que apoyada en un

(1) *El libro del Tocador*, I, págs. 123, 125. Londres, 1829.

cayado de arcaica forma, se paseaba por el oscuro camino de las inmediaciones sin dirigir a nadie la palabra ni levantar jamás la cabeza. Unas veces se la veía en la era, otras en el interior de la casa, y con más frecuencia en el huerto, parada junto a un manzano añoso. Generación tras generación fueron testigos de sus visitas, y en cierta ocasión la vió un sujeto con todos los por menores de sus desastradas vestiduras, pero tal fue el susto recibido, que salió escapado, no obstante haberle llevado allí un trabajo urgente. Según dijo después el sujeto en cuestión: "La mujer no estaba en aquel paraje cuando me acerqué al árbol para arrancar una manzana, sino que apareció en el mismo instante en que alargué la mano para alcanzar la fruta." Por último, un jornalero de la granja, muy aficionado a empinar el codo, se atrevió a preguntarle el motivo de sus apariciones; pero ella, sin responder palabra, se adelantó lentamente hacia el pie del corpulento manzano y señaló con significativo ademán una porción de huerto no roturada todavía por los aperos de labranza. Hechas las convenientes excavaciones se encontró al fin el tesoro enterrado, y mientras se removían las tierras estuvo la aparición inmóvil en el borde de la zanja. Cuando extrajeron la última orza de dinero, sonrisa celestial iluminó su semblante, y poco a poco fue debilitándose el relieve de su figura hasta desvanecerse por completo. Desde entonces ya no volvió a verse el espectro (1).

Este caso es bastante curioso, porque a la difunta no le mueve la inquietud de deudas no pagadas ni el especial deseo de aprovecharse del dinero atesorado, sino que la apena verlo sin utilidad alguna, y se esfuerza en que lo descubra quienquiera para devolverlo a la circulación.

**Condigno castigo.**— A veces el difunto se encuentra atosigado por un no satisfecho deseo de venganza. En la obra *Pisadas en la linde del otro mundo*, se refiere el caso de un oficial inglés que, en el Canadá, sedujo y abandonó luego a una joven, y muerta esta a consecuencia del abandono, estuvo durante más de diez años persiguiendo desde el plano astral al seductor, quien no tenía noche tranquila por los continuos golpes y ruidos que resonaban en su cuarto y los soplos que le apagaban la luz. Le sucedía esto en todas partes donde dormía, fuese en su casa, en hospedaje, en la ciudad o en el campo, en su país o en el extranjero, con añadidura que si ponía el canario en la alcoba, lo encontraba muerto en la jaula a la mañana siguiente, y si tenía perro se le escapaba para no volver. Tan obstinada persecución obligó al oficial a tomar el retiro, pero aun así, no tuvo más remedio que mudar frecuentemente de domicilio.

Vemos, con toda claridad, en este caso, un ejemplo del karma que produce efectos inmediatos por medio de las malas pasiones de la ofendida; y al paso que no podemos por menos de reconocer lo merecida que tenía la lección el seductor, lamentamos desde el punto de vista teosófico la ceguera de la infortunada joven, que si por una parte es instrumento de justicia, se atrae por otra los sufrimientos que en lo porvenir engendrará su vengativa persecución.

(1) Extractado de *Lascasas de duendes y tradiciones familiares de la Gran Bretaña*, por Juan H. Ingram.

**El amante despechado.**— En la misma obra se refiere otro caso de venganza persecutoria, no tan persistente ni de causa tan grave. Una comedianta francesa tenía, según parece, muchos admiradores, entre los cuales mostraba predilección por un joven apuesto; pero al cabo de algún tiempo de tratarle más de cerca, descubrió en él ciertos defectos que lo imposibilitaban moralmente para marido, y en consecuencia lo despidió con especiosos aunque corteses pretextos. El joven murió de allí a poco lleno de despecho contra la comedianta, y al morir declaró que la perseguiría después de muerto, durante tanto tiempo como la había conocido en vida.

Desde entonces, todas las noches a las once (hora en que murió el joven), oía ella, donde estuviese, y también a veces sus acompañantes, un horrible grito que la llenaba de sobresalto. Al cabo de tiempo, en vez del grito retumbó junto a ella, a la misma hora, un tiro de fusil, y así continuaron las cosas durante tres meses, a pesar de las pesquisas de la policía de París para descubrir y remediar la causa de tan extraño fenómeno. Siguieron a estas muchas otras turbaciones nocturnas en diversidad de formas, hasta cumplidos dos años y medio de la muerte del joven, precisamente el tiempo que en vida había durado su noviazgo con la comedianta.

Ambos casos son ejemplos de prolongada y persecución sistemática en venganza de agravios reales o supuestos y pueden explicarse de dos maneras. Si admitimos que, en efecto, eran visitas de los difuntos, es preciso suponer en estos una malicia y encono cuya persistencia parece incompatible con la naturaleza humana, aunque de tarde en tarde veamos en el plano físico ejemplos de este rencor inextinguible que parece la más adecuada explicación del caso referente al oficial inglés.

De no admitir la actuación directamente personal de los difuntos, será preciso suponer la plasmación de formas de pensamiento o elementales artificiosos que automáticamente llevarían a cabo la persecución, como es muy posible ocurriera en el caso de la comedianta francesa. Un pensamiento superlativamente enérgico y hondamente concentrado, sea de bendición o de maldición, puede engendrar un elemental semejante a un acumulador eléctrico con mecanismo de relojería, dispuesto de modo que se descargue a hora fija o en coincidencia con determinados sucesos del mundo físico.

Un descos lo suficientemente vivo, un reconcentrado esfuerzo de intenso amor u odio engendra artificialmente este elemental que actuará con entera independencia de quien lo engendró, sean cuales sean sus posteriores pensamientos y descos, pues ni aun el arrepentimiento es capaz de impedir su acción, como tampoco podría detener en su trayectoria la piedra salida de la mano o la bala disparada del fusil. Sin embargo, a los que impelidos por sus indómitas pasiones hayan engendrado en un momento de arrebatos alguno de estos dañinos elementales y deseen aminorar sus efectos, no les cabe otro recurso que emitir una legión de amorosos pensamientos cuya energía neutralice la de los malos.

Por otra parte, si el hombre no se arrepiente sino que persiste en el rencor,

le sera posible robustecer su virulenta forma mental y dilatar diversamente su maligna acción. Todo esto puede ocurrir y, en efecto, ocurre aunque el causante nada sepa de magia ni conozca los secretos de la esencia elemental, porque sus poderosos sentimientos mueven el mecanismo sujeto a las eternas leyes de cuya actuación no tiene ni la más leve idea. Sin embargo, sabe que no debe entregarse a malos pensamientos, y, por lo tanto, es responsable de sus efectos, aunque ignore como se producen.

Entre los casos de la persistencia del odio más allá de la muerte excede a todos en horror el de Tomás Price (1), el maquinista ferroviario que murió henchido de ira contra su afortunado rival en el amor de una joven, y cuyo persistente rencor le movió a materializarse y producir un accidente en que murió su contrario. Por fortuna son rarísimos los casos como este, aunque también hay otros en que la víctima no paró hasta ocasionar la perdición del asesino.

**No lloréis a los muertos.**— Ya nos referimos al deprimente y aflictivo efecto que en el difunto produce el egoista y desconsiderado llanto de los supervivientes, sin que falten casos de apariciones cuyo objeto fue quejarse de tan clamorosos lamentos. Uno de los más interesantes por su pintoresco simbolismo, es el que sigue:

Vivía en Coray (Bretaña), una muchacha desconsoladísima por la reciente muerte de su madre, hasta el punto de pasarse días y noches en puras lágrimas. Cierta vez que se quedó en la iglesia hasta muy tarde, arrodillada tras la cortinilla de un confesonario y, al descorrerla luego, vió multitud de espectros que procesionalmente iban por el medio de la nave hacia el altar mayor con silencioso andar, sin más rumor que el de las nubes impelidas por el viento en los calurosos días de verano. Un solo espectro, precisamente el que cerraba la procesión, andaba renqueando y como embarazado por el peso de una cubeta rebosante de agua negruzca y asquerosa. La muchacha reconoció a su madre en aquel espectro, y le sorprendió la expresión de disgusto que denotaba su semblante.

Vuelta a su casa lloró más amargamente que nunca, creída de que su madre era desgraciada en el otro mundo; y cavilaba que significaría la cubeta rebosante de agua negruzca. Al día siguiente fue a contar el caso al párroco, quien le dijo:

— Vuelve esta tarde al mismo sitio, y tal vez tengas explicación de la cosa.

De nuevo pasaron aquella noche los espectros silenciosamente por en medio de la nave. La muchacha atisbaba la visión a través de las cortinillas del confesonario donde estaba arrodillada, y vió que también su madre iba la última; pero esta vez doblemente encorvada, pues no con una, sino con dos cubetas cargaba, que, por la expresión dolorida de su semblante, parecían apesadumbrarla en extremo.

(1) Véase *El Teósofo*, Noviembre, 1885.

A la vista de aquel espectáculo, la muchacha no pudo contenerse, y dirigiéndose a la fatigada figura exclamo:

—¡Madre! ¡Madre! ¿Por qué estás tan triste y afligida ?

El espectro clavó en ella su mirada con tal fijeza, que le detuvo la palabra entre los labios, y respondió:

—¿Por qué estoy triste ? Infortunada hija, ¿cuándo acabaras de llorar por mí? De tus lágrimas rebosan estos dos pozales, y si no enjugas tus ojos, habré de cargar con ellos hasta el día del juicio. Acuérdate de que no se ha de llorar por los muertos, pues si las almas son felices, el llanto de los vivos conturba su felicidad; si no están aun en el cielo, las retrasa en su camino; y si están en pena, las lágrimas por ella derramadas son como chubasco impetuoso que agrava la pena.

Quando al día siguiente supo el párroco lo que la difunta había dicho, le preguntó a la muchacha:

—¿Has llorado desde entonces, hija mia?

—No; y en verdad que ya no lloraré más.

—Pues vuelve otra vez a la iglesia esta noche, y acaso encuentres ocasión de alegrarte.

Así sucedió en efecto, porque la madre iba al frente de la procesión espectral, y su rostro refulgía inundado de gozo celeste (1).

Por su simbolismo y características generales, demuestra este caso, con toda pureza, las creencias bretonas sobre el más allá de la muerte, porque ni la muchacha ni el párroco extrañan lo más mínimo que la difunta se aparezca en la iglesia de manera visible a los ojos mortales, sino que, por el contrario, es para ellos muy natural la inmediata presencia de los muertos junto

los vivos, en cualquier situación en que estén, de suerte que pueden recibir la influencia de nuestra pena.

La señora Whitehead dice al comentar este caso: “Entre los bretones está muy difundida la creencia de que la tristeza de los vivos agrava el sufrimiento de los muertos; y así lo confirman muchas tradiciones y leyendas.

No pocas verdades, desconocidas de los que presumen de doctos y eruditos, están asiladas como en un sagrario en el corazón de las gentes sencillas.

(1) Caso referido por la señora Hostión de Quimper en 1889, y extractado de la obra de la señora A. E. Whitehead, *Comunicaciones con los muertos*, pág.-158.

## CAPÍTULO XIX

### Apariciones

Hemos citado algunos ejemplos de como el error o el crimen inducen a los difuntos a demandar enmienda y expiación. Pero hay otros casos en que, por lo irreparables, no cabe enmienda ni reparación en el error o en el crimen, y sin embargo, atraen al difunto, con la fuerza del remordimiento, a los lugares de su culpa.

**El sacerdote errante.**— Refiere sir Nataniel Wraxall (1) que al tomar posesión un párroco de la casa rectoral, se encontró con el fantasma de su predecesor que rondaba por el dormitorio. Oigamos como el mismo interesado cuenta lo que le ocurrió:

“Era día claro, cuando vi la figura de un hombre vestido de bata desceñida, en pie delante de un atril, sobre el que descansaba un voluminoso libro cuyas hojas volvía la figura de cuando en cuando. A uno y otro lado del atril estaban dos niños a quienes el sacerdote miraba profundamente de rato en rato. Por fin, cerró el libro la figura, y tomando a los niños de la mano los llevó pausadamente por el aposento, hasta que los tres desaparecieron tras la chimenea, sita en uno de los rincones.”

El nuevo párroco dedujo del retrato de su predecesor que, en efecto, era este el aparecido, y de indagación en indagación averiguó que, si bien le querían muchísimo sus feligreses, se murmuraba por todas partes que estaba amancebado con una joven de quien había tenido dos hijos. El sepulturero afirmaba haberlos visto en la rectoría, pero de pronto desaparecieron poco tiempo antes de morir su padre putativo, cuya muerte achaco el vulgo a la pena sentida por la desaparición. Estos informes coincidían en algún modo con la visión que tuvo el nuevo párroco, pero como no volvió a repetirse, ya se había desvanecido, al llegar al invierno, la impresión producida. Arreció por entonces el frío, y quiso, en consecuencia, el nuevo párroco encender la chimenea tras la cual había desaparecido las tres figuras, pero no fue posible a causa del pestilente humo que despidió el combustible. Llamado el herrero del lugar para adquirir la causa de aquel inconveniente, descubrió después de mucho trabajo dos esqueletos de niño, correspondientes en tamaño y proporciones al relato del sepulturero y a la visión del nuevo párroco, quien se

(1) *Memorias históricas de mi época*, págs. 218-226.

apresuró a salir de la casa y renunciar a la rectoría de la parroquia, sin que resulte claro el motivo de su temor a una aparición de índole pacífica e inofensiva.

**El hidalgo intranquilo.** — Refiere el Dr. Lee (1) que el año 1880 estaba de paso en una rectoría rural, cuando se despertó a media noche con sensación de angustia, viendo un espectro de color gris oscuro, vestido de una capa de gasa sin contornos precisamente definidos, que después de dar extrañas vueltas alrededor de la cama, se deslizó de pronto al otro lado del mueble con rápido movimiento. Durante buen rato estuvo el Dr. Lee observándolo, y pudo distinguir con toda claridad cabeza, hombros y brazos, pero no las facciones. Al fin encendió luz el doctor, pero el espectro continuaba moviéndose hacia adelante y hacia atrás, como antes, sin alterar su color gris oscuro, no obstante la variación de sus actitudes. Al cabo de unos tres minutos comenzaron a debilitarse sus contornos y apagarse el color, hasta que se desvaneció por completo. Algún tiempo después se supo el motivo de esta aparición, pues parece que, sesenta años atrás, un hidalgo había asesinado a un encubridor de ladrones en aquel mismo aposento, y desde entonces frecuentaba el escenario de su crimen, según le vieron cuantas en anteriores ocasiones durmieron en aquel cuarto.

La inquietud producida por el remordimiento cuyo dolor no podía aliviar ni un solo instante, se reflejan exactamente en el incansable y errático vagar de este difunto.

**El espectro ecuestre.**— Algunas veces la aparición no es realmente un ser humano, sino una forma de pensamiento o una impresión astral lo suficiente vigorosa para tomar forma plástica, por lo que resulta muy difícil su distinción. De un caso de esta clase nos informa Harland (2) en los términos siguientes:

“Según tradición, todos los años se aparece en el patio señorial de Wyecoller, un espectro ecuestre en traje de la época de los Estuardos, con jaeces y arreos de imposible descripción por lo extraños. Se le oye llegar a escape por la carretera, atravesar el pasadizo y detenerse ante la puerta del patio donde se apea del caballo y sube por las escaleras a uno de los aposentos. Entonces se oyen dolorosos gritos de mujer que luego se mudan en gemidos. A poco reaparece el caballero en la puerta, monta a caballo, y se marcha también a escape por el mismo camino que le trajo.

“Cuenta la tradición que un caballero de la familia de los Cunliffes asesinó a su esposa en aquel aposento y está condenado a visitar anualmente el lugar del crimen.”

Tal vez acierte la tradición popular, y haya adquirido el criminal la persuasión de que, para expiar su culpa, le es preciso reproducir cada año los pormenores de su horrendo parricidio; pero parece más probable que la escena

(1) *Luces y sombras.*

(2) *Leyendas del Lancashire.*

sea una vivida impresión plasmada en el plano astral por las terribles emociones que a un tiempo acongojaron al verdugo y a la víctima.

Más adelante examinaremos algunos inconfundibles ejemplos de este linaje de impresiones astrales, porque en el caso particular que hemos referido no hay suficientes elementos de juicio para definir cumplidamente la categoría del fenómeno. El desasosiego dimanante de una conciencia intranquila se manifiesta en muy diversos aspectos, pues a veces no se contrae el culpable a reproducir anualmente la perpetración del crimen, sino que incesantemente vaga en torno del lugar donde lo cometiera. Esta es una de las causas de las llamadas apariciones, aunque también pueden derivar de otras varias y ofrecer infinidad de modalidades, desde los casi imperceptibles ruidos, hasta el movimiento de menudos objetos sin contacto físico y la aparición espectral perfectamente definida. La casa frecuentada por estas entidades a que el vulgo llama duendes, resulta inhabitable para los vivos, ya por los ruidos ensordecedores que en ella se oyen, ya por la continua perturbación de los quehaceres domésticos o bien por declarada malevolencia de los trasgos.

Algunas de estas manifestaciones están producidas adrede por los difuntos con propósito de ahuyentar al inquilino, porque todavía no han perdido el sentimiento de propiedad de la que fue su casa, y les disgusta verla ocupada por un extraño. A veces las manifestaciones son efecto de deliberados propósitos de venganza, pero otras resultan del todo pacíficas e inofensivas. El difunto está inquieto, se considera miserable o agraviado, y por la influencia de estas emociones, engendra su mente, aun contra toda voluntad, múltiples y variadas perturbaciones. Hay casos en que el difunto desca vivamente llamar la atención y no acierta con el medio más expedito de manifestarse, porque desconoce todavía las posibilidades del plano astral. No faltan ejemplos en que la entidad visitante había muerto muchos años atrás, dejando tal vez inconscientemente una forma mental lo bastante poderosa para producir durante mucho tiempo manifestaciones duendísticas.

Examinemos unos cuantos casos ejemplares de esta clase de fenómenos.

**La casa golpeada.**— El comandante Moor nos refiere como sigue, las apariciones observadas en una casa de la parroquia de Crondall en el Hampshire:

“A altas horas de la noche, cuando toda la familia estaba durmiendo, y sin causa manifiesta, se oían repetidos golpes como martillazos descargados sobre los sitios huecos de la pared o del suelo. Los golpes se oían siempre entre las doce y las dos, sin que resonaran más en toda la noche. A veces eran tan retumbantes que despertaban con sobresalto aun a los más acostumbrados a oírlos, pero otras veces apenas eran perceptibles. La misma brusquedad se notaba con respecto a su número y duración, pues ya resonaban pausadamente a distanciados intervalos, ya se atropellaban unos a otros con pasmosa rapidez, pero siempre eran inconfundibles con cualquier otro ruido que en la casa pudiera oírse, y nadie dejaba de reconocerlos una vez oídos. Vanas resultaron cuantas pesquisas se hicieron para averiguar la causa del

golpeteo, ni tampoco fue posible determinar con toda precisión si resonaban dentro de la casa, y durante cerca de veinte años prosiguió el misterio sin que cupiera superchería en el fenómeno, pues a menudo mudaba de criadas la familia, y el amo registraba toda la casa, mientras los demás dormían profundamente.”

**Bromas pesadas.**— El reverendo Colton, en un folleto titulado *Relación sobre el fantasma de Sampford*, da cuenta de un caso en que las apariciones fueron de más dañina índole, pues en una casa de la aldea de Sampford Peverell, cerca de Tiverton, condado de Devon, se oían terroríficos ruidos, y algunos de los moradores recibieron golpes descargados por una mano invisible que a veces dejaban dolorosas señales.

**Apariciones continuas.**— En la obra *Verdaderas historias de fantasmas* se refieren dos casos muy notables de apariciones continuas, la del molino de Willington, en Northumberland, y la de la casa de Brook, cercana a un balneario de la costa sudeste de Inglaterra. Ambos casos tienen muchas características comunes, como ruidos inexplicables, levitación de objetos, apariciones de espectros, golpes asestados por entidades invisibles, etc. Solo difieren de los antedichos en que las manifestaciones fueron más completas y variadas, y en que persistieron durante muchos años. En Wellington han decrecido considerablemente las manifestaciones en estos últimos tiempos, sin que ni en uno ni otro caso haya tradición ni recuerdo explicativo de los fenómenos.

**Los trasgos.**— La clase de manifestaciones que los alemanes atribuyen a los trasgos son una especie de remedo de las verdaderas apariciones. Por lo general tienen carácter de traviesa malicia, aunque a veces producen dañinos efectos. Suelen manifestarse los trasgos haciendo sonar las campanillas de llamada, tirando piedrecitas o moviendo toda clase de objetos ligeros y poco voluminosos. Estas manifestaciones requieren siempre materialización parcial, etérea por lo menos, pues los objetos se mueven por la acción de una mano que, si bien invisible para nosotros, está algún tanto materializada, según veremos al tratar de los fenómenos espiritistas, por lo que solo pueden producirse dichas manifestaciones en presencia de un viviente dotado de condiciones mediúnicas. Por este motivo se ha solido acusar injustamente de superchería a los mediums, pues el común de las gentes ignora que ciertos fenómenos solo pueden producirse en presencia de determinadas personas aun contra su propia voluntad. Sin embargo, son muy diversas las causas actuantes en la manifestación de estos fenómenos. Algunas veces entra en juego la malicia con evidentes muestras de persecución, y otras veces parece como si se tratara tan solo de juguetonas burlas. Esto no extranará tanto al considerar que también muchos vivientes de mediana evolución se divierten abollando el sombrero de otro, echándole agua fría entre ropa y carne, o perjudicándole cuando así conviene a sus intenciones. Por incomprensible que parezca esta conducta a las personas sensatas, no cabe dudar de la verdad de los hechos, y hemos de tener en cuenta que el mentecato cuyas aficiones fueron tales en la vida terrena, no ha de curarse repentinamente de ellas más

allá de la muerte. Cuando desconoce los medios de materializarse, siquiera parcialmente, no encuentra favorables coyunturas para la manifestación de sus malos humores, y entonces produce los alborotados fenómenos atribuidos a trasgos y duendes.

Sin embargo, suele suceder que algún socarrón espíritu de la naturaleza, dotados como están estos seres de facultades imitativas a estilo de monos, presencie cualquier manifestación de índole duendística y se apresure a reproducirla por su cuenta. Otras veces, el espíritu de la naturaleza esta resentido de los vandálicos estragos a que, de cuando en cuando, se entregan los hombres y se vengan con sus malas pasadas. También, según dijimos respecto de otros casos de aparición, pueden dimanar estos fenómenos de torpeza involuntaria por parte de difuntos bien intencionados, pero ignorantes de la dirección que han de dar a sus esfuerzos para manifestarse visiblemente, aunque en este último caso rara vez se notan efectos dañinos.

**Los duendes de Worksop.**— Tomemos el primer ejemplo de esta clase, de una información periodística cuyo autor no sabe a que atribuir el suceso de que da cuenta y asegura que nunca lo hubiera creído de no verlo por sus propios ojos.

“El sábado 3 de Marzo de 1883 estaba la ciudad de Worksop toda alborotada, a consecuencia de haber corrido el rumor de que, sin saber como, se zarandeaban y rompían por sí mismos los muebles de la casa del conocido comerciante José White.

“Multitud de curiosos invadieron la calle durante todo el día, atraídos por el misterioso rumor de tan insólito acontecimiento, presenciado por los vecinos y otras personas... Al entrar yo en la casa vi deslizarse de su sitio un cuadro, y una cazuela que había en la alhacena se levantó de pronto por el aire y vino a quebrarse en mil pedazos junto a mis pies.

“No supe explicarme lo que veía, porque nadie más que yo estaba en aquel sitio, y según pude advertir no había causa ostensible del fenómeno.

“Una bujía alumbraba tenuemente el aposento. Hablábamos mi médico y yo del extraño suceso, cuando, estando el de espaldas a la alhacena, saltó otra cazuela por encima de su cabeza y también fue a quebrarse a sus pies, después de pasar por entre unos embutidos de cerdo que colgaban del techo. Presenciaron este fenómeno unas doce personas que a la sazón de hallaban con nosotros, y tuve la seguridad de que ninguna acción humana movía los objetos... Acompañé después al dueño de la casa al salón lindante y me llamó la atención sobre las desnudas paredes, diciendo que todos los objetos que de ellas colgaban se habían desprendido de los clavos para romperse contra el suelo, excepto el reloj y una paloma disecada que había dentro de una urna de cristal.

“El reloj colgaba encima de la cama puesta en un ángulo de la sala con la cabecera contra la pared. Mientras Withe me informaba que la cómoda, situada frente a nosotros, había quedado vuelta de arriba abajo oímos un

gran estrépito y, al volvernos, vimos el reloj que, con el péndulo fuera, había saltado por encima de la cama hasta caer junto a la chimenea al otro lado de la sala. Yo era la persona más inmediata al reloj cuando ocurrió este incidente. La criada entraba en la sala en aquel preciso momento, de modo que hubiese yo podido advertir, sin dificultad, si White o la criada tiraban el reloj al suelo.

“Nos fuimos a la cocina y mientras estaba yo frente a los fogones con la criada a mi izquierda y White a mi derecha, cayó, frente por frente, una sopera de loza antigua que estaba sobre el alero de la chimenea, y a poco se estrelló contra la pared una flanera puesta encima de la mesa. Todos estos objetos saltaban con rapidez eléctrica sin que uno se diera cuenta del arrebato hasta verlos hechos añicos en el suelo. No acierto a recordar el número de fenómenos de esta índole que presencié en aquella ocasión y que no hubiese creído si otro me los contara (1).”

Casos análogos han ocurrido en diferentes épocas y países.

**Otros ejemplos.**— Según dice un folleto de la época (2), el año 1772 ocurrieron fenómenos por el estilo en una casa de Stockwell. Hubo vajilla y cristalería rota; danzaron por el aire bandejas de estaño y candelabros de latón; se hizo añicos el espejo de luna y durante más de veinte horas no quedó mueble entero, con la particularidad de ocurrir los fenómenos tan solo en presencia de la criada; de suerte que, despedida esta renació la tranquilidad en la casa, pues según hoy decimos era evidentemente el medio de manifestación. Los mismos fenómenos se observaron a mediados del último siglo en una casa de la calle de Moscou en Bayswater, análogamente a los ocurridos en muchos países bajo diversidad de circunstancias.

**Lluvia de piedras.**— El año 1838 en la calle de San Honorato de París y no hace muchos años en Caithness, se vieron sorprendidos los moradores de las respectivas casas por una lluvia de piedras que sin tocar nunca a persona alguna caían a sus pies en aposentos cerrados.

**Persecución de un profesor.**— Se llamaba este profesor Schuppart y vivía en la ciudad de Giessen en el Alto Hesse. Empezó la persecución una noche en que dieron un violento golpe en la puerta, y al día siguiente cayeron multitud de piedras en los aposentos de la casa que, sin lastimar a nadie, rompieron todos los cristales, repitiéndose la rotura cuantas veces se reponía la falta. Manos invisibles daban de bofetadas día y noche al pobre profesor sin dejarle sosegar un momento, y cuando en vista del caso procedió la autoridad a colocar dos personas que velasen el sueño del profesor y vigilaran la casa por la noche, resultó que también estos celadores tuvieron su parte en las misteriosas bofetadas. Solía ocurrir que mientras Schuppart estaba leyendo en su bufete se le escapaba la lámpara al otro lado del aposento pero no arrojada con violencia, sino como si alguien tranquilamente se la llevase, y a

(1) Extractado del periódico, *Las Noticias de Retford, Worksop y Gainsborough*, correspondiente al 10 de Marzo de 1883.

(2) *Auténtico, ingenuo y circunstancial relato de los pasmosos ajetreos de Stockwell.*

veces la traviesa entidad rasgaba la página del libro que el profesor leía, o tiraba deslomados a sus pies los libros de la estantería. Lo único que según parece atemorizaba al invisible agente era una espada esgrimida sobre la cabeza del profesor por este mismo o por otros. Schuppart expuso en conferencias públicas todas las circunstancias de su prolongada persecución, sin que nadie se atreviese a rebatir los hechos (1).

**El tambor de Tedworth.**—No relataremos al pormenor este caso por ser ya muy conocido. El agente de los fenómenos fue en esta ocasión una entidad encarnada que había desafiado al tambor sin que este aceptara el reto. También se echa de ver aquí el incidente de la espada que atemorizaba al invisible agente.

Nada demuestra en el caso del profesor si el causante de los fenómenos era entidad encarnada o desencarnada ni tampoco cual fuese el motivo de la persecución, pues acaso jamás lo supo el profesor o por lo menos no lo declaraba nadie. El incidente de la espada es muy significativo, y demuestra claramente que hubo materialización, pues una pura entidad astral no hubiese tenido miedo de aquella arma.

**Campanillazos.**— Algunas manifestaciones duendísticas van acompañadas de un campanileo ensordecedor, y otros casos hay en que se presenta aislado este fenómeno, como sucedió, por ejemplo, el año 1834 en la aldea de Bealings, cerca de Woodbrige, en Suffolk.

Durante cincuenta y tres días estuvieron sonando a frecuentes intervalos las campanillas de una casa sin que nadie las tocara. El comandante Moor, individuo de la Real Sociedad de Londres, que fue testigo del suceso (2), una vez convencido de la imposibilidad de superchería dirigió un comunicado a los periódicos refiriéndoles el caso y solicitando la intervención de los lectores por si alguno podía explicarlo satisfactoriamente. Nadie le dió explicación del fenómeno, pero en cambio recibió más de catorce cartas con relatos de fenómenos análogos ocurridos por entonces en la misma población y refrendados por las firmas de los testigos con licencia de publicar sus nombres. En alguno de estos casos la perturbación duró cerca de diez y ocho meses, y en otros tan solo de media a dos horas.

Refiere Owen (3) otro caso por el estilo, en que los dueños de la casa envolvieron las sonadoras campanillas en paños atados con cordeles, sin evitar que resonaran más estrepitosamente todavía, y aun que algunas se desprendieran de su montura hasta caer al suelo sin cesar el repique.

En la obra *Verdaderas historias de fantasmas* se lee otro caso muy semejante, ocurrido en 1891. Además del campanileo, se apagaron las luces y se encontraron prendas de ropa echadas a perder dentro de una bañera.

(1) Crowe.—*Aspecto nocturno de la Naturaleza*.

(1) Referido con todos sus pormenores en su obra titulada: *Las campanillas de Bealings*.

(2) *La tierra en litigio*.

## CAPÍTULO XX

### Apariciones sin objeto notorio

Vamos a tratar ahora de las apariciones cuyo motivo no se comprende fácilmente, aunque conviene recordar que la tendencia de muchas de estas manifestaciones es muy distinta de la que pudieramos suponer.

**La espineta de Bach.**— El señor N. G. Bach, bisnieto de eminente compositor, compró el año 1865 una magnífica espineta, construída en 1564, según rezaba la fecha. A la noche siguiente soñó que se le aparecía un hermoso mancebo diciéndole que el rey de Francia, Enrique III, le había regalado en cierta ocasión aquella espineta, y en prueba de ello, no solo tocó un aria compuesta por el mismo rey, sino que lo dió a Bach las reglas necesarias para retenerla en la memoria. Despertó Bach conmovido por los acentos del aria, y al ver que solo eran las dos de la madrugada, se volvió a dormir sin que se repitiese el sueño; pero al despertar por la mañana, encontró, con la natural sorpresa, sobre la cama la letra y música del aria oída en sueños, escrita con la notación musical de la época de Enrique III. No supo decir Bach si escribió la pieza el aparecido, o si bien, mientras dormía, guiado por invisible mano, la escribió el mismo en notación desconocida. De todo modos, era la pieza de indiscutible valor arqueológico. Algunas semanas después se vió Bach impelido a tomar un lápiz y escribir una comunicación recibida indudablemente del mancebo que se le había aparecido, diciéndole que en cierto sitio de la espineta encontraría una cartulina con la dedicatoria del instrumento, escrita de puño y letra del rey, en los términos que el comunicante citaba. Al despertar escudriñó Bach el sitio señalado, encontrando, en efecto, la anunciada dedicatoria; pero si bien el espíritu de su contenido correspondía exactamente con lo dicho por la aparición, no así la letra, que discrepaba algún tanto, dando con ello mayor testimonio de veracidad que si hubiese coincidido literalmente con el aviso.

Mucho interés despertó en París este sorprendente caso de aparición consecutiva, que discutieron ampliamente los amigos de Bach y relataron los periódicos. Se imprimió el aria, de la que obtuvo un ejemplar el mismo Owen, de quien hemos tomado el relato (1).

Tiene este caso todo el carácter de visita amistosa tal como el aparecido la hubiese hecho en vida. Según puede verse, no fue la aparición de excepcio-

(1) *La tierra en litigio.*

nal utilidad ni para el vivo ni para el muerto, aunque sirve de prueba auténtica a los estudiantes de ocultismo, y tal vez fuese este su verdadero objeto.

La permanencia del joven músico en el plano astral debió de ser muy larga si procedía de él la comunicación, según se infiere de las circunstancias del caso; pero aunque tan dilatada vida astral no sea muy común, tampoco es imposible, sobre todo si tenemos en cuenta que el aparecido denotaba carácter sencillo sin aspiraciones de elevada espiritualidad.

Por otra parte, no debemos olvidar lo fácil que le sería a una entidad astral abarcar psicométricamente la historia de la espineta y asumir la forma más a propósito para impresionar la mente de Bach. Muy loable obra sería para todo amante de la música, que se publicara en nuestros días la linda y patética aria que ciertamente acogerían con gozoso interés los pianistas de nuestra época. Alguien tal vez crea que todo ello fue una simulación trazada por el aparecido, con objeto de encubrir sus manifestaciones, pero aun cuando así fuese, no podríamos por menos de aplaudir sus buenas intenciones, aunque no estemos conformes con el procedimiento, como aplaudimos en vida a los actores que artísticamente representan su papel.

**El arañazo en la cara.**— He aquí un ejemplo de aparición sin propósito notorio, según lo refiere Andrés Lang en su obra *Sueños y Fantasmás*.

“El año 1867 falleció, de cólera fulminante, la señorita G., a los diez y ocho años de edad en la ciudad de San Luis. Nueve años después, en 1876, su hermano F.G., que la quería en extremo, hubo de ir por asuntos comerciales a San José, y mientras fumaba un cigarro redactando órdenes para sus dependientes, echó de ver la figura de su hermana sentada a su izquierda con el brazo apoyado sobre la mesa; y sin reparar en la imposibilidad del contacto iba presuroso a abrazarla, cuando se desvaneció rápidamente. Se quedó G. con la pluma en el tintero, el cigarro en la mano y el nombre de su hermana entre labios. La había reconocido por el semblante, el traje, la mirada y la apostura; pero llevaba en la mejilla derecha un arañazo de rojo intenso que su hermano nunca le había visto. El señor G. tomó el primer tren que salía para San Luis y refirió en su casa lo que le había ocurrido. El padre quiso echar la cosa a burlas, pero la madre cayó desfallecida, y al recobrar el sentido dijo que al vestir a la muerta le había hecho sin querer un rasguño en la cara con la punta de un imperdible, y para que nadie se enterase disimuló con polvos de arroz el arañazo. Conocido este pormenor ya no pudo dudar G. de que había visto a su hermana. Pocas semanas después murió la madre (1).”

**El general Barter.**— También hemos entresacado este caso de la citada obra de Andrés Lang.

“El año 1584, el que más tarde fue general Barter era subalerno del regimiento 74 de línea y estaba de servicio en el destacamento de Morree en el

(1) Caso investigado por la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas*, con el testimonio del padre y hermano de G.—Anales, tomo VII, pág. 17.

Punjab. Vivía en una casa recientemente mandada edificar por el teniente B., fallecido en Peshawur el 2 de Enero de 1854, según testimonio del ministerio de la Guerra. Se alzaba la casa en una escotadura de la montaña, tres o cuatro yardas más arriba del camino, con el que comunicaba por una pasarela que tan solo utilizaban peatones. Conviene advertir que el camino montanero moría en un precipicio.

“Una tarde recibió el oficial Barter la visita de los esposos Deane, quienes se estuvieron hasta cerca de las once de la noche. Hacía luna llena, y Barter acompañaba a sus visitantes por la pasarela para alcanzar el camino, y llevaba dos perros consigo. De vuelta a su casa iba fumando un cigarro, cuando oyó pisadas de caballo que por la pasarela se acercaban, echando de ver en el extremo del camino un jinete con enorme sombrero y dos lacayos indígenas. A este punto se pusieron los perros junto a su amo dando lentos y lastimeros aullidos. La luz del plenilunio en aquella tierra tropical era tan clara que pudo ver Barter a las tres personas y al caballo, con tanta minuciosidad como si fuese mediodía, a unos tres o cuatro metros de distancia en mitad de la pasarela. El jinete vestía de etiqueta con chaleco blanco y sombrero de copa, y montaba negligentemente, a rienda suelta, un potro montanero castaño oscuro, de crin y cola negras.

“Los lacayos conducían el animal y sujetaban al jinete. Viendo Barter que mal podía llevarles a su casa el objeto de su viaje, gritó: ¿Quién va allá? ¿Qué desean ustedes aquí?”

“Se detuvo el grupo, recogió el jinete las riendas de su montura con ambas manos y, volviéndose hacia donde habían salido las voces, mostró al pasmado Barter las inconfundibles facciones del teniente B., cadavéricamente pálidas, pero de aspecto mucho más vigoroso que cuando en vida lo conoció Barter. Acudió este presuroso al paraje en que el grupo estaba; pero ya se había desvanecido, aunque recorrió el camino en un trecho de cien metros hasta el precipicio sin oír nada ni ver a nadie. Los perros no le acompañaron en este reconocimiento.

“Al día siguiente fue Barter a ver a su amigo Deane, y procuró discretamente que la conversación recayese en el teniente B. Dijo Deane que el difunto oficial se había metido en carnes poco tiempo antes de morir, y que en Peshawur adquirió un potro que tuvo mal fin en una correría por la cuesta de Trete.

“Barter y su esposa oían, a menudo, las pisadas del potro en la pasarela.”

Barter escribió la relación de este caso por encargo de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con el testimonio de su esposa y del señor Stewart, a quien aquel, ya entonces general, se lo refirió pormenorizadamente.

Las circunstancias de que el difunto oficial hubiese cambiado de compleción, desde que Barter lo vio en vida, y de que este ignorase la compra del potro, acrecientan el interés y valía de este caso. Por supuesto que no tene-

mos prueba plena del objeto de la aparición; pero cabe presumirlo con mucha probabilidad, puesto que no hay razón para suponer en el teniente B. intención de impresionar la mente de su sucesor, aun cuando hubiese podido hacerlo. El difunto pensaría vigorosamente en las carreras a caballo que para ir a su casa debió emprender muchas veces en vida, y este pensamiento, favorecido por lo tediosa que sin duda le parecía la vida astral a causa de sus aficiones mundanas le dió bastante poder para materializarse de modo que afectara la vista y oído de los vivientes.

La misma explicación conviene al caso anterior de la aparecida en San José, que impulsada por el amor a su hermano, tuvo ardientes deseos de sentarse junto a él, según acostumbraba en vida; pues como el pensamiento se materializa muy fácil y rápidamente en los planos superiores, la difunta fue capaz de impresionar con toda claridad la mente de su hermano o de materializarse durante el instante necesario para la aparición.

Lo más característico en el caso del general Barter es la riqueza de accesorios de que dispuso el difunto oficial, pues materializar dos lacayos y un potro además de a sí mismo es hecho insólito, aunque posible, pero nos parece que no sucedió tal según dice el relato. Si en conjunto fue una visión subjetiva, de la misma manera impresionarían la mente del general las tres como una sola figura, y esta puede ser la verdadera explicación del fenómeno. Por otra parte, el potro había ya muerto, y por lo tanto pudo muy bien estar allí, sobre todo si tenía afición a su dueño por lo carinosamente que le trataba, pero no hay prueba de que también hubiesen muerto los lacayos.

No obstante, si Barter hubiese pensado en el difunto oficial imaginándose-lo a caballo por las cercanías de la que fue su casa, de seguro que se apareciera en compañía de sus familiares y habríamos de dar crédito por lo menos a esta parte de la visión, aunque también es verdad que en un país como la India abundan muchísimo los lacayos difuntos a quienes sin dificultad impresionaría el oficial con solo quererlo.

**El carricoche materializado.**— El doctor Lee (1) nos da otro curioso ejemplo de la materialización de accesorios. Dice que el cura de una parroquia y la viuda de un comerciante de Bristol vieron en una espléndida tarde de otoño un carricoche que con tres personas dentro pasaba por una callejuela cercana al jardín en donde ellos estaban, con la particularidad de que uno de los del carricoche se levanto del asiento para saludar con la mano a la viuda del comerciante, la que reconoció inmediatamente en quien la saludaba a un hijo suyo, que a la sazón servía en el ejército de la India. Se adelantó la señora hacia el carricoche y se quedó pasmada al ver que vehículo y personas habían desaparecido sin dejar rastro. Semanas después supo por noticias recibidas que su hijo había muerto el mismo día, aunque a hora más temprana de su aparición en Inglaterra.

(1) *Vislumbre de lo sobrenatural*, II.

Es difícil comprender la necesidad que tuvo el difunto de acompañarse del carricoche y de dos hombres desconocidos. La explicación más conjeturable es que el difunto pensara en que al quedar mortalmente herido, le recogieron dos hombres para llevarle a su casa en aquel vehículo, si bien fue necesaria muy considerable energía mental para la materialización, pues la vieron al mismo tiempo dos personas. También cabe que los dos desconocidos fuesen amigos ya difuntos a quienes el hijo de la de Bristol pensara en llevar de visita a su casa. De todos modos esta aparición no fue estéril, pues sirvió para predisponer el ánimo de la madre a la noticia de la muerte de su hijo, aunque nada había en la aparición que la indicase. Este caso es más bien uno de tantos en que la fuerza del pensamiento se aplica a un punto concreto, que en el difunto sería el de regresar a su casa.

**El espectro hostil.**— Se recuerdan casos en que las apariciones presentaron carácter notoriamente agresivo sin que precediera provocación. De esta índole es el ejemplo citado en la obra *Verdaderas historias de fantasmas*, atestiguado con su firma por el señor Jaime Durham, quien asegura que ocurrió el 5 de Diciembre de 1890. Es como sigue:

“Era yo vigilante nocturno de la estación de Stockton de la ciudad de Darlington. Una noche de invierno, de doce a doce y media, sentí mucho frío al andar de un lado a otro, y quise tomar un bocado. Había allí cerca la garita de un portero, con fuego encendido, que comunicaba con una carbonera. Abrigado con el capote me senté junto al fuego de cara a la luz de gas, cuando del lado de la carbonera apareció un extraño, seguido de un enorme sabueso negro. Al entrar él, nos quedamos los dos mirándonos y vigilándonos los movimientos, pero sus labios se dilataban en indefinible sonrisa. Llevaba gorro escocés, gorguera y casaca acuchillada con botones dorados. De pronto me golpeó, de modo que sentí su mano, y yo me levanté del asiento para devolverle el golpe, pero mi puño atravesó, como si fuese de niebla, el cuerpo de mi contrario, y descargué el puñetazo contra la pared frontera, cuyo choque me levanto la piel de los nudillos. El hombre pareció tropezar con el fuego, dando un alarido que no era de voz humana. Inmediatamente el perro se me agarró a la pantorrilla y me hizo daño, pero el hombre, ya repuesto del tropiezo, llamó al animal con un chasquido de lengua, y los dos se marcharon por la carbonera. Encendí entonces mi apagada linterna y registré cuidadosamente la carbonera, sin ver al hombre ni al perro, ni tampoco salida alguna por donde hubiesen podido escapar.

“Algunos años antes, un empleado de la estación se había suicidado, y llevaron su cadáver a aquella misma portería, según me dijeron después el señor Pease y otros, quienes además describieron con todos sus pormenores al aparecido, sin olvidar el perro que le acompañaba y me había mordido, aunque no dejó dentellada.”

Varios puntos de interés nos ofrece este caso, pues son rarísimos los espectros que agreden a un vivo sin provocación por parte de este. El puñetazo del vigilante nos demuestra que hubo materialización parcial, pues si bien el puño paso a través del espectro, no dejó de impresionarle su contacto, al

paso que ningún efecto hubiese producido si la aparición se envolviera en su vehículo astral. El extraño alarido es también prueba de materialización parcial. Los que frecuentan las sesiones espiritistas saben lo aguda y chillona que es a veces la voz; antes de que se complete la materialización, y a esto alude, sin duda, el poeta al decir que: "los ensabanados muertos gimen y claman lastimeramente en las calles de Roma."

El perro es otro rasgo característico de este caso, aunque tampoco haya prueba de que fuese en sí mismo un espectro o bien un accesorio ficticio. Aunque, cabe perfectamente el mordisco sin dejar huella en la carne del vigilante. De todos modos, los animales intervienen con frecuencia en los casos de aparición; pero, por lo común, son formas de pensamiento o plasmas de la materia astral. Sin embargo, no por ello deja de haber auténticos espectros de animales, ya que también tienen cuerpo astral que sobrevive a la muerte del físico y habitan en el plano respectivo durante algún tiempo bastante más corto que el de la vida astral humana. Casos hubo en que los animales domésticos se aparecieron a sus dueños.

**El espectro del perro.**—Sirva de ejemplo el siguiente relato:

"Un oficial de marina fue de visita a la casa de campo de un amigo suyo, y al llegar encontró a varios hombres en el salón de fumar sentados alrededor del fuego en compañía de un perro zorrero. De pronto se oyeron por las escaleras los pasos y cascabelo del collar de otro perro.

"—¡Aquí está Pedrucho! —exclamó el oficial recién llegado.

"—Pedrucho se murió! —repuso el dueño de la casa.

"Pero todos oyeron como los pasos del animal resonaban a través de la puerta cerrada hasta entrar en el salón. El zorrero se levantó de pronto con las orejas erguidas, gruñó sordamente y se puso a perseguir, a ras de la alfombra, algo no visto por los circunstantes, hasta que junto al tapete del hogar se oyó el repiqueteo de los cascabeles y el ruido de un cuerpo que pesadamente se desplomaba para reposar en el suelo."

Cita este caso Andres Lang, en su obra *Sueños y Fantasmas*, y dice que lo refirió por carta un oficial de la marina de guerra.

En cuanto a mi toca, he visto repetidas veces animales domésticos en cuerpo astral, de la propia manera que les he visto también el cuerpo astral mientras dormía el físico. En cierta ocasión, un animal doméstico llegó a hacerse audible y palpable a uno de nuestros consocios, a quien conocía perfectamente, en un país extraño a centenares de millas del lugar donde dormía su cuerpo físico.

## CAPÍTULO XXI

### Tipos menos frecuentes

**La cabeza flotante.**—No parece muy común la materialización parcial que da por resultado una cabeza flotante en el espacio, según ocurrió en cierto caso referido por el reverendo H. Elwy Thomas. Paseaba este, una tarde de verano, por las afueras de Llangynidr, en el sur del país de Gales, después de terminadas sus tareas. Eran las ocho y veinte minutos; pero aun había bastante crepúsculo para distinguir los objetos a distancia. Dice el mismo testigo del suceso:

“Al volver los pasos ví, a cosa de una yarda de distancia, y al nivel de mi cara, la de un viejo cuyos rasgos aparecían tersos, de color plomizo oscuro, excepto la frente que estaba surcada por profundas arrugas. Los labios eran sumamente delgados y exangües, y entreabría la desdentada boca. Las mejillas estaban hundidas y demacradas como las de un cadáver, y los ojos agazapados en sus órbitas tenían la mirada luminosa y penetrante. Iba esta cabeza envuelta en dos vendas de zarza amarilla, una que la ceñía barba y carrillos hasta anudarse por encima de los parietales, y la otra circuía la rugosa frente y se ataba sobre el occipital.

“Movido de espanto corrí escapando de la horrible visión un trecho de sesenta metros, y al pararme volví los ojos para ver si me había alejado bastante, cuando con indescriptible horror la contemplé tan cerca como si no me hubiese movido ni un paso. Entre la cabeza y el suelo solo noté una columna irregular de intensa obscuridad, a través de la cual pasó mi paraguas tan fácilmente como penetra un bastón en el agua.”

El reverendo Thomas volvió a retroceder unos cuantos pasos, pero luego se atrevió a darle cara a la aparición, que entonces retrocedió lentamente por el camino hasta llegar al muro del patio de la iglesia, donde desapareció en un sitio que el reverendo puso cuidado en señalar, y cuando refirió el caso a su patrona esta reconoció en el retrato a un licenciado de presidio, muerto quince años antes, que había vivido en una choza cercana al paraje de la aparición, y fue enterrado en el punto del patio de la iglesia en donde se había desvanecido el espectro (1).

A no ser por el extraño vendaje, esta aparición en nada se diferenciaría de los fantasmas ordinarios, y cabe colegir que se propuso impresionar terrorí-

(1) Extractado de la obra: *Verdaderas historias de fantasmas*.

ficamente al sacerdote, tal vez porque pensara que este podía darle consejo y auxilio. También es lógico suponer que el difunto frecuentase, sin determinado propósito, el paraje donde estuvo en vida, y por momentáneo deseo de compañía humana y de sensaciones físicas hubiese sido capaz de aparecerse.

**El espectro extrahumano.**— Cuenta Stead en la ya citada obra, que una señora de Brockley le refirió personalmente otro caso todavía más horrible e inexplicable de la aparición de una cabeza flotante. Es como sigue:

“Un sábado por la tarde del último verano, hacía las ocho, estaba yo en casa sin más compañía que mis dos hijos de ocho y nueve años respectivamente, a los que en aquel momento les daba un baño. Los dejé solos por brevísimo rato, y cerrando la puerta del cuarto, pase por el corredor en dirección a la escalera, con el pensamiento puesto en una cosa que iba a buscar al piso bajo, cuando al levantar los ojos me sorprendí al ver una extraña luz que brillaba en el rincón de la pared, a cosa de dos metros de la escalera y unos cuantos centímetros delante de mí. Instintivamente miré a todos lados por si la luz pudiera ser reflejo de otra; pero nada descubrí que confirmase aquella presunción, pues no había luz alguna en la casa y el contador estaba cerrado.

“Mire otra vez a la luz con deliberada atención, y en menos tiempo del que me cuesta escribirlo, la vi metamorfosearse en una cabeza de lampiño rostro verdoso amarillento y pobladísima cabellera. Era aquella cara mucho más abultada y ancha que la de un hombre, con grandes ojos verdes de contornos imprecisos, que parecían hundirse en las amarillentas mejillas. La expresión del semblante era diabólicamente maligna, y aunque no me dejaba dominar por los nervios, sentí al contemplarla tanto horror como admiración, creída de que tal vez fuese uno de los modelos en que se inspirara Gustavo Doré. Clavé entonces los ojos en el espectro, y le dije, “En el nombre de Cristo, vete.” La infernal aparición se desvaneció en aquel punto de mi vista sin que volviese a conturbarme.”

La señora que refirió este caso a Stead tuvo cuidado de eliminar de antemano las explicaciones que de él pudiesen dar los escépticos, y al efecto advierte que en su vida sufrió ataques biliosos ni de otra clase propicia a las alucinaciones, y que tampoco bebía licores espirituosos. Verdaderamente parece que la señora resistió la vista de la aparición con mayor serenidad que el reverendo Thomas, a pesar de ser en todos conceptos mucho más horrible la del caso presente.

Tan solo veo yo dos posibles explicaciones de esta aparición. Seguramente no era ser humano, sino forma mental y acaso creación del celeberrimo dibujante cuyo nombre acudió instintivamente a los labios de la señora. Sin embargo, las referencias que tenemos del caso no bastan para explicar satisfactoriamente por que se apareció allí la forma mental y pudo mostrarse a la señora y esta fue capaz de verla. De todos modos, la hipótesis más razonable es la forma mental.

Otra explicación es suponer que el espectro fuese una criatura pertene-

ciente a evolución distinta de la humana, de las que solo se ponen en contacto con el hombre en circunstancias sumamente raras. Los atlantes conocieron este secreto y de él resultaron los más horribles abusos, de los cuales quedaban todavía, en los tiempos clásicos, reminiscencias personificadas en el dios Pan. Pero las murallas fronterizas entre nuestro mundo y el suyo son tan formidables, que forzosamente ha de estrellarse contra ellas quien intente atravesarlas.

El espectro descrito por la señora sugiere vigorosamente la idea de esta evolución extrahumana; pero lo difícil es aceptar el motivo de semejante aparición, tan de repente, en una tranquila casa particular. Según hemos dicho, resulta más posible que fuese una forma mental en extremo vigorosa, y hemos de lamentar que tan rápido se desvaneció al conjuro de la señora, pues muchos miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas hubieran deseado vivamente ver aquella cabeza.

**Persistencia molesta.**— Las personas dotadas de aptitudes mediumnics están expuestas al asedio de algún difunto que por diversas razones ansía comunicarse con el mundo físico, y si el medium no les comprende persisten moleestamente hasta que logran despertar su atención. Por lo general, el difunto solo es capaz de producir arrebatos, golpes, rumores y crujidos; pero hay casos en que logran materializar una mano con suficiente vigor para prender objetos materiales y suplir equivalentemente los efectos de la fuerza muscular. Los que asisten a las sesiones espiritistas están mayormente expuestos a esta aparición, pues si bien los espíritus guías o presidentes invisibles de las sesiones libran al medium de la influencia de aquellos otros espíritus que acuden con propósitos egoístas y puramente terrenales, su protección no alcanza a todos los concurrentes, y así ocurre que los malos espíritus rechazados por el medium asaltan a cualquier circunstante dotado de condiciones mediumnics, con la esperanza de lograr de aquella suerte lo que no les consintió el espíritu guía.

**Los perros y la mano.**— Un sorprendente caso de esta índole nos cita Lang en su obra *Sueños y Fantasmás*, quien lo ífa bajo la palabra del que se lo refirió.

“Cierta sujeto llamado Bolter, después de asistir a tres o cuatro sesiones espiritistas, notó desacostumbrada excitación nerviosa con temor de dormir solo, y en vista de ello fui una vez con él a su choza y nos acostamos en la misma cama. Poco después me despertó un ruido como si alguien se moviese en el aposento, y vi de par en par la puerta por donde entraba la luz de la luna llena, brillante cual la del día. Dentro del aposento saltaban de un lado para otro cuatro o cinco perros negros muy corpulentos, de los cuales uno se subió a la cama y otro acercó el hocico a mi boca, pues la cama era baja y yo dormía en el lado opuesto a la pared. Pero como siempre tuve amorosa afición a los perros de toda casta y el amor no da lugar al miedo, me levante tranquilamente para echar de allí a los perros, cerrar la puerta y volverme a la cama creído de que eran de carne y hueso.

“Me dormí; pero desperté de nuevo con el sobresalto de que alguien me tiraba de la manta, y aunque me la puse bien, otra vez se repitió el tirón que la arrastraba fuera de la cama. Sorprendido del fenómeno agarré la manta fuertemente y supongo que me quedaría dormitando, pues no tardé en despertarme la sensación de la manta que de nuevo se deslizaba hacia abajo hasta caer esta vez del todo al suelo. conviene advertir que entretanto ocurría esto, miré varias veces a Bolter que parecía dormir profundamente; pero a la sazón ya no pude contenerme y quise despertarle, aunque en vano, pues estaba como muerto y su rostro, ya de por sí palidísimo, tenía la blancura del mármol iluminado por la luna. Después de titubear un punto volví a poner la manta sobre la cama y la retuve vigorosamente, pero entonces tiraron de ella con más fuerza, de modo que me fue preciso emplear toda la mía.

“Para mejor sujetar la manta había yo hecho un movimiento de cabeza, cuando sentí de pronto sobre mi cuerpo la sensación de una mano cuyos dedos se me acercaban poco a poco a la cabeza. Loco de terror solté la manta y tope con una mano que horrorizado mire por un momento hasta rechazarla de mí. Maravilla mayor fue que no estaba unida a brazo ni cuerpo y era velluda y morena con nueve dedos (pues faltaba un pulgar), cortos, rechonchos, de largas y puntiagudas uñas a manera de clavos. Demasiado medroso para sacar el pecho fuera, me mantuve quieto en la cama; y después de otro inútil intento de despertar a Bolter, me quede dormido. A la mañana siguiente le referí lo ocurrido, y me respondió que también otros hombres que con él habían pasado la noche vieron la misma mano, aunque se extrañó de que ¡no hubiesen venido los perros!”

Este caso puede ser de aparición insistente o persistencia molesta; pero asimismo cabe atribuirlo, en vista de las circunstancias que lo acompañan, a obra de magia primitiva por haber acaso ofendido o agraviado Bolter a un indígena del país, acarrecándose con ello aquella extraña persecución. La mano descrita no puede ser de un europeo, y la mutilación del dedo pulgar es indicio de un desconocido episodio de carácter forzosamente desagradable. Los perros negros son un rasgo muy extraordinario, pero con dificultad puede explicarse su presencia, a no ser que los consideremos como accesorios de magia, si bien su carinosa índole quita todo fundamento a esta hipótesis.

**El espectro del pájaro.**— De clasificación muy difícil es el presente caso que en su obra *Cosas extrañas*, refiere Enrique Spicer como sigue:

“El capitán Morgan, recién llegado a Londres en compañía de un amigo, se hospedó en una espaciosa y antigua casa del siglo pasado y le destinaron un amplio dormitorio con una cama muy alta tendida sobre cuatro postes.

“Se retiró a descansar, y al poco rato de haber conciliado el sueño le despertó un fuerte batir de alas que resonaba junto a él, acompañado de una sensación de frío y desaliento como nunca hasta entonces la sintiera. Se levantó sobresaltado de la cama y vió con asombro un enorme pajarraco negro de alas extendidas y ojos tan relucientemente rojos que parecían echar

lumbre.

“Estaba el ave frente a él en tan furiosa actitud de picotearle cara y ojos, que se maravillaba de contener el ataque esgrimiendo la almohada contra el agresor. Durante la contienda acertó a escaparse de la jaula un pajarero que había en la casa y vino a entrar en el dormitorio. Repetidas veces volvió al ataque el pajarraco con maligna furia, hasta que comprendiendo, por fin, que no lograría alcanzar al valeroso oficial que tan gallardamente le resistía, empezó a retroceder, perseguido por su contrario, hacia el sofá situado en un ángulo del dormitorio, sobre cuyo asiento cayó presa de terror.

“Seguro ya de que no había de escaparse el vencido pajarraco, se detuvo un instante sin apartar la vista de él, y al acercarse luego para tocarlo vio con redoblada sorpresa que se le desvanecía entre los dedos y únicamente palpaba aire. En vano registró con luz todos los rincones del dormitorio, resistiéndose a creer que hubiese sido víctima de tan enorme alucinación; pero en parte alguna pudo dar con el pajarraco. Después de largo escrutinio, el burlesco capitán se volvió a la cama sin novedad ulterior en el resto de la noche.

“Mientras a la mañana siguiente se vestía, resolvió callar cuanto había visto e inducir a su amigo a cambiar con él de habitación, a lo que, habiendo accedido el otro, refirió al día siguiente, muy mal humorado, que le fue preciso disputar la posesión del aposento al más extraño e incomprensible avechicho de cuantos viera en su vida, de tamaño enorme, color negro y muy astuto para eludir todo intento de presa, hasta desaparecer sin dejar rastro de su huída.”

Según podemos inferir del caso, no conocen los ornitólogos ningún ave como la descrita, aunque tal vez los testigos exageran su tamaño. Pero, aunque lo consideráramos aparición de águila o buitre, no veríamos el motivo de su injustificada y feroz agresión. Tal vez fuera una forma mental engendrada por un vivo o por un muerto que tuviese razones particulares para ahuyentar del aposento a cuantos en él trataran de acomodarse. También pudo ser un espíritu de la naturaleza con ganas de jugar esta mala pasada al primero que se pusiera por delante, si bien en este supuesto no cabría la ferocidad mostrada por la misteriosa ave.

Para dar explicación aceptada de este caso sería preciso haberlo presenciado personalmente, pues no corresponde a ninguna de las clases ordinarias de apariciones y parece más bien una de aquellas aventuras que les ocurren a quienes se apartan de los trillados caminos del plano astral, por el estilo de las que suelen acontecerles a los que se salen de las frecuentadas vías del plano físico.

**Prueba terrible.**— Refiere la señora Crowe (1) que un profesor de colegio sedujo a una señorita y se casó luego con otra. La seducida no cesaba de reconvenir al seductor por su mala acción siempre que se le ofrecía oportunidad, hasta que un día, poco después de habérselo visto hablar con ella, la

(1) Aspecto nocturno de la Naturaleza.

encontraron muerta. Como era natural recayeron en el las sospecha~, aunque no fue posible aducir prueba en concreto; pero parece que desde entonces se retiraba el profesor, todas las tardes, a un apartado aposento donde permanecía sin ver absolutamente a nadie. Sin embargo, las gentes murmuraban pavorosamente que se oía la voz de la muerta en conversación con él.

**La novia de Corinto.**— La misma señora Crowe refiere otro caso todavía más saliente (1):

“Cierta joven corintia se apareció, seis meses después de muerta, a un joven que estaba de paso en casa del padre de ella, y sin respeto a las conveniencias sociales entró en el aposento de él y entabló relaciones muy parecidas a noviazgo, con cambio de regalos y participación en alguno que otro refrigerio, creído el de que el espectro era persona de carne y hueso.

“Una criada husmeó las visitas y se apresuró a comunicar a los padres que había resucitado su hija. Como era de suponer, no creyeron tal cosa, aunque la madre, descosa de tranquilizar a la criada, consintió en ir a comprobar el pregonado prodigio, encontrándose con que el aposento estaba a oscuras y durmiendo el huésped; pero cuando al otro día le preguntaron que era aquello, respondió declarando la visita recibida de una joven, y en prueba de ello enseñó la sortija que a cambio de la suya, le había regalado. Al instante reconocieron los padres el anillo con que enterraron a su hija, sospechando que los ladrones hubieran despojado el cadáver.

“No obstante, como la joven había prometido volver la noche siguiente, resolvieron los padres encomendar la vigilancia a otra criada por ver en que paraba aquello. Se apareció, en efecto, la joven, y advertidos inmediatamente los padres de lo que ocurría, reconocieron con el júbilo que es de presumir a su difunta hija, pero esta no pareció participar de la alegría de ellos, antes bien, les reconvino por inmiscuirse en sus asuntos, diciéndoles que se le había permitido pasar tres días con el forastero en su casa nativa, pero que ya le era preciso volver al punto que se le tenía señalado. Dicho esto cayó desplomada, de modo que todos pudieron ver el cuerpo muerto.

“Absortos los padres por el suceso, se apresuraron a destapar el enterramiento de su hija, viendo con asombro que no estaba el cadáver en el ataúd, y sí tan solo sobre él la sortija que el huésped había cambiado con la de la joven. El segundo cadáver fue entonces sepultado extramuros de Corinto con muchas ceremonias y sacrificios.”

Si estos dos casos son ciertos como parece, aunque no hay medio de comprobación rigurosa, pueden considerarse como rarísimas y no muy apetecibles modalidades de la actividad en parte física y en parte astral. El primer caso tiene por fundamento que el profesor se vió precisado a dedicar parte del día a la asesinada joven, tal vez porque esta le hubiese sugerido la idea de que así le era forzoso hacerlo para expiar la seducción, amenazándole con espantosas apariciones, o tal vez con perseguirle de por vida si no lo cum-

(1) Idem.

plía. Desde luego, que si se oía su voz debió materializarse. Y conviene advertir que con ello se retardaba la evolución de ambos. Por fortuna, ninguna persona de conducta limpia y honrada tropieza con semejantes horrores, propios tan solo para castigo de crímenes odiosos.

El segundo caso, revestido de todos los requisitos de autenticidad posibles en aquella época, no tiene igual entre los que conozco aunque parece estar lejanamente emparentado con las leyendas y tradiciones de vampiros de la Europa oriental, y acaso quepa atribuirle el mismo fundamento. Bueno es vivir en cuerpo de carne si sabemos emplear provechosamente la vida física, y mucho mejor todavía es vivir en cuerpo astral; pero debemos evitar a toda costa la anormal condición que participa híbridamente de ambos planos. Tan solo en circunstancias muy excepcionales es posible vivir en la misma frontera de los dos mundos, y aun es preciso para ello concentrar pensamiento y deseo en el más grosero aspecto de la vida física. El hombre de honrada conducta nunca necesita dirigir su pensamiento a tan extraños y monstruosos horrores. El vampiro corresponde en el plano astral a los Borgia en el físico. La historia atestigua la existencia de semejantes seres, pero por fortuna la mayor parte de nosotros no tendremos ocasión de topar con ellos.

**La inconsciencia de la muerte.**—En otro capítulo expuse el hecho de que algunos difuntos no se dan cuenta de su muerte ni aun después de mucho tiempo de ocurrida, y si bien a veces circunstancias imprevistas les advierten de su nueva condición, hay otras en que la inconsciencia persiste durante largos años. La señora Crowe, en su ya tantas veces citada obra, refiere el siguiente caso de esta índole:

“Un caballero irlandés, muy bien acomodado, paseaba cierto día por la carretera, cuando encontró a un viejo decentemente vestido en traje al parecer de fiesta, y en actitud de pasear también por aquel sitio. La proveya edad del anciano llamó la atención del caballero, tanto más cuanto no se adecuaba a la soltura de sus movimientos ni a la presteza con que subía cuesta arriba. Movidó de curiosidad se acercó el caballero al anciano y le preguntó como se llamaba y en donde vivía, a lo que respondió diciendo que su apellido era Kirkpatrick y que habitaba en un cortijo que señaló con el dedo. Le extrañó al caballero no conocer al anciano, pues trataba personalmente a todos los colonos de sus vastas propiedades en que precisamente radicaba el cortijo señalado. El anciano se extrañó a su vez de que el caballero no le conociese, pues dijo que todos los días paseaba por allí. ¿Cuántos años tiene? ~—preguntó el caballero.—Ciento cinco—respondió el otro—, y toda mi vida la he pasado en este país.

“Después de unas cuantas palabras ambos se separaron” y el caballero indagó de unos labradores del campo vecino, si conocían a un viejo llamado Kirkpatrick. Dijeron todos que no; pero repetida la pregunta a otros de más edad, respondieron: “En efecto, le conocimos y estuvimos en sus funerales. Vivía en el cortijo de la cuesta, pero murió hace veinte años.”—“¿Qué edad contaba al morir?”—volvió a preguntar el caballero maravillado.—“Ochenta

y cinco años”—respondieron. De esto dedujo el caballero que el viejo daba la edad que contaría a la sazón del encuentro si hubiese sobrevivido. El mismo caballero refirió este curioso incidente, y todo cuanto podemos decir es que ocurrió según queda referido, sin explicación posible. El caballero no había oído hablar en su vida de este hombre, que murió algunos años antes de entrar él en posesión de aquellas haciendas.”

Es muy raro que un hombre permanezca veinte años sin darse cuenta de su muerte; pero en este caso es de advertir lo engraido que el viejo estaba de pasear diariamente y subir con juvenil agilidad las cuestas a los 105 años. Tal vez vivió solo durante mucho tiempo por haber muerto sus coetáneos, y no tenía costumbre de detenerse a hablar con nadie o bien pudo quedarse sordo en sus últimos años y no estar avezado a la conversación. Pero ¿por qué se mostró auditiva y visiblemente una vez tan solo al caballero que refiere el caso? ¿Era físicamente visible y audible, o acaso el caballero fue clarividente en aquel preciso momento? Esto último es lo más probable, aunque no haya prueba de por qué se mostró en aquella ocasión. Sabemos que de tarde en tarde algunos hombres tienen perceptibilidad parcial, pero ignoramos el por qué y el cómo. Las causas de esta perceptividad son a veces claras y evidentes, si bien otras veces escapan a nuestra indagación, tal vez porque llegan de planos superiores cuyas fuerzas solo comprendemos en parte.

**Las luces fantásticas.**- Entre los fenómenos espectrales, resaltan por lo curiosos aquellos en que el alma se aparece por sí misma o se simboliza en una luz, como el caso citado asimismo en la obra de la señora Crower en los términos siguientes:

“Un párroco hacía poco instalado en su casa rectoral estaba una tarde apoyado sobre la pared del patio cuando vió brillar una luz sobre una tumba. Creído de que sería una linterna, salió por el portillo a cerciorarse de ello, pero antes de llegar al paraje se movió la luz hacía adelante y, aunque la siguió, no pudo ver a nadie. Sin levantar mucho del suelo avanzó la luz rápidamente a lo largo del camino hasta entrar en el bosque y subir por la colina para desaparecer al fin junto a la puerta de una granja. Incapaz de comprender queera aquello, estaba el sacerdote perplejo entre escudriñar la casa o restituirse a la rectoría, cuando de nuevo apareció la luz acompañada de otra y siguiendo la misma trayectoria se extinguieron ambas en la misma tumba donde se había iniciado el fenómeno. Señaló el sacerdote con toda puntualidad el paraje, y al otro día le preguntó al sepulturero, a quien pertenecía aquel enterramiento, y dijo que a una familia que habitaba en la granja donde precisamente se había extinguido la luz, pero que desde muchos años no se había vuelto a enterrar allí ningún cadáver. El sacerdote se maravilló en extremo al saber aquel mismo día que un niño de la familia había fallecido de escarlatina la tarde anterior.”

No es difícil ver en la luz el símbolo del alma de algún viejo pariente ya difunto que fuese a llevarse el alma del niño. Sin embargo, el símbolo debe considerarse como una impresión producida en la mente del muerto, pues si

bien el alma no se queda con el cuerpo en la tumba, es posible que así lo crean las gentes sencillas y, en consecuencia, que se resolviera el pariente a ir en busca del alma del niño, determinando la aparición luminosa que vió el sacerdote.

## CAPITULO XXII

### Impresiones astrales

Examinemos ahora algunos ejemplos de la clase de fenómenos debidos a las llamadas impresiones astrales; pero antes citaremos las consideraciones que a este propósito expone Stead como sigue:

“Hay una numerosa familia de fantasmas cuya existencia tiene cierta analogía con el fonógrafo. Cuando se impresiona una placa fotográfica, el aparato reproduce la voz tantas cuantas veces funciona, hasta que sobreviene el desgaste, y aunque haya muerto la persona que impresionó la placa, podemos seguir oyendo su voz como si estuviera viva. Lo mismo ocurre respecto de los fantasmas. Una emoción violentísima puede imprimirse en los objetos circundantes de tal manera, que bajo determinadas condiciones reproduzca la imagen y movimientos de la persona cuyo espectro se manifiesta” (1).

Esto es precisamente lo que sucede. La psicometría demuestra que los más tenues objetos físicos conservan perpetuamente la impresión de cuanto ha ocurrido en su vecindad. Por lo regular, esta impresión permanece imperceptible a nuestros sentidos y necesita el peculiar poder del psicómetro para actualizarse; pero cuando es en extremo profunda, no exige tanta sensibilidad su percepción y es posible que incluso la advierta el hombre vulgar.

Dondequiera ocurre una tremenda turbulencia mental de terror, pena, tristeza, odio, ira o de cualquier pasión exaltadísima, las vibraciones astrales son tan violentas que impresionan el ánimo de los circunstantes de más lerdas cualidades psíquicas. Solo se necesita acrecentar algún tanto la sensibilidad para reproducir la escena, cual si con todos sus pormenores ocurriera ante su vista como en la película de un cinematógrafo, y aun en determinadas circunstancias la materialización llegara al punto de percibir el suceso con los sentidos corporales.

**El sonido temeroso.**— Algunas veces se manifiesta la sensación de la escena sin que esta se reproduzca al pormenor, como en el siguiente ejemplo citado por T. Westwood (2).

“En un paraje solitario de las inmediaciones de Enfield Chase había una

(1) *Verdaderas Historias de Fantasmas*, pág. 310.

(2) Artículo inserto en el periódico *Notas y Preguntas*, 5 Abril de 1873.

casa vieja, abierta a todos los vientos. En la época de mi relato, moraban en ella dos hermanas solteronas, de quienes era amigo y me convidaron una vez a comer con otros varios invitados de la localidad. Tuve yo que acicalarme algún tanto antes de sentarme a la mesa, y un criado me acompañó a un aposento del primer piso, donde me quede a cumplir mis menesteres. Apenas se hubo ido el criado, cuando oí en el aposento un espeluznante son, como de reprimido temor, que parecía acercárseme. Al principio no hice caso, creyendo que sería el viento en la chimenea o el chirrido de la entornada puerta; pero al dar unos pasos por el aposento, noté que el ruido iba en pos de mí sin dejarme en punto alguno, ni siquiera en los rincones. Intranquilo y completamente incapaz de explicarme tamaña extrañeza, concluí apresuradamente mi tocado y bajé al comedor con la esperanza de verme libre de la molestia; pero no fue así, porque el ruido seguía a mi lado perfectamente audible y vibrante de horror, aunque algo más débil. Durante la comida, entre el rumor de las conversaciones lo oí distintamente varias veces, y tan cerca, que de producirlo una entidad, hubiésemos estado los dos en el mismo asiento. Ningún otro comensal parecía oírlo, pero a mí llegó a fatigarme y solo me aliviaba la idea de que no había de pasar la noche en aquella casa.

“A temprana hora de la tarde nos despedimos los convidados, y yo me sentí dichoso al respirar la fresca y sana brisa y verme libre por fin del temeroso ruido.

“Posteriormente encontré a mis dos amigas en una visita, y al referirles lo que me había ocurrido, se sonrieron diciendo que era muy cierto lo del temeroso ruido, pero que, por lo acostumbradas a él, ya no hacía caso. Añadieron que a veces no se oía durante algunas semanas y otras pasaba de aposento en aposento y de piso en piso tan pertinazmente como a mí me había perseguido. No supieron dar el fenómeno otra explicación sino que era un ruido enteramente inofensivo.

“Tal vez fuese así; pero sin duda que recordaba alguna terrorífica escena perpetuada en el limbo de las cosas invisibles.”

**Pisadas espectrales.**— Hace años tuve yo mismo una experiencia de esta clase, que si bien trivial, corrobora exactamente la ley que vamos examinando.

No muy lejos de donde yo a la sazón vivía, en uno de los arrabales de Londres, estaban abriendo una calle de nuevo trazado, y aunque aun no había casas e veían ya colocadas a uno y otro lado las aceras con una cerca a todo lo largo que del despoblado las separaba. Como es natural, los peatones pasaban por las aceras, pues el arroyo era todavía intransitable por el mucho barro que había, sobre todo en invierno. Tenía la calle una milla de largo y estaba muy frecuentada durante el día por ser el camino más corto para ir a una de las estaciones ferroviarias. Por la noche quedaba enteramente a oscuras, y no obstante iba yo algunas veces por ella, pues sin dificultad podía seguir la línea de la acera. Decía la voz pública, que era muy arriesgado

aventurarse a pasar de noche por aquella calle, en donde la gente maleante accechaba a los transeúntes, pero yo nunca me enteré de ningún caso concreto que confirmase este rumor y solo observé que a veces aguardaba alguien en la esquina a que otro viniese para atravesar la calle en compañía.

Una noche de luna pasaba yo por esta calle con andar suelto a eso de las nueve de la noche. Los campos colindantes estaban cubiertos de tenue neblina que no me impedía abarcar con toda claridad de uno a otro extremo de la calle y los despoblados terrenos que a una y otra parte de las aceras se extendían. A mitad de la calle, sin que hubiese alma viviente sino yo en todo aquel trecho, oí pasos como de alguien que corriese desesperadamente para salvar su vida. Los pasos resonaban con toda claridad en la acera y no puedo explicar el terror de que me sobrecogí al oírlos. De pronto pensé: "Aquí llega alguien poseído de terror, pero no presumo que pueda haber visto o imaginado." Sin embargo, ¿dónde estaba aquel hombre? Los apresurados pasos se acercaron más y más hasta que los oí junto a mis propios pies y alejarse en dirección opuesta a la que yo estaba, sin que apareciese ninguna forma visible, pues la cerca del lado de las aceras no hubiera podido ocultar un perro, cuando menos a un hombre. Maravillado me mantuve buen rato en espera y después proseguí mi camino a paso cauteloso y vigilante, sin que nada de nuevo me ocurriera ni desde entonces supiese cosa alguna que me explicara el fenómeno.

Pasaba esto antes de iniciarme en las enseñanzas teosóficas y por lo tanto no podía tampoco explicármelo por mi mismo, de modo que aunque mis conjeturas anduvieran cercanas a la verdad, solo eran conjeturas, y acabe de desechar la preocupación en aquel inexplicable fenómeno. A la luz de las enseñanzas teosóficas aparece clarísima la explicación, pues sin duda alguien había corrido escapado y poseído de temor por aquel paraje con tan violenta emoción que impresionó los objetos circundantes. Las vibraciones astrales del terror fueron lo suficientemente vigorosas para dejar la impresión fonográfica a que se refiere Stead y reproducir el ruido de los precipitados pasos de la fuga cuya escena con tanto provecho me aleccionó.

No conocemos muy bien todavía las leyes reguladoras de semejantes fenómenos para discernir por que solo se reprodujo el ruido de la carrera y no la forma del que huía, como ha sucedido en otros casos semejantes; pero comprenderemos fácilmente que no había bastante fuerza para materializar en el plano físico el conjunto de la escena de modo que al mismo tiempo hiriese vista y oído, o bien que por circunstancias no conocidas se reproduzcan unas veces las vibraciones auditivas y otras veces las visuales sin saber a punto fijo que modalidad tomará la manifestación. Las apariciones puramente acústicas son mucho más numerosas que las espectrales a causa, sin duda, de la mayor lentitud de las vibraciones sonoras que por lo mismo quedan impresas en los objetos físicos más fácil y prontamente que las visuales. Seguramente que investigaciones futuras darán explicación completa de esta clase de fenómenos.

**Perpetuación de una impresión astral.**— Otro caso análogo refiere el

Dr. Lee (1), según se lo contó el reverendo Jose Jefferson, vicario de North Stainley, cerca de Ripon, a quien le había sucedido al pasar de noche por un paraje situado a unas once millas de Nueva York. Oyó el sacerdote continuados chillidos de espanto sin que en todo el contorno se descubriese persona humana. Posteriores indagaciones le informaron de que allí se había perpetrado un crimen en circunstancias verdaderamente horribles y que los chillidos eran reproducción de los que la víctima exhalara. Supo también el reverendo Jefferson que al pasar otros por aquel sitio, no solo oyeron los chillidos, sino que vieron además el estrujado cadáver de la víctima tendido en el mismo lugar donde, en realidad, lo habían encontrado muchos años antes.

**Atrocidades puritanas.**— Se asegura que en la abadía de Watton, cerca de Beverley, en el Yorkshire, perdura todavía hoy la impresión asnal de un crimen inauditamente abominable. Parece que en tiempos de la revolución inglesa una partida de parlamentaristas merodeaba con el mayor desenfreno por aquella comarca cometiendo las repugnantes crueldades y odiosos excesos que caracterizaron a los llamados puritanos. Allanó la soldadesca la abadía, que a la sazón era una casa particular, y en ausencia del dueño arrebataron a un niño de pecho de los brazos de su madre, lo estrellaron de cabeza contra la pared, y no saciados con tamaña brutalidad, decapitaron a la madre. Difícil hubiese sido que no dejara huella tan espantoso crimen, y desde entonces suele aparecerse en el aposento la figura de una mujer decapitada con un niño en brazos (2).

Seguramente que el espectro de Wyecoller, cuya aparición describimos en otro capítulo, es también de la misma índole, aunque el regreso del asesino al lugar del crimen puede ser una forma mental, como sucede con frecuencia, pues ya vivo, ya muerto, pero mucho más cuando muerto, el criminal esta sin cesar pensando en las circunstancias de su fechoría, y como este pensamiento es mayormente vivido en el aniversario del crimen, ocurre entonces que tiene la fuerza necesaria para materializarse y reproducir anualmente la escena. Otra explicación consiste en que el vigoroso pensamiento de su violenta acción da al criminal el poder de resucitar el recuerdo y transportarlo a las condiciones de la visualidad física; pero esta consideración no cuadra al caso de la abadía de Watton, porque los inhumanos asesinatos eran incapaces de remordimiento.

**El molinero y el caballo gris.**— En la obra: *Verdaderas historias de fantasmas*, se refiere un caso de forma visible, pero no audible. Dice así el testigo:

“Aunque había yo pasado por aquellos caminos a toda hora en invierno y verano durante veinte años, nunca me ocurrió nada de particular hasta el lunes pasado por la tarde. Cabalgaba yo en mi yegua castaña Fan y, al llegar a una encrucijada del camino, vi que por la izquierda desembocaba un hombre montado en un caballo gris. Hube de refrenar mi cabalgadura para dejar-

(1) *Vislumbres de lo Sobrenatural*.

(2) *El Mercurio de Leeds*, Junio de 1884.

le pasar, pues venía perpendicularmente hacia mi, y al llegar junto a él le di, en voz alta, las buenas noches; pero como no me respondiese me incliné sobre el arzón por ver si acaso iba soñoliento, notando entonces, con profunda sorpresa, que jinete y caballo habían desaparecido. Sin embargo, tan seguro estaba yo de haberlos visto que volví grupas descosido de registrar la encrucijada y sus contornos, como lo hice sin hallar rastro ni del hombre ni del caballo, no obstante haber suficiente claridad para explorar a distancia el terreno. Entonces me dirigí hacia la puerta de un cercado próximo suponiendo que se hubiesen metido por allí; pero como tampoco eche de ver a nadie, empezó a sobrecogerme el espanto, creído de que había visto un espectro, y me recogí al abrigo de una loma.

“Pero ahora viene la parte más extraña del suceso, porque después de cumplida la tarea que al cortijo me llevaba, referí al cortijero y a su mujer lo que me había ocurrido y me respondió aquel: “En los muchos años que pasas por este camino ¿no viste nunca antes de ahora a ese hombre en traje de vivos colores, caballero en un potro gris?”—No, nunca; pero juro que lo vi esta tarde —El del cortijo me preguntó si había oído yo contar lo sucedido al molinero unos cuarenta años atrás, y como le respondiese negativamente, me refirió que en cierta ocasión volvía del mercado el molinero cuando unos salteadores lo asesinaron en aquella encrucijada. Iba vestido con ropas de vivos colores a usanza de la tierra y montaba un caballo gris. El cortijero arrendó el cortijo poco después del suceso, y aunque estaba enterado de él y pasaba infinidad de veces por la encrucijada, no había visto nunca nada de extraordinario, y en cambio eran muchos los viandantes que en diversas ocasiones habían topado con el fantasma en la forma y apariencia por mí descrita aquella noche.”

En este caso no se reproduce sonido alguno ni tampoco la escena entera del asesinato, sino que tan solo aparece en periódicas ocasiones la tranquila figura del molinero a caballo. Nada hay en el relato que compruebe la materialización o si quedó directamente impresionada la mente del narrador; pero de los hechos recordados se derivan por sí mismas algunas deducciones. Como quiera que no hubo reproducción de golpes ni lucha, resulta evidente que el pensamiento emotivo del molinero en aquel instante no impresionó la materia astral de los objetos circundantes, porque de impresionarla se hubiera reproducido la escena de la acometida. La figura del molinero se aparece siempre en dirección a la encrucijada, pero no pasa más allá, como si se apareciera tal como iba al topar con los apostados malhechores, es decir, del todo ajeno al peligro que le amagaba, en pacífica querencia del hogar, y no es posible que antes de verse acometido le dominaran emociones de violencia bastante para determinar la impresión astral. En cambio, ¿que turbulentas y encontradas las emociones del malhechor al ver que se acercaba la víctima! Este es el motivo de que desde la perpetración del crimen predominara en la mente del asesino la figura del molinero en el aspecto con que se le presentó al abalanzarse contra él, y no cabe duda de que esta representación mental fue lo suficientemente intensa para impresionar los objetos circundantes y reproducir visiblemente la figura. Sin embargo, también pudo

reproducirse por efecto de la impresionabilidad de las personas que la vieron, pues el mismo testigo del relato anterior no volvió a verla ya en los sucesivos años de su paso por aquella encrucijada, a causa de no hallarse en las debidas condiciones de receptividad o porque la reproducción de la imagen no coincidió de nuevo con su paso por aquel paraje.

En los muchos casos de aparición de víctimas de asesinato, raramente tiene realidad personal el espectro. Si el asesinado es un malhechor, como ocurre cuando entre ellos se pelean por el botín del robo, es posible que frecuente el lugar donde lo mataron; pero si es persona honrada no gustara de la aparición ni pensará en sus asesinos, a no ser que le acometa la pasión de venganza. Las manifestaciones de esta índole son siempre, o bien simples recuerdos astrales, o engendros del sombrío remordimiento del asesino.

Estas impresiones astrales van debilitando su fuerza de reproducción hasta extinguirse por completo. El recuerdo de los sucesos acaecidos en el mundo físico es absolutamente perdurable en los planos superiores y siempre puede percibirlos el clarividente ejercitado; pero este recuerdo no tiene relación alguna con los sentimientos ni con las emociones de las personas a que se refiere, y resulta de procedimientos del todo distintos de las impresiones astrales, que solo ocasionan apariciones como las descritas, y aunque duren muchísimos años, acaban por extinguirse. Muchas personas sienten profundo malestar cuando pasan por el lugar de las ejecuciones en Tyburn, aunque no sepan de antemano que allí suelen levantarse las horcas para ajusticiar a los reos.

Hay otras manifestaciones astrales de menor cuantía, a que no me refiero porque caen fuera de la órbita de condiciones y posibilidades del más allá de la muerte.

En la presente obra considero el asunto desde otro punto de vista, estableciendo los hechos con relación a la muerte y a la vida subsiguiente, y demostrando como gran número de las verdades descubiertas por la observación teosófica se hubieran podido deducir de estos hechos con solo compararlos detenidamente y dedicarles algo de la atención que merecen.

## CAPITULO XXIII

### De como hemos de conducirnos al ver un fantasma

Antes de terminar esta parte del tratado me atreveré a dar un consejo.

Continuamente se estan produciendo fenómenos espectrales, y como las gentes van siendo cada vez menos groseras, y por lo tanto, más fácilmente impresionables según pasa el tiempo, no cae fuera de posibilidad que el lector tenga algún día el privilegio de ver un fantasma. Digo privilegio con toda deliberación, pues considero tal experiencia en extremo valiosa para infundir la certidumbre de la otra vida, aparte de que siempre da la posibilidad de prestar auxilio, ya que en demanda de auxilio suelen aparecerse los espectros.

Por lo tanto, indicaré como deben conducirse quienes tengan la dicha de ver un fantasma, pues parece que los venidos del otro mundo se quejan fundadamente de la manera con que los acoge la generalidad de las gentes. Por lo común ha de esforzarse mucho el difunto para mostrarse, y así no lo intenta más que por gravísimos motivos o en caso de necesidad extrema, y aun entonces, solo puede mantener la materialización por breves instantes, que le conviene en extremo aprovechar, pues no le bastan ni para la mitad de lo que desea decir, y sin embargo, la mayoría de los vivos desperdician este fugaz intervalo en sobresaltos, azoramientos y huídas. Pongámonos en el lugar del difunto y veamos que le sucede cuando tan egoísta y pusilánimemente procedemos.

Si una persona acongojada por graves tribulaciones en el plano físico viene a pedir nuestro auxilio, lo menos que por ella hacemos es oír sus cuitas; ¿por qué, pues, no hemos de hacer lo mismo cuando se trata de un difunto? Ningún temor nos causaría este si estuviese vivo, a pesar de que entonces poseería el cuerpo físico, por cuyo medio fuera capaz de dañarnos si quisiera, y en cambio le tememos muerto, no obstante, tener contra él la ventaja de un vehículo más denso. Tan hombre y tan prójimo nuestro era en vida como sigue siéndolo en muerte, sin que en lo más mínimo pueda dañarnos: ¿por qué, entonces, la actitud de receloso temor que respecto de los fantasmas observan la generalidad de las gentes?

**La investigación psíquica.**— Pero tampoco hemos de caer en el opuesto extremo del exagerado escepticismo y mirar los espectros como alucinación o "visualización exteriorizada de una idea simbólica subconscientemente concebida", según dice la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas*, a la que

los estudiantes de ocultismo han de agradecer su admirable labor de examinar y clasificar multitud de casos observados en el campo y de una ciencia casi ignorada del vulgo. También le debemos nosotros gratitud por haber prestigiado nuestras ideas a los ojos del mundo, de suerte, que en vez de mofarse de nosotros las personas de posición social como antes hacían, confiesen que, "en efecto, hay algo de verdad en todas estas cosas".

Sin embargo, no es posible reprimir una sonrisa al ver las meticulosidades y aspavientos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas antes de admitir los hechos, su afán de forjar improbables teorías para explicarlos con el olvido de su natural explicación. La cautela científica es requisito valioso e indispensable en todo linaje de investigaciones; pero, como toda virtud, degenera en vicio cuando se convierte en obcecación y prejuicio. Los informes de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas adolecen del prurito de explicar los fenómenos con demasiados artificios científicos, sin advertir su claro, lógico y natural fundamento.

**La sortija perdida.**— Tomaremos un ejemplo de la obra titulada *Ensayos de Investigación Psíquica*, original de la señorita Goodrich Freen.

"Cierta caballero soñó que una sortija muy valiosa suya estaba en el fresal del jardín. A la mañana siguiente buscó la sortija en el joyero, y fue mucha su sorpresa al notar que la había perdido, pero subió de punto su asombro al encontrarla en el mismo sitio y posición en que la viera en sueños." Este caso es uno de tantos de clarividencia usual en sueños; pero, según los investigadores científicos, el caballero, al pasar por el jardín y tomar una fresa de la planta, veía la sortija, *sin tener consciencia de que la veía*, y este conocimiento inconsciente se transformaría en consciente durante el sueño. La explicación no puede ser más artificiosamente enrevesada.

**La discrepancia del empapelado.**— También es de la misma obra este caso con las explicaciones que se dan de él.

"Iba yo con un amigo en busca de un piso para alquilar y estábamos mirando el vigésimo de aquella tarde. En el comedor había una gran alhacena con las puertas cerradas, que abarcaba del techo al suelo. De repente me pareció como si se abrieran las puertas y que veía el interior de la alhacena. Entonces le dije a mi amigo, "si abre usted la alhacena verá que el papel del fondo es azul claro y de dibujo más pequeño que el del resto del comedor." Así lo hizo mi amigo y, en efecto, resultó comprobada mi predicción. Creo que sería completamente absurdo atribuir a clarividencia circunstancia tan trivial y me la explico al considerar que algunos meses antes había yo recorrido, con el mismo objeto, varias casas de la vecindad, y sin duda estaría también en aquella, aunque no lo recordaba, y notaría inconscientemente la discrepancia del empapelado."

**La credulidad de los escépticos**— ¿Por qué han de ser tan excesivamente crédulos estos escépticos científicos? De seguro que la sencilla e inteligible teoría de la visión etérea es mucho más aceptable que el asombroso e imposible desmemoriamiento de una persona sana, como en los dos casos ante-

riores nos veríamos precisados a admitir. De seguro que en vez de forjar ingeniosas pero deleznablez explicaciones, es más lógico considerar estas facultades no comunes como parciales y prematuras manifestaciones del magnificante poder que con el tiempo será patrimonio colectivo de todos los hombres.

Otra extravagante teoría de los investigadores científicos es la que supone en todas las cosas, así visibles como invisibles, la acción de un "yo sublimado". El doctor Alfredo Russel Wallace critica acerbamente esta teoría, y dice, "El yo subconsciente, con su rico acopio de conocimientos (que nadie sabe como allegó), con su carácter distinto, su moralidad inferior y sus constantes contradicciones, es tan especulativo y puramente teórico como el espíritu de un difunto o cualquier otro espíritu. Por lo tanto, calificar de científica la hipótesis del yo subconsciente y de anticientífica la del espíritu es tergiversar la cuestión (1)."

**Indisposición repentina.**— Muy curioso es uno de los casos que Wallace refiere en la citada obra, no solo por lo sorprendente del fenómeno, sino porque da a entender la acostumbrada actitud en que se colocan los investigadores psíquicos.

En una casa frecuentada por duendes se oyeron cierta vez lastimeros quejidos y gritos de horror, con la particularidad de que a tres perros que dormían en diversos aposentos los encontraron agachados con muestras de profundo terror, y uno de ellos, que era de presa, se escondió tembloroso debajo de la cama. Sin embargo, el investigador psíquico halla, desde luego, la explicación del fenómeno, pues para él los quejidos fueron alucinaciones colectivas, y en cuanto a los perros ocurrió que *¡se indispusieron de repente!*

A pesar de tamaños absurdos y de la extravagante terminología de los científicos investigadores psíquicos (2); a pesar también del torpe y grosero anatema que fulminaron contra la insigne Blavatsky, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha realizado una labor que debemos agradecerle, aunque con la pena de que nuestra gratitud hubiera podido ser todavía mayor.

De todos modos, el procedimiento que dicha Sociedad emplea en sus relaciones con los espectros no satisface en modo alguno a estos, por muy satisfactorio que sea desde el punto de vista científico y, en consecuencia, no debe recomendarse su adopción. Por mi parte, prefiero considerar el fenómeno espectral como la manifestación de un hermano mío necesitado de auxilio, que como un fenómeno de alucinación subjetiva.

**La actitud conveniente.**— ¿Cuál debe ser entonces, preguntará el lector, la actitud del que se ve frente a frente de un espectro? La de perfecta circunspección, tal como si se hallara todavía en el mundo físico, pero teniendo además en cuenta que le apremia el tiempo. Colocaos en la actitud, que sin

(1) Wallace, *Los Milagros del espiritismo moderno*, XVI.

(2) Inventores de los vocablos: panestesia, hipnopómpica, hiperprometia, metéctica, que al decir de uno de ellos expresan los más sorprendentes fenómenos de la investigación psíquica.

duda es habitual en vosotros de aprovechar toda ocasión de auxiliar al prójimo, y decíais, "aquí hay un prójimo necesitado de auxilio. ¿En qué podré servirle?" Acogedle con amistosa sonrisa y preguntadle solicitamente, "¿qué puedo hacer por ti? Te complacere gustoso." Tal vez os lo diga sino con la voz, pues no siempre les cabe manifestarse audiblemente, por cualquier otro medio de expresión. Si ni siquiera se da a entender con el ademán, sino que desaparece con aire de contrariedad, estad seguros de que todavía sigue a vuestro lado y habladle como si lo vierais. Preguntadle si puede comunicarse por medio de golpes, y en caso afirmativo, proporcionadle un sencillo sistema de señales, según suele hacerse en las sesiones espiritistas; pero si no es capaz de efectuar nada de esto, decidle que por la noche, mientras duerma vuestro cuerpo físico, os pondréis a su disposición en el plano astral, donde podrá deciros cuanto desee sin la menor dificultad. Entretanto infundidle confianza para que no sienta desasosiego ni temor. En efecto, vuestra actitud ha de ser tranquila y placentera, en disposición de prestar el auxilio que se os demande.

**Preparación necesaria.**—A fin de que tal sea vuestra actitud cuando la ocasión se presente, debéis comprender lo que es la muerte y convenceros de que el difunto sigue siendo lo que era cuando vivo. Si lo consideráis como un prójimo necesitado de asistencia, no le tendréis miedo alguno, sino que le amaréis y "el perfecto amor desecha todo miedo." Otro punto importante es que enseñéis a vuestros hijos a mirar la muerte bajo su verdadero aspecto, porque muy a menudo, ayas y nodrizas imprudentes amedrentan a los niños con cuentos terroríficos o augurios supersticiosos, de modo que más tarde es imposible desarraigar los falsos conceptos tan desconsideradamente inbuídos. Pero si a los niños se les enseñara que la muerte no es tal como se la figuran las gentes; si comprendieran que su compañero de juego su condiscípulo no ha muerto, sino tan solo cambiado de vida y que, en circunstancias favorables, puede mostrarse de nuevo en este mundo físico a los dotados de la receptividad necesaria y en contingencia de prestarles auxilio, no solo se librarían de muchos temores vanos y conceptos falsos, sino que estarían dispuestos a portarse juiciosamente con los espectros, en el feliz caso de hallarse frente a frente de ellos.

Verdaderamente se abre ante nosotros un glorioso porvenir en que vivos y muertos estaremos lado por lado en santa comunión espiritual y auxilio recíproco sin temor a engaño, cuando la inmortalidad del alma humana no sea ya nebuloso dogma teológico sino reconocida y demostrada verdad; cuando no nos preocupemos de tener o no tener cuerpo físico en determinado momento de nuestra existencia, mientras tengamos oportunidad de prestar servicio y adelantar en nuestra evolución. Este concepto de la vida y de la muerte no es un sueño de lejano porvenir, porque ya tocan su realidad cuantos conocen las enseñanzas teosóficas y viven teosóficamente. Quien así viva verá como nosotros hemos visto. Quien aprenda estas enseñanzas sabrá cuanto hemos conocido por nosotros mismos al someternos a la divina Ley de pureza, altruismo y amor.

## CAPITULO XXIV

### Fenómenos espiritistas

La investigación de los fenómenos producidos en las sesiones espiritistas es otro punto del cual podemos inferir nuevas pruebas de la supervivencia del hombre más allá de la muerte, porque así como muchos de los hechos expuestos por la Teosofía se inducen de la cuidadosa observación y comparación de los fenómenos espectrales, así también otros muchos se infieren de comparar con igual atención los fenómenos espiritistas. Sin embargo, nadie, si se exceptúan los mismos espiritistas, considero estos fenómenos en su verdadero valor y ni aun ellos los ordenaron clara y metódicamente. Pero ahora que los conocemos desde el punto de vista teosófico, echamos de ver que explican todos los tipos de apariciones espectrales, así como también pueden clasificarse por el conocimiento de dichos hechos las manifestaciones espiritistas.

Siempre fuí de la opinión que los espiritistas debieran acoger benévola-mente las enseñanzas teosóficas, porque gran parte de la oposición que encuentran entre las gentes proviene del prejuicio tan extendido que considera sus ideas contrarias a la ciencia y a todo sistema razonable de exposición filosófica. Este prejuicio es enteramente erróneo y, sin embargo, poco hacen los espiritistas para desvanecerlo, pues continúan aferrados a sus fenómenos sin querer armonizarlos con la ciencia. La tendencia tradicional en este punto es más bien despertar admiración con los fenómenos y considerarlos como prodigios, que indagar sus causas naturales. Porque todo lo natural es por ello mismo hermosamente admirable, y solo cuando por la adulteración de los procedimientos de la Naturaleza caemos en el pesimismo, nos asalta la duda de que algunas cosas son demasiado bellas y buenas para ser verdaderas, sin advertir que precisamente lo bueno y lo bello ha de ser verdadero, y mejor fuera decir que una cosa es demasiado buena para no ser verdadera, ya que Dios es verdad y bondad.

**Explicación teosófica de los fenómenos espiritistas.-** La diversidad de planos de la Naturaleza y la subdivisión gradual de la materia con sus respectivas fuerzas operantes en cada uno de ellos facilitan la explicación de la mayor parte de los fenómenos ocurridos en las sesiones espiritistas; pero cuando además sabemos que todo hombre posee un vehículo adecuado a cada uno de dichos planos, con nuevas y más amplias facultades, no cabe ya duda alguna sobre la causa y naturaleza de los fenómenos. En mi obra *Clarividencia*, he tratado de las facultades manifestadas por medio de cada

uno de los vehiculos. Por lo tanto, sin necesidad de repetirlo, bastara decir, una vez conocida la naturaleza de estas facultades o potencias, que comprendemos lo fácil que le es a un difunto leer un libro cerrado o una carta puesta dentro de una caja, ver lo que sucede a lo lejos y adivinar el pensamiento de presentes y ausentes. Todo lo que un difunto haga en estos particulares, podrá hacerlo con igual facilidad la persona viva que haya actualizado sus latentes potencias de visión astral, pues todos los actos del hombre que actúa en su cuerpo astral parecen maravillosos en el plano físico, y son, no obstante, los procedimientos sencillos y ordinarios de actuación en el mundo astral. Quien no haya estudiado estos asuntos ni este familiarizado con semejantes manifestaciones, tampoco comprenderá como se producen, y se colocara respecto de ellas en la misma actitud que el salvaje respecto del teléfono o de la luz eléctrica. Pero el hombre culto e inteligente no es extraño al mecanismo de los fenómenos psíquicos y considera sus resultados desde el punto de vista natural sin asomos de magia ni superchería.

Tratemos, pues, de clasificar los fenómenos espiritistas con sujeción al conocimiento del plano astral y de sus posibilidades, o sea según los poderes determinantes de su producción. De este modo tendremos cinco categorías de fenómenos, conviene a saber:

1.º Los que tienen por instrumento de manifestación el cuerpo del medium. A esta categoría pertenecen las comunicaciones orales y gráficas y los remedos o disfraces de personalidad.

2.º Los dependientes de la visión astral. A esta categoría corresponden la lectura de libros o cartas cerradas, adivinación del pensamiento y hallazgo de las cosas perdidas y de las personas secuestradas.

3.º Los que envuelven materialización parcial sin llegar al grado de la visualidad física. Esta categoría abarca los golpes, la inclinación de las mesas giratorias, levitación de objetos, escritura y dibujo sin intervención mediumnica, voces, sonos de instrumentos musicales, corrientes y soplos de aire, con todos aquellos otros fenómenos de menor actividad de las sesiones espiritistas.

4.º Los que requieren mayor conocimiento de las leyes de la materia astral. Esta categoría comprende la escritura y dibujo rapidísimos, la producción de luces, aportes y duplicación de objetos, su aparición en aposentos cerrados, paso de unos cuerpos a través de otros y producción y manejo del fuego.

5.º Los de materialización visible.

Examinemos, pues, cada una de estas categorías de fenómenos con ejemplos entresacados de las obras que de ellos tratan, así como de otros derivados de mi experiencia personal. Durante muchos años investigué pacientemente los fenómenos espiritistas y apenas habra uno de los expuestos en libros que no lo haya comprobado yo repetidas veces en condiciones de rigurosa atestiguación, de modo que puedo hablar de este asunto con pleno

conocimiento de causa. Pero tal vez antes de entrar en materia sea conveniente referir mis primeras tentativas de experimentación psíquica.

## CAPÍTULO XXV

### Experiencias personales

La primera vez que oí hablar de espiritismo fue, si mal no recuerdo, cuando Home celebraba sesiones íntimas con Napoleón III. Las afirmaciones con referencia a lo que allí sucedía eran tan absurdas, que manifesté a mi madre mis dudas sobre la verdad del relato mientras se lo leía una tarde en voz alta. El escrito, en cuestión, terminaba diciendo que si alguien se resistía a creerlo podría convencerse de ello reuniendo a varios amigos en torno de un velador, con las palmas de las manos puestas encima, o bien colocar sobre el velador un sombrero flexible con las alas hacía arriba, de modo que dos o tres circunstantes apoyaran ligeramente las manos en ellas. En ambos casos aseguraba el articulista que el velador o el sombrero empezarían a girar posteriormente, demostrando de esta suerte la actuación de una fuerza independiente de la voluntad de los circunstantes.

Todo esto me pareció en extremo sencillo y mi madre dijo que bien podríamos probarlo, pues iba anocheciendo y la hora se nos mostraba propicia. En consecuencia, tome yo una mesita de centro de un solo pie, que había en la sala para sostener una maceta de flores. Traje mi sombrero flexible y lo puse sobre el velador, apoyando después los dos nuestras manos en las alas. Además de mi madre y yo, estaba en el aposento un niño de doce años quien, según supimos después, tenía poderosas aptitudes mediumnicas; pero a la sazón ignoraba yo por completo lo que fuesen mediums. No creí que obtuviéramos resultado ninguno de la experiencia, por lo que fue mucha mi sorpresa al ver que el sombrero daba media vuelta sobre la mesa.

Cada uno de nosotros supuso que el otro había tocado el sombrero involuntariamente, pero luego desvanecieron la suposición los vigorosos giros del sombrero sin que pudieramos detenerlo. Sugerí entonces la idea de que levantáramos todos las manos, y el sombrero siguió el movimiento, como atraído magnéticamente, quedando suspendido a unos cinco centímetros del velador antes de caer otra vez en él. Este fenómeno acrecentó todavía más mi asombro y quise repetir la experiencia. El sombrero se resistió durante unos minutos, pero al fin volvió a levantarse, con la particularidad de arrastrar el velador en su levitación. Sin embargo, ¡mi habitual sombrero flexible en el que jamás hubiera podido sospechar tan ocultas propiedades, estaba misteriosamente suspendido en el aire bajo las puntas de nuestros dedos, y no contento con burlar por su propia cuenta las leyes de la gravedad, sobornaba al velador para que también las quebrantase! Mire por debajo del mue-

ble, y al ver que las patas se levantaban hasta unos quince centímetros de la alfombra, pase los pies por entre el claro sin notar nada que pudiera sostener el velador en el aire.

De momento supuse que el chiquillo que con nosotros estaba nos hubiera jugado alguna treta; pero me convencí de que no se había movido de su sitio, y además no podía hacer nada sin que lo echáramos de ver. Al cabo de dos minutos se puso el velador en el suelo e inmediatamente cayó también el sombrero sobre la superficie; pero repetimos varias veces el experimento con el mismo resultado en el intervalo de pocos minutos. Poco después la mesa empezó a bambolearse violentamente y arrojó de sí el sombrero hacia nosotros, de modo que, de estar advertidos, hubiéramos podido agarrarlo al vuelo. Pero ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que iba a ocurrir, aunque estábamos vivamente interesados en tan extraños movimientos. Por mi parte no pensaba ni remotamente que el fenómeno fuese manifestación de los difuntos, sino que lo creía producido por alguna desconocida y sorprendente fuerza natural.

Al día siguiente, referí la ocurrencia a varios amigos, uno de los cuales había presenciado también fenómenos análogos y le eran familiares los procedimientos rudimentarios del espiritismo. Desde luego invite a este amigo a que asistiera a los experimentos que tratábamos de repetir aquella misma noche y, en efecto, logramos con su ayuda que el velador respondiese con movimientos inteligentes a varias preguntas que le hicimos. Sin embargo, la entidad comunicante no podía ser hombre de muchas luces, porque nada dijo de particular y todas sus manifestaciones se redujeron a bromas más o menos pesadas. Verdaderamente fue notable la enorme fuerza física del comunicante, pues levantó voluminosos muebles, estropeándolos algún tanto, aunque sin causar daño a los circunstantes. Tan solo a un amigo mío, incrédulo y escéptico, le cayó en los pies el delantero de la chimenea; pero me parece que el mismo se lo echo con el propósito de despertarnos la curiosidad.

**Manifestaciones violentas.**— En la segunda sesión quedó estropeado el sombrero, porque apenas extendimos las manos sobre el velador, empezó a danzar tan vertiginosamente que no hubo manera de alcanzarlo. En la tercera sesión, si este nombre pudo darse a nuestras reuniones íntimas, el velador sufrió grave detrimento, y mientras descansábamos por algunos instantes oímos debajo de él un ruido estridente, al paso que caía en el suelo una cosa menuda que, según vimos al recogerla, era un tornillo al que siguieron dos más acompañados de la misma estridencia.

De pronto nos sobresaltó el violento empuje del velador, que contra nosotros saltó como si por debajo le hubiesen dado un tremendo puntapié, y cuatro veces más se repitió el golpe hasta quedar la tabla del mueble desprendida de la pata, que siguió danzando por sí sola mientras aquella caía al suelo y continuaba moviéndose en el suelo, de la vacilante manera como se mueve una peonza poco antes de pararse después de girar sobre una superficie pulimentada, sin que fuesen capaces de detenerla dos robustos hombres

con todas sus fuerzas, antes al contrario, los rechazó violentamente.

Mientras estábamos contemplando aquel extraño fenómeno saltó de nuevo la suelta tabla del velador, como si alguien sin el más leve obstáculo le hubiera dado un puntapié desde la alfombra y el suelo.

Después que todo se hubo apaciguado, examinamos el descompuesto velador y nos dimos cuenta de lo ocurrido. La entidad que se divertía con nosotros quiso separar de la tabla la pata del velador y, al efecto, saco tres de los cuatro tornillos, como si se hubiera valido de un destornillador, pero no pudo sacar el cuarto tornillo por lo muy enmohecido, y de aquí los puntapiés que acabaron de separar las dos piezas del mueble.

Estas violentas manifestaciones de fuerza física en una sesión espiritista son más frecuentes de lo que pudiera suponerse, y nuevo ejemplo de ellas nos da Roberto Dale Owen, al describir los fenómenos ocurridos en una sesión celebrada en Staten Island, en la primavera de 1870. Dice así:

“...En aquel punto, a favor sin duda de la obscuridad, se produjeron diversas manifestaciones de fuerza física tan poderosa como hasta entonces no había visto en mi vida. Creo que no hay hombre de carne y hueso capaz de sacudir de un lado a otro una mesa como en aquel instante la sacudían manos invisibles. Todos conocíamos que nos hallábamos bajo la influencia de una entidad que de un puñetazo nos hubiera podido dejar en el sitio” (1).

**Testimonio de fuerzas desconocidas.**— Los espiritistas expertos hubieran desdenado por frívolos estos fenómenos que tan inesperadamente se interponían en el camino de mi vida y eran para mí tan sumamente interesantes, pues sucedían en mi propia casa sin relación alguna con los mediums profesionales y, por lo tanto, no cabía ni la más mínima sospecha de fraude en aquellos hechos del todo nuevos para mí, cuya incontrovertible certeza demandaba personales trabajos de investigación. No conocía yo por entonces la copiosa literatura espiritista ni esperaba que su estudio me suministrase prueba alguna sobre el más allá de la muerte. A lo sumo me demostraban todos aquellos hechos la existencia de una inteligencia invisible capaz de manejar fuerzas enormes de índole del todo distinta de las conocidas por la ciencia; pero precisamente mi mayor interés se enfocaba en estas fuerzas con propósito de indagar si sería posible utilizarlas en beneficio de la humanidad.

Sin embargo, no fuimos muy allá en nuestras investigaciones caseras, porque mi madre receló la completa destrucción de los muebles, y así nos contrajimos a experimentos de carácter suave para suspender la sesión en cuanto se iniciaban manifestaciones violentas. En ninguna ocasión notamos golpes ni arrebatos de objetos ni voces directamente emitidas, sino que recibimos todas las comunicaciones por medio de los movimientos del velador, como si la entidad comunicante no dispusiera de otros medios de manifestación. Una tarde preguntamos si podría levantarse el velador en el aire sin

(1) *La Tierra en litigio.*

poner encima las manos, y respondió afirmativamente, por lo que nos apartamos todos de pronto y vimos como se levantaba hasta cerca de un metro del suelo sin que ninguno de nosotros lo tocara ni estuviera a su alcance. Después de permanecer cosa de un minuto en el aire, se puso de nuevo suavemente sobre la alfombra.

**Luces.**— De cuando en cuando vimos lucecillas de varias clases, que más bien parecían incidentes propios de los fenómenos que manifestaciones intencionadas. Notamos tres modalidades luminosas, 1º Chispas menudas semejantes a luciérnagas que se zarandeaban alrededor de nuestras manos mientras las teníamos sobre el velador. 2º Unos objetos pálidamente luminosos, de algunos centímetros, de diámetro, en forma de media luna. 3º Una vívida centella parecida al rayo, que en cierta sesión atravesó la sala, derribando una maceta y dejando varias chamuscaduras, como hubiera hecho un rayo tempestuoso. La primera y tercera modalidades nos parecieron de naturaleza eléctrica, mientras que la segunda era más bien fosforescente. Nada observamos con visos de materialización, aunque de cuando en cuando pasaban por delante de nosotros una especie de bultos negros. Todos estos fenómenos ocurrieron estando alumbrado artificialmente el aposento; pero en cierta ocasión los obtuvimos con ligeras variantes en pleno día. El ambiente parecía saturarse de una energía análoga a la eléctrica, porque al cabo de una hora por lo menos de terminada la sesión, seguían crujiendo misteriosamente los muebles y el velador se adelantó algunas veces dos o tres metros del rincón en que con la maceta encima lo habíamos vuelto a colocar.

Las comunicaciones eran de carácter ramplón, y la entidad no logró llevar su exuberante vigor más allá del fastidioso procedimiento del velador parlante, pues aunque procuramos recabar declaraciones terminantes sobre este punto, no pudimos lograrlo, como si la entidad estuviera siempre dispuesta a divertirse sin asomos de formalidad. Con frecuencia bailaba el velador garbosa e incansablemente al compás de la música que nosotros tocábamos o cantábamos, y su cadencia favorita era la del conocido himno espiritista “¿Nos reuniremos en el río?”, de modo que si alguna vez parecían debilitarse o decaer las manifestaciones, nos bastaba cantar o tocar el himno para que se reprodujesen con ardiente y entusiasta agilidad. A veces se mostraba aquella entidad declaradamente malévola y mentía con todo descaro en las comunicaciones, pero se enojaba al representarle sus embustes, como sucedió una vez en que al decirle yo que había mentido me echó el velador encima, y aun me hubiera dado con el en la cara, de no agarrarlo yo fuertemente y, aun así, fue preciso que todos me ayudaran a sujetarlo como si se tratara de un animal enfurecido, hasta que al cabo de poco aplacó el enojo o se le acabaron las fuerzas, porque siguió tan inofensivo como antes.

**Los médiums profesionales.**— Estos experimentos me estimularon a ulteriores pesquisas, y luego supe que había libros y periódicos dedicados a estas materias, de suerte que podía llevar mucho más allá mis investigaciones con el concurso de médiums profesionales. Asistí a muchas sesiones

públicas, en las que presencié fenómenos muy interesantes; pero los más notables y de más satisfactorios resultados se produjeron en círculos de unas cuantas personas unidas por íntima amistad y armonía de pensamiento. Celebré, por lo tanto, sesiones privadas en mi propia casa, con la cooperación de médiums que no podían disponer allí de artificio alguno para la trampa y el fraude, y de este modo adquirí copiosas experiencias que me llevaron al convencimiento de que, si no todas, algunas de aquellas manifestaciones eran debidas a los que llamamos muertos. Encontré médiums de toda clase: buenos, malos e indiferentes, fervorosos y tibios, dispuestos unos a contribuir al resultado de la investigación, e ignorantes otros hasta extremos increíbles, aunque de indudable honradez, sin que faltaran los beaturroneos y falsarios. Sin embargo, la experiencia me enseñó a distinguir unos de otros, de modo que solo aproveché los más a propósito. Proseguí las investigaciones durante algunos años y pude ver muchos raros fenómenos que parecían increíbles a los no familiarizados con estos estudios si me detuviera a describirlos en su totalidad, aunque más adelante citaré los más convenientes para la ilustración de la materia en cuestión.

Examinemos ahora las diversas clases de fenómenos.

## CAPÍTULO XXVI

### Utilización del cuerpo del médium

Es evidente que el medio más expedito para que un difunto se comunique con el mundo físico es utilizar un cuerpo también físico cuyo manejo le sea fácil. Este procedimiento no está sujeto a reglas difíciles de aprender, como lo está el de la materialización, pues le basta al difunto infundirse en un cuerpo físico a propósito y valerse de él del mismo modo que del suyo se valiera en vida. Una de las características del médium es la facilidad con que pueden separarse sus vehículos y, por lo tanto, es capaz de prestar temporalmente su cuerpo físico a otra entidad. La entrega de este vehículo puede ser parcial o total, es decir, que el médium puede conservar su conciencia y permitir que por su mano escriba el espíritu y hable por su boca, o bien puede abdicar completamente de su personalidad de modo que el difunto se posea totalmente de su cuerpo. En este último caso, el médium no tiene conciencia de lo que dice o hace, y aun cuando a veces transporte la conciencia de sus palabras y actos al plano astral, no la retiene al recobrar el uso de su cerebro físico.

**Mediumnidad parlante.**— Hay una clase de espiritismo cuya principal característica es la mediumnidad parlante, y cuenta con muchos prosélitos para quienes la doctrina espiritista es como una religión, que esperan ansiosos las reuniones dominicales para escuchar la comunicación oral del médium, de la propia suerte que los devotos van a oír un sermón. Por lo que toca a la valía de su forma y fondo, muy poco va de la generalidad de los sermones de iglesia a la mayor parte de las comunicaciones espiritistas, pues unos y otras exhortan a la misma acción, si bien la tónica de estas últimas es más vaga, aunque más caritativa. En términos generales, nada de nuevo nos dicen ni sermones ni comunicaciones, cuya moral se reduce a las máximas que suelen servir de muestra en las planas de escritura escolar, “Sed buenos y seréis felices;” “Las malas compañías corrompen las buenas costumbres,” y otras por el estilo. Pero estas máximas se repiten continuamente por la razón de que expresan una eterna verdad, y si las gentes que no hacen caso de ellas al leerlas en un cartapacio de escritura las atienden y ajustan a ellas su conducta cuando salen de labios de un difunto o las señala el golpeo de un trípode, resulta evidente la precisión de expresarlas en la forma más a propósito para que cada cual las asimile.

La mediumnidad parlante de tipo ordinario es el fenómeno menos convin-

cente de todos, pues no cabe duda de que por poco ducha que sea una persona en el arte de la actuación podrá fingir el estado de trance y pronunciar un discurso mediano. He oído comunicaciones de innegable legitimidad, en que el tono de la voz y los ademanes diferían por completo de los habituales en el médium, y otras en que este habló en idioma que le era totalmente desconocido, o trató de asuntos de que no sabía una palabra en estado de vigilia; pero también he oído otras comunicaciones plagadas de vulgaridades, solcismos e incorrecciones que despertaban sospechas de simulación y superchería. Sin embargo, aun en casos como este último predominaba la nota amorosa y caritativa hasta el punto de transmutar la sospecha en duda, porque todo médium atraca a su alrededor entidades de su mismo tipo intelectual; y por otra parte, toda comunicación queda coloreada por la personalidad del médium, de suerte que bien puede expresarla en el lenguaje y estilo habituales.

**Escritura automática.**— Las mismas consideraciones convienen al caso de escritura automática. A veces logra el difunto disponer del organismo físico del médium con bastante dominio para escribir en caracteres claros e inconfundibles; pero más frecuentemente es una resultante de la acción del médium combinada con la del difunto, de suerte que el escrito degenera en ilegible garrapatco. También sobre este particular he visto casos cuya mayor prueba era el lenguaje del escrito, y otros en que la ágil limpieza del mecanismo alejaba toda sospecha de fraude. Por ejemplo, en cierta ocasión vi escribir una página entera en pocos minutos, con la particularidad de quedar invertidos los caracteres de modo que para leer lo escrito fue preciso colocar la página ante un espejo. En otra ocasión, estando con la señora Jencken (1) que llevaba en brazos a su hijo de un año de edad, le puso a este un lapiz en la diminuta mano y escribió rápidamente, con pulso seguro y clara letra, una comunicación procedente de un difunto según se colegía. No era capaz yo entonces de presumir que inteligencia guiaba la mano del niño; pero ciertamente no podía ser la de su propietario ni tampoco la de su madre, que mientras duró la operación lo mantuvo apartado de ella.

**El arcángel particular.**— Hay personas que no son médiums en la acepción que se da a esta palabra, y están sujetas a influencias de esta clase, hasta el punto de recibir privadamente comunicaciones escritas por su propia mano sin dar la debida importancia al hecho. Repetidas veces me han asegurado personas fidedignas que las enseñanzas teosóficas no les decían nada nuevo, pues ya estaban aleccionadas en ellas por su peculiar maestro, al que por su sobrehumana gloria, sabiduría y poder llamaban nada menos que arcángel. De las investigaciones emprendidas a este propósito inferí que el arcángel era un difunto doctísimo en las doctrinas teosóficas o que por sí mismo había descubierto algunas verdades referentes a la vida astral y que estaba movido por el conocimiento de que, difundiendo las por el mundo, se

(1) Más generalmente conocida por su nombre de soltera, Catalina Fox. El año 1847, todavía muy niña, descubrió que los golpes podían responder inteligentemente a las preguntas que se hiciesen, por lo que se la considera fundadora del espiritismo fenoménico.

operaría una radicalísima mudanza en la vida de la humanidad. Con este propósito buscó una mujer receptiva y le sugirió la idea de que había sido escogida para regenerar la especie humana y que le estaba reservada una altísima tarea por cuyo cumplimiento la bendicirían las generaciones. En todo esto procedía el bien intencionado difunto con extrema seriedad, pues el conocimiento de las nuevas verdades le daba motivo para pensar que otra muy distinta hubiera sido su conducta de conocerlas en el plano físico, y cree que si logra difundir estas verdades cambiaran las condiciones de la humanidad; pero olvida que todo cuanto ha de decir estaba ya dicho y enseñado hace miles de años en el mundo sin que el lo advirtiera en vida, y por lo tanto, tampoco harían caso las gentes de sus elucubraciones. Es la vieja historia de siempre: "Si no escucharon a Moisés ni a los profetas, tampoco se convencerán, aunque resucite de entre los muertos."

Por supuesto que, con algo de sentido común y un somero conocimiento de la literatura psíquica, se desvanecería la ilusión que esa mujer se forjó de haber recibido una misión de lo alto; pero el engrucimiento es vicio muy sutil y profundamente arraigado en gentes de escasa evolución que se complacen en la idea de verse elegidas por inspiración divina. Por lo general, esta clase de comunicaciones distan muchísimo de "abarcarse todas las enseñanzas teosóficas," pues a lo sumo contienen unos cuantos fragmentos o algunas generalidades vagamente encaminadas en dirección teosófica. A veces el instructor es un viviente, por lo común orientalista, que actúa en cuerpo astral y, en este caso, es muy lógico que las comunicaciones tengan sabor teosófico; pues conviene recordar que la Teosofía no es nueva en modo alguno, sino la enseñanza más antigua del mundo, cuyos amplísimos contornos se dilatan más allá de los límites en que el Cristianismo mantiene la ignorancia de las cuestiones filosóficas y, por lo tanto, no es maravilla que parezca teosófica cualquier enseñanza de mayor alcance y más dilatadas miras, si bien rara vez se halle en ella la precisión sistemática del plan revelado por los Maestros de sabiduría a su discípula Blavatsky.

El procedimiento de escritura mediúmnica resulta más fácil para el difunto cuando la mano del médium descansa sobre una tablilla a propósito; pero esta modalidad de manifestación no pertenece a la categoría que vamos examinando. Algunas veces parece como si la mano del médium moviera la tablilla, por más que no lo haga inteligentemente, pues suele escribir en idiomas extraños y sobre asuntos que desconoce por completo. Sin embargo, otras veces la tablilla parece moverse al influjo magnético de la mano del médium, como sucede con el velador en los experimentos antes descritos. Tal vez en el segundo caso esté la tablilla movida por otra mano parcialmente materializada, y entonces correspondería el fenómeno a la tercera de las clases en que los hemos dividido.

**Dibujo y pintura.**—El dibujo y pintura automáticos son fenómenos de la misma índole que la escritura, aunque menos frecuentes por la menos difusión de aquellas dos artes. Sucede a veces que un difunto, experto en el rápido manejo del lápiz o del pincel, dibuja un paisaje o un retrato valiéndose de

la mano de un médium fácilmente impresionable. Algunos médiums se dedican con especialidad a obtener retratos de ultratumba y allegan de ello no poco provecho. Por mi parte he visto cuadros de regular mérito artístico pintados por este procedimiento, aunque no de tanta valía como los salidos de la propia mano del difunto. Otras veces pinta estos retratos un clarividente; pero entonces no hay caso de mediumnidad y se subtrac, por lo tanto, al presente estudio.

Conviene advertir que para la obtención del retrato de un difunto por cualquiera de estos procedimientos, no es absolutamente necesario que el retratado este presente, aunque bien puede estarlo; pero cuando los amigos y allegados supervivientes asisten a una sesión espiritista con la anhelosa esperanza de tener el retrato del difunto, el pensamiento, hermanado con el deseo, plasma su imagen en la materia astral y esta imagen es la que ve el otro difunto a cuya acción se debe el retrato del primero. También es cierto, por otra parte, que el poderoso pensamiento de los vivos en el muerto puede atraer la atención de este hasta el punto de llevarle al lugar de la escena. De este modo estara allí presente, pero el retrato de por sí no es prueba de su presencia.

**Personalidad simulada.**—En el tecnicismo espiritista se llaman disfraces las simulaciones de determinada personalidad a que suelen recurrir algunos médiums poco escrupulosos. Todos cuantos han presenciado las comunicaciones orales habrán advertido lo radicalmente que muda de expresión el rostro del médium, y como toma su acento los matices e inflexiones de la entidad comunicante, viéndose algunos casos en que varían hasta los rasgos fisonómicos del médium. A veces esta mudanza es tan solo aparente, como resultado de la influencia mesmérica de la entidad que despierta en el médium la ilusión de estar viendo ante si la propia cara del difunto. En este caso, el fenómeno es puramente subjetivo, y una fotografía del médium, tomada en aquel mismo instante, no revelaría variación alguna en sus peculiares facciones.

Sin embargo, otras veces ocurre alteración fisonómica, según demuestra asimismo la fotografía, y en este caso hay dos métodos para la obtención del resultado. Fui testigo de un caso en que la mudanza de la fisonomía tuvo todos los caracteres de la materialización parcial de una mascara, es decir, que los rasgos fisonómicos apropiados a la simulación de la entidad astral quedaban intactos, mientras los otros se cubrían de una tenue película de substancia materializada que daba al rostro casi perfecta semejanza con el de la personalidad simulada, aunque de mayor tamaño. Pero también he visto otros casos en que el rostro fingido era mucho más pequeño que el del médium, como si se alterase la fisonomía de este por efecto de la exactitud de la imitación. Tal vez les parezca imposible este fenómeno a quienes no lo han estudiado detenidamente y desconocen que el cuerpo físico es en ciertas condiciones tan sumamente sutil e inestable que puede modificarse con extraordinaria rapidez.

**Impresionabilidad del cuerpo físico.**— Sin embargo, cabe demostrar con

toda evidencia la impresionabilidad del cuerpo físico, aunque afortunadamente sean raras las circunstancias en que actúan las fuerzas capaces de impresionarlo. En *Isis sin velo*, nos da Blavatsky una serie de horribles ejemplos de como el pensamiento o las emociones de la madre pueden alterar el cuerpo físico del feto. Cornelio Gemma refiere que cierto niño nació con una ensangrentada herida en la frente, de resultas de haber amenazado el marido a su mujer con una espada que asestaba contra la misma parte de la cabeza. También nos dice Van Helmont en su obra *De Injectis Materialibus*, que la mujer de un sastre de Mechlin vió como le rebanaban la mano a un soldado en una contienda, y de tal modo la emocionó el suceso que le nació el hijo con solo una mano y chorreando sangre el brazo manco. A la esposa de un comerciante de Amberes le ocurrió cosa parecida con una niña nacida manca de un brazo, por haberse emocionado la madre al ver a otro soldado que acababa de perder el suyo. Otra mujer, que presenció la decapitación de trece patriotas flamencos por orden del duque de Alba, tuvo una criatura perfectamente conformada, pero sin cabeza y con el cuello ensangrentado. Los estigmas que a veces aparecen en el cuerpo humano son otra prueba de la influencia del pensamiento en la materia física, pues así como la mente de la madre actúa sobre el feto, de la propia suerte la mente de algunos santos y de mujeres muy psíquicas, como Catalina Emmerich, actúa sobre su propio organismo.

En la obra: *Aspecto nocturno de la Naturaleza* se refiere el siguiente ejemplo tremendo de la influencia de las emociones violentas en el cuerpo físico:

“En la época de la invasión francesa, un cosaco persiguió a un francés hasta acorralarlo en un callejón sin salida y ambos riñeron de modo que el último resultó gravemente herido. Cierta paisano que se había refugiado en el callejón y no pudo escapar de allí durante el choque de los militares sintió tan profundo terror, que al volver a su casa le descubrieron en el cuerpo las mismas heridas causadas por el cosaco a su enemigo.”

Ya nos referimos a este fenómeno al tratar de las materializaciones: pero entretanto, y por lo que atañe a la personalización cabe asegurar la posibilidad de que las facciones del médium se muden temporalmente en las del difunto comunicante. No es muy común este fenómeno, según tengo entendido, y podemos presumir que su rareza depende de que la materialización ordinaria es mucho más fácil de producir. Sin embargo, las personalizaciones presenciadas por mí ocurrieron siempre en pleno día, mientras que la materialización requiere, por lo regular, luz artificial y no mucha, por los motivos que explicaremos al tratar este punto.

## CAPÍTULO XXVII

### La clarividencia espiritista

La mayor parte de los fenómenos que ocurren en las sesiones espiritistas, no son, ni más ni menos, que manifestaciones de los poderes ordinarios y facultades de que en el plano astral disponen los difuntos. En mi obra: *Clarividencia*, ya expliqué cuales son estos poderes, y quien se tome el trabajo de leerla advertirá que los sentidos astrales le permiten al difunto leer un libro o una carta cerrada o describir los objetos puestos dentro de una caja. Médiums de diversas clases me han suministrado repetidas pruebas de la posesión de esta facultad, y el conocimiento adquirido por ella fue dado unas veces mediante comunicación oral y otras directamente por la misma voz del difunto o por escritura en pizarra.

Las facultades astrales entrañan en diversos grados las de prever el futuro, escudriñar el pasado y psicometrizar los objetos físicos.

**Los documentos perdidos.**- El siguiente ejemplo (1) nos enseña la manera en que suele realizarse el fenómeno.

“Una casa de comercio de Bolton, en el Lancashire, descubrió que no estaba abonada en cuenta una importante suma satisfecha sin recibo por un cliente.

“El cliente recordaba haber pagado la cantidad, pero no las circunstancias del pago, y temeroso de que se sospechara de su probidad, recurrió a un médium, quien oído el caso cayó en trance y poco después le dijo:

“He visto como ibas a tal parte del Banco y entregabas unos documentos al empleado, que los puso en tal sitio con otros pepes y allí mismo están todavía.”

“El cliente fue al Banco y rogó al cajero que mirase bien donde estaba aquella cantidad, que al fin encontraron, y entonces le vino a la memoria al cajero que, azorado por sus ocupaciones, la había puesto en aquel sitio. Un pariente mío leyó este suceso en un periódico de la época y escribió a la casa de banca en cuestión preguntando si era cierto, lo que afirmaron en la contestación. En consecuencia, mi pariente corroboró los hechos el 9 de Noviembre de 1874, en carta que decía: “Vuestro relato es exacto. He tenido hoy respuesta afirmativa de la casa de banca donde sucedió el caso.”

(1) Lee: *Vishumbres de lo sobrenatural*, II-146.

La descripción anterior no prueba de una manera terminante si fue un caso de clarividencia por parte del médium o bien resultado de la facultad astral propia de un difunto; pero como el médium quedó en trance, parece más probable la última suposición. El difunto pudo entrasacar de la mente del parroquiano la primera parte del suceso y coger de este modo la trama de la escena para seguirla hasta el fin y dar el solicitado informe.

**El testamento perdido.**— Hay recuerdos auténticos de otro caso igualmente interesante (1) en que aparece mucho más vigorosa la facultad de leer mentalmente.

“Un amigo mío estaba ansioso por encontrar el testamento de su abuela, fallecida cuarenta años atrás, aunque no aparecía por ninguna parte la fe de defunción. Acompañé a mi amigo a una sesión espiritista y nos sentamos junto a la mesa que empezó a golpear. Hizo entonces mi amigo mentalmente algunas preguntas a que por medio del alfabeto respondió la entidad comunicante, diciendo que había redactado el testamento el notario Guillermo Walter, residente en la calle tal, número tantos, del barrio de Whitechapel. Fuimos allá y encontramos al notario que nos dió copia del testamento. Ninguno de nosotros conocía al notario ni este había vivido siempre en aquel barrio, pues en otro tiempo estuvo en buena posición, ni tampoco sabía el médium una palabra del asunto y aun de saberla de nada le hubiera valido, pues mi amigo hizo mentalmente todas las preguntas.

**Lectura clarividente.**—La clarividencia se despliega también, aunque no tan vigorosamente, en las sesiones espiritistas. Luego de acabada la comunicación oral, el médium suele manifestar sus aptitudes leyendo en el aura de varios circunstantes. Si estos son pocos, a todos les dice algo de lo que les sucede; pero si son muchos, escoge unos cuantos para la experimentación del fenómeno.

En lo que a mi toca he oído revelar, por este medio intimidades de familia cuya autenticidad no cabía poner en duda; pero en la mayor parte de las sesiones espiritistas las descripciones fueron sumamente vagas y más bien traídas adrede para el caso. La conversación ofrece poco más o menos la siguiente tónica.

“EL MÉDIUM (2).—Allí detrás de aquella señora que está en el rincón, hay un caballero anciano de blanca barba.

UN CREDULO Y ENTUSIASTA CIRCUNSTANTE.—;Debe de ser mi padre!

MEDIUM.—En efecto, se sonrío y mueve la cabeza con muestras de alegría de que le hayas conocido. Veo como le tiembla de gozo la blanca barba.

(1) Extractato de la obra de Longman: *Informe sobre el Espiritismo*.—Londres, 1871.

(2) Se supone que está en trance, aunque habla con el acento e incorrecciones gramaticales de su lenguaje usual.

**CIRCUNSTANTE.**—¡Qué maravilla! Pero mi padre no llevaba barba antes de su muerte. Tal vez le haya crecido desde entonces o acaso sea mi tío Jaime que usaba barba.

**MEDIUM.**—¡Ah! Sí. Es tu tío. Ahora vuelve a sonreirse y mover la cabeza. Quiere comunicarte lo muy dichoso que es.

**CIRCUNSTANTE.**—¡Esa es buena! ¡Pensar que sea mi pobrecito tío Jaime, que hace más de treinta años, cuando yo todavía era muy niño y el aún joven, puees no pasaba de los veinticinco, se ahogó en el mar!

**MEDIUM.**— Sí, sí; pero ahora le veo mejor y en verdad que tienes razón, porque no lleva barba, sino camiseta blanca de marinero.

**TODOS A CORO.**—¡Qué bien! ¡Qué admirable! ¡Qué hermoso es ver como vuelven!”

He oído más de veinte conversaciones de este tenor que de seguro no robustecen la confianza en el médium que la sostenía. Sin embargo, el mismo dió cierta vez una comunicación sobre asunto que desconocía por completo ni tampoco era capaz de conjeturar.

**Prueba singular.**— Recuerdo que en una sesión espiritista celebrada en un barrio bajo de Londres, sometí al médium a una prueba de mi invención. Era el médium una mujer de aspecto basto a quien no había visto yo hasta entonces y me parecía tan entusiasta como inculta. Iba de uno a otro circunstante describiéndoles los espíritus que tras de ellos estaban con sonrientes rostros y flotantes vestiduras, y al llegar a mi alteró algún tanto la descripción diciéndome que tenía detrás “un caballero extranjero, de figura triste, con una cosa blanca en la cabeza” lo cual podía o no ser cierto. Se me ocurrió probar si la médium sería capaz de ver una forma mental, así como de advertir el cambio de todos aquellos venerables espíritus de flotantes vestiduras y blancas cabelleras. Al efecto proyecté con toda energía, las formas mentales de dos muchachos campesinos detrás de la silla que ocupaba el concurrente a quien la médium iba a examinar, y llegado su turno, describió la médium con bastante exactitud mis imaginarios muchachos, diciendo que eran hijos de la señora tras cuya silla aparecían. La aludida negó que lo fuesen, pues sus hijos eran ya hombres, y entonces dijo la médium que eran nictos, lo que también negó la señora, de modo que no hubo explicación satisfactoria del caso. De este incidente deduje dos conclusiones. 1º Que la médium era de por sí clarividente o que en verdad hablaba un difunto por su boca; 2º Que quienquiera que fuese no tenía suficiente discernimiento para distinguir una forma mental materializada en el plano astral de las entidades vivientes en este plano.

## CAPÍTULO XXVIII

### Materialización parcial

La mayor parte de los fenómenos de las sesiones espiritistas están más o menos relacionadas con la materialización, es decir, con la plasmación de materia física alrededor de una forma astral, a fin de que el Ego residente en esta última pueda actuar en el plano físico. Hay tres clases de materializaciones según se infiere del siguiente extracto de mi obra: *El Plano Astral*.

“Los habituales concurrentes a las sesiones espiritistas habrán notado sin duda que las materializaciones son de tres clases, 1° tangibles e invisibles; 2° Visibles e intangibles; 3° Visibles y tangibles.”

A la primera clase, que es la más común, corresponden las manos que con frecuencia abofetean a los concurrentes o transportan menudos objetos de una a otra parte de la sala, así como también los órganos vocales que producen directamente la voz. En este caso se emplea una modalidad de materia que no refleje ni obstruya las vibraciones luminosas, pero que en determinadas circunstancias las emita acústicas. Una diversidad de esta primera clase es la materialización parcial que no refleja los ordinarios rayos visuales, pero sí los ultravioleta y puede, por lo tanto, impresionar más o menos definitivamente la cámara oscura, de lo que resultan las llamadas “fotografías espíritas.”

Cuando no hay suficiente potencia para determinar la perfecta materialización, resultan las formas vaporosas correspondientes a la segunda clase, y en tal caso la entidad espectral advierte a los concurrentes que no acerquen la mano. En los rarísimos casos de materialización completa, se mantienen durante algunos instantes una forma a la par visible y tangible.

Casi todos los fenómenos correspondientes a la tercera clase se efectúan por medio del primer tipo de materializaciones, porque las manos que dan golpes y raptan, transportan o levitan objetos, no son generalmente visibles, pero sí físicos, puesto que actúan sobre la materia física. Algunas veces, aunque muy raras, se ha podido ver la actuación de estas manos y así sabemos como operan en la infinidad de casos en que el mecanismo permanece invisible.

**La mano luminosa.**— Un curioso ejemplo de actuación nos da Guillermo Crookes (1), como sigue:

(1) *Investigación de los fenómenos espiritistas.*

“Estaba yo sentado cerca de la médium señorita Fox, sin que hubiera más personas presentes que mi esposa y una señora parienta nuestra. Tenía yo en mi mano las dos de la médium, cuyos pies se apoyaban en los míos. Encima de la mesa había una hoja de papel, y con la mano que conservaba libre empuñaba yo un lápiz. A poco bajó de lo alto del apoosento una mano luminosa que, después de planear sobre mi durante breves momentos, tomó el lápiz de la mía para escribir rápidamente en el papel, arrojar el lápiz al suelo y levantarse sobre nuestras cabezas hasta desvanecerse poco a poco en la obscuridad.”

Los golpes, raptos y levitaciones no necesitan descripción por lo muy conocidos; pero más raros son los casos en que se levantan y suspenden objetos pesados sin el contacto de manos visibles como, por ejemplo, el referido en la ya citada obra de Crookes que dice así:

“En cinco ocasiones distintas se levantó una pesada mesa de comedor a la altura mínima de seis o siete centímetros y máxima de cuarenta y cinco, en circunstancias que imposibilitan todo fraude. En otra ocasión se levantó la mesa en plena luz mientras yo sujetaba las manos y pies del médium, y se repitió el fenómeno sin que nadie tocara la mesa y después de haber tomado yo las más rigurosas precauciones para tener incontrovertible prueba del hecho.”

**Casos de levitación.**— Vemos, por lo tanto, que la experiencia personal a que me referí antes no es en modo alguno la única en su clase, pues también Owen (1) relata el siguiente caso análogo:

“En el comedor del conde de Ourches, residente en las cercanías de París vi yo el 1.º de Octubre de 1858, levantarse y volver a colocarse en su sitio, la mesa que, acabado el almuerzo, estábamos sentadas siete personas, sin que nadie la tocara. Todos los presentes advirtieron la levitación. El señor Kyd, hijo del difunto general Kyd del ejército británico y su señora, me refirieron que en Diciembre de 1857, estando de visita en casa de un amigo que vivía en París, calle de la Ferme des Mathurins n.º 28, la señora Kyd se sentó en una butaca y a poco notó que el mueble se movía, como si lo empujaran por debajo, hasta levantarse con el aire y permanecer suspendido durante unos treinta segundos, de modo que los pies de la señora quedaron a cosa de metro y medio del suelo. Después fue bajando lentamente para colocarse de nuevo en su sitio, sin que la aludida sintiera el más leve choque contra la alfombra. Nadie tocó la butaca ni se acercó a ella mientras se levantaba en el aire, excepto el señor Kyd que acudió presuroso a sostener a su esposa con objeto de prevenir cualquier accidente. La sala estaba en aquel momento muy bien alumbrada y las ocho personas de la reunión vieron todas el fenómeno de la misma manera. Tomé nota de lo que los señores de Kyd me refirieron con licencia de usar sus nombres al publicar el caso.”

Frecuentemente han ocurrido levitaciones de personas en sus propios

(1) Pisadas en la linde del otro mundo.

asientos, pero no hasta la altura de metro y medio, como en el caso de la señora Kyd.

Guillermo Crookes nos da varios ejemplos del mismo fenómeno en su ya citada obra, de la que entre sacamos el siguiente parrafo:

“En cierta ocasión presencié como se levantaba a unos cuantos centímetros del suelo una silla con la señora que la ocupaba. Otra vez, para evitar sospecha de fraude, se arrodilló la señora en la silla de modo que todos veíamos los pies, y entonces se levantó con la silla unos siete centímetros del suelo, quedando suspendida durante cerca de diez segundos hasta descender gradualmente. En otra ocasión, se levantaron del suelo en pleno día dos sillas con dos niños que en ellas se sentaban sin que cupiera fraude, porque yo mismo vigilé atentamente las patas de las sillas para cerciorarme de que nadie las tocaba.

“Los casos más sorprendentes de levitación que he presenciado son los producidos por el médium Home, a quien por tres veces distintas le vi levantarse en el aire con la mecedora en que estaba respectivamente sentado, de rodillas y en pie. Cada una de estas tres veces pude observar rigurosamente el fenómeno.

“Del médium Home se citan infinidad de casos en que se levanto en el aire desde el suelo, ante numerosos testigos, entre ellos el conde de Dunraven, lord Lindsay y el capitán Wynne, quienes me refirieron con todos sus pormenores los fenómenos presenciados, de suerte que recusar las pruebas testificales de estos hechos, equivale a no admitir tampoco la verdad de la historia sagrada o profana, que nos cuentan con tantas y tan robustas pruebas.”

El coronel Olcott en su obra: *Los habitantes del otro mundo*, afirma haber oído relatar estos casos a un testigo ocular y nos suministra, además, otros ejemplos de levitación producida por los hermanos Eddy.

Por lo que a mí toca, en tres distintas ocasiones he visto alzarse al médium con la pesada butaca en que estaba sentado y colocarse por encima de nuestras cabezas en el centro de la mesa a cuyo alrededor nos hallabamos. En dos de estas ocasiones sostuve yo mismo una mano del médium y un amigo de toda confianza la otra, mientras se levantaba por el aire, y aunque el fenómeno ocurría en la obscuridad, estábamos seguros de que nadie tocaba la butaca, aparte de que ninguno de los presentes era bastante forzado para levantarla tan en vilo. Apenas descansó el médium con su pesado asiento sobre la mesa, cuando dió esta el numero de golpes que, según el convencionalismo de señales, significaba que se encendieran luces, y entonces pudimos ver distintamente lo sucedido, como si nuestros amigos difuntos estuvieran orgullosos de su proeza.

**Levitación hasta el techo.**— Una vez me vi yo mismo levantado de modo tan extraño que no sé de otro caso parecido. Sucedió en una de las primeras sesiones espiritistas a que asistía y estaban allí muchas personas completamente desconocidas. Unas señoras, colocadas en el lado opuesto de la mesa.

decían que una mano les daba cariñosos golpecitos en la cara; pero como el aposento estaba obscuro, no me convenció del todo su afirmación y les pregunté, “¿Sería ese espíritu tan amable que se acercase hasta aquí para acariciarme?” No esperaba yo respuesta a esta pregunta; pero la entidad quiso sin duda honrar mi palabra, porque al punto me vi agarrado de la mano y tan vigorosamente impelido hacia arriba, que hube de levantarme del asiento y subir por el aire hasta tocar con los nudillos la lisa superficie del techo raso, donde otra mano que parecía salir de entre este me acarició suavemente en la mejilla. Entonces noté que de nuevo me bajaban hasta dejarme incólume en mi silla; pero antes de verme aliviado de la vigorosa sujeción con que me asía aquella mano, estrechó fuertemente la mía como en muestra de cordial despedida. Yo me senté en la silla convencido de lo firme que puede ser a veces el apretón de una mano fantástica.

Cuando más tarde referí este caso a personas escépticas, me dieron de el invariablemente una de estas explicaciones, 1º Que en el techo había un escotillón disimulado y que para levantarme en alto se valdrían de algún mecanismo ingeniosamente oculto. 2º Que el médium, de pie sobre la mesa a favor de la obscuridad, me había levantado por su propia mano.

A la primera explicación argumenté diciendo que el techo estaba finamente alisado al raso, sin la más ligera grieta, según advertí al examinarlo después en plena luz subido a una silla, de modo que no podía escaparse por menor alguno. Además, como nadie estaba enterado de mi pregunta, no cabía preparar el fenómeno con artificios que necesitaban mucho tiempo y cálculo.

A la segunda explicación repuse que el médium por lo bajito y delgado que era, no hubiese podido cargar con los ochenta y dos kilogramos que yo pesaba por entonces. De seguro que el escéptico en cuestión, puesto de pie sobre el borde de una mesa de comedor, no fuera capaz de levantar con una sola mano y mantener suspendido derechamente sobre su cabeza a un hombre de muchísimo mayor peso corporal que él.

**La levitación genuina.**— Todo denota que los fenómenos de levitación, hasta ahora citados o descritos, se debieron a manos materializadas. Pero hay otro procedimiento de levitación mucho más secreto y científico, que de cuando en cuando se practica en los países orientales, cuyo éxito depende del mayor o menor conocimiento en el uso de la fuerza de repulsión, que unas veces equilibra y otras sobrepuja la de atracción. He presenciado varios casos de esta índole que son familiares a los estudiantes de magia práctica, aunque no creo que la fuerza de repulsión intervenga para nada en los casos de levitación espírita.

La fuerza de atracción es de naturaleza magnética y puede transmutarse en repulsión, lo mismo que ocurre en el magnetismo ordinario.

Todos los que conocen el secreto son capaces de producir a voluntad esta reversión magnética, aunque también ha tenido involuntariamente efecto en éxtasis de varias clases, como por ejemplo los de Santa Teresa de Jesús y

San José de Cupertino que se mantenían levantados en el aire durante su ratos de meditación; pero creo que todas las levitaciones ocurridas en sesión espiritista se deben a las manos materializadas de los difuntos, que asimismo producen los demás fenómenos audibles, visibles o tangibles, entre ellos las cajas de música, campanillas y cascabeles que suenan por encima de los concurrentes; el agua y perfumes que sobre ellos derraman a veces; y las flores, frutas y terrones de azúcar con que los obsequian y suelen ponerles hábilmente en la boca.

También se debe, por lo general, a manos materializadas la escritura en pizarras, aunque a veces se produzca este fenómeno por el ya descrito procedimiento del precipitado mental. Por lo regular, solo se materializan los puntos indispensables para tomar y mover el pizarra.

**Escritura en pizarra.**— Hace unos veinte años había en Londres un médium que llevo a notable grado de perfección la escritura en pizarra, hasta el punto de confundir a un empedemido escéptico que se alababa de que nada de particular ocurriría en su presencia. Convinieron los habituales concurrentes a las sesiones en invitar al médium a las once de una espléndida mañana de verano, y que el escéptico en cuestión comprara y trajera dos pizarras de las usadas por los chicos de la escuela que, con un pizarra entre ambas, dejó el mismo envueltas y fuertemente atadas en papel a propósito, lacrando y sellando luego el paquete con su propio monograma en todos aquellos sitios que le parecieron convenientes, sin que en todas estas operaciones soltase ni un momento de las manos el paquete.

Hecho esto, fuimos todos a casa del médium y el escéptico se sentó encima del paquete, a fin de que aquel no pudiera hechizar las pizarras. Operó el médium por de pronto con las pizarras que siempre estaban encima de la mesa para que cualquiera las examinara antes de comenzar la sesión; pero el escéptico objeto, como de costumbre, que lo escrito en la pizarra lo estaba ya de antemano y que reaparecía después por haberlo lavado previamente con alcohol, o bien decía que el médium borraba unas frases y ponía otras, valiéndose de artificios de prestidigitación no advertidos por los concurrentes. Yo tuve por prudente no hacerle caso. El médium apoyó con una mano, sobre la superficie de la pizarra, la mesa que no tenía cajones, ni siquiera tapete, y en estas condiciones se dispuso a responder por escrito a las preguntas que se hiciesen y transcribir lo que el comunicante le dictara. Dijo entonces el escéptico que escribiera el médium alguna frase en chino o sánscrito, y como la entidad comunicante respondiese que no sabía estos idiomas, se creyó aquel vencedor en la prueba; pero se le entibió algún tanto el entusiasmo y no supo que replicar cuando el comunicante trajo a otro que conocía aquellas dos lenguas, pero aun persistió el escéptico en afirmar la superchería.

Estaba la sesión en plena actividad, cuando a uno de los concurrentes se le ocurrió preguntar a las entidades directoras si serían capaces de escribir en las pizarras traídas a propósito, y aunque por de pronto manifestaron temor de no alcanzar a tanto, respondieron luego que sí lo harían. Al efecto, le diji-

mos al escéptico que mostrara el paquete, y después de convencerse de que todavía estaban intactos los sellos, lo colocó sobre la mesa, de modo que el médium pudiera apoyar en él la mano. Quiso entonces el escéptico formular mentalmente la pregunta sin traslucir su índole, y fue cosa de ver la cara que puso al oír el ruido del pizarra que entre las dos pizarras del paquete se movía con rozamiento de escritura. Al cabo de poco, tres suaves golpecitos indicaron que la comunicación había terminado, y el médium apartó la mano, invitando al escéptico a examinar nuevamente los sellos, que continuaban intactos.

Desató el escéptico el paquete y no supo que decir al ver que en las caras interiores de las dos pizarras aparecía escrita la respuesta a su pregunta mental; pero al cabo de una semana de reflexionar sobre el caso, salió diciendo que todos habíamos sido víctimas de una extraña alucinación, "sin que nadie viera realmente lo que se figuró ver." Sin embargo, la experiencia fue para el hueso duro de roer, porque muy frecuentemente hablaba después de ella calificándola de "hábil, pero ridículo artificio", con lo que daba a entender que no se lo iba del pensamiento y tal vez le hizo más bien del que esperaba.

Las respuestas dadas por este medio denotaban mucha inteligencia y conocimientos, aunque me parecían demasiado coincidentes con las opiniones del interrogador, sin que hubiera suficientes indicios para colegir si esta conformidad dependía del deseo amistoso que de complacerle moviese al comunicante, o si porque, en efecto, se reflejaran las ideas de aquel en la mente de este. Por ejemplo, en cierta ocasión recibí una respuesta perfectamente definida acerca de unas personas por quienes me interesaba profundamente, y la entidad comunicante no solo me aseguró positivamente la existencia de dichas personas, sino que se colocó respecto de ellas en mi misma disposición de ánimo. Sin embargo, poco después supe que una semana antes de darme respuesta tan afirmativa, había negado la misma entidad, en otra comunicación escrita, que existieran las personas por quienes yo preguntaba. Tal vez la segunda entidad fuese distinta o simulación de la primera; pero no deja de ser significativo el hecho de que en ambos casos coincidiesen las respuestas con la intención de las preguntas. En cambio, no puedo por menos de reconocer que muchas veces fueron las respuestas rigurosamente categóricas, con datos que ninguno de los presentes podía conocer en manera alguna. Fácilmente se comprende que la escritura en pizarra es una de las formas más sencillas de comunicación y la única clase de escrito que cabe obtener a la luz del día, si bien es cierto que en realidad no se efectúa con luz, aunque así nos parezca, pues entre las superpuestas caras de las dos pizarras o entre la pizarra y la mesa hay siempre obscuridad propicia a la materialización.

Cuando un cuerpo físico crece y se desarrolla lentamente por los medios ordinarios hasta que el principio vital penetra todas sus moléculas y lo anima, el espíritu se convierte en organismo de relativa permanencia, capaz de resistir dentro de ciertos límites el choque de las vibraciones externas. Conviene, por lo tanto, recordar que la materialización es sencillamente un

remedio de este proceso, la fortuita agregación de átomos cohesionados temporalmente en discrepancia de las leyes ordinarias y disposiciones de la naturaleza, y así requiere difícilísimo cuidado el mantener dicha cohesión, pues cualquier choque violento que del exterior sobrevenga deshace rápidamente la materialización. También es preciso tener en cuenta que casi toda la materia empleada en las materializaciones se toma del cuerpo del médium y está, por consiguiente, sujeta a la atracción que de continuo le solicita a volver al organismo de procedencia. Por lo tanto, las vibraciones muy rápidas e intensas de la luz ordinaria disgregarían una materialización casi instantáneamente, excepto en excepcionálísimas circunstancias.

En cambio se puede mantener por algun tiempo la materialización cuando la luz es débil, como por ejemplo, por medio de la llamada "pizarra luminosa", que consiste en un trozo de madera o cartón revestido de una pintura fosforescente, de manera que, puesta al sol durante el día, sea luminosa en la obscuridad. Sin embargo, entre los recursos del plano astral está el de producir una luz suave de efectos mucho menos violentos, y de este modo puede la mano materializada conservar por bastante tiempo su existencia corpórea.

**Una hora escribiendo.**—Tal es el siguiente caso ocurrido en una sesión celebrada con la médium Catalina Fox, por el señor de Livermore, el 18 de Agosto de 1861.

"Los cartones estaban colocados en el centro de un círculo de luz de treinta centímetros de diámetro. Mientras observaba cuidadosamente el fenómeno vi que la mano materializada escribía con mi lápiz en uno de los cartones de izquierda a derecha, y al terminar una línea retrocedía pausadamente para comenzar la otra. Al principio era una mano perfectamente configurada; pero después tomó la apariencia de una materia oscura, más pequeña que una mano de hombre, pero todavía empuñaba el lápiz y escribía con él a intervalos en caracteres que fueron apareciendo en el cartón durante cerca de una hora. No concibo prueba más patente de la escritura directa, pues estaban tomadas todas las medidas contra cualquier superchería y yo mismo retuve las manos del médium mientras se efectuó el fenómeno. Aun conservo los cartones minuciosamente escritos por ambas caras, cuyo texto expresa los sentimientos del más puro y elevado espiritualismo (1)."

Este relato nos suministra otra prueba de lo difícil que es mantener la materialización por largo rato aun en las más favorables circunstancias. Parece que fue imposible perdurar la configuración de la mano, pero conservándola lo bastante visible para sostener el lápiz hasta concluido el escrito.

**Pintura directa.**—También he visto ejemplos notables de pintura, probablemente ejecutados por el procedimiento de los escritos antes referidos. Digo probablemente, porque como todos ellos se efectuaron en la obscuridad, no cabe absoluta certeza, y acaso fueran precipitados mentales si bien este procedimiento es mucho más difícil. Algunos médiums se dedicaron

(1) La tierra en litigio.

con especialidad especialmente a la producción de pinturas directas, que son seguramente una curiosa manifestación de las facultades astrales. Por dos veces vi pintar, en veinte minutos un paisaje de veinte por doce centímetros, en plena obscuridad, sobre un pedazo de papel. La ejecución era muy notable, los colores naturales y armoniosos y parte de la pintura estaba todavía fresca al dar las luces. Estoy seguro de que las hojas de papel fueron ambas veces las que yo mismo lleve al efecto. En una de estas ocasiones, poco antes de bajar las luces, rasgué una punta del papel y comprobé después de pintado el paisaje que el pedazo intencionadamente rasgado coincidía exactamente con el irregular borde de la rasgadura.

En ninguno de los casos pude reconocer a que comarca pertenecía el paisaje pintado, aunque en casa del médium había otros cuadros producidos de la misma suerte, cuyo asunto campestre me era familiar. En una y otra ocasión fue preciso disponer paleta, pinceles y colores, que después de la sesión manifestaban indicios de haberse servido de ellos. En distinta ocasión y con otro médium vi un dibujo de bastante mayor tamaño, trazado con lapices de colores, en menos tiempo todavía; pero la ejecución no era tan cuidada, aunque denotaba habilidad y soltura. El asunto fue en este caso una cabeza de mujer de inconfundible si bien no muy lisonjero parecido. En todas estas ocasiones me asegure de que el médium no intervenía para nada en el trazado de las pinturas, pues tuvo las manos sujetas durante todo el rato, y el contorno de su persona quedaba lo bastante visible para advertir cualquier movimiento.

**Fenómenos musicales.**— El hombre que en vida adquirió facilidad en el manejo de un instrumento musical no la pierde después de la muerte. He oído tocar el violín y tañer la flauta con mucho primor, con bastante luz para advertir que ninguno de los presentes se acercaba siquiera a los instrumentos. También oí tocar una concertina mientras yo mismo sostenía el opuesto extremo del instrumento, e igualmente sonó muchas veces el piano, aun estando echada la tapa del teclado. En algunas ocasiones la entidad invisible levantaba la tapa y veíamos el movimiento de las teclas exactamente lo mismo que en los pianos eléctricos. Si durante la ejecución de la pieza cerrábamos el piano, seguía tocando como antes. En dos ocasiones distintas sonaron las cuerdas sin movimiento de teclas cual si fuese un arpa.

**El telegrafista.**— En su ya citada obra nos da Guillermo Crookes otro ejemplo de como un hombre conserva después de la muerte la facultad de manejar el instrumento de que acostumbró a servirse en vida. El difunto no se valió en este caso de su instrumento profesional; pero demostró indudablemente, que hubiese podido manejarlo si allí lo tuviera. Dice Crookes:

“En una sesión en que el señor Home actuaba de médium, la paleta que servía de instrumento de señales cruzó la mesa en dirección a mí, para darme una comunicación con golpes en la mano, correspondientes a las letras del alfabeto que tenía ante mí. Los golpes eran tan claros y precisos, y a paleta estaba tan evidentemente movida por la mano invisible, que exclamé, ¿Podría la inteligencia que gobierna esta paleta cambiar la índole de los

movimientos y darme una comunicación telegráfica conforme al alfabeto Morse, por medio de golpes en mi mano? Creía yo fundadamente que ninguno de los circunstantes conocía el alfabeto Morse; pero al punto cambió la índole de los golpes, y recibí la comunicación según yo había solicitado. Tan rápidamente señalaba la paleta los caracteres, que apenas pude comprender tal o cual palabra, sin abarcar la comunicación completa, aunque tuve suficiente prueba de que el comunicante era un excelente telegrafista del sistema Morse.”

**La voz directa.**—En el caso antes mencionado de la flauta tañida, es evidente que el ejecutante no solo materializase las yemas de los dedos para pulsar las llaves, sino también la boca para soplar. No es raro que en una sesión materialice el difunto los órganos vocales para emitir sonidos inteligibles, aunque esta materialización parezca mucho más difícil que la de la mano. Muy a menudo se materializan imperfectamente los órganos vocales y resulta una voz de sonido ásperamente silbante. Creo que no pueden ir más allá las primeras tentativas de un espectro no acostumbrado a materializar la voz; pero el espíritu guía de un médium algo notable emite una voz de perfecta naturalidad, gracias a su prolongada práctica en este linaje de materialización.

Todos cuantos hayan asistido a las sesiones espiritistas en que actuaron los famosos médiums de últimos del pasado siglo deben de conocer sobradamente la rotunda y sonora voz de la entidad directora llamada “John King”, quien acogía cordial y cariñosamente a los concurrentes. Recuerdo que en una ocasión invité a un médium a pasar el día en mi casa de campo y mientras paseábamos por unos trigales se mezcló en nuestra conversación una conocida voz espírita, como si fuese una tercera persona que con nosotros se reunía.

Bien se que los escépticos explican el fenómeno de las voces espíritas diciendo que son manifestaciones ventrilocuas del médium, pero esto resulta una vulgaridad insostenible cuando la voz tiene el mismo timbre, volumen e inflexión que la de la persona que tenía la misma voz en vida. También me parece falsa dicha hipótesis al considerar que en cierta sesión, habida en mi propia casa, las entidades ejecutantes cantaron una canción a cuatro voces perfectamente distintas, dos de ellas de timbre femenino con la notable particularidad de que, incluso el médium, todos los presentes eran hombres y amigos de confianza.

En la categoría de materializaciones parciales debemos incluir las llamadas “fotografías espíritas”, porque todo lo que se fotografía ha de ser necesariamente de materia física capaz de reflejar alguno de los rayos luminosos que impresionan la placa. Sin embargo, no se infiere de esto que la materia haya de ser visible para la retina, pues la cámara obscura absorbe los actínicos rayos ultravioletas que no afectan a nuestro órgano visual según se halla hoy constituido.

Conozco lo bastante la fotografía para comprender lo fácilmente que cabe

producir por fraude artificioso una fotografía pseudoespírita; pero también puedo asegurar que hay gran número de ellas de indudable autenticidad, obtenidas algunas en rigurosas condiciones de comprobación por el señor Stead durante sus estudios acerca de este extraño linaje de mediumnidad.

**Fotografía interesante.**— Un veterano oficial del ejército me refirió un típico caso de fotografía espírita. Se le habían muerto tres hijas en poco tiempo, y estando cierto día en una ciudad populosa, a centenares de kilómetros de la población subalterna en que habitualmente residía, vió, al pasar por la calle, un letrero en que un fotógrafo anunciaba que podía sacar retratos de personas ya difuntas. Entró el oficial en la tienda de fotografía sin dar a entender otro propósito que el de retratarse, de modo que el fotógrafo no pudo saber de quien ni de que se trataba; pero cuando fue a recoger las copias vió con sorpresa que alrededor de su efigie se agrupaban las cabezas flotantes de sus tres hijas, en tonalidad mucho más débil pero de inconfundible parecido y del todo iguales a otros retratos obtenidos en distinto taller en vida de las tres jóvenes.

Parece probable que la tablilla llamada planchuela funciona a veces por materialización parcial, pues he presenciado casos en que se movía por debajo de los dedos que descansaban sobre ella sin empujarla. Cuando la mano mueve la planchuela, pertenece el fenómeno a la primera categoría de materializaciones en que se utiliza el cuerpo del médium, aunque este no tenga conciencia de cuanto sucede.

## CAPÍTULO XXIX

### Fenómenos diversos

Dijimos antes que para la producción de dibujos y escritos hay otro método más rápido y eficaz, pero que requiere mayor conocimiento de las posibilidades del plano astral. Este modo se llama, generalmente, precipitado y consiste en que el que desea escribir o pintar toma una hoja de papel, y después de forjar la clara imagen mental del escrito o de la pintura hasta en sus más mínimos pormenores, concentra el esfuerzo de su voluntad de modo que aparezca instantaneamente en el papel lo imaginado. Desde luego se comprende que esto necesita mayor poder y más pleno dominio de recursos del que ni antes ni después de la muerte dispone el hombre vulgar; pero así como entre los vivos hay algunos cuyo prolongado ejercicio en este punto los capacitan para obtener dicho resultado mientras están en el cuerpo físico, así también hay entre los difuntos algunos que han aprendido a utilizar tales poderes.

He visto casos en que el escrito no se precipitó de un golpe, sino por sucesión de palabras, como si se hubiese empleado el procedimiento ordinario, aunque con mayor rapidez. También he visto bosquejarse lentamente una pintura de igual manera, empezando por un lado para concluir sin interrupción en el otro como si fuese un calco.

Para llevar a cabo esta tarea necesitan disponer algunos de materiales a propósito, es decir, de tinta o lápiz de color si han de escribir y de colores en polvo o en pasta si han de pintar. En este caso, el operador desintegra el material necesario y lo transfiere a la hoja de papel. Sin embargo, los operadores hábiles abstraen del eter circundante los materiales necesarios, es decir, que son capaces de crearlos, y así obtienen resultados imposibles de imitar con los medios propios del plano físico.

Otro fenómeno digno de consideración es el de los "espíritus lumillosos", o sea las diversas modalidades de luz que en las sesiones espiritistas producen las entidades astrales que a ellas asisten.

**Diversas modalidades de luz.**—Guillermo Crookes enumera un considerable número de estas modalidades en su ya citada obra, y dice:

"En las más estrictas condiciones de comprobación he visto un cuerpo sólido luminoso de por sí, del tamaño y forma de un huevo de tortuga, que flotaba silenciosamente por el aposento a una altura mayor de la que los circunstantes podíamos alcanzar con las manos en alto, que fue bajando suave-

mente hasta tocar el suelo. Estuvo visible durante más de diez minutos y antes de desvanecerse golpeó la mesa con un sonido semejante al de un cuerpo duro. Todo aquel rato permaneció el médium insensiblemente echado en una mecedora .

“He visto puntos luminosos que se posaban en la cabeza de varias personas .Y obtuve respuestas mediante una luz que frente a mi apareció determinado numero de veces. He visto también chispas luminosas que se levantaban de la mesa al techo y del techo volvían a caer sobre la mesa, produciendo sonidos perfectamente audibles. He dispuesto de un alfabeto de comunicación formado por ráfagas luminosas que aparecían en el aire mientras mi mano se movía entre ellas. He visto, además, una nube luminosa que flotaba sobre un cuadro. En las más rigurosas condiciones de comprobación he tenido repetidas veces un cuerpo sólido luminoso, de aspecto cristalino, que en mi mano puso otra no perteneciente a ninguno de los circunstantes. En plena luz he visto una nube luminosa suspendida sobre un heliotropo puesto en una mesa, que arrancaba una rama de esta flor para llevarsela a una señora, y en algunas ocasiones he visto otra nube análoga en forma de mano, que levantaba diversos y menudos objetos.”

Ya describí las tres modalidades luminosas que aparecieron a mi vista durante las experiencias preliminares que efectué sin auxilio de médiums profesionales, y aunque desde entonces he visto muchas otras luces, todas tuvieron el mismo carácter general. Sin embargo, algunas veces las vi algo más brillantes, al parecer de natulaleza eléctrica, lo bastante potentes para iluminar de lleno el aposento y en cierta ocasión de ofuscante resplandor. Esta última modalidad es rarísima en las sesiones espiritistas por las razones ya expuestas, pues disiparía las materializaciones parciales que fuesen necesarias para producir otros fenómenos.

También es interesante la facultad que los experimentadores del plano astral poseen de desintegrar y reintegrar, de la cual ya tratamos al hablar del precipitado. Es sencillamente el poder de pulverizar cualquier objeto, o sea reducirlo a su etéreo y atómico estado, que puede efectuarse por medio de una vibración lo suficientemente rápida para vencer la cohesión de las moléculas del respectivo objeto. Una vibración todavía más rápida y seguramente de distinta índole, será capaz de desintegrar los átomos constitutivos de estas moléculas. Un cuerpo así reducido a su estado etéreo podrá ser transportado rápidamente de un lugar a otro, y en cuanto deje de actuar la fuerza que le puso en aquella condición, se restituirá a su estado originario.

**Retención de la forma.**— Para responder a los reparos que tal vez surjan en la mente del lector, transcribiré los siguientes párrafos de *El Plano Astral*:

“A menudo es de difícil comprensión para los estudiantes como se retiene y conserva en estos fenómenos la forma del objeto desintegrado. Si un objeto metálico, por ejemplo, una llave, se funde y vaporiza por la acción del calor, al cesar esta acción se solidificará la materia constitutiva de la llave,

pero ya no en su primitiva forma sino en la de lingote metálico. Esta observación es muy oportuna, pero no tiene el valor que a primera vista ofrece; porque si bien el calor altera las condiciones de la esencia elemental constitutiva de la llave, queda subsistente en sí misma y pasa al depósito general de dicha esencia, de la propia suerte que tampoco el calor ni el frío afectan los principios superiores del hombre y, sin embargo, se separan del cuerpo físico cuando el fuego lo desintegra.

“Así, pues, al volver al estado sólido la materia que formó la llave, la esencia elemental (de la clase “terrestre” o sólida) no es la misma que antes contuvo el objeto y, por lo tanto, no puede este recuperar su forma anterior. Pero el hombre que desintegrase la llave con propósito de mudarla de un sitio a otro por medio de corrientes astrales, cuidaría mucho de mantener la misma esencia elemental sin alterar su forma hasta que la transposición fuese completa, y cuando la fuerza de voluntad vuelva a mudarla, actuará como un molde en que se reintegren las moléculas. De esta suerte, a menos que fallase el poder de concentración del operador, se conservaría la forma del objeto.

Así es como en las sesiones espiritistas se aportan objetos desde lejanas distancias con rapidez instantánea, y es evidente que cuando están desintegrados pueden pasar sin dificultad a través de los cuerpos sólidos, como, por ejemplo, las paredes de un aposento o una caja cerrada, resultando que el comúnmente llamado “el paso de la materia a través de la materia” sea fenómeno tan sencillo como el paso del agua a través de un tamiz o de los gases a través de los líquidos en las manipulaciones químicas.

Puesto que alterando las vibraciones cabe mudar la materia del estado sólido al etéreo, se comprenderá que también es posible invertir el procedimiento y mudar en sólido el estado etéreo, y así como una fase del procedimiento explica los fenómenos de desintegración, la otra explica los de materialización. En el primer caso, se necesita un esfuerzo continuado de voluntad para impedir que el objeto desintegrado se restituya a su pristina condición, y el mismo esfuerzo de voluntad es preciso también para que la materia condensada no vuelva al estado etéreo.

**Aportes.**— El aporte de objetos de uno a otro aposento y a veces desde lejanas distancias, es uno de los procedimientos preferidos por los difuntos para alardear de sus facultades astrales en las sesiones espiritistas de selecta concurrencia. Guillermo Crookes refiere que en una sesión en que actuaba de médium Catalina Fox, las entidades directoras anunciaron que “iban a hacer algo en demostración de sus facultades”, y a poco trajeron al salón una campanilla de la biblioteca, cuya puerta estaba cuidadosamente cerrada y el mismo Crookes tenía la llave en el bolsillo.

Por mi parte diré que con frecuencia llegaron a mis manos toda clase de menudos objetos traídos desde bastante lejos, entre ellos flores y frutas de los trópicos en perfecto estado de frescura y madurez. Al interrogar de dónde venían aquellos obsequios, las entidades directoras respondieron siempre

asegurando que eran flores y frutos silvestres, pues no les estaba permitido merodear en propiedades ajenas. Por este medio aparecieron cierta vez sobre la mesa una extraña orquídea y un exótico helecho con tierra reciente prendida en las raíces. Planté ambos brotes en mi jardín y crecieron sin contratiempo alguno.

Los más casos curiosos de aportes que conozco, son los citados en la obra de la médium D'Espérance *El país de las sombras*. Dice así el primero:

“Yolanda (1) atravesó la sala donde estaba sentado el señor de Reimers, conspicuo espiritista, y le hizo seña de que pasará al gabinete inmediato para atestiguar los preparativos que trataba de hacer. Conviene advertir que en anteriores ocasiones nos había prevenido Yolanda la necesidad de disponer de mantillo y agua para el aporte de flores, y en consecuencia teníamos a punto, por si era preciso, una porción de mantillo muy limpio y conveniente cantidad de agua. Cuando acompañada del señor Reimers llegó Yolanda al centro de la sala, le indicó su deseo de tener los ingredientes, con que inmediatamente promedió el caballero una jarra, y luego de bien agitada se la entregó.

“Después de examinarla cuidadosamente, la puso Yolanda en el suelo, tapándola con su misma maleta y en seguida se retiró al gabinete, del que volvió dos o tres veces en poco rato, como si fuera a ver como andaba la cosa.

“Entretanto, el señor Armstrong se había llevado el agua y mantillo sobrantes, dejando la jarra en medio del suelo tapada con el delgado lienzo, que no ocultaba sin embargo la configuración del recipiente, cuyo borde quedó al descubierto.

“Varios golpes dados en el suelo nos advirtieron que habíamos de cantar a coro para poner en armonía nuestros pensamientos y aminorar la curiosidad que todos sentíamos.

“Mientras cantábamos el himno, vimos todos con perfecta claridad que se levantaba el lienzo por cerca del borde de la jarra.

“Yolanda salió de nuevo del gabinete y miró ansiosamente la jarra, como si la examinase con cuidado, y levanto poquito a poco el lienzo, como si temiera estropear algo delicado que estuviese debajo. Por fin lo levantó del todo y quedamos todos atónitos al ver una planta de lozana perfección que parecía un laurel. Yolanda alzó del suelo la jarra, a través de cuyas cristalinhas paredes se veían las raíces firmemente prendidas en el mantillo, contemplando la planta con evidentes muestras de satisfacción, y cruzó la sala con la jarra en las manos para enseñársela de cerca al señor Oxley, uno de los extranjeros allí presentes, celebrado autor de interesantes obras espiritualistas y de notables monografías de las pirámides de Egipto.

(1) Nombre de la entidad materializada que tomó parte principal en todas las sesiones de la médium D'Espérance

“Recibió Oxley la jarra con la planta y se retiró Yolanda, como si con ello hubiese terminado su tarea. Después de examinar el extranjero la maravillosa planta, colocó la jarra en el suelo, pues no había mesa ni velador donde ponerla. El fenómeno motivó infinidad de preguntas y avivó en sumo grado la curiosidad de los circunstantes. La planta tenía el aspecto de un frondoso laurel de anchas y lustrosas hojas, pero sin flor alguna, y nadie de los presentes supo decir a que familia botánica pertenecía.

“Diversos golpes nos llamaron al orden mandándonos que no discutiéramos más el asunto y que volviéramos a cantar para sosegarlos. Obedecimos el mandato y, después del himno, nuevos golpes nos ordenaron que examinásemos otra vez la planta y vimos con reduplicada sorpresa que mientras estuvo la jarra en el suelo, donde el señor Oxley ante sí la pusiera, se había abierto una hermosísima y redonda flor de seis centímetros de diámetro, de precioso color de rosa anaranjado tirando a salmón, aunque resulta difícil describir los matices con palabras. Estaba la flor compuesta de unas ciento cincuenta corolas de cuatro puntas, que se proyectaban considerablemente del peciolo, y medía cincuenta y cinco centímetros de altura con tallo leñoso que ocupaba todo el cuello de la jarra. Los pétalos eran veintinueve dispuestos de dos en dos, con anchura de cinco centímetros y unos diez y ocho de longitud máxima, finos y lustrosos, con parecido a las hojas de laurel, según supusimos desde un principio. Las fibras de las raíces arrancaban del mantillo con toda apariencia de naturalidad.

“Fotografiamos la planta en su misma jarra, de la cual no fue posible removerla, pues el cuello era demasiado estrecho para dar paso a las raíces y el tallo ocupaba toda la boca.

“Supimos después que la planta era la *Ixora Crocata*, originaria de la India. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Creció en la misma jarra? ¿Fue traída de la India en estado de desintegración para reintegrarla en nuestra presencia? Esto nos preguntamos unos a otros sin respuesta satisfactoria, pues Yolanda no supo o no quiso dárnosla. Según pudimos coleccionar nosotros y así lo corroboró un jardinero de profesión, la planta tenía ya algunos años de vida.

“En efecto, advertimos señales de hojas caídas y de cicatrices añejas, pero la prueba evidente era que la planta había germinado y crecido en el mantillo puesto en la jarra, según corroboraban las fibras intactas y la disposición de las raíces. De seguro que no la habían introducido a viva fuerza en la jarra, por la sencilla razón de que ni las raíces ni la parte inferior del tallo pasaban por el cuello del recipiente, que hubiera sido necesario romper para sacar la planta.”

El señor Oxley dice en su relato, publicado algún tiempo después:

“A la mañana siguiente fotografié la planta y luego me la lleve a casa para colocarla en la estufa, al cuidado del jardinero, donde al cabo de tres meses comenzó a marchitarse; pero conserve la flor y tres hojas que cortó el jardinero al hacerse cargo de la planta, sin que hasta ahora hayan dado indicios de desmaterialización. Antes de aportar esta planta me había traído Yolanda

una rosa con peciolo de unos veinte milímetros de largo que me prendí en la pechera; pero al poco rato noté que había nacido otra y al concluir la sesión me sorprendió ver alargado el peciolo hasta siete centímetros, con tres rosas abiertas, un capullo y varias espinas se las lleve a casa hasta que se marchitaron los pétalos y se secó el peciolo en prueba de su genuina materialización."

Informes posteriores me enteraron de que el señor Oxley recibió las rosas en cumplimiento de una promesa, pues parece que el estaba coleccionando plantas a fin de demostrar una teoría botánica, para lo cual necesitaba un ejemplar de aquella variedad que en vano había buscado por todas partes.

Lo más notable en el fenómeno antes descrito es la aparición gradual de la planta, que no llega aportada de repente y puesta desde luego sobre la mesa como ocurrió con mi helecho, sino que va formándose lentamente bajo el lienzo, como si rapidísimamente creciera, y aun después de haberla recibido Oxley prosiguió creciendo hasta dar flor mientras cantábamos nosotros.

Sin embargo, parece que este crecimiento debió de ser ilusorio, pues del examen técnico de la planta dedujo el jardinero que ya contaba algunos años de vida, y por lo tanto, hemos de convenir en que la planta fue aportada, por decirlo así, porción tras porción y reintegrada gradualmente. Porque si una planta puede desintegrarse y reintegrarse de nuevo sin menoscabo de su ser, también será posible disgregarla en porciones sucesivas mediante un esfuerzo más poderoso de voluntad, pues el primer procedimiento no requiere tanto dispendio de energía. Tal vez los que asistían a Yolanda no fueron capaces de aportar de una vez toda la planta y les fue preciso hacer varios viajes, pues parece que primero prendieron las raíces en el mantillo, como si en el hubiesen crecido naturalmente, y luego añadieron el resto de la planta con dramático efectismo que coronase la gloria del experimento.

Acaso se deba a la misma operación el rápido desarrollo del famoso árbol índico llamado mango, en vez de efectuarse como generalmente se cree por aceleramiento del proceso ordinario de autoconcepción. Así se comprende que la planta de Yolanda fuese introducida partícula por partícula en la jarra, y como la operación era en extremo delicada y difícil, no es raro que la misma Yolanda se maravillase del resultado.

Oxley creyó que la planta sería tan solo una materialización temporal y que como tal no tardaría en desintegrarse; pero, lejos de ello, aun vivió la planta bastante tiempo en prueba de que fue realmente aportada de la India, y sin duda alguna aceleró su muerte el trasplante de las cálidas regiones nativas a las inclementes latitudes de Inglaterra. La fotografía de la planta ilustra la obra de que entresacamos esta referencia.

Por otra parte, la rama de rosal regalada a Oxley sería aportada asimismo en porciones, pues resulta imposible que una flor cortada crezca del modo referido.

De la citada obra de Oxley copiaremos el relato de otra experiencia acaso

más sorprendente realizada por Yolanda. Dice como sigue:

“Ayudada por el señor Aksakof, había mezclado Yolanda mantillo y marga en el florero que cubrió después con su propia manteleta, como hiciera con la jarra en el caso de la *Ixora Crocata*. El blanco lienzo fue levantándose poco a poco y extendiéndose a medida que se levantaba, hasta que al llegar sobre la cabeza de Yolanda, siempre atenta a la manipulación, descubrió una planta arqueada bajo el peso de sus flores, cuyo suavísimo aroma nos embriagó el sentido.

“Examinamos la flor y vimos que medía dos metros de raíz a brote, de modo que, aun arqueada por el gravamen de sus once enormes flores, todavía me aventajaba en altura. Las flores eran de perfecta configuración, de veinte centímetros de diámetro y había cinco del todo abiertas, tres a medio abrir y otras tres en capullo, pero todas sin la más leve mancha y humedecidas por el rocío.

“Yolanda se mostró muy complacida del éxito y nos dijo que fotografiáramos la planta si queríamos, pues le era preciso restituirla a su origen. El señor Boutlerof fotografió la planta, junto a la cual aparecía también el retrato de Yolanda.”

La planta era un ejemplar del *Lilium auratum* del Japón, y ocurrió este interesante fenómeno el 28 de Junio de 1890. La fotografía se reprodujo en la obra a que nos hemos referido.

Característica curiosa de este relato es que la materializada figura de Yolanda dió muestras de viva ansiedad por verse incapaz de devolver a su debido tiempo la planta que le habían prestado, pues el poder necesario para ello se agotó en el aporte. Se lamentó amargamente de la impotencia en que se veía y suplicó a todos que tuviesemos mucho cuidado con la planta. Sus amigos del plano físico hicieron cuanto les fue posible; pero, no obstante, se marchitó algo la planta a causa de la inclemencia del tiempo y hasta al cabo de una semana no estuvo Yolanda en disposición de restituirla a su origen. De todos modos, sería curioso conocer el otro aspecto de este caso, es decir, la sorpresa que causaría la misteriosa desaparición de la planta del jardín de donde la aportó Yolanda, y su no menos sorprendente, pero más agradable reaparición, cuando ya tendría su dueño perdida toda esperanza de descubrir a los sigilosos ladrones.

Es muy importante la influencia del ambiente en la realización de los fenómenos psíquicos y está probado que toda perturbación atmosférica dificulta la materialización y desintegración en tanto grado y por la misma razón que la luz viva, cuyas vibraciones intensas producen resultados destructivos. Por consiguiente, mientras la atmósfera estuvo cargada de vibraciones eléctricas, no le fue posible a Yolanda desintegrar la planta para devolverla a su sitio.

En muchos casos de aporte lejano es mucho más fácil valerse del procedimiento de la cuarta dimensión, aunque el gradual crecimiento de la planta

demuestra que no lo empleó Yolanda; pero hay diversos ejemplos, cuya explicación más directa es dicho procedimiento. Todo fenómeno puede efectuarse por distintos medios y no es fácil inferir de un simple relato cual de ellos sirvió para el caso.

Otro ejemplo del paso de la materia a través de la materia o del empleo de la cuarta dimensión, lo tenemos cuando nos aprisiona la muñeca un anillo de hierro demasiado pequeño para pasar por la mano. Esta experiencia la he comprobado personalmente por tres veces, y las tres hube de pedir a la entidad actuante que me lo descifera, pues a menos de limarlo no veía medio físico a propósito para desprenderme de él. Repetidas veces tuve el respaldo de una silla suspendido sobre mi brazo mientras retenía entre las mias la mano del médium. En cierta ocasión observé este fenómeno a media luz, y aunque se efectuaba muy rápidamente, me pareció ver parte del respaldo de la silla disgregarse en una especie de neblina, según se acercaba a mi brazo; pero luego de rodarlo o de pasar a su través, recobraba la primitiva solidez.

Fenómeno mucho más raro es, a mi entender, en las sesiones espiritistas el llamado reduplicación, que consiste en forjar una imagen mental perfecta del objeto que ha de reproducirse y acumular después alrededor de la imagen la necesaria materia astral y física. Para ello es indispensable que cada partícula, tanto interior como exterior del objeto, se abarque simultáneamente con la imaginación, por lo que este fenómeno es uno de los que requieren más concentrado esfuerzo. Las personas incapaces de entresacar del éter circundante la materia necesaria para la producción del fenómeno suelen tomarla del mismo objeto que han de reproducir, cuyo peso disminuye proporcionalmente en estos casos.

**La prueba del fuego.**—Otro sorprendente y no muy común fenómeno de los producidos en las sesiones espiritistas es el de manejar el fuego sin riesgo alguno de quemadura. En una sesión tenida en Londres, una forma materializada puso intencionadamente la mano en medio de un montón de ascuas, y tomando una de ellas, del tamaño de una pelota, me la ofreció, diciéndome sossegadamente, "Tómala en la mano." Titubeé por un momento, como era natural, pero las muestras de impaciencia que en aquel punto dió el materializado espectro me resolvieron a tomar el ascua, convencido de que por algo me lo decía, y en todo caso me bastaba tirar el ascua al suelo, antes de que me abrasara. Alargué la mano, y una vez puesto el fuego en la palma, no sentí ni la más mínima sensación de calor, a pesar de que al aplicar el espectro un pedazo de papel, ardió instantáneamente. Por tiempo de minuto y medio sostuve el ascua, hasta que ya algo empañada me ordenó el espectro que la volviese a tirar al fuego. No me quedó en la mano ni el más leve estigma, ni note olor a chamusquina y únicamente vi un poco de ceniza.

¿Qué había sucedido? Nada pude comprender por entonces ni obtuve explicación alguna de las entidades directoras; pero estudios ulteriores me enseñaron que es posible manipular la más tenue película de substancia etérea, de modo que resulte absolutamente impermeable al calor, y supongo que en aquella ocasión quedó la palma de mi mano cubierta de una película

etérea, pues era el medio más sencillo de producir el fenómeno. Sea como fuere, lo cierto es que la cosa pasó según he dicho.

Entre las posibilidades del plano astral está la de producir fuego, además de la de invalidar sus efectos. Solo una vez he visto producir fuego y tuve con ello prueba de la combustión espontánea; pero de las referencias dadas por Morell Theobald en su obra *Espíritus familiares*, resulta que la producción del fuego era para él un fenómeno corriente. Los difuntos de su familia tomaban en la tarea tan activa parte como los vivientes, y producían luces espontáneas para alumbrar de noche a los de la casa. La acción de estos espíritus se ha considerado análoga a la de los espíritus de la naturaleza llamados en Escocia morenillas, que son una variedad de hadas, pero no dispongo de ningún caso a propósito para servir de ejemplo.

**Producción del fuego.**—Tuve experiencia personal de este fenómeno en una sesión tenida en Inglaterra. Nos advirtieron los golpes que colocáramos en medio de la mesa una bandeja y pusieramos en ella un montoncito de virutas y astillas de una caja de tabacos. Hecho esto nos dijeron que bajáramos las luces y nos pusieramos a cantar. Solemnemente nos colocamos en círculo agarrados de las manos alrededor de la mesa y cantando en la obscuridad, hasta que al cabo de media hora apareció en las entrañas del montón una chispa roja que después de crecer y menguar alternativamente por algún rato, rompió al fin en llama. Con toda seguridad que ninguno de nosotros tocó el montón, ni hubiera podido tocarlo sin que los demás lo advirtieramos tal como estábamos colocados, y también es cierto que la combustión se inició de manera completamente distinta de si al montón hubieran prendido fuego con un fósforo.

Puesto que el calor es, después de todo, una modalidad vibratoria de la energía, infiero que las entidades astrales solo necesitan establecer y conservar esta clase de vibración para producir fuego, y esto fue probablemente lo ocurrido. También cabe suponer que por el procedimiento de la cuarta dimensión introdujeran una substancia previamente inflamada, yesca por ejemplo, y soplar entonces hasta salir la llama, o bien determinar la combustión con auxilio de combinaciones químicas.

En la India se cuentan infinidad de casos en que surgen fuegos espontáneos en las poblaciones cuya divinidad patronal no recibe el debido culto con las correspondientes ofrendas, y estos hechos prueban que la producción del fuego no ofrece dificultad alguna para las expertas entidades que actúan en el plano astral.

## CAPÍTULO XXX

### Materializaciones visibles

Vamos a examinar ahora las materializaciones de segunda y tercera clase o sean las visibles pero no tangibles y en muchos casos manifiestamente diáfanas, así como aquellas otras de aspecto idéntico al de las entidades físicas.

Esta segunda clase de materializaciones no es insólita, si bien no se ponen al alcance de los concurrentes a las sesiones espiritistas. Sin embargo, una vez oí yo una voz directa que me invitaba a pasar suavemente la mano a través de una forma de esta naturaleza, y nada en efecto percibí por el tacto, a pesar de que veía distintamente el espectro sonriente ante mí al ver la inutilidad de mis esfuerzos. Cerré entonces los ojos, y ya no supe si mi mano estaba dentro o fuera de aquel cuerpo, que en tan real y vivido aspecto se manifestaba. Las formas de esta clase se materializan más fácilmente que las tacto-visibles, pues estas últimas son siempre parciales, según he podido comprobar distintas veces. La mano suficientemente robusta para descargar vigorosos golpes suele estar unida a un brazo intangible, aunque parezca tan sólido como la mano.

**Sombras.-** En su ya citada obra describe Guillermo Crookes varias materializaciones de la segunda clase, del modo siguiente, "Durante una sesión que entre dos luces tuve en mi casa con Home, vimos moverse las cortinillas de la ventana a unos dos metros de distancia de donde aquel estaba, y al punto apareció junto a la abertura una umbrosa y semitransparente forma humana que levantaba las cortinillas con la mano. Tan pronto como la miramos se desvaneció, y cesaron de moverse las cortinillas.

"Todavía más sorprendente es el otro ejemplo que sigue; también era Home el médium. De un ángulo del salón salió un fantasma, y tomando un acordeón que por allí había, empezó a tocarlo dando vueltas por el aposento. Todos los presentes vieron la forma durante algunos minutos, y el médium no se movió en todo aquel rato de su sitio. Al llegar el espectro junto a una señora que estaba algo apartada de los demás, exhaló un leve grito y se desvaneció instantáneamente."

Cuando opera la materialización una entidad física completamente idónea en los recursos del plano astral (como por ejemplo el discípulo de un Adepto), solidifica el éter circundante y plasma de este modo las partes corporales que le convengan sin necesidad de totalizar la materialización. Pero en las sesiones espiritistas no se opera de este modo, sino que se extrae del

cuerpo del médium la materia necesaria para producir el fenómeno, y si las condiciones son favorables, se nota como esta materia fluye del cuerpo en grandes jirones de neblina.

En la notable obra de W. Eglinton, titulada *Los dos mudos*, hay tres grabados muy interesantes demostrativos de las sucesivas fases del desarrollo de esta neblina, desde su primera y débil apariencia hasta que el enajenado médium queda casi enteramente oculto entre espirales de niebla muy parecidas a humo denso.

Esta neblina se plasma rápidamente en el duplicado exacto del médium. En una sesión tenida con el famoso médium Cecilio Husk, después de un rato de silenciosa espera, apareció una luz brillante a cuyo resplandor se veían distintamente todos los objetos del aposento. El médium estaba acurrucado junto a su asiento en aparente estado de trance y con respiración estertórea, pero frente por frente de él aparecía su exacto duplicado, activo y viviente, que llevaba en la mano una cosa semejante a un huevo, de donde surgía la refulgente luz. Permaneció en aquella actitud unos momentos, y luego se desvaneció repentinamente la luz. El duplicado nos dijo entonces, en el tono peculiar de los directores de las sesiones, que estaba constituido de la propia materia del médium.

Sin duda alguna que la substancia así extraída del cuerpo del médium no es tan solo etérea, sino que también la hay sólida y líquida, aunque resulta muy difícil comprender como se efectúa esta transferencia. He visto casos en que el cuerpo del médium disminuyó notablemente de peso al producirse el fenómeno, y quedó acurrucado hasta hundir el rostro entre el cuello del gabán. Los directores de las sesiones rara vez permiten que los circunstantes vean al médium mientras se halla en dicha situación, y proceden acertadamente en ello, porque en verdad es tan horrible, repugnante e inhumano espectáculo que excitaría sin remedio a las personas nerviosas que lo presenciaran.

El coronel Olcott (1) describe la manera de pesar escrupulosamente el duplicado del médium, a que llama el honto. Su primera tentativa en este particular la aplicó Olcott a una muchacha india piel-roja que pesaba cuarenta kilogramos, y en menos de diez minutos, sin quitarse las ropas, disminuyó a veintiseis para llegar en seguida a los treinta. Casi toda esta masa de materia física debió de ser extraída del cuerpo del médium con la pérdida proporcional de peso.

En la misma obra refiere el coronel Olcott que por igual procedimiento comprobó el peso de la materializada forma de Catalina Brinck, que pesaba al principio treinta y cinco kilogramos, y después disminuyó hasta veinticuatro sin alterar en lo más mínimo su aspecto exterior. En este caso ocurrió el sorprendente fenómeno de la total desaparición del médium durante la materialización; y aunque Olcott había tenido cuidado de atarlo con hilos en

(1) Gentes del otro mundo.

que puso su propio sello de tan ingeniosa manera que le era absolutamente imposible al médium moverse de la silla sin romper los hilos de comprobación, al entrar el coronel en el gabinete vió la silla vacía, y nada tocaron sus manos al pasar alrededor del asiento. No obstante, en cuanto concluyó la sesión, el médium volvía a estar sentado como al principio, rendido de cansancio y aparentemente agotado de fuerzas, pero ¡con el sello y los hilos intactos!

Admirable sin duda es este caso, pero no ciertamente único, según demuestra Aksakof en su estudio: *Un caso de desmaterialización*.

La materia extraída del cuerpo del médium no fluye siempre de un solo lado, pues a veces mana de toda la superficie por efecto del poder de succión que las entidades directoras establecen.

Oigamos como describe este flujo la señora E. D 'Espérance:

"Entonces me invadió la extraña sensación ya notada varias veces en las sesiones. Frecuentemente había oído decir a otros médiums, que era como si por la cara pasasen telarañas; pero a mí me pareció que tiraban con finísimos hilos de todos los poros de mi piel (1)."

**La médium D'Espérance.**—Entre las muchas autobiografías de los médiums, ninguna me impresionó tan favorablemente como la de la señora D'Espérance, no solo por su atractiva aureola de veracidad y entusiasmo, sino por el profundo espíritu de observación con que ansía comprender la verdadera naturaleza de los fenómenos ocurridos en su presencia.

Considera esta médium desde un punto de vista racional sus anormales facultades, y las estudia con ardiente y sincero deseo de investigar la verdad de ellas. Al par de la admiración que nos causa la valentía de esta mujer, no podemos por menos de sentir que no tuviese ocasión de estudiar la literatura teosófica, donde desde luego hubiera aprendido la mayor parte de pormenores que le fue preciso ir descubriendo poco a poco y a costa de fatigosos esfuerzos.

Comienza su autobiografía con el patético relato de su mal aprovechada infancia y las angustias mentales que hubo de sufrir para desatar las estrechas ligaduras de la ortodoxia.

En pleno desarrollo ofreció su mediumidad el más admirable y variado carácter, hasta el punto de que algunos ejemplos de ella parecerían increíbles a los desconocedores del asunto. Sin embargo, yo mismo he presenciado fenómenos análogos a los descritos en la autobiografía de esta famosa médium y, por lo tanto, admito sin dificultad los extraños casos que relata.

La señora D'Espérance advierte y describe con intenso vigor la muy íntima relación que existe entre el médium y la forma materializada a expensas de sus vehículos. Estamos tan acostumbrados a identificarnos con nuestros

(1) El país de las sombras.

cuerpos, que nos parece horriblemente temerario que el cuerpo actúe en experiencias de la más vívida y extraordinaria índole a que es por completo ajeno su verdadero propietario.

**¿Ana o yo?**—En su ya citada obra (1) describe la señora D'Espérance, en tonos de admirable realidad, la extraña y anormal situación en que suelen verse los médiums, de suerte que basta leerlo para comprender lo inconveniente y nociva en todos los planos y desde todo punto de vista que debe ser dicha experiencia. Dice así la autora:

Llega ahora otra figura más pequeña y delgada y con los brazos extendidos. Alguien se levanta en el último extremo de la reunión, y adelantándose hacia la figura, la estrecha en sus brazos a la vez que exclama, ¡Ana!; ¡Oh Ana!; ¡Hija mía!; ¡Amor mío!

“Entonces alguien más abraza a la figura y se oyen gritos entremezclados con sollozos y voces de bendición. Sentí yo mi cuerpo sacudido de acá para allá, y se me nubló la vista en oscuridad completa, al propio tiempo que unos brazos me ceñían, no obstante estar sentada en una silla del todo aislada. Noté también latidos de otro corazón junto al mío, y supuse que algo sucedía. Nadie estaba cerca de mí, excepto los dos niños, ni nadie advertía mi situación, pues todos los ojos y todas las mentes estaban concentrados en la blanca y delgada figura a quien abrazaban las dos enlutadas mujeres.

“Tal vez eran de mi propio corazón los latidos que sentía. Pero ¿y aquellos brazos alrededor de mi cuello? Seguramente que jamás había sentido un contacto tan inconfundible, y entonces me asaltó la duda de si era yo la blanca figura o la que estaba sentada en la silla, preguntándome, ¿Cíño yo con mis manos el cuello de la enlutada, o son las de la figura? Ciertamente que me están besando en la boca y humedecen mi rostro las lágrimas que estas buenas mujeres tan lastimeramente derraman; pero ¿cómo puede ser esto? Es muy horrible sensación la pérdida de la identidad. Desearía levantar una de estas manos tan languidamente caídas y tocar a alguien por ver si yo soy yo o si yo soy Ana o estoy, por decirlo así, identificada con ella.

“Siento temblar los brazos de la madre; los besos, lágrimas, caricias y bendiciones de la hermana; y en la angustia de mi suprema y extraviada situación no acierto a comprender cual de las dos entidades prevalecerá al fin. ¿Seré yo Ana? ¿Ana será yo?

“Sentí entonces que dos manitas estrechaban las mías encervadas. Era la chiquitina Jonte que al verse sola se asió a mis manos en busca de compañía y consuelo, devolviéndome de este modo la conciencia de mi identidad personal.

“¡Cuánto me alegró el contacto de aquella infantil manita! Se habían disipado las dudas que de mí tenía, y entretanto desapareció la blanca figura de Ana, y las dos mujeres volvieron a sus puestos sobreexcitadas y llorosas, pero henchidas de felicidad.

(1) El país de las sombras.

“Aquella noche ocurrió algo más de que yo no me di cuenta, porque la debilidad en que estaba me tuvo indiferente a todo. Sobrevinieron extraños y curiosos incidentes, pero a la sazón parecía como si me hubiesen arrebatado la vida, y solo descaba soledad y sosiego.”

Es muy frecuente en los médiums este sentimiento de lasitud y de enajenamiento de vida. A tal propósito, dice Guillermo Crookes en su citada obra: “Después de presenciar el lastimoso estado de postración y agotamiento nervioso en que algunos de aquellos experimentos dejaban a Home tendido en el suelo, pálido y sin habla, no me cabe duda de que el desarrollo de la fuerza psíquica se efectúa a costa de la fuerza vital.”

Coincide esta afirmación con mis experiencias personales. He visto a menudo al médium completamente postrado después de la sesión, y supongo que muchos de ellos recurren a estimulantes alcohólicos, creídos de reparar con ellos el tremendo desgaste de la vitalidad consumida en la materialización de la forma espectral, de modo que concluida la sesión quedan en un estado análogo al que sigue a las operaciones quirúrgicas. No es extraño que así ocurra, pues equivale a una seria operación quirúrgica en que se extraeran del cuerpo veinte kilogramos de materia para restituirla después.

**Relación íntima.**—Respecto a la curiosa relación entre el médium y la forma materializada, dice la señora D'Espérance en lo concerniente a sus relaciones con Yolanda:

“Parecía existir entre ambas un extraño vínculo, y nada me era posible hacer para asegurar su aparición entre nosotros. Ella aparecía y desaparecía, según presumo, con entera independencia de mi voluntad; pero una vez aparecida, su breve existencia material estaba subordinada a la mía. Me parecía perder, no mi individualidad, sino mi fuerza y poder de actuación, y también (aunque entonces lo ignoraba) gran parte de mi substancia material. Me sentía cambiada no se como, pero este pensamiento afectaba a Yolanda y debilitaba sus fuerzas (1).”

El médium es subconsciente de su propia individualidad durante la manifestación del fenómeno; pero cualquier esfuerzo por afirmarla o un pensamiento relacionado con ella debilita inmediatamente la forma o la atrae junto al médium. Es natural que así ocurra, porque el pensamiento implica una acción química, o sea la oxidación del fósforo cerebral, y únicamente cuando el vehículo físico está en condiciones de perfecta pasividad, es posible extraer de él abundante materia sin riesgo de la vida. No obstante, siempre es posible el riesgo, sobre todo en caso de repentino choque u otro cualquier disturbio. Por esta razón es tan criminal como insensato el intento que de asir la materializada forma suele acometer a los ignorantes y jactanciosos escépticos, cuya colosal estupidez los hace reos de asesinato. No debiera permitirse que gentes tan supinamente ignorantes tomaran parte en experimentos de tan delicada naturaleza.

(1) El país de las sombras.

**Violencia dañina**—La señora D'Espérance nos da en su citada obra una prueba de grave daño el que puede resultar de estos brutales procederés. Dice así:

“No se a que punto había llegado la sesión, pero sí que Yolanda estaba ya fuera del gabinete con el cántaro al hombro. Después me enteré de lo ocurrido, pues por entonces solo advertí una horrible sensación de tortura cual si estrujasen todo mi cuerpo como muñeca en manos de chiquilla traviesa. Me sobrecogió una emoción terrible de angustiosa pena, como si se me acabase la vida y cayera en temeroso abismo, y todo ello sin saber ni oír ni ver nada, excepto el eco de unos gritos que a lo lejos resonaban. Sentía yo hundirme sin saber donde. Traté de salvarme y asirme a algo, pero no pude lograrlo, hasta que al fin desperté horrorizada con la sensación de muerte cereana.

“Me pareció estar desprovista de sentidos, y solo poco a poco pude repormerme y entrever lo sucedido. Un hombre se había abalanzado contra Yolanda para sujetarla, diciendo que era yo misma en persona.

“Esto fue todo cuanto supe después. La afirmación era tan estupenda, que de permírmelo la postración, me hubiese echado a reír; pero no podía entonces pensar ni moverme, como si me quedara ya muy poca vida y aun esta poca era un tormento para mí. La hemorragia pulmonar, de que me había aliviado durante mi permanencia en el Sur de Francia, brotó de nuevo y la sangre me sofocaba. De resultas, estuve mucho tiempo gravemente enferma y hube de aplazar por algunas semanas mi salida de Inglaterra, pues no podía moverme de la cama.”

No es maravilla que las entidades directoras tomen las más exquisitas precauciones para preservar al médium de tamañas brutalidades que no solo ponen a este en peligro, sino que ellas mismas se exponen a sufrir las perturbaciones causadas en el cuerpo que toman por temporáneo vehículo, confiados en la honradez y buenos sentimientos de los circunstantes.

También se refiere a este asunto R. D. Owen en los siguientes términos:

“Dos amigos míos de mucho talento y ya fallecidos, el doctor A. D. Wilson y el profesor Jaime Mapes, me aseguraron rotundamente que en dos distintas ocasiones habían cada uno de ellos asido lo que les pareció una mano luminosa. El resultado fue el mismo en ambos casos, pues la mano se desvaneció por completo. Por mi parte he recibido comunicaciones respecto a las consecuencias que sufre la entidad manifestada cuando alguien toca su forma, y este es el motivo de la repugnancia de los espíritus a tomar apariencia corpórea ante quienes no son capaces de mantenerse alejados de toda intervención en el fenómeno mientras no les den licencia para ello. En mis experimentos procedí siempre de acuerdo con esta regla, y atribuyo gran parte del éxito a mi prudente continencia (1).”

(1) La tierra en litigio.

No se si el espíritu sufriría en el caso referido, aunque ciertamente sufre cuando alguien golpea o hiere su forma materializada. Por esta razón aleja a las entidades materializadas una espada esgrimida sobre la cabeza del perseguido, según vimos en los relatos pertinentes a este caso, y por lo mismo desempeñó la espada tan importante parte en las artes de la magia medieval.

No hay espada física capaz de lastimar en lo más mínimo el cuerpo astral, pues pasará a través de este sin que la entidad lo advierta; pero tan pronto como haya materialización, y siempre que se manifiestan fenómenos físicos la hay por leve que sea, la espada material podrá ocasionar tanto daño en un cuerpo astral como en un cuerpo de carne, y así resulta indudablemente que toda intervención violenta en la forma materializada pueda dañar gravemente al médium, según hemos visto en el caso de la señora D'Espérance.

Estoy del todo conforme con lo expuesto por Owen y siempre he procedido según el dice en mis investigaciones personales.

Hay quienes van a presenciar esta clase de fenómenos con la fija presunción de que han de engañarles, y para evitarlo recurren a multitud de complicadas trazas con las cuales piensan prevenir cualquier fraude. Cierro es que en muchos casos no se manifiestan los fenómenos en las condiciones establecidas por los suspicaces, porque, como es natural, la entidad no se aviene a salirse de sus procedimientos ordinarios ni a molestarse por complacer a quienes ya desde un principio sospechan en términos de tan orgullosa presunción. Muy a menudo las condiciones prescritas por los recelosos imposibilitan totalmente la manifestación fenoménica.

El doctor Wallace observa con mucho acierto a este propósito:

“Los científicos alegan que en este linaje de experimentos debe permitírseles imponer desde luego las condiciones en que han de efectuarse, y si no ocurre nada una vez establecidas según su norma, afirman que hay impostura o alucinación. Pero bien saben que, en las demás ramas de las ciencias experimentales, no son ellos sino la Naturaleza quien determina las condiciones necesarias y suficientes para la manifestación del fenómeno. Estas condiciones se han de investigar mediante estudio cuidadoso y son distintas en cada ciencia. Por lo tanto, ¿no han de ser más precisas y determinadas todavía al tratarse de fuerzas sutilísimas cuya naturaleza desconoce por completo el fisiólogo? De la propia suerte podría el manipulador imposibilitar fácilmente un experimento eléctrico si, recelando del aislamiento de los aparatos, pretendiera que diesen el mismo resultado poniendo los alambres en contacto, y al replicársele que para ello es condición precisa que estén aislados, se llamara a engaño y lo calificará todo de fraude e impostura, diciendo que aquellas tan ponderadas maravillas eléctricas no pueden realizarse en las condiciones por él demandadas.

“El coronel Olcott (1) cita varios ejemplos del extremo a que en este punto llegan la insensatez y crueldad de los profanos.

(1) Gentes del otro mundo.

“Por mi parte he tenido siempre la norma de no dudar de las buenas intenciones del difunto, hasta que las pruebas me han demostrado lo contrario. Siempre me conformé con las condiciones por él establecidas y cumplí en todo sus advertencias, con el preferente propósito de entablar relaciones amistosas, y siempre eché de ver que una vez ganada su confianza, me enteré gustoso de los límites a que llegaba su poder, según él los conocía, y propuso pruebas de diversas clases para convencer a los demás de la legitimidad del fenómeno.

“No faltaron intentos de engañarme con fraudes y supercherías; pero en cuanto advertí la trampa, me marché tranquilamente sin molestar nunca más al falaz médium. Por otra parte, también he visto casos de impostura en que fueron leales las intenciones del médium y toda la culpa estuvo en las entidades comunicantes. En cierta ocasión, el cuerpo físico del médium quedó transparente como una gasa, de modo que simulaba una forma espírita a fin de ahorrarse las entidades la pena de la materialización, o tal vez porque no pudieran efectuarla. Al recobrar el médium su estado normal y enterarse de lo sucedido protestó enérgicamente, con manifiesta sinceridad, de que no había tomado parte en ello, y como quiera que le abonaban sus antecedentes en otras sesiones, creí sin reserva alguna sus palabras. Lo mismo me dijo un famoso médium respecto a un fraude que le atribuyeron y fue pregonado públicamente en muchos periódicos.”

Mis investigaciones me han afirmado en la opinión de que no siempre cabe achacar al médium la impostura por clara que se vea. Cierta vez dio un médium una sesión en que le colgaba del bolsillo cosa de medio metro de muselina, de la que después apareció revestida la forma espectral, siendo así que la genuina materialización de vestiduras se opera con las mismas ropas del médium.

**Vestiduras espiritistas.**—De nuevo recurriremos a la señora D'Espérance para tener un ejemplo de esta clase. Dice así:

“En una de las sesiones celebradas en “Cristiania” sustrajo un concurrente un trozo de las ropas con que se cubría la forma espectral. Después advertí que faltaba de mi camisa un gran trozo cuadrado, parte por corte, parte por desgarró. El pedazo sustraído del ropaje de la forma espectral coincidió en configuración con el que de mi camiseta faltaba, aunque era mucho más grande, de color blanco y textura vellosa, cuando mi camiseta era de recia y oscura lana.

“Algo semejante me había ocurrido antes en Inglaterra, donde alguien le pidió a Ninia un pedazo de sus amplias vestiduras. Consintió ella, aunque de mala gana, y el motivo de su repugnancia se supo después de la sesión, al notar yo un agujero en mi traje que aquella noche estrenaba. Por entonces atribuí el accidente a inadvertencia de Ninia, sin pensar en causas psicológicas; pero al ocurrirme por segunda vez, comprendí que no fue como supuse, sino que de mis ropas o de las de los asistentes a la sesión se extraían las vestiduras de la forma espírita (1).”

(1) El país de las sombras.

Hay varias clases de ropajes materializados, desde los más bastos y groseros hasta los de finura y delicadeza muy superior a las de las renombradas telas orientales. Algunas veces la entidad comunicante invita a un concurrente que le sea simpático a tocarle las ropas, y aun a cortar un retazo. En distintas ocasiones me favorecían las entidades con estos retazos, algunos de los cuales duraron muchos años, como si fuesen permanentes, mientras que otros se desvanecieron al cabo de una hora y aun de pocos minutos. Aunque las vestiduras más usuales de las formas espiritistas sean de tela blanca y tenue como una película, también las he visto vestidas en traje de sociedad o con el uniforme propio de su profesión en vida.

**Materialización a ojos vistas.**—Un asiduo asistente a las sesiones dadas en el centro espiritista de que era miembro relata como sigue un curioso caso de materialización y desmaterialización de una forma:

“Primamente apareció en el suelo, frente al gabinete, una especie de retazo blanco de consistencia pelicular y nebulosa, que fue extendiéndose gradualmente hasta presentar el aspecto de un trozo de gasa que, moviéndose por sí mismo, se desplegó en una superficie de ochenta por noventa centímetros con espesor de centímetro y medio. Después empezó a levantarse desde el centro de la sala hasta unos sesenta centímetros de altura, como si en sus pliegues se envolviese un chiquillo que manoteara en todas direcciones en actitud de manipular alguna cosa.

“Siguió levantándose la misteriosa gasa con alternativas de descenso para volver a subir más arriba, y por fin alcanzó metro y medio de altura, apareciendo entonces la forma en además de componerse los pliegues de sus vestiduras.

“Los brazos sobresalían considerablemente de la cadera, y se extendían hacia adelante a través del nebuloso ropaje. Era Yolanda, que se nos presentaba sin velo, graciosa y bella, tocada con una especie de turbante, bajo el cual flotaba su negrísima cabellera sobre hombros y espalda.

“Las vestiduras de corte oriental subrayaban las curvas y contornos del cuerpo, airosamente envuelto en los flotantes pliegues cuyos bordes besaban la alfombra.

“Todo esto ocurrió en un cuarto de hora.

“Después de adelantarse Yolanda algunos pasos para que pudieran identificarla algunos forasteros allí presentes, empezó a desmaterializarse, desplegando primero las vestiduras y envolviéndose en ellas la cabeza, de modo que al punto extendió alrededor de su cuerpo una amplia manteleta de gasa, bajo la cual fue desvaneciéndose la forma hasta conservar apenas parecido con Yolanda y perder en breve toda semejanza humana, para convertirse de repente en un montón de gasa que se desvaneció al fin por completo.

“La desmaterialización tardó unos cinco minutos y tan solo dos la desaparición de la gasa. Sin embargo, una vez no desmaterializó Yolanda la gasa, sino que la dejó amontonada sobre la alfombra, y entonces vino del gabinete

otra entidad que contempló la gasa como si lamentara la desaparición de Yolanda. También esta otra forma espírita se desvaneció para abrir paso a la vivaracha y jovial Ninia, la chiquilla española que gustaba de curiosear las gasas dejadas por Yolanda y emperifollarse con ellas."

Por mi parte, diré que he presenciado la manifestación de ambos fenómenos, tal como quedan descritos. En mi caso la forma era la de un hombre de ordinaria estatura, que en vez de comenzar por la materialización del ropaje, se apareció desde luego en forma de un lienzo de luz nebulosa que desde el suelo fue levantándose gradualmente hasta presentar el aspecto de un tronco de árbol, que metamorfoseado en una especie de columna de niebla antes de tomar definida forma humana, se adelantó hacia mí para estrecharme la mano y hablarme en voz tan clara y distinta como pudiera una persona de carne y hueso. Después de platicar durante cinco minutos con nosotros y responder a varias preguntas, volvió a estrecharnos la mano diciendo que había de marcharse y se despidió de todos. Inmediatamente se borraron los contornos de su forma y se convirtió de nuevo en la columna de niebla que se hundió hasta quedar metamorfoseada en el pequeño lienzo luminoso que, tras breves fluctuaciones, se desvaneció a ras del suelo sin dejar rastro.

He visto juntas a un tiempo tres formas materializadas: la de un árabe, centímetro y medio más alto que el médium; la de un europeo de mediana estatura, y la de una niña que por la complexión parecía piel-roja. El médium estaba entretanto encerrado en una jaula de alambre de su propia invención, asegurada con doble llave (una de ellas la tenía yo en el bolsillo) y un candado de letras combinadas que solo podía manejarse desde fuera. Aquella misma tarde se nos invitó a abrir la jaula, y vimos que las formas del árabe y del europeo sacaban en brazos al enajenado médium. Se nos permitió tocar a este y a las dos formas materializadas, mucho trabajo nos costó distinguir en consistencia unas de otras. Las formas no volvieron a llevar al médium a la jaula, sino que lo pusieron en un sofá a la vista de todos, y después de advertimos que al despertarse estaría muy débil, se desvanecieron instantáneamente. Todo esto ocurrió en la penumbra, estando las luces del salón muy bajas, pero con la suficiente claridad para distinguir de las formas materializadas el cuerpo del médium y seguir, con absoluta certeza sin perder ni uno, todos sus movimientos.

Únicamente en condiciones muy favorables cabe esperar que las formas materializadas se muevan en el salón tan libremente como queda descrito, pues por lo general no se alejan de las cercanías del médium, por hallarse sujetas a la continua atracción que propende a restituir las al cuerpo originario, de suerte que si está mucho tiempo alejada del médium se desvanece la forma y, vuelta de pronto su materia constitutiva al estado etéreo, se restituye inmediatamente a su procedencia. Es en extremo peligroso para la salud y aun para la vida del médium impedir esta restitución, y con seguridad que esta fue la causa del terrible sufrimiento de la señora D'Espérance a que antes nos referimos. De su relato se deduce como si la mayor parte de su materia etérea y mucha porción también de la densa se transportara a la

forma de Yolanda; y por lo tanto, al asirla el ignorante concurrente, le pareciese el cuerpo de la médium. Todo esto demuestra que sin la debida idoneidad para comprender algún tanto las condiciones en que se realizan los fenómenos, a nadie se le habría de consentir tomar parte en las sesiones.

Otro argumento en pro de la selección de los circunstantes es que en los casos de materialización también se toma de ellos parte de la substancia necesaria, pues no puede proporcionarla toda el médium. Por consiguiente, resulta una considerable entremezcla de materia, de suerte que las malas cualidades y vicios de cualquiera de los presentes influirán nocivamente en los demás y sobre todo en el médium, que es el mayormente afectado por el fenómeno y el más sensitivo de los circunstantes.

Nuevo ejemplo de ello nos da la señora D'Espérance, en su inestimable obra, como sigue:

**Efectos nocivos del tabaco.**—“Desde los comienzos de mis experiencias sobre este particular, sufrí siempre en mayor o menor grado náuseas y vómitos después de las sesiones en que había materialización, y supuse que no era posible evitar este inconveniente por ser consecuencia natural del fenómeno. Sin embargo, nada me pasaba cuando a la sesión asistían tan solo los miembros de nuestro centro familiar o niños de ambos sexos. En las sesiones dadas para obtener fotografías, el malestar aumentaba hasta el punto de que me tenía postrada durante uno o dos días después de la sesión, con síntomas análogos a los del envenenamiento por la nicotina, y al cabo del tiempo advertí que me veía libre de tan extrañas sensaciones cuando nadie fumaba en la reunión. Además, cuando asistían personas enfermas, invariablemente me sentía más o menos indispuesta después de la sesión. Si entre los circunstantes había algunos acostumbrados al uso del alcohol, la molestia era casi tan grave como cuando había fumadores.

“Estas sesiones me fueron útiles en varios conceptos, pues aprendía que muchos hábitos difundidos en la generalidad de las gentes y sancionados por la costumbre son nocivos para los efectos de la sesión, o al menos para la salud del médium (1).”

Una entidad que así misma se dio el nombre de “John King” estuvo actuando durante algunos años llegó a conocer muy bien las posibilidades del plano astral y otreció a sus más íntimos amigos fenómenos curiosos de materialización como, por ejemplo, el de colocar sobre la pizarra luminosa su hermosa, robusta y bien configurada mano, cuyos contornos se destacaban con toda precisión en el fondo de la pizarra. Después fue disminuyendo el tamaño de la mano hasta quedar como la de un niño pero de perfecta semejanza con la suya, y a poco volvió a agrandarla de modo que cubrió toda la superficie de la pizarra, para luego reducirla a su tamaño natural. Esta manifestación podría atribuirse a influencia mesmérica si solo la hubiese presenciado una persona; pero como todos la vieron de la misma manera,

(1) El país de las sombras.

sin advertir el más leve indicio de mesmerismo, resulta muy probable que fuese una verdadera muestra del aumento y disminución de la mano materializada, producida por una entidad hábil en la manipulación de la materia.

**Las bromas de un difunto.**—A veces la materialización toma formas distintas de la humana. Recuerdo uno de estos casos, demostrativo de que algunos hombres no pierden su buen humor al pasar al mundo astral. En cierta sesión nos molestó en extremo la presencia de un hombre groseramente escéptico que baladroneaba de mala manera, diciendo en voz alta, con evidentes muestras de ignorancia, que bien sabía el que todo aquello eran majaderías y que nada había de ocurrir mientras el estuviese presente.

Pasaba esto hallándonos todos alrededor de la mesa, hasta que el médium, hombre bondadoso e inofensivo, le aconsejó que moderase sus palabras, pues en varias ocasiones habían escarmentado rudamente las entidades a quienes de aquella manera se engracían. Sin embargo, el escéptico agravó la acritud de sus expresiones, diciendo que no le asustaban los espíritus ni era capaz ninguno de ellos de aparecerse en su presencia. Hacía rato que estábamos a oscuras, y nada había ocurrido de nuevo desde que, al comienzo de la sesión, nos dijeran las entidades directoras que iban acopiando fuerzas. Pero pasaba el tiempo y ya empezábamos todos a cansarnos, creído yo de que tal vez el escéptico era en realidad tan discordante, que su influencia imposibilitaría las manifestaciones fenoménicas. Sin embargo, iba yo equivocado.

Para comprender con mayor claridad lo ocurrido, conviene describir brevemente la estancia en que teníamos la sesión. Era un pequeño cuarto de la parte trasera de la casa, en el segundo piso, que comunicaba con un salón mucho mayor, mediante una puerta alta que llegaba del suelo al techo y tenía echado el pestillo. Estábamos todos sentados en torno de una mesa redonda, tan desproporcionada respecto al tamaño del cuarto, que los respaldos de las sillas tocaban a la pared y a la puerta. Había en el extremo del cuarto otra puerta de salida que daba a un tramo de escalera y tenía la llave puesta en la cerradura. Durante cerca de una hora no se produjo manifestación alguna, y supuse por fin con descorazonamiento que nada iba a suceder.

Pero de pronto oímos en el salón contiguo fortísimos pasos como de gigante, y apenas alzamos la cabeza para escuchar mejor, cuando se abrió violentamente la puerta, cuyas hojas chocaron con los respaldos de las sillas colocadas en aquel lado, empujándolas con sus ocupantes contra la mesa que, a su vez, se movió hacia los del lado opuesto. Un resplandor pálido y horrible brillaba en el vano de la puerta, y a su luz vimos todos un elefante corpulentísimo que directamente avanzaba hacia nosotros, derribando las sillas con sus patas. Tan enorme elefante en aposento tan chico no era vecindad muy deleitosa, pero nadie se detuvo a pensar en la imposibilidad física del suceso ni nadie esperó tampoco a ver en que paraba la cosa. La espantosa bestia se nos venía encima, y gracias a que el más cercano a la puerta de salida tuvo la idea de abrirla; por ella huimos todos como locos en menos de un segundo.

Una carcajada homérica resonó entonces tras nosotros, y en seguida vimos lo ridículo de nuestra situación, de modo que unos cuantos volvimos al aposento y encendimos luz.

No había absolutamente nadie. Las dos habitaciones estaban vacías sin notarse entre ellas otra comunicación que las consabidas puertas. No era posible que se nos hubiese jugado traza alguna, pues no habría podido escabullirse el socarrón. Tampoco se notaba huella alguna del elefante ni nada que justificase nuestro pánico, excepto el pestillo de la puerta grande que se había soltado con la violencia del empuje, aparte de tres sillas rotas que atestiguan la rapidez de nuestra fuga. Volvimos a reunirnos en el aposento y soltamos la mal comprimida y retozona risa que nos burbujeaba en los adentros. Pero el escéptico tomó tal miedo, que fue preciso llevarle a la calle el abrigo y el sombrero que en su azoramiento se había dejado, pues en modo alguno quiso volver a recogerlos. No le he visto desde entonces, ni tampoco acierto a suponer como explicaría el engaño de que sin duda se creería víctima.

## CAPITULO XXXI

### Nuestra actitud respecto del espiritismo

Algunos espiritistas me han dicho, "Nosotros creemos que los teósofos atribuyen todos nuestros fenómenos a la acción de elementales, hadas, demonios y otros seres de naturaleza análoga." No hay tal. Ningún teósofo, conocedor del asunto, hizo jamás tan insensata afirmación. Lo que dicen es que algunos de esos fenómenos son obra de entidades distintas de los difuntos, y esto es perfectamente cierto. Me parece que con demasiada frecuencia ha habido gran parte de mala interpretación e injustificada desconfianza entre teósofos y espiritistas, hasta el punto de que varios periódicos de esta última doctrina han hablado de la Teosofía en términos descompuestos, y también en nuestro campo hubo quien trató al espiritismo con tanto desprecio como ignorancia. Sin embargo, cabe esperar que con más conocimiento por ambas partes aumente el respeto mutuo, según nos comprendamos, pues unos y otros tenemos nuestra propia tarea en la gran obra del porvenir. Sería por lo tanto locura querellarnos, a pesar de ser teósofos y espiritistas más afines entre sí que con cualquier otro matiz de opinión.

**Puntos de coincidencia.**—Unos y otros defendemos ardientemente la idea fundamental de que el hombre es un ser inmortal en evolución incesante. Afirmamos que según sea en vida, así será después de separado del cuerpo que tan solo le sirve para adquirir experiencias. Creemos en la común paternidad de Dios y en la confraternidad de todos los hombres. Sostenemos que los bienes y recompensas de este mundo son escoria en comparación de la gloriosa certidumbre de la superior vida futura.

Coloquémonos par a par en este estrado común y pospongamos los puntos de discrepancia hasta que el mundo entero crea en los de coincidencia. Seguramente que esta es la más prudente norma, puesto que convenimos en los puntos de mayor importancia, y si a ellos se ajusta nuestra conducta, se nos dará lo demás por añadidura.

Nosotros tenemos un magnificante sistema filosófico, y si nuestros hermanos espiritistas no quieren detenerse a estudiarlo, ¿por qué habríamos de forzarles a ello? Tal vez algún día sientan la necesidad de ese sistema filosófico, y entonces lo tendrán a punto para su estudio. Si creemos los teósofos que a su debido tiempo volveremos a vivir en este mundo, ¿qué importa que algunos de nuestros hermanos espiritistas coincidan y otros no en esta creencia?

Para nosotros la doctrina de la reencarnación es muy luminosa y de mucho auxilio, porque resuelve problemas sin ella irresolubles; pero si otros hombres no participan de la misma opinión, en modo alguno hemos de compe-lerlos a creerla.

Nosotros sostenemos la idea del continuo progreso después de la muerte, mediante sucesivas existencias en la tierra tras el paso por planos superiores, y el espiritista prefiere la idea de pasar después a otras y más elevadas esfe-ras. Si ambos coincidimos en la doctrina de la evolución, empleemos lo mejor que podamos esta vida como preparación a la otra, pues de hacerlo así lograremos éxito y unos y otros tendremos razón en cuanto al lugar de nues-tro encuentro futuro.

Cuando todos vivamos atentos a la preparación de esta vida de progreso, habrá coyuntura de argüir acerca de donde hemos de vivirla.

**Observación de poca monta.**—Respecto a los fenómenos espiritistas, no hay motivo de querrela, pues sabemos muy bien que son ciertos y conoce-mos su valía para demostrar a los escépticos la realidad de la vida ultrafísica. Hay hombres que parecen completamente incapaces de aprovecharse del testimonio ajeno y han de ver y tocar las cosas por sí mismos, sin advertir que aun aquello que vean tendrá escaso valor, si no están adiestrados en la observación.

Sobre este particular, dice Fuelerton:

“Se necesita larga y cuidadosa disciplina mental para que las observacio-nes tengan algún valor. La repetida experiencia debe precavernos de errores naturales y enseñamos a distinguir las cualidades y diferenciar las ilusiones. Si esto es verdad en el plano físico, mucho más lo es en el astral, donde tan distintos son los fenómenos, las condiciones tan diferentes y los extravíos tan frecuentes.

“Quien presumiera que su observación ineducada determinaría a la prime-ra ojeada la naturaleza, índole y fenómenos del plano astral mucho mejor que la ejercitada facultad de constantes y cumplidos estudiantes, se tendría por una excepción de la regla universal, por superior a los demás hombres y de distinto molde. Pero esto es una de tantas formas de vanidad, un caso de engreimiento de la valía personal, propio de la condición humana. Sería lo mismo suponer que apenas puestos los pies en un país desconocido, pudiera un hombre, sin ser zoólogo ni físico ni botánico, obtener mejores resultados que las prolongadas investigaciones de sabios ya familiarizados con la región en que mutuamente las compulsaron (1).”

Al hombre que necesite ver por sus propios ojos y sea incapaz de apoyarse en la convicción intelectual, dejadle asistir a las sesiones espiritistas y que aprenda por experiencia como otros hicieron. No debemos insistir demasia-do en convencer a semejantes hombres, porque hay en ello graves inconvenientes desde nuestro punto de vista.

(1) Pruebas de la Teosofía.

**Inconvenientes.**—El mayor de todos, del cual se reíría el escéptico, es el riesgo en que está de llevar sus creencias más allá de lo debido, porque si tiene resolución y perseverancia, pronto o tarde ha de convencerse, y en cuanto se convenza, hará como el péndulo que oscila hasta el extremo opuesto, y en vez de no creer en nada, creará como un evangelio todo lo que las entidades le digan y considerará de inspiración divina las comunicaciones recibidas mediante el golpeteo del trípode.

También se expone al riesgo de apariciones incómodas. A menudo acuden a las sesiones espiritistas entidades de índole depravada, ansiosas de satisfacer a costa ajena sus bajas y obscenas pasiones. El guía protege al médium de influencias tan nocivas, pero no puede impedir que se echen en algunos concurrentes y los sigan hasta sus propias casas. El escéptico, que tal vez se crea de mentalidad vigorosa y superior a obsesiones extrañas, encontrará algún día el desengaño, y aunque resista a las dañinas influencias, ¿arriesgará exponer a ellas a su mujer o a sus hijas? Reconozco que esto tan solo es una contingencia, pues un hombre puede asistir a veinte sesiones sin tropezar con tal inconveniente; pero no es la primera vez que sucedieron y están sucediendo estas cosas. Repetidamente han acudido a mi personas arrastradas hasta las fronteras de la locura por la persecución astral, y en muchos casos encontraron por vez primera en una sesión espiritista a su obsesor. El fuerte es capaz de resistir; pero ¿quién conoce su fortaleza mientras no la pone a prueba?

**Resolución necesaria.**—Sin embargo, cuando por desgracia se sienta alguien perseguido u obsesionado, puede hallar remedio colocándose en serena actitud mental contra el obsesor, convencido firmemente de que la voluntad humana prevalece contra toda influencia maligna y de que tiene derecho a usar su propia personalidad y a escoger sus compañeros astrales, como los escoge en el plano físico. Quien persistentemente afirme este derecho triunfará de la prueba. A este propósito sirve de mucho el consejo que da la señorita Freen, y es como sigue:

“Si te sientes obsesionado y el trípode te da comunicaciones mentirosas y caes en trance sin darte cuenta, desecha al punto tu preocupación, distráete paseando en bicicleta, ponte a estudiar el hebreo, pasea por el campo o labra el jardín. Si estas sano podrás hacer cuanto gustes con tu propia mente; si no lo estás, recuerda lo que dice Colney Hatch, la necesidad de dominarse es señal de pecado o de flaqueza.”

**Posibilidad de engaño.**—Siempre hay riesgo de quedar engañado, no tanto por el médium como por las entidades que a su través se manifiestan, o por alguien del plano físico. He presenciado casos en que los engaños tuvieron buena intención, pero no por ello dejaron de serlo. Puede ocurrir que un difunto tome la apariencia de otro con deseo de consolar a los supervivientes, a fin de que éstos no se crean abandonados, y en este caso no hemos de juzgar ni vituperar su acción, cuya bondad o malicia atañe exclusivamente a su propia conciencia. Basta exponer los hechos tales como son.

Conviene advertir que al pasar la entidad al mundo celeste deja tras sí el cascarón astral, y precisamente en la vivificación temporal de este despojo consiste el medio empleado para simular el aspecto del difunto cuyo vehículo fuera durante la vida en el mundo astral.

No es preciso que la entidad comunicante sea humana, pues algunos complacientes y serviciales espíritus de la naturaleza se apresuran a desempeñar el papel de un ser perteneciente a evolución superior y se comunican en las sesiones espiritistas, diciendo al auditorio que son inefablemente felices en el otro mundo.

De este linaje son las entidades que suelen simular la personalidad de Shakespeare, Julio César, María Estuardo, Jorge Washington, etc.; aunque también es a veces un ser humano de baja condición que se complace en pavonearse con galas ajenas y recibir, siquiera fugazmente, el respeto debido a nombres tan famosos. Por otra parte si ha de comunicar algo que considere de utilidad o importancia, piensa fundadamente que la credulidad de las gentes es mucho mayor cuando se trata de personajes históricos. No cabe duda de que la intención es buena, aunque reprobable el procedimiento.

Hay infinidad de simulaciones de esta clase, y es uno de los fenómenos más frecuentes con que tropecé en mis investigaciones. La obra sobre espiritismo, escrita por el magistrado Edmonds del Tribunal Supremo de Nueva York, está principalmente compuesta de comunicaciones dadas por Swedenborg y Bacón, intervenidas por comentarios de Washington y Carlomagno; pero ninguno de estos hombres insignes está en el libro al nivel de su reputación histórica, pues cuanto allí se les atribuye no pasa de vulgaridades propias de médium de cuarto orden, aparte de que muchas de sus afirmaciones son evidentemente inexactas.

Otro interesante ejemplo de simulaciones es la relación de firmas apostilladas al prólogo de *El libro de los Espíritus*, por Allan Kardec, entre las que figuran San Juan Evangelista, San Agustín, San Vicente de Paul, San Luis, el Espíritu de Verdad, Sócrates, Platón, Fenelón, Franklin, Swedenborg, etc., etc. En este etc., etc., se incluyen, por supuesto, cuantas entidades le plazca simular a la comunicante.

Pretensiones tan extravagantes se ridiculizan por sí mismas con solo escuchar la comunicación suplantada; pero cuando se simula la personalidad de un hombre vulgar es mucho más fácil el engaño, pues a menos que el circunstante sea clarividente ejercitado y muy idóneo no advertirá la simulación, aunque de discreto y razonable se precie.

A este propósito repetiremos aquí lo dicho hace años en *El Plano Astral*:

“Una entidad espírita es a menudo lo que asegura ser; pero muchas veces no es nada de lo que dice, y los circunstantes no pueden distinguir la verdad de la ficción, porque la entidad falsaria dispone de los abundantes recursos del plano astral para alucinar a los habitantes del plano físico, de modo que ninguna confianza cabe tener en las pruebas en apariencia más convincentes.

“Si se presenta con el tiempo el hermano difunto de uno de los asistentes a la sesión, ninguna prueba podrá tener este de que en verdad lo sea, pues si se declara algún hecho conocido tan solo de los dos hermanos, puede haberlo leído en la mente del vivo o en la luz astral. Pero si va más allá y le declara algo que a la sazón no sabe y después comprueba, también puede haberlo leído en la luz astral o tal vez el comunicante se vale del cascarón de su hermano cuya memoria vivifica. Esto no invalida en modo alguno la importancia y veracidad de muchas comunicaciones dadas en las sesiones espiritistas por entidades que realmente son quienes dicen ser, sino que con ello se demuestra la imposibilidad en que las personas vulgares están de conocer si hay o no engaño en las comunicaciones.”

De nuevo confieso y reconozco que todo cuanto queda expuesto no son más que posibles contingencias, pues en la mayoría de los casos la entidad dice verdaderamente quien es; pero no obstante, subsiste la posibilidad de engaño que a veces pasa de lo posible a lo efectivo.

**Los daños del médium.**- Otro punto digno de consideración es el daño que más o menos gravemente se le puede causar al médium, no solo por la postración física a que antes nos referimos, que le deja enervado y propenso a bebidas estimulantes, sino también por lo que concierne al orden moral. A este propósito, hemos de protestar enérgicamente contra las sesiones de pago que colocan al médium en situación en extrema falsa y le exponen a riesgos de que nadie debiera ser intencionado cómplice. Cuantos conocen los fenómenos psíquicos saben de sobra que son indecisos y dependen de multitud de causas, la mayor parte de ellas ignoradas, por lo que unas veces conviene y otras no conviene provocar la manifestación. Así lo corroboran los experimentos de todos los investigadores y sobre ello dice la señorita Goodrich Freer:

“Se con seguridad que no es posible mandar en los fenómenos psíquicos, cualquiera que sea su determinante... Quien a sus órdenes tiene ángeles y hombres, envía mensajeros, pero no produce fenómenos duendísticos. El velo del porvenir puede levantarse de cuando en cuando, pero no por el dinero que cueste la entrada en una sesión espiritista. No hay duda de que, por algunos momentos, podemos trascender el tiempo, el espacio y las condiciones temporales de nuestra mortalidad; pero semejantes fenómenos no están sujetos a nuestro capricho ni conviene provocarlos apresuradamente ni tampoco son cosa que ocurra todos los días (1).”

Por lo tanto, si el médium recibe pago adelantado por su actuación y después resulta que no hay fenómeno, ¿quién será capaz de apaciguar al público que está en espera del espectáculo para cuyo disfrute vació el bolsillo? Pero como es fácil el engaño, a él recurren hasta el extremo de engañarse ellos mismos, y así no es noble ni digno colocar a un médium en situación de valerse de artificios de que no es el solo culpable.

(1) Ensayo de Investigaciones psíquicas.

**El daño del difunto.**- Veamos ahora si es posible dañar al difunto. Ya convinimos en que a veces desean los difuntos comunicarse para alivio de su conciencia, y cuando es así, no está mal que se les deparé oportunidad de cumplirles el deseo. Pero estos casos son relativamente raros. Si el difunto nos necesita, ya procurará ponerse a nuestro alcance; pero hemos de dejar la iniciativa de su parte, sin que jamás provoquemos la comunicación.

Tal vez alguien arguya diciendo, "¿Pero acaso no es natural deseo de una madre ver a su hijo?" Sin embargo, más natural sería que la madre pospusiera sus egoístas anhelos a la dicha del hijo.

En muchos casos la comunicación con el plano físico apenas perjudica al difunto durante sus primeras etapas en el astral; pero debemos recordar que siempre intensifica y prolonga su afición a los niveles inferiores del plano y robustece el hábito de permanecer en contacto con la vida terrestre.

**Lugar y labor del espiritismo.**—Sin embargo el espiritismo tiene indudablemente lugar y labor propios y ha prestado incalculable servicio a multitud de gentes. Tenemos, por ejemplo, que la Iglesia Católica y el Ejército de Salvación son dos ramas del cristianismo, y no obstante atraen a sí distintos tipos de personas, de suerte que los miembros de una agrupación se encontrarían mal hallados en la otra, con lo que cada cual ocupa su propio lugar y lleva a cabo su tarea. De la misma manera opino que se alistan teósofos y espiritistas bajo sus respectivas banderas. A quienes estudien la filosofía teosófica no les satisfarán en modo alguno las comunicaciones mediumnicas, ni los repetidos fenómenos de las sesiones, al paso que a los ansiosos de manifestaciones fenoménicas, que siempre van tras lo que el Dr. Lee llamaba "Sermones rellenos" no les satisfarán nuestras enseñanzas y hallarán en el espiritismo precisamente lo que buscan.

Entre los espiritistas, como en toda otra agrupación humana, hay muchas modalidades. Tenemos, por una parte, los apasionados de las comunicaciones orales que erigen, por así decirlo, en dogma religioso, con tanto entusiasmo como otros van a un oficio de la iglesia o a una conferencia teosófica. Están, por otra parte, los espiritistas cuyo único interés se contrae a cumplir el deseo particular de ver a los parientes difuntos. Hay otra clase de espiritistas que sincera y abnegadamente se aplican con fruto al auxilio de los difuntos necesitados de evolución y conocimiento. Otros anhelan de veras estudiar científicamente los hechos referentes a la vida superior, y cuando llegan a un punto en que ya no pueden satisfacer su anhelo, están en disposición de recibir las enseñanzas teosóficas.

Con frecuencia se objeta diciendo, "¿Por qué las entidades comunicantes que a nosotros vuelven con el conocimiento de un plano más elevado no nos enseñan la doctrina de la reencarnación?"

La respuesta es muy sencilla, porque en primer lugar hay muchos que la enseñan, entre ellos los espiritistas de la escuela de Allan Kardec, que profesaron dicha doctrina en vida y persisten en ella después de la muerte. Sin embargo, los que se comunican en Inglaterra y Estados Unidos nada dicen

de reencarnación, porque en el plano astral siguen desconociendo esta enseñanza. Según dijimos en otro capítulo, el Ego reencarna con su cuerpo causal en los vehículos inferiores, distintos en cada encarnación, por lo que ni en el plano astral ni en el físico puede recordar sus existencias pasadas. Así es que tan solo repiten lo aprendido en la tierra, a menos que tengan la fortuna de encontrar un orientalista o un teósofo que les enseñe algo de aquella gran verdad.

Sin embargo, el espiritismo depara de cuando en cuando alguna prueba de la reencarnación por el estilo de las reunidas por Gabriel Delanoze en el discurso leído hace años en un centro espiritista.

Relataremos un curioso caso extractado del periódico *El Pensador Progresivo*, correspondiente al 13 de Diciembre de 1902, y es como sigue:

**Historia de una reencarnación.**—"Expongo mi experiencia personal como un hecho absoluto y no como una controvertible hipótesis. Cuando me ocurrió lo que voy a relatar, hace veintiocho años, nada sabía yo de mediumnidad en ninguno de sus aspectos ni había oído siquiera pronunciar la palabra reencarnación. Contaba entonces diez y seis años de edad y uno de casada.

"Al advertir que iba a ser madre, noté también instintivamente la presencia de una entidad visible que me pareció femenina y de bastante más edad que yo. Gradualmente se robusteció la presunción de esta presencia, y al cabo de tres meses, empecé a recibir de ella largas comunicaciones manifestando celoso interés por mi salud y bienestar. Con el tiempo llegué a oír distintamente su voz y a disfrutar de muchas horas de conversación con ella, de suerte que me dijo como se llamaba y de que país era, con otros pormenores biográficos. Parecía ansiosa de que yo la conociese y amara por ella misma, según me dijo, a cual efecto se esforzó en hacerse visible hasta por último conseguirlo; y desde entonces fue para mí una fiel compañera, como si hubiese tenido cuerpo de carne. Tan solo necesitaba yo echar las cortinillas, de modo que el aposento quedase a media luz, para que la entidad se me apareciese y hablase.

"Dos o tres semanas antes del nacimiento de la criatura, me declaró la entidad que el verdadero propósito de su presencia era infundirse en la nueva forma corporal apenas naciera, pues le convenía ultimar una experiencia terrena. Confieso que no entendí lo que con aquello quiso decirme la entidad, y me quedé muy preocupada. La víspera del alumbramiento vi por última vez a mi compañera, que se me apareció y me dijo "Ha llegado la hora. Ten valor, y todo nos ira bien."

"Tuve al día siguiente una niña que en verdad era la perfecta miniatura de mi compañera espiritual, sin parecido alguno con los parientes de ambas ramas de la familia, y al verla por primera vez, decían todos: "¡Pero si no parece recién nacida!; Lo menos representa veinte años!"

"Me sorprendí en extremo al leer años después en un libro muy antiguo la biografía de la mujer cuyo nombre y antecedentes me dicra como suyas la

entidad amiga, aparte de ciertos pormenores que nadie más conocía. Sin embargo, no dije ni una palabra de cuanto me había pasado, porque era de suponer el juicio de las gentes respecto a lo que afirmara una mujer de tan poca experiencia como yo.

“Al cumplir mi hija quince años, pronuncié por vez primera en su presencia el nombre de la entidad amiga, y ella se volvió rápidamente hacia mi con aire de sorpresa, diciéndome, “Mamá, ¿me llamaba papá por ese nombre?” (1). Yo le respondí: “No, hija mía; nunca te hemos llamado así.”—Ella replicó, “Pues yo estoy segura de que alguien en alguna parte me llamó por ese nombre.”

“Añadiré en conclusión que el carácter de mi hija es muy semejante al histórico carácter de la mujer cuyo espíritu dijo que se infundiría en la nueva forma.

“Tales son los hechos, de los que no se dar explicación alguna. Si deparan fundamento para tal o cual hipótesis, tanto mejor. Las hipótesis necesitan hechos en que apoyarse; pero los hechos subsisten por sí mismos con entera independencia de la hipótesis.”

La señora D'Espérance, que aparece aventajar a la mayoría de médiums, no solo enseñó la reencarnación, sino muchas otras verdades teosóficas por dictado de una entidad comunicante, según expone en su obra: *El país de las sombras*. Tal vez el más curioso incidente de esta interesantísima obra es aquella ocasión en que la autora deja el cuerpo físico y entrevé la simbólica visión de su vida, de modo que su mente se abre a la doctrina de causa y efecto, de evolución y reencarnación y su conciencia abarca la unidad fundamental de todos los seres y de todas las cosas, por muy vaga e imperfecta que resulte la expresión de sus percepciones. Porque causa y efecto implica la afirmación que el espíritu amigo hace respecto al sendero de la vida, diciendo “Ese es el camino que tu mismo te trazaste; no hay otro.” Ade más, enseña la doctrina de la evolución al decir que la “vida pasa cíclicamente de forma en forma y de igual modo reside en las rocas, en la arena del mar, en las briznas de hierba, en árboles, flores y animales, hasta culminar en la inteligencia perceptiva del hombre.”

Respecto a la reencarnación, dice la señora D'Espérance, “Advierto que no por asumir el espíritu la forma humana, alcanza insuperable perfección terrena, pues hay diversos tipos de hombres. En el cuerpo del salvaje dilata el espíritu sus experiencias y halla nuevo campo de educación para, una vez recorrido, pasar a otra forma; y así, de etapa en etapa, en siempre progresiva dirección, se desarrolla el espíritu y perecen las formas en prueba de que para nada sirven luego de cumplido su fin temporal. Se restituyen entonces a los elementos de origen para reproducirse nuevamente, según lo requiera el desarrollo del espíritu (1).”

(1) El país de las sombras.

## CAPÍTULO XXXII

### El Mundo Celeste

Todas las religiones están acordes en afirmar la existencia del cielo, en donde gozan de inefable felicidad los que fueron buenos en la tierra. El cristianismo y el islamismo dicen que el cielo es la recompensa otorgada por Dios a sus siervos; pero la mayor parte de las demás religiones lo consideran como resultado necesario de la vida virtuosa, análogamente a lo que enseña la Teosofía. Sin embargo, todas las religiones describen en gloriosos términos la vida celeste, sin que ninguna haya acertado a describirla con acertada realidad. Todo cuanto del cielo han dicho las religiones resulta tan incongruente con el concepto teosófico que casi todas las descripciones nos parecen grotescas. Repudiamos las leyendas oídas sobre el cielo en nuestra infancia, pero no son menos fantásticas las tradicionales en otras religiones. Los libros budistas e hinduistas pintan el cielo poblado de interminables jardines con árboles de oro y plata, que dan por fruto primorosas alhajas, y aunque esta descripción nos de risa, no es menos extravagante el cielo judío con calles de oro y puertas de perlas.

Sin embargo, estos relatos solo nos parecen ridículos cuando los tomamos al pie de la letra sin advertir que cada escritor llevaba a cabo la tarea desde su punto de vista particular, y ninguno acierta porque la verdad velada por las alegorías es de todo punto indescriptible. El escritor hinduista ha visto sin duda los espléndidos jardines de los reyes hindúes, cuyo aspecto reproduce fielmente al describir el cielo. El escritor judío no está de seguro familiarizado con estos espectáculos florales, pero residía en una populosa y magnífica ciudad, tal vez Alejandría, y concretó su concepto del esplendor y de la gloria en una ciudad sin parecido con las terrenas por la suntuosidad de sus ornamentos y edificios. Así es que cada cual trata de describir con símiles familiares a su mente una verdad demasiado excelsa para ser expresada con palabras.

En nuestros días han visto también algunos la gloria del cielo y han intentado describirla, según sus escasos medios. Entre ellos se cuentan varios estudiantes de nuestras enseñanzas, cuyas investigaciones pueden hallarse en el "Manual Teosófico nº 6." No recurriremos nosotros al oro, plata, diamantes y rubíes para describir las excelencias de color y forma, sino que preferiremos tomar el símil de las tonalidades de una puesta de sol y de los bellos arboles de mar y cielo porque nos parecen más celestes. Sin embargo, quienes de entre nosotros han entrevisto la verdad saben bien que todos

nuestros intentos de descripción fracasarán, como fracasaron los escritores orientales, en la expresión ideológica de la inefable realidad que todo hombre ha de conocer por si mismo algún día.

**Gloriosa realidad.-** Porque el cielo no es ficción ni sueño, sino radiante y gloriosa realidad; mas para mejor comprender lo que es, conviene ante todo rectificar el prejuicio tradicional que considera el cielo como un lugar cuando solo es un estado de conciencia. Si preguntáis donde está el cielo os responderé que está aquí, alrededor de vosotros en este mismo instante, tan cerca como el aire que respiráis. La luz os circunda, como dijo hace tanto tiempo el Buddha; tan solo es preciso que os quitéis la venda de los ojos para verla y mirarla. Pero ¿qué quiere decir la venda? ¿De qué es símbolo? Sencillamente significa la elevación de la conciencia a mas alto nivel y su enfoque en el vehículo mental. Ya demostramos la posibilidad de enfocar la conciencia en el plano astral y, por lo tanto, de ver el mundo respectivo. Lo mismo, aunque en grado inmediatamente superior, cabe decir de la elevación de la conciencia al plano mental, que es una etapa más adelantada de la evolución cíclica, pues el hombre también posee un cuerpo a propósito para recibir las vibraciones de este plano y morar en el refulgente esplendor del cielo aun estando en posesión del cuerpo físico, por más que una vez conocida la experiencia no han de quedarle deseos de restituirse a su vehículo carnal.

El hombre vulgar no alcanza el estado celeste de felicidad hasta después de la muerte, y en casos muy excepcionales no necesita permanecer en el mundo astral. Ya dijimos que después de la muerte comienza el Ego a reconcentrarse en si mismo y este proceso de reconcentración dura lo que la vida astral, hasta que al llegar el Ego al límite de este plano muere el cuerpo astral de la misma manera que murió el físico al término de la vida terrena; es decir, que desecha el vehículo propio del plano astral para pasar a más elevada y todavía mejor vida. Esta segunda muerte no va precedida ni acompañada de sufrimiento ni dolor alguno y es, por lo tanto, completamente imposible que el hombre vulgar comprenda la verdadera naturaleza de dicha muerte, pues se sentirá caer suavemente en delicioso adormecimiento del que despertará a un estado de conciencia superior. Es muy posible que el estudiante teosófico se de cuenta del término de la vida astral y lo salude gozoso por su convencimiento del mundo mas amplio que va a extenderse ante el. Como sucede en la muerte física, cae el hombre en un estado de inconsciencia del que despierta poco a poco.

Hace algunos años describí en la obra *El Plano Devakánico*, mis observaciones personales, y tracé sinópticamente las subdivisiones de este glorioso "País de la Luz", con ejemplos de diversos casos observados en el curso de mis investigaciones de la vida celeste. En el presente capítulo procuraré tratar el asunto desde distinto punto de vista, sin perjuicio de que recurran a dicha obra los lectores descosos de información suplementaria.

**El reino del pensamiento.-** Tal vez el más inteligible concepto del cielo sea considerado como el plano de la Mente Divina, el verdadero reino del

pensamiento, de suerte que todo cuanto bueno pueda pensar el hombre toma en aquel plano vívida realidad. Estamos desventajosamente sujetos a la costumbre de tener por reales las cosas materiales y por imaginarias e ilusorias las inmateriales, cuando lo cierto es que cada cosa está como sepultada a la vez que oculta en su materia y para descubrir lo que de real hay en ella es preciso mirarla desde más elevado punto de vista. El mundo del pensamiento nos parece por de pronto ilusorio, "forjado en la misma turquesa que los sueños", según dijo el poeta.

Recordemos que cuando el hombre deja el cuerpo físico y abre su conciencia a la vida astral, la primera sensación de la intensa realidad de la nueva vida le mueve a pensar, "Por vez primera se que es vivir. Hasta ahora había estado preso sin saberlo, pues mientras por tan sabio y hábil me tuve, fui como oruga que no ve más allá de la hoja en que se arrastra; mas ahora, como mariposa, despliego mis alas y me sumerjo en la luz de más dilatada vida." Pero cuando a su vez deja esta vida por otra todavía más alta, reduplica la experiencia, pues la vida mental es sin comparación mucho más amplia e intensa que la astral. Y no obstante, aun hay más allá otra vida respecto de la cual es la celeste como la luna al sol, aunque por ahora es enteramente inútil pensar en ella.

A muchos les parecerá tal vez absurdo que el reino del pensamiento sea más real que el mundo físico, y así ha de parecerles hasta que la comprobación de la vida superior se lo demuestre con evidencia inasequible a las palabras. Algunas veces basta una sencilla experiencia. A este propósito, recordaremos la elocuente descripción que da Humphry Davy del efecto que le produjo la inhalación del óxido nitroso. Dice que comenzó por perder el sentido y luego pasaron con rapidez por su mente sucesivas series de vívidas imágenes que motivaron percepciones enteramente nuevas. Davy se dijo, "Estoy en un mundo de ideas del todo nuevas para mí." Al recobrar el sentido, exclamó, "El pensamiento es la única realidad. El universo está formado de emociones, ideas, dolor y placer." Sin embargo, esto era el resultado de una ligera experiencia en el plano astral, mientras que la vida celeste es algo inconcebiblemente superior.

**La Muerte Divina.**- En el plano mental existe la infinita plenitud de la Muerte Divina, abierta en su ilimitada afluencia a todas las almas en el grado y proporción en que cada alma se predispone a recibirla.

Si el hombre ha completado ya su evolución cíclica y desarrollado el germen divino que late en su interior, estará a su alcance esta plenitud de gloria; pero como ninguno de nosotros ha llegado todavía a tan alto estado, pues nos hallamos aún en el camino, resulta que nadie puede percibirla en su totalidad, sino que cada cual recibe la porción coincidente con la actividad perceptiva en que se coloca. A cada individuo corresponde distinta capacidad; y según dice el símil oriental, todo hombre lleva su copa, pero unos grande y otros chica, por lo que el contenido depende forzosamente de su capacidad, pues el mar de felicidad basta con exceso para colmarlas.

Aunque todas las religiones hablan de la felicidad celeste, pocas exponen clara y precisamente la orientadora idea de como es posible para todo hombre semejante felicidad, puesto que todo hombre es capaz de formar su propio cielo con solo extraer de la Mente Divina los elementos necesarios para formarlo.

El hombre determina por si mismo la duración e índole de su vida celeste, ya que esta es resultado y efecto de las causas engendradas en la vida terrena, y por lo tanto, no puede el hombre recibir más salario del correspondiente a su labor, ni tampoco gozar de mayor dicha que la adecuada a su idiosincrasia. Todo ser consciente goza en el mundo celeste la mayor suma de felicidad de que es capaz, porque la capacidad de respuesta de aquel mundo no tiene otro límite que la capacidad de quien llama.

**Lo que el hombre allega del cielo.-** Durante la vida terrena el hombre formó su cuerpo astral con deseos y pasiones, y en este cuerpo astral hubo de vivir feliz o desgraciado en aquel, según la índole de su carácter.

Acabada la vida purgatorial cuando ya consumida la naturaleza inferior tan solo quedan los elevados y exquisitos pensamientos, los nobles e inegoístas anhelos que alimentó durante la vida terrena teje entonces a su alrededor una especie de envoltura, por cuyo medio es capaz de responder a determinadas modalidades vibratorias de la refinada materia mental. Los pensamientos circundantes le capacitan para entresacar de las inagotables riquezas del mundo celeste las porciones adecuadas a los anhelos que engendró durante las vidas física y astral. Sus más elevados afectos y sus más puras devociones producen entonces el debido resultado, pues dejó en el plano del deseo cuanto tuvo de codicioso y egoísta.

Porque hay dos linajes de amor uno, difícilmente merecedor de tan sublime nombre, que siempre atento a la reciprocidad exige recompensa y se enreda en las mallas de la envidia y de la suspicacia. Después de la muerte, este sentimiento produce miserables y penosos efectos en el plano del deseo a que inconfundiblemente pertenece; pero hay otro linaje de amor que nunca se detiene a considerar si se ve o no correspondido, sino que sin condiciones se entrega al objeto amado y tan solo atiende a actualizar los sentimientos de que su corazón rebosa. No hay entonces limitación alguna, porque nada desea para sí ni apetece recompensa, y por esto mismo explaya poderosísimas fuerzas que, por exceder a la materia astral y a las dimensiones de este plano, necesitan para manifestarse materia más sutil y más extenso espacio, puesto que la energía emitida es propia del mundo mental.

De la propia suerte hay una clase de devoción religiosa que tiene el pensamiento puesto en lo que podrá obtener de sus oraciones y degrada la adoración hasta convertirla en utilitario y conmutativo negocio; mientras también hay devoción legítima que por completo se olvida de si misma en la contemplación de su objeto.

Bien sabemos que nuestra más ardorosa devoción deja siempre algo por satisfacer; que nunca podemos realizar por completo nuestras más elevadas

aspiraciones; que cuando amamos sin egoísmo, nuestros sentimientos trascienden todo medio de expresión en el plano físico; que las nobilísimas emociones despertadas en nuestro corazón por la música y el arte alcanzan alturas desconocidas en este bajo mundo. No obstante, existe una fuerza admirable que escapa a nuestros cálculos y han de producir sus efectos en alguna parte y de algún modo, pues la ley de conservación de la energía rige con el mismo rigor en los planos superiores del pensamiento y del ideal que en los mecanismos ordinarios; pero si esta fuerza ha de reaccionar sobre quien la pone en acción, y la reacción no puede actuar en el plano físico a causa de sus estrechas limitaciones y de su densa materia, ¿cómo, cuándo y en dónde producirá sus inevitables resultados? Espera a que el hombre se ponga a su nivel y permanece almacenada y latente hasta que llegue la oportunidad. Mientras la conciencia está enfocada primero en el plano físico y después en el astral, la fuerza mental no puede reaccionar en el Ego; pero tan pronto como se transfiere la conciencia al plano mental, se actualiza y fluye sobre él. De este modo se cumple la perfecta justicia y nada se pierde, aunque en el mundo físico nos parezcan inútiles y estériles nuestras aspiraciones y anhelos. El poeta Browning ha expresado hermosamente esta idea en su canto: Abt Vogler.

“¡Jamás se pierde el bien! Perpetuamente vive. El mal es perecedero y caduco, como el silencio que no existiría sin el sonido. Lo que es bien respecto del mal será mejor, y lo mejor llegará a ser óptimo. En la tierra, los arcos fragmentarios; en el cielo, el círculo perfecto. Todo cuanto de bueno anhelamos, esperamos o soñamos, tendrá positiva existencia, no en imagen, sino por sí mismo. La belleza, la bondad y el poder, cuyas voces nos parecen desvanecidas, perdurarán cuando la eternidad prolongue las horas. Las alturas que inaccesibles nos parecen, el heroísmo demasiado sublime para el mundo, la emoción que al levantarse del suelo se pierde en el cielo, son cantos que a Dios elevan el trovador y el bardo. Dios desde luego los oye. Nosotros los iremos oyendo poco a poco.”

Tal es la enseñanza teosófica del mundo celeste, poéticamente expuesta por un vate muy anterior a la fundación de la Sociedad Teosófica y que nada tiene que ver con ella.

**Las ventanas del alma.**- La clave del concepto está en comprender como forma el hombre su propio cielo. El plano de la Mente Divina rebosa de cuanta gloria y belleza cabe concebir; pero el hombre solo puede contemplarla a través de las ventanas que él mismo se haya abierto. Cada forma mental es una de las ventanas o mirillas por que entran a responderle las fuerzas exteriores. Si con preferencia atiende a los bienes mundanos durante su existencia terrena, muy pocas ventanas abrirá que den paso a la gloriosa luz. Sin embargo, todo hombre tiene algún toque de puros e inegoístas sentimientos, aunque no sea más que una sola vez en su vida, y aquel toque será para él una ventana por donde asomare al cielo. Todo hombre, excepto los salvajes más atrasados, disfrutarán algo de esta maravillosa vida de bienaventuranza. En vez de afirmar, como las enseñanzas ortodoxas, que unos

van al cielo y otros al infierno, es mucho más correcto decir que la inmensa mayoría de los hombres han de pasar por ambos estados (si aceptamos el horrible nombre de infierno para la ínfima vida astral), sin más diferencia que sus relativas proporciones de intensidad y duración.

Conviene advertir que el alma del hombre ordinario está todavía en estado inicial de evolución. Sabe utilizar fácilmente su vehículo físico y también emplea con cierta agilidad su cuerpo astral, aunque rarísimas veces transporta al cerebro físico la memoria de sus otras actividades; pero su cuerpo mental no merece aun el nombre de vehículo ni puede utilizarlo como los dos inferiores ni actuar en él ni valerse normalmente de sus peculiares sentidos de percepción.

**Relaciones del hombre ordinario con el plano mental.**- Por lo tanto, el hombre ordinario no es capaz ni mucho menos de tanta actividad en el plano mental como en el astral, pues su condición respecto del primero es principalmente receptiva y esta subordinada a la comunicación establecida con el plano por medio de las abiertas ventanas, que son pocas en número y angostas de marco. Para actuar plenamente en el plano mental es preciso que el hombre se haya elevado muy por encima del nivel ordinario, porque debe ser un espíritu glorioso, una entidad superiormente evolucionada. El hombre consciente en este plano actúa en su vehículo mental tau libremente como el hombre ordinario en el físico y recorre sin trabas los vastísimos campos de conocimiento superior conocimiento que ante él se dilatan.

Pero ahora tratamos del hombre mucho menos evolucionado, del que solo puede ver el campo mental por las ventanas abiertas en su respectivo vehículo. Dos puntos conviene considerar de antemano para comprender cual es el cielo de este hombre: sus relaciones con el plano mental y con los seres a quienes amó en la tierra.

El punto referente a sus relaciones con el plano ofrece dos aspectos: el de la materia mental moldeada por su pensamiento y el de las fuerzas mentales evocadas en respuesta a sus aspiraciones. Al estudiar el plano astral hemos visto que el hombre se circunda de formas de pensamiento; pero el mundo celeste es el verdadero reino del pensamiento, de modo que dichas formas tienen aquí suma importancia, tanto con relación a la materia como por lo tocante a la fuerza, pues rodean al hombre las vivientes energías de los poderosos y angélicos habitantes del plano, algunas de cuyas jerarquías son muy sensibles a ciertas aspiraciones y responden fácilmente a ellas. Pero tanto los pensamientos como las aspiraciones están ajustados al molde que el hombre mismo les dispuso durante su vida terrena, pues no le es posible establecer nuevas actividades al transferir la conciencia a un plano de tan trascendente fuerza y vitalidad. Su cuerpo mental no es de la misma índole que sus vehículos inferiores ni puede, por lo tanto, dominarlo con igual facilidad. Durante muchas vidas pasadas se acostumbró el Ego a las incitaciones y estímulos recibidos de los vehículos inferiores y más particularmente del físico; pero muy poco se esforzó en recibir directamente de su propio plano las vibraciones mentales, por lo que le es imposible responder repentina-

mente a ellas. Al entrar en el plano mental no inicia el hombre nuevos pensamientos, sino que sostiene los que ya forman las mirillas por donde se asoma a mirar aquel nuevo mundo.

**La mirilla de la música.**— Respecto a las ventanas del cuerpo mental conviene considerarlas bajo dos aspectos: su orientación y el cristal que las compone. La mente superior puede tomar diversas orientaciones. Algunas de ellas, como el amor y la devoción, son por lo general tan personales que más bien han de considerarse subjetivamente. Pongamos primero un ejemplo en donde no intervenga el elemento amatorio y tan solo hayamos de considerar la influencia del medio ambiente. Supongamos que sea la música una de las mirillas del hombre en el plano mental. Tendremos aquí una fuerza muy poderosa, pues bien sabemos que la música eleva el ánimo del hombre hasta el punto de que en su arrobamiento puede creerse otro ser en otro mundo. Quien haya experimentado los efectos de la música no negará su enorme energía. El hombre que no guste de la música carecerá de mirilla en esta orientación; pero quien por gustar de aquella tenga esta recibirá a su través vibraciones de tres tipos distintos, codificados por la naturaleza del cristal de su mirilla, que sin duda puede limitar en gran manera la visión. Porque si el cristal es de color, tan solo dejará pasar determinados rayos, y si es de mala calidad desviará y empobrecerá la luz que lo atraviese. Así ha de sucederle seguramente al hombre que en la tierra solo gustó de una clase de música. Pero si la mirilla musical es a propósito, ¿que percibirá el hombre a través de ella?

**Tres orígenes de música.**— En primer lugar, percibirá la música que expresa los ordenados movimientos de las fuerzas del plano, es decir, la "música de las esferas", cuya poética frase encubre una positiva realidad, porque en el mundo celeste, todo movimiento y acción son necesariamente armonía de sonido y color. Los pensamientos del hombre consciente en este plano se manifiestan, como todos los demás pensamientos, en indescriptible serie de modulantes cuerdas parecidas a las de mil arpas cólicas. Esta expresión musical de la intensa y refulgente vida celeste será para el hombre el perpetuo y deleitoso fondo de todas sus otras experiencias.

En segundo lugar, entre los habitantes del plano mental hay un orden de entidades llamadas ángeles por los cristianos y gandharvas por los hinduistas, que están especialmente dedicadas a la música y de este medio de expresión se valen con mayor frecuencia que los demás seres del plano. El hombre que se ponga en armonía con las vibraciones musicales atraerá la atención de estas entidades y, relacionado con algunas de ellas, aprenderá gozosamente nuevas y más deleitosas combinaciones.

En tercer lugar, será más apto para escuchar la música compuesta por los insignes compositores que le precedieron, pues allí están en plenitud de vida Bach, Beethoven, Mendelssohn, Haendel, Mozart, Bellini, Donizetti y Wagner, de cuya inspiración brotan armonías mucho más embelesadoras que las pulsadas en la tierra.

Cada uno de estos eminentes compositores es un manantial de pasmosa melodía, y en verdad que las inspiraciones de los músicos terrenos son eco lejano de sus dulcísimos cantos. Todo cuanto de más admirable vemos en los genios de este bajo mundo terrestre es reflejo de los desembarazados poderes de quienes nos preceden en el plano mental, hasta el punto de que con no sospechada frecuencia inspiran sus pensamientos al hombre receptivo, a fin de que este los exprese del mejor modo posible aquí en la tierra. Confiesan ilustres compositores haber oído resonar en misteriosas cuerdas las notas de un solemne oratorio, de una majestuosa marcha o de un imponente coro, que les sirvieron de inspiración para escribir sus páginas musicales, aunque les hubiera sido imposible transcribir íntegramente al pentagrama la audición de tan sublimes notas. Esto demuestra que la música celeste difiere muy mucho de la terrena, hasta el punto de que sus vigorosas modulaciones tardarían horas y horas en vibrar en el plano físico, sin mantener su originaria intensidad.

**El arte en el cielo.**— Muy parecidas serían las experiencias del hombre que en su vehículo mental hubiese abierto la mirilla del arte. Tendría también las tres mismas posibilidades de gozo, porque el concierto del plano igualmente se manifiesta en color que en sonido, y todos los estudiantes de Teosofía saben que hay seres celestes cuyo lenguaje consiste en ráfagas de esplendidos colores. Por otra parte, los mas insignes artistas medioevales siguen actuando allí, no con pinceles y lienzos, sino por el más sencillo, y sin embargo mas expedito medio de moldear la materia mental con la fuerza del pensamiento. Saben los pintores cuan toscamente limitan su concepto el papel o la tela en que se ven precisados a expresarlo; pero en el mundo celeste la realización coincide con el pensamiento sin posibilidad de fracaso. Lo mismo ocurre con las demas orientaciones mentales, de suerte que en el mundo celeste no tiene fin cuanto podemos gozar y aprender muchísimo más allá de lo que nuestra limitada mente es capaz de abarcar en la tierra.

**Relaciones personales.**— Consideremos ahora el segundo aspecto de la cuestión y veamos en qué actitud se coloca el hombre con relacion a sus parientes y amigos. Repetidas veces preguntan muchos si en el mundo celeste encontrarán y conocerán a cuantos en la tierra amaron, o si entre todo aquel indescriptible esplendor han de verse privados de la compañía de los seres queridos, sin cuya presencia nada fuera capaz de satisfacerles. Por fortuna, no hay dificultad en responder explícitamente a esta pregunta, pues parientes y amigos se verán en el mundo celeste sin la menor duda y aun más distinta y acabadamente que en la tierra.

También hay quienes preguntan si los que estan en el mundo celeste pueden ver a los que todavía estamos en la tierra. A esto responderemos que la perfecta dicha del plano mental es incompatible con las miserias del físico y no fuera feliz el ser que en la tierra viese afligidos, apenados, o, lo que es peor, envilecidos en el vicio, a quienes amó durante su vida en cuerpo de carne. Por lo que toca a si los que ya han pasado al plano mental esperan la llegada de sus parientes y amigos, diremos que esta espera representaría una

fatigosa pérdida de tiempo para el Ego que tal vez se dilatara a muchos años, durante los cuales el pariente o amigo podría alterar de tal manera su carácter que perdiese todo derecho al amor de quien en otras condiciones se lo tuvo.

Las enseñanzas teosóficas desvanecen una y otra dificultad, porque nos dicen que el hombre siempre tiene a su lado a los seres a quienes ama con nobleza y elevación de sentimiento, sin que ni el más leve asomo de discordia o mudanza pueda suscitarse entre ellos, puesto que de ellos recibe siempre cuanto anhela. Este orden de relaciones es infinitamente superior a cualquier otro que la filosofía humana pudiera imaginar, ya que todas sus especulaciones se concentran en la idea del hombre, cuando en verdad debieran concentrarse en la idea de Dios.

**La eficacia del amor.**— Si tenemos profundo amor a otra persona, formamos de ella una vigorosa imagen mental que a su debido tiempo se nos aparece inevitablemente en el mundo celeste, porque está formada con la materia propia del reino de la mente. Pero el amor que forja y retiene dicha imagen es una fuerza lo bastante poderosa para reaccionar sobre el alma de la persona amada, que a su vez responde ansiosamente y se infunde en la forma mental plasmada para ella, y de este modo los vemos en el plano mental mucho más vívida y persistentemente acompañados de los seres queridos. Mas para esto es preciso amar al espíritu sin apetecer el cuerpo, pues el espíritu y no el cuerpo estará con nosotros en el mundo celeste. Tal vez arguya alguien diciendo que todo esto podrá ser cierto en el caso de haber muerto también la persona amada, pero que si todavía vive no le será posible estar a la vez en dos sitios. Sin embargo, puede estar, a la vez no solo en dos, sino en más de dos sitios, tanto si pertenece al mundo de los que llamamos vivos como si al de los llamados muertos. Veamos de explicar lo que en realidad es el alma y comprenderemos la posibilidad de lo expuesto.

El alma humana tiene por natural residencia el plano mental, y excede en mucho por sí misma a todas y cada una de sus manifestaciones, cuya recíproca relación es análoga a las de la línea al cuadrado o del cuadrado al cubo. Así como en rigor matemático un número cualquiera de cuadrados no formarán jamás un cubo, porque el cuadrado solo tiene dos dimensiones mientras que el cubo tiene tres, tampoco puede haber en el plano físico manifestación capaz de expresar en toda su plenitud el alma humana, cuya naturaleza es propia de nivel muy superior. El alma toma cuerpo físico para infundirse parcialmente en el con propósito de adquirir determinadas experiencias privativas del plano físico, aunque la ley no le permite tomar cada vez más que un solo cuerpo, ni mil cuerpos que tomara fueran suficientes para manifestarse, tal cual es, en el plano físico. Ciertamente es que únicamente posee el alma humana un cuerpo carnal en cada existencia terrena; pero al verse atraída por la fuerza mental del pariente o amigo que después de la muerte forjó su vigorosa imagen, en ella se infundirá impelida por la ley de gravedad espiritual para vivificarla realmente en el mundo celeste que, por ser superior de dos grados al físico, podrá expresar muchísimo más acabada-

mente las cualidades anímicas.

Para mejor comprender cómo es posible que el alma humana actúe al mismo tiempo en los planos mental y físico, recurriremos a un hecho de la vida ordinaria. Cuando, por ejemplo, nos sentamos en una butaca, advertimos a la vez que nuestro cuerpo se pone en contacto con asiento y respaldo, de que nuestras manos se apoyan en los brazos del mueble o sostienen un libro, y de que nuestros pies descansan en el suelo. Pues si el cerebro percibe simultáneamente sin dificultad alguna todos estos contactos, ¿con cuanta mayor facilidad no ha de tener el alma simultánea conciencia de pluralidad de manifestaciones en planos del todo inferiores al suyo propio? Así como el hombre físico, es decir, el que enfoca su conciencia en el plano físico percibe a un tiempo diversidad de contactos físicos, así también el hombre mental, el verdadero hombre anima al mismo tiempo con viviente realidad cuantas imágenes mentales puedan forjar de él quienes le aman, y por lo tanto le tienen a su lado en mayor intimidad y cercanía que en las más favorables circunstancias del plano físico.

Acaso pregunten algunos si esto influye beneficiosamente en la evolución de los seres queridos. Ciertamente que sí, pues les depara adicionales coyunturas de evolución. Si está encarnado y en aprendizaje de experiencias físicas, podrá desenvolver mucho más rápidamente la virtud del amor, mediante la imagen de él formada en el plano mental. De este modo le auxilia el amor de quien le ama, y puesto que, según hemos dicho, el alma puede infundirse a la vez en diversas imágenes, resulta que el alma a quien muchas otras siguen amando tiene simultáneamente parte en muchos cielos y recibe múltiples auxilios que aceleran su evolución; pero estas suplementarias oportunidades son resultado y efecto de las prendas morales que le adquirieron el amor de sus semejantes que, vivos o muertos, acrecientan el del alma querida.

Sin embargo, dos limitaciones pueden oponerse a esta reciprocidad del amor. Cabe, en primer lugar, que la imagen mental de la persona amada sea fragmentaria o imperfecta, por faltarle algunas de sus más elevadas cualidades cuya manifestación sea en consecuencia imposible. En segundo lugar, tal vez provenga la dificultad de parte de la persona amada a causa de haber formado engañoso concepto de ella, o tenerle desmedido amor por creerla mejor de lo que realmente es, y en este caso podrá vivificar la imagen, tal como de ella equivocadamente se la forjara el amador. Sin embargo, no es frecuente este caso, que solo ocurre cuando inadvertidamente amamos a quien no es digno de amor; pero aun entonces la vivificada imagen mental nos presenta al ser querido bajo aspectos mucho más elevados que en plano físico, a causa de manifestarse a la sazón en el elevado nivel del mundo mental; y a pesar de su incompleta evolución y de sus imperfecciones terrenas, aparece mucho más digno de amor, de modo que en nada decrece el gozo de quien desde el mundo celeste le ama. El alma amada puede vivificar cientos de imágenes mentales con sus cualidades propias, pero no le es posible evolucionar de pronto las que aun tenga latentes, aunque el amador la

crea ya adornada con ellas.

De aquí la enorme ventaja de aquellos que tan solo forjan imágenes mentales de quienes sean capaces de trascender en elevación el más alto concepto que de ellos pueda formar la mente inferior. Los teósofos que forjan la imagen de un Maestro están seguros de que toda imperfección y defecto habra de achacarse al que la forja, pues bucea en un mar de amor y de poder cuyo fondo es incapaz de sondear con la mente.

**Progreso en el mundo celeste.**— Seguramente preguntará alguien que puesto que el alma emplea tantísimo tiempo en gozar de la felicidad celeste, ¿que oportunidades de progreso ha de tener mientras allí resida?

De tres clases son estas oportunidades, aunque cada una de ellas ofrezca diversidad de aspectos. Primeramente, por la afirmación de ciertas cualidades abre en su cuerpo mental otras tantas mirillas por donde se asoma al mundo celeste, y merced al continuado ejercicio de dichas cualidades durante tan largo período, las vigoriza de modo que constituyen su moral acopio al volver a la tierra en su próxima encarnación. Todos los pensamientos se intensifican reiteradamente, y el hombre que emplea mil años en derramar su inegoísta actividad sabrá de seguro, al término de este período, lo que es el firme y verdadero amor.

En segundo lugar, si por sus mirillas abiertas exhala aspiraciones que le pongan en contacto con una de las jerarquías espirituales superiores, ciertamente que alcanzará eficaces ventajas de su relación con ellas, hasta el punto de percibir vibraciones musicales de ignorada tonalidad y conocer insospechados tipos de belleza artística que por asimilación acrecienten su valía espiritual cuando salga de la vida celeste.

En tercer lugar, adquirirá nuevas enseñanzas de los seres cuya imagen mental formará en proporción a su grado de desenvolvimiento, de modo que el teósofo obtendrá de los Maestros más definidas enseñanzas que quienes no estén tan dispuestos a recibirlas.

Aun las mismas gentes sencillas que tuvieron profunda devoción a un héroe mítico o a un santo sin existencia real, pueden recibir por este medio eficaz auxilio, pues algún protector invisible o algún habitante del plano mental vivificará la imagen forjada para ayudarle en su evolución y confirmar su dicha celeste.

**La verdadera vida del alma.**— Después de la existencia en el mundo propio del pensamiento, cuando el cuerpo mental muere a su vez como murieron el astral y el físico, pasa el alma a vivir más allá de la vida celeste en el cuerpo causal, en el vehículo permanente a través del ciclo de reencarnaciones. En el plano causal no necesita el alma mirillas a que asomarse, porque está ya en su verdadera patria, sin trabas ni limitaciones que se opongan a su plena actividad. La mayoría de los hombres apenas tienen conciencia en tan excelsa altura y por falta de evolución quedan como soñolientos, sin advertir la ilimitada libertad en que se hallan; pero a cada fin de ciclo va

despertando más y más su conciencia hasta dilatarla por completo en la verdadera vida causal, que entonces excede en duración a las tres fases inferiores de su existencia cíclica. Según evoluciona a través de las sucesivas encarnaciones permanece por más tiempo en el mundo causal, y ya no solo es capaz de recibir, sino también de dar. Entonces se acerca para él la hora del vencimiento, porque aprende la lección enseñada por Cristo, la gloriosa lección del sacrificio, el supremo deleite de dar la vida por amor de sus semejantes, la entrega de sí mismo en bien de los demás para auxiliar con las espléndidas fuerzas celestiales a los gemientes y llorosos hijos de la tierra. Tal es la vida que ante sus pasos se dilata; los peldaños de la áurea escala a cuyo pie estamos todavía y que debemos señalar a cuantos, por no estar ni siquiera a su pie, desconocen el inimaginado esplendor que circunda las tinieblas de la vida terrena. La Teosofía trae al mundo occidental la buena nueva de que este sublime porvenir está reservado a todos los hombres para cuando cada uno de por sí se ponga en condiciones de merecerlo.

## CAPÍTULO XXXIII

### Naturaleza de la prueba

Cuando alguien oye por primera vez la explicación que del más allá de la muerte da la Teosofía, parece como si desde luego le subyugase, aunque sorprendido de la categórica valentía de sus afirmaciones, y en consecuencia pregunta qué prueba tenemos para mostrarnos tan convencidos de estas verdades y como le será a él posible llegar al mismo convencimiento. Por mi parte no deseo otra cosa que auxiliar a quien hacia nosotros venga en tan excelente disposición de ánimo, al paso que muy poco interés me inspira el agresivo y jactancioso escéptico. Cuando a un hombre le parece que se presta un favor al creer lo que le digo y replica: "Convénceme de cuanto dices haciendo esto y lo otro", me siento inclinado a responderle: "Amigo mío, ¿por qué ni para qué he de convencerte? Nada me importa que creas o no creas. Expongo hechos comprobados en diferentes épocas y lugares por cien personas distintas. Cree o no creas según te plazca, pues tu fe o tu incredulidad en modo alguno alterará la naturaleza de los hechos ni quebrantará mi convicción. A ti solo te incumbe el creer o no y, por lo tanto, es asunto tuyo y no mío." Pero al hombre que sinceramente anhela creer y busca las definidas bases de su creencia, le recibe siempre la Teosofía con la más cordial acogida. A estos desinteresados indagadores de la verdad me dirijo en este capítulo.

Tal vez sea conveniente referir de antemano cómo adquirí el convencimiento, porque me parece que las personales experiencias de quien, con no desdeñable éxito, indagó la verdad en sus propias vías, no han de ser inútiles para quienes por las mismas vías la estén actualmente indagando.

**Experiencia personal.**— La primera vez que oí hablar de Teosofía, era yo sacerdote anglicano y aun tal vez lo fuera hoy de no pensar en ciertas cosas en que no debe pensar quien desee mantenerse en la ortodoxia. Entre mis obligaciones parroquiales estaba la de preparar a los jóvenes para recibir el sacramento de la confirmación, y con frecuencia me acosaban mis catecúmenos a preguntas y me exponían dudas generalmente suscitadas por la lectura de las obras de Tomás Paine y de Bradlaugh. Siempre acerté a responder a unas y solventar otras a satisfacción de los interesados, pero sin satisfacerme a mí mismo, porque al reflexionar sobre los lugares comunes de que me valía en la argumentación echaba de ver que discrepaban de otros puntos igualmente ortodoxos. Comprendía que si alguien alegara por pruebas de un acontecimiento histórico las mismas que se daban en apoyo de los hechos

relatados en el Evangelio, forzosamente habría yo de repudiarlas al instante por insuficientes; pero como toda la doctrina de la salvación eterna se funda en la supuesta historia evangélica, su incertidumbre me parecía materia digna de estudio, pues despertaba en mí el intranquilizador sentimiento de que no era verdad lo que enseñaba. Lo más prudente en este caso fue, a mi juicio, estudiar el asunto con profunda atención y ver qué habían dicho sobre el particular los doctores de la Iglesia. El resultado me descorazonó en extremo, porque al fin y al cabo nada que valiese la pena habían dicho las lumbreras teológicas, pues todo se quedaba en multitud de afirmaciones rotundas sin asomo de prueba o argumento de ninguna índole, acompañadas de patentes de malicia para quienes se atrevieran a ponerlas en duda. Nada se ha dicho que resuelva las dificultades, y cuando la atención y el juicio crítico del indagador se aplican a ello, advierten la ficción del plan ortodoxo cuyas alegadas pruebas no resisten al más ligero examen. Entonces el sincero indagador duda terriblemente de las enseñanzas religiosas que alimentaron su infancia y siente como si de raíz le arrancaran sus convicciones, dejándole en la más desoladora incredulidad.

Por lo que a mí toca, no paso mi mente de la afirmación sugerida a la negación sistemática, porque con anterioridad había yo indagado los fenómenos espiritistas y estaba convencido de que algunas cosas eran ciertas. Sin embargo, a la serena y fija luz del raciocinio, el dogma de la creación, de la insensata cólera del Creador y de la supuesta necesidad de aplacar su furia por la extraordinaria mediación de un redentor, me parecía extravagantemente contrario a la razón una vez despojado de la abyecta santidad que le prestaba la tenebrosa luz de la tradición, de suerte que esta mezcla de "residuos de una creencia olvidada", me dejó, como había dejado a otros muchos, sin satisfacción cumplida.

**Como recibí la luz.**— Por entonces y casualmente al parecer, aunque creo que nada hay casual, cayó en mis manos la obra de Sinnet titulada *El Mundo Oculto* y encontré en ella toques de un admirable sistema filosófico que a la vez me llamó la atención y despertó profundísimo interés. Otro libro, *El Budhismo Esotérico*, daba más amplias explicaciones, y tan pronto como lo hube leído vi puntos completamente nuevos para mí, pues hasta entonces sólo conocía por una parte el sistema materialista que todo lo atribuye al ciego acaso, y por otra la doctrina ortodoxa, según la cual, por designio de Dios son los hombres afortunados o miserables, cultos o salvajes, honrados o criminales.

Ambas teorías eran en extremo deficientes, pues ni una ni otra me parecían razonables y las dos dejaban de explicar satisfactoriamente muchos hechos. La teoría del designio divino ha sido tan del todo refutada por el coronel Ingersoll y otros autores, que nada necesito añadir a las múltiples objeciones opuestas contra ella. La teoría materialista queda refutada por los diversos fenómenos por mí presenciados, que la rebaten con plena evidencia. En los libros antes citados descubrí una tercera teoría que ciertamente tenía inmensas ventajas, pues obviaba cuantas dificultades no les era posible

explicar a las otras y además se ajustaba racionalmente a las condiciones y circunstancias que a nuestro alrededor observamos, al paso que, en coincidencia con la general orientación del pensamiento científico, exponía un razonadísimo plan de la evolución pasada, presente y futura de la humanidad. Por vez primera encontré en esos libros una filosofía racional que conciliaba la omnipotencia y amor infinito de Dios con la libertad del hombre.

Me adherí desde luego a esta teoría, por parecerme tan a las claras la mejor de las tres, y comence a estudiarla. Fuí a ver al señor Sinnet, que me acogió con la exquisita cortesía y afectuoso interés en él habituales, y por su mediación ingresé en la Sociedad Teosófica. Por entonces era muy escasa la literatura teosófica, pues aparte de las dos obras citadas, solo contábamos con *Isis sin Velo* y *El Sendero de perfección*, sin disponer de los manuales cuyas pommenorizadas explicaciones tanto facilitan hoy los estudios teosóficos.

Pregunté cómo habían llegado estos conocimientos a Occidente, y me respondieron que la señora Blavatsky los recibió de algunos insignes instructores orientales. Advertí después que la filosofía india estaba muchísimo más adelantada que cuanto conocíamos en Occidente, incluso las enseñanzas ortodoxas de la época, aunque no aventajaban a las verdaderas y primitivas doctrinas del cristianismo según aparecían expuestas en las obras de los más ilustres doctores gnósticos, cuyas ideas rechazó la ignorante mayoría de la Iglesia postapostólica sin dejar en ella nada que satisficiera el pensamiento humano.

Toda religión ha de ser igualmente capaz de subvenir a las neacesidades del ignorante por una parte y del instruido por otra. Toda religión tuvo siempre un orden de enseñanzas éticas para quienes no abarcaran más allá, pero también estuvo siempre dispuesta a complementarlas metafísicamente para los capaces de sondear el corazón de las cosas. En sus comienzos no discrepó el cristianismo de las demás religiones en este punto, pues tuvo asimismo enseñanzas secretas que tan solo comunicaba a los capaces de recibirlas, aunque en los presentes tiempos de adulteración y decadencia la Iglesia haya perdido muy mucho de su originario carácter. No me desviaré del asunto principal, por más que también ofrezca interés este otro, ya tratado en mi obra *El Credo cristiano*, y más acertadamente por la señora Besant en *El Cristianismo Esotérico*.

**Posibilidad de progreso.**— Nos enseñó Blavatsky que siempre hubo un grupo de hombres conocedores de las verdades capitales de la naturaleza y capaces, por lo tanto, de enseñar a los demás. Dijo también Blavatsky que, no obstante parecer nuevas, estas verdades eran tan viejas como el mundo. ¿Habría en ellas algo más de lo que pudiéramos aprender? Tal vez; porque los Maestros de Sabiduría tienen discípulos en cuyo número podrán contarse algún día quienes dediquen su vida al servicio de la Humanidad. Respecto a este asunto, nada nos dijo Blavatsky, porque se lo reservan los Maestros; pero desde el momento que algunos hombres fueron aceptados por discípulos, cabía en otros la esperanza de llegar a serlo, con tal de disponerse a más

elevada evolución. Comprendí que un hombre vulgar como yo difícilmente podía pretender tamaña honra en esta encarnación; pero entretanto me apliqué con ardor al estudio, deseoso de trabajar en pro de una causa que me parecía más digna que cuantas hasta entonces conociera. Así renuncié a mi posición en la Iglesia anglicana y me fui a la India con la señora Blavatsky para ponerme al servicio de la Sociedad Teosófica. Esperaba yo esta oportunidad para trabajar a favor de la causa sin esperanza de mayor adelanto en esta vida; pero tuve el privilegio de encontrar en la India a algunos instructores insignes, y de ellos y de sus discípulos aprendí muchísimo más de lo que sabía y amplíé las enseñanzas teosóficas. Entonces recibí insinuaciones de cómo había de proceder para elevar la conciencia a planos superiores, aunque no esperaba que tal cosa me sucediese, porque siempre supuse que era preciso nacer con especiales aptitudes para lograrlo; pero me enseñaron que estas aptitudes estaban latentes en todo ser humano y que podría desarrollarlas con tal de acometer la obra con suficiente energía. Obedecida la insinuación, me puse al punto a la obra y con el tiempo comprobé la verdad de que era posible desarrollar la visión astral y mental, con cuyo auxilio se corroboran las principales enseñanzas teosóficas.

Todo el que quiera trabajar como yo trabajé podrá saber, como yo supe, que los planos de la Naturaleza son hechos ciertos y se convencerá de la verdad de las enseñanzas respecto al mas allá de la muerte, porque verá y hablará a los llamados muertos y los encontrará en su correspondiente plano, siendo más satisfactorio para el subir hasta el nivel de ellos que atraerlos nuevamente junto a sí mediante la materialización. Podrá confirmar los hechos referentes a la pluralidad de existencias, porque aprenderá a leer en sus vidas pasadas como en un libro abierto. Será capaz de comprobar por sí mismo, sin sombra de duda, la acción de las potentes leyes de la evolución y de la justicia divina. Todo esto lo se hoy por observación personal y de igual modo puede saberlo quienquiera que se determine a hollar el sendero. No significa esto que haya de encontrarlo fácilmente ni con rapidez recorrerlo; pero afirmo que muchos lo consiguieron y todo hombre podrá conseguirlo si quiere. Más adelante explicaré cómo ha de realizar el primer esfuerzo.

**¿Será alucinación?**— Acaso se objete que bien pudiera estar yo alucinado al creer que sé todas estas cosas. Naturalmente que en hipótesis puede afirmarse que estoy alucinado al escribir estas páginas y que mis lectores también están bajo la influencia de la misma alucinación al creer que las tienen ante su vista, pues no faltan filósofos para quienes todo es alucinación, hasta nuestras propias personas; pero si realmente existimos, si yo escribo y mis lectores leen, también es entonces cierto que he visto lo que por haber visto conozco. He visto estas cosas, no una, sino centenares de veces, y las estoy viendo de continuo en mis cotidianas experiencias. Para algunos de nosotros, los demás planos de la Naturaleza nos son tan familiares y de tan indudable certeza como a un hombre las calles de la población donde reside. Si la Teosofía fuese una ilusión, hemos de confesar que la compartieron hombres de mente tan poderosa como Buddha, Sankaracharya y Pitágoras, a quienes fuera ridículo tener por alucinados. Por lo que a mi toca, estoy com-

pletamente seguro en este punto, aunque reconozco que mi personal comprobación no es prueba suficiente para los demás. Sin embargo, es una prueba que debe tomarse en cuenta con otras.

Muchos hay que están profundamente interesados en el estudio de la Teosofía y no pueden ir a la India; pero aunque fueran, tal vez pasaran toda su vida en aquel país sin encontrar las mismas pruebas que a mí me convencieron, y así resulta muy natural que pidan otras valaderas para ellos, aparte de la experiencia personal a que me he referido. Creo, sin embargo, que la única prueba directa es la experiencia personal, aunque haya otras tan convincentes. Todas estas cosas pueden conocerse tan exacta y definitivamente como la mayoría de los hechos científicos que sin discusión aceptamos. A este propósito aconsejaría a los estudiantes la atenta lectura del admirable folleto de Fullerton titulado *Pruebas de la Teosofía*, para que se asimilaran los incontrovertibles argumentos con que demuestra que la prueba de una proposición debe estar en armonía con la naturaleza de lo propuesto y que, por lo tanto, la prueba concluyente de las enseñanzas teosóficas ha de buscarse en la experiencia del alma evolucionada. Mas aunque así haya de ser en último término, quedan todavía gran número de pruebas demostrativas, según vamos a exponer.

**Pruebas deducidas de la Ortodoxia.**— Los que, ignorantes de la ley de congruencia, persisten en pedir demostraciones matemáticas de las teorías y problemas psicológicos con pruebas tangibles en el plano físico, harían bien en considerar que tampoco tienen prueba alguna de sus heredadas convicciones ni son capaces de responder categóricamente a las preguntas sobre dicha cuestión. ¿Dónde están las pruebas de sus creencias acerca de la otra vida? No aducen ninguna ni aun pretenden que las haya, sino que, sencillamente, achacan malicia a las preguntas de éste género, diciendo que son tentaciones del demonio!

La ortodoxia condenó siempre la razón y puso empeño en obligar a los hombres a someterse a sus dogmas, sin reconocer como bueno más camino que el suyo porque se proclama infalible y no admite por verdad nada de cuanto ella no enseñe. No intento herir en lo más mínimo los sentimientos de los sinceros creyentes; pero nadie puede negar lo que voy diciendo, pues está repetidamente confirmado por la historia de las iglesias cristianas.

La teología ortodoxa se apoya en un libro evidentemente contradictorio e inexacto, según saben los eruditos, pues no parece sino que sus mantenedores hayan tomado por lema la famosa máxima de uno de ellos: "Lo creo aunque sea imposible", es decir, lo creo porque es imposible. Dicho libro afirma muchas cosas que no sabe y otras que no es posible saber, y aun si se supieran no tienen manifiesta importancia para ningún ser humano.

En las cuestiones realmente importantes, que vitalmente nos afectan a todos, no ofrece ni la más mínima prueba. Según dije en otro capítulo, ningún sacerdote afirmará que haya estado personalmente en el cielo o en el infierno ni sabrá por experiencia propia que existan tales lugares según los

describe, sino que se limitará a decir: "Así lo enseña la iglesia"; o "Así está escrito en la Biblia." Me atrevo a afirmar que esto no es prueba bastante de una fe a la que, según ellos, está subordinada nuestra salvación, que parece asunto demasiado importante para fundarlo en tan deleznable cimiento. Al menos, en Teosofía nada afirmamos sin comprobarlo por directa y personal observación.

¿Pero explica razonablemente la teología todo cuanto sucede? ¿Responde clara y lógicamente a las preguntas relacionadas con el problema de la vida? Por el contrario, ni siquiera intenta insinuar la respuesta, pues solo dice que tal es la voluntad de Dios y que el hombre debe someterse a ella sin escrutarla. Si no inquiriésemos más amplios informes, quedaríamos a buen seguro en equívoca situación.

La hipótesis materialista nos satisface todavía menos, pues tampoco nos da explicación alguna y se contrac únicamente al caso; pero al menos afirma que hemos de obrar rectamente, no con esperanza de premio ni temor de castigo, sino por el bien de la humanidad, lo cual es noble y generoso.

La Teosofía, sin exigir de nadie fe ciega, expone a la consideración de todos un sistema por sí mismo razonable, y da explicación de cuantos fenómenos observamos en nuestro derredor. No solamente se apoya en las tradiciones y enseñanzas de todas las épocas, sino también en el testimonio de quienes definitivamente afirman conocer ciertas cosas por sí mismos. ¿Cual de las tres doctrinas aceptaremos? Evidentemente la más razonable, siquiera sea como hipótesis digna de estudio, en espera de que nuestras observaciones la confirmen. Si así lo hacemos, no será poca nuestra sorpresa al ver que la confirmación aparece por todos lados.

**Hechos suprafísicos.**— Hay muchos sucesos, comunmente tenidos por misteriosos, que los demás sistemas se ven obligados a desconocer o a negar, pero que la Teosofía explica racionalmente.

Tales son los fenómenos espiritistas, las apariciones, los desdoblamientos, la ubicuidad, el hipnotismo y la telepatía.

El sistema materialista no es capaz de explicar estos fenómenos y los niega de plano, lo cual es tan cómodo como insensato. Es posible que a un hombre le parezca tiempo perdido el empleado en examinar tales hechos, pero si no quiere tomarse este trabajo, tampoco tiene derecho a decir que quienes se lo toman son víctimas de engaños o fraudes. Semejante actitud es parecida a la atribuida al avestruz, que al verse en peligro esconde la cabeza en la arena, creído de que si él no ve no ha de verle nadie. Según observa Stead en su ya citada obra *Verdaderas historias de fantasmas*, todo investigador sincero está convencido de la verdad de estos fenómenos, aunque cada cual los explique de modo distinto.

Poco dice la teología cristiana acerca de estos fenómenos, pues unas veces los niega y otras los atribuye a maleficios del diablo, contra quien carga todo cuanto no entiende. En los países donde el cristianismo cuenta ya muchos

siglos de vida, todas las maravillas de la naturaleza se atribuyen invariablemente a obra del demonio. Al lecho circular de un lago prehistórico que hay en el Hampshire le llaman los campesinos el "tazón del diablo", y unas agujas roquizas del Yorkshire llevan el nombre de "flechas del diablo", así como también llaman los labriegos ingleses "bocadito del diablo" a las raíces de una especie de escabiosa.

La ignorancia medioeval todavía alienta entre nosotros, y aun se oye en nuestros días el cándida y cotorrilmente repetido nombre del demonio. Mas ya que hablamos de pruebas, ¿donde está la prueba de que existe el demonio de quien hablan tan corrientemente como si lo hubiesen visto? Pero la ortodoxia no gusta de que le exijan pruebas.

Por otra parte, si nosotros afirmamos que la experiencia personal es la única prueba concluyente de los hechos suprafsísicos, también la ciencia la admite como única válida en sus investigaciones. Todo lo que creemos respecto a los hechos científicos se apoya en el testimonio ajeno, pues no lo hemos comprobado personalmente, y así ha de suceder sin remedio, porque la brevedad de la vida no consiente que el hombre se dedique a todas las especialidades científicas. No podemos comprobarlo todo por nosotros mismos; pero aceptamos las deducciones de quienes realizaron la experiencia, siempre que estén de acuerdo con los principios fundamentales de la evolución y en armonía con los hechos ya de nosotros conocidos. Tal es la actitud en que todos debemos colocarnos respecto de la Teosofía.

**Sistema filosófico.**— ¿Que hechos comprueban la verdad de las enseñanzas teosóficas? Los hay diversos. Mas para facilitar su examen, conviene dividir las doctrinas teosóficas en dos grupos separadamente considerados. Podemos entresacar primeramente de la Teosofía lo que tiene de filosófica, prescindiendo de su aspecto práctico. En estas circunstancias es evidente que debemos juzgar la Teosofía lo mismo que otros sistemas filosóficos, y así no cabe esperar en muchos de sus puntos pruebas materiales, pues la filosofía no se demuestra en el encerrado como los problemas matemáticos, sino que la aceptamos por su inherente probabilidad, según el grado en que nos de razonables explicaciones de cuanto en el universo sucede; y aqulitada con este criterio, no tiene más remedio el hombre libre de prejuicios que reconocer la superioridad de la Teosofía sobre todos los sistemas filosóficos, porque ofrece al entendimiento humano el admirable plan de evolución dirigido por la inexorable ley de la justicia divina, y enseña que la vida terrena del hombre es tan solo un día de su vida entera, que a su vez forma parte del coherente todo universal cuyo incesante progreso le conduce a su prefijado fin. Ciertamente que este concepto excede en elevación al del ciego acaso, que nos llevaría a la nada en arremolinado torbellino, y también excede en racional posibilidad al concepto de salvación o condenación eternas que hundiría en espantosos infiernos al nueve por diez de la raza humana.

Entre los que repugnan o temen el estudio de la psicología, tal vez haya algunos que acepten las enseñanzas teosóficas en su matiz filosófico. En este caso, no les estorbemos el gusto y prescindamos de los demás puntos de

nuestras enseñanzas hasta que se les despierte el interés por ellos. Recordemos que la Teosofía no somete al estudiante a credo alguno ni le fuerza a dogmas cerrados, sino que tan solo ofrece a su estudio un sistema del que puede escoger una parte con preferencia a las demás.

**Psicología teosófica.**— Hay quienes, sin especial investigación, aceptan nuestro sistema psicológico lo mismo que el filosófico, porque da la más sencilla explicación de los hechos conocidos y de la diversidad de fenómenos que constantemente ocurren; pero también hay otros que desean investigar por sí mismos las verdades expuestas, y para ello nada más a propósito que la experiencia personal, ya asistiendo a las sesiones espiritistas, ya consultando de palabra o por escrito con personas de reconocida competencia en cuanto se relaciona con el mundo invisible. Sin embargo, si no quieren tomarse este trabajo o no tienen tiempo para ello, pueden leer la literatura del espiritismo fenoménico y obtener así pruebas apoyadas en el testimonio ajeno, según se hace con las demás ciencias, porque no es preciso estudiar geografía para recorrer todos los países de que oímos hablar, aunque sin duda sería muy conveniente estudiarla; pero la mayor parte de nosotros damos crédito a los relatos de exploradores y viajeros.

Acaso no echamos de ver con cuanta facilidad aceptamos por costumbre el testimonio ajeno en materias que nos figuramos conocer por lo que otros dicen, como sucede, por ejemplo, con la rotación de la tierra. La mayor parte de las personas cultas afirman con seguridad que la tierra da vueltas alrededor del sol a pesar de que las pruebas aparentes demuestran lo contrario, pues nos parece que la tierra está quieta, y la frase *tierra firme* es para nosotros sinónima de estabilidad. El sol y las estrellas giran, al parecer, a nuestro alrededor, y la deducción natural sería que en efecto giran. Así es que, aunque no sabemos por comprobación directa si la tierra se mueve, damos crédito a quienes experimentalmente han demostrado los movimientos de rotación y traslación del globo. La prueba concluyente nos la dan el péndulo de Foucault y el giroscopio, y quien vea funcionar estos aparatos se convencerá de la rotación de la tierra; pero el común de las gentes creerá lo que los convencidos le enseñen sobre este hecho.

Así hay en la vida cotidiana muchas cosas que aseguramos conocer cuando tan solo creemos en ellas. La existencia del plano astral está mucho mejor atestiguada que la de la isla de Spitzberg o que la de los pigmeos cuya presencia señaló Stanley en el África ecuatorial (1).

Recordemos que el explorador francés Du Chaillu describió esta raza pigmea veinticinco años antes que la encontrara Stanley en sus viajes, y el mundo occidental consideró el relato como cuento ridículamente hiperbólico de viajero ganoso de popularidad. Desde luego que nadie estaba obligado a ir al África ecuatorial para ver por sus propios ojos a los pigmeos; pero tampoco tenía nadie el derecho de negar las afirmaciones de Du Chaillu ni acu-

(1) La existencia de esta raza de pigmeos ha quedado plenamente confirmada por las recientes exploraciones del capitán Cottet en la parte del Congo francés cedida en nuestros días a Alemania.—N. del T.

sarle de falsedad, sin tomarse el trabajo de comprobar por si mismo la afirmación. De igual forma, en lo concerniente a la Teosofía, quienes no sientan interes por sus enseñanzas no recibirán de nosotros apremio alguno que les estimule a investigarlas; pero también les diremos que no las nieguen sin conocimiento de causa ni exijan de ellas pruebas que no exigen para ningún otro análogo objeto de estudio.

**Corroboraciones inesperadas.**— Continuamente encontramos, cuando menos esperamos, la corroboración de muchas afirmaciones expuestas hace años por la señora Blavatsky, que en aquella época parecieron ridículas y aún contrarias a la ciencia. Lo mismo podemos decir respecto de las últimas investigaciones. Sirva de ejemplo el caso de los dos planetas existentes más allá de la órbita de Neptuno, mencionados por Sinnett en su obra *El incremento del sol*, publicada seis o siete años atrás. Excepto los estudiantes de ocultismo, nadie conocía ni sospechaba siquiera por entonces la existencia de estos dos planetas, hasta que más tarde, el 15 de Septiembre de 1902, publicó *The Times* la noticia de que el profesor Forbes había descubierto dos grupos cometarios de los cuales se infería la existencia de los planetas más allá de Neptuno. Este ejemplo es de poca importancia, pero muy sugestivo y análogo a muchísimos otros, como el de la rotación de Venus. En los textos escolares se dice que este planeta tiene los días y noches de duración muy aproximada a los de la tierra; pero posteriores observaciones astronómicas parecieron demostrar que efectúa su movimiento de traslación en igual tiempo que el de rotación y presenta, por lo tanto, constantemente al sol la misma porción de superficie, tal como sucede con la luna respecto de la tierra. Esta circunstancia imposibilitaría la residencia en Venus de seres análogos a nosotros y, por lo tanto, no sería cierto que, según los teósofos sabemos, estuviera habitada por hombres de mucho más adelantada evolución. Sin embargo, hace poco tiempo, sir Roberto Ball aseguró que recientes observaciones astronómicas han comprobado la primitiva afirmación de que el movimiento de Venus es análogo al de la tierra, y de este modo quedó corroborada una vez mas la enseñanza oculta.

**La Teosofía y la ciencia.**— La ciencia va coincidiendo indudablemente de día en día con las enseñanzas teosóficas, como lo demuestra el siguiente extracto del discurso pronunciado no ha mucho por sir Oliverio Lodge en Birmingham:

“Si el firmamento estuviese siempre nublado, nada de cierto sabríamos del sol, y esto sirve de norma para inferir que algo puede haber en el universo cuya existencia conoceríamos si nuestros sentidos fuesen más penetrantes y nada nos enturbiase la percepción. Lo que vemos y conocemos es, con toda probabilidad, tan solo una mínima fracción de lo que aún queda por ver y conocer. Doquiera es posible la vida, allí la hallamos; ¿por qué no ha de ser posible la vida en planetas de cuya habitabilidad no tenemos prueba directa? Algunas gentes creen que, según la ciencia, no existen seres ni potestades superiores al hombre; pero quienes verdaderamente están familiarizados con la ciencia, saben que no niega semejante posibilidad. Cuando un hombre

ignora algo no tiene derecho a afirmar ni a negar. Hoy por hoy es un misterio para la ciencia el origen de la vida en la tierra; pero no siempre ha de serlo. La teoría de la evolución no excluye ni niega la actividad divina, sino que la revela y confirma. ¿Como del caos hubiera podido surgir el orden sin la mediación de una inteligencia directora? Respecto al método de la actuación divina, hemos de inferir que Dios sigue siempre el mismo procedimiento gradativo por medio de fuerzas agentes y no por contingente y personal intervención, sin que las etapas evolutivas de ayer difieran de las de hoy. Así estamos interesados en observar la acción divina, no tan solo en lo pasado, sino también en lo presente, pues somos parte inteligente, valiosa y activa del plan cósmico. Somos agentes del Creador y podemos acrecentar nuestra utilidad, si unos a otros nos prestamos auxilio. Mientras estemos en esta tierra de prueba echaremos de ver cual es el privilegio de la existencia. Entre las lobregeces del sufrimiento sería deplorable que no nos amáramos unos a otros.”

Vemos aquí afirmaciones científicas de perfecto acuerdo con las enseñanzas teosóficas.

**La fe no ha de ser ciega.**— Sin embargo, parece como si, al fin, y al cabo, la mayoría de estudiantes que no han presenciado fenómenos psíquicos, hubiesen de tener en las enseñanzas teosóficas la misma fe que en las suyas tienen los ortodoxos. Hasta cierto punto es así, pero no cabe comparación entre una y otra fe. Si algún estudiante teósofo cree lo que no ha visto, no lo cree a ciegas, sino apoyado en la razón y no tan solo en los textos de las Escrituras, aunque si de Escrituras hablamos, podríamos fundamentar buena parte de nuestras enseñanzas en los Vedas y Upanishads, cuyas páginas nos han transmitido el espíritu de un pueblo que había llegado ya al pináculo de la civilización cuando el de Israel era aún oscura y miserable tribu árabe. Pero las Escrituras no son el único fundamento de nuestras creencias, sino que, además y principalmente, se basan en las enseñanzas de los Adeptos contemporáneos, o sean superhombres de excelto poder y sabiduría a quienes personalmente conocen algunos de nosotros. Por otra parte, tenemos el acopio de investigaciones llevadas a cabo por eminentes teósofos europeos, que confirman todos los puntos del vasto sistema teosófico.

Sin embargo, los teósofos no fundamos nuestra convicción en el testimonio ajeno por fidedigno que sea, sino en el valiosísimo hecho de que la Teosofía es el sistema (1) de por si más racional y satisfactorio. En toda ciencia predomina la hipótesis más -verosímil hasta encontrar otra que ventajosamente pueda sustituirla y en este sentido consideramos inexpugnable nuestro sistema. Que se nos muestre otro mejor y mas racional y lo aceptaremos desde luego; pero mucho dudamos de que lo haya, porque hemos estudiado todas las religiones y creencias cuya índole conocemos. Cuanto más

(1) Fíjese bien el lector en que siempre se le da a la Teosofía la denominación de sistema, o sea enseñanzas reunidas en plan ordenado, pero no se la denomina, porque en manera alguna lo es, ni secta, ni escuela, ni dogma, ni religión.— N. del T.

reflexionamos y estudiamos, tanto menos dificultades se oponen a la siempre creciente corroboración de nuestras enseñanzas. Muchos de nosotros tenemos ya prueba personal en el mayor o menor desenvolvimiento de nuestras facultades psíquicas y hemos experimentado fenómenos extraños al mundo físico. La Teosofía demuestra todos estos hechos y señala su lugar propio en el orden general de la Naturaleza. ¿Hay otra explicación mejor o más clara?

Al investigador principiante le aconsejaría que comenzase por comprobar si la materia asume otros estados, además del físico en sus tres modalidades de sólido, líquido y gaseoso, y si existen otras fuerzas aparte de las actualmente conocidas por la ciencia. Puede observar después los fenómenos de telepatía e hipnotismo y leer los tratados sobre estas materias.

Si estos estudios le satisfacen podrá desde luego investigar la existencia de los diferentes planos de la Naturaleza e inquirir pruebas del invisible mundo que nos circunda. Puesto que este mundo es normalmente invisible para nosotros, habrá de comenzar el investigador por el aprovechamiento de las ocasiones anormales que se le presenten para observar la zona limítrofe entre ambos mundos. Esto le conducirá a la consideración de los temas que tratamos en anteriores capítulos y a comprobar las apariciones y otros fenómenos espiritistas.

Pero ha de simultanear imprescindiblemente estas investigaciones con perseverantes esfuerzos de autoeducación, a fin de capacitarse oportunamente para la visión normal de la vida suprafísica, con tanta claridad como la viera en circunstancias anormales.

Consideraremos este punto en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXXIV

### Educación de la clarividencia

Cuando un hombre estudia lo relativo a la clarividencia con suficiente detención para advertir los beneficios que de esta cualidad puede aportar, anhela poseerla e indaga los medios de adquirirla y dice: "¿Cómo podría yo ser clarividente? Si, como decís, se halla esta facultad latente en todo hombre, ¿cómo podría yo actualizarla y convencerme por mí mismo de que es cierto cuanto me aseguráis?" A quien preguntar tal cosa le responderíamos diciendo que es posible educar la clarividencia como ya lo hicieron muchos, y que puede obtenerse por diversos medios, perjudiciales todos menos uno, del que sin excepción pueden valerse todos los hombres. Mas para mejor comprender el asunto y descubrir los riesgos que conviene evitar, es preciso establecer reglas muy exactas de conducta.

Las personas cultas e instruídas de los países más adelantados del mundo tienen ya plenamente desarrolladas las facultades del cuerpo astral, según explicamos en capítulos anteriores: pero no están acostumbradas a ejercitarlas en lo más mínimo, pues como han ido desenvolviéndose paulatinamente a través de nuestra larga evolución, no se percatan de ellas y resultan como armas que no saben esgrimir. Las facultades físicas, a que tan habituados estamos, prevalecen contra las astrales y las eclipsan, de la misma manera que la luz del sol oculta la de las lejanísimas estrellas. Así es que dos condiciones hemos de satisfacer para recibir esta parte de nuestra herencia: abstraernos de cuando en cuando de nuestras facultades físicas, y acostumbrarnos a emplear las astrales que apenas conocemos todavía. Por lo tanto, la primera etapa consiste en retirar durante algún tiempo del mundo externo los sentidos corporales. Para conseguirlo hay diversos métodos que se agrupan en dos órdenes principales: el de la supresión violenta y el del subyugamiento gradual, que es muchísimo más seguro, aunque más lento. La mayor parte de los métodos de supresión violenta son más o menos perjudiciales para el cuerpo físico y de un tanto repugnantes características, como la de atrofiar la actividad humana hasta el punto de que si le capacita para el empleo de sus sentidos superiores le deja sin saber cómo emplearlos debidamente, y expuesto, por lo tanto, a las maléficas influencias del medio ambiente.

Otro inconveniente es que toda facultad adquirida por estos medios se pierde al cabo de algún tiempo, y aun a veces solo dura en el período de actuación y en solo una existencia terrena. Los orientales, que hace muchos siglos prosiguen estudiando esta materia, dividen los métodos educativos en

los dos citados órdenes que respectivamente denominan: *laukika* y *lokothra*. El primero es el método mundano o temporal, y lo por él obtenido se asume únicamente a la personalidad y sólo sirve en la presente vida física, mientras que lo obtenido por el segundo método es propiedad del Ego, del verdadero hombre, y jamás lo pierde, pues consigo lo lleva de una a otra encarnación. La mayor parte de los métodos correspondientes al primer orden requieren muy poca educación, y aun ésta se contrae a los vehículos, de modo que al mudar de ellos el hombre en una nueva encarnación, quedan perdidos cuantos esfuerzos hiciera en la precedente. En cambio, en el segundo orden de métodos, el Ego aprende a dominar sus vehículos y, por lo mismo, puede aplicar el conocimiento adquirido a los de que se revista en la próxima encarnación.

Enumeraremos de antemano algunos de los perjudiciales métodos empleados en varios países para desarrollar la clarividencia.

**Métodos perjudiciales.**—Entre las tribus no arias de la India suele obtenerse la clarividencia por medio de excitantes como el bango, el haschis y otros de la misma clase que narcotizan el cuerpo físico a semejanza de los anestésicos, y de esta manera actúa el Ego en el cuerpo astral mientras duran los efectos del narcótico, aunque con menos posibilidad de restituirse al estado de vigilia. Antes de tomar la droga, enfoca el hombre vigorosamente su pensamiento en la idea de actualizar sus sentidos astrales y tan pronto como queda libre del cuerpo físico lo consigue en mayor o menor grado. Al despertar del sueño narcótico recuerda algo de sus visiones y se esfuerza en interpretarlas, con lo que cobra fama de clarividente y vaticinador. A veces da, en estado de trance, comunicaciones dictadas por algún difunto, lo mismo que los médiums espiritistas. Otros hay que obtienen idéntico resultado aspirando vapores narcóticos producidos por la combustión de una mezcla de drogas. Es muy probable que la clarividencia de las antiguas pitonisas fuese de este linaje. Se asegura que en uno de los más famosos oráculos de la antigüedad, la sacerdotisa se sentaba invariablemente en un trípode colocado sobre la grieta de una roca por la que salían los vapores, y luego de aspirarlos durante algún tiempo quedaba la sacerdotisa en trance y por su boca se comunicaban las entidades astrales lo mismo que hoy en las sesiones espiritistas. No es preciso demostrar cuan perjudiciales son ambos métodos desde el punto de vista del verdadero perfeccionamiento.

Tal vez haya oído hablar el lector de los derviches, que practican como ceremonia de su culto religioso la danza del éxtasis, en que giran rápidamente hasta que les sobrecoge una especie de vértigo y caen tendidos en el suelo. En tal estado, henchidos de fervor religioso, tienen frecuentes y extraordinarias visiones correspondientes a los subplanos inferiores del astral. Por mi parte he visto algo de esto y también de las prácticas votivas del *Obeah* o *Woodoo* entre los negros; pero estas últimas van acompañadas de ceremonias mágicas tan asquerosamente horribles y obscenas, que ninguno de nosotros osaría intervenir en ellas por muy apetitosos resultados que prometiesen, aunque los producen de repugnante índole. Verdaderamente, ninguno

de los referidos métodos se acomoda al carácter occidental, por más que algunos europeos hayan experimentado los efectos de las drogas orientales.

Sin embargo, también se emplean en Occidente métodos perjudiciales de autosugestión, que deben cuidadosamente evitar cuantos anhelan perfeccionarse Sin riesgo ni mancha. Hay quienes se ponen a mirar fijamente un punto brillante hasta que sobreviene la parálisis de un centro cerebral, de modo que caen en completa pasividad física, compensada por la baja actividad de los sentidos astrales, pero sin albedrío de percepción, pues han de someterse a lo con que de bueno o malo tropiecen, y en verdad que no es igual lo bueno que lo malo. Algunas veces se obtiene el mismo resultado recitando ciertas fórmulas cuya continuada repetición amortigua las facultades mentales en el mismo grado que al fijar la vista en un disco metálico.

**Método de Tennyson.**— El poeta Tennyson logró pasar de uno a otro estado de conciencia por medio de la rápida y sucesiva repetición de su propio nombre, según él mismo asegura en una carta fechada en la isla de Wight el 7 de Mayo de 1874, y escrita a un caballero que le había informado de ciertos extraños efectos resultantes de unas drogas anestésicas. Dice Tennyson:

“Nunca tuve revelaciones por medio de anestésicos, sino una especie de trance núcido (lo llamo así a falta de mejor nombre) en edad ya adolescente y cuando estaba enteramente solo. Esto me ha sucedido al repetir en silencio mi propio nombre hasta desvanecerse la conciencia de la personalidad como si se esfumara en un ser sin límites; pero no era este un estado vago, sino claro y lúcido por demás, de perfecta percepción, que no puede expresarse con palabras, en que la muerte me parecía una ridícula imposibilidad y la pérdida del sentimiento personal no extrañaba aniquilación, sino la única vida verdadera. Me avergüenzo de mi deficiente descripción. ¿No dije que no había medio de expresar con palabras tal estado? Sea este el más enérgico testimonio de mi espíritu fue capaz de transferirse con toda claridad a otro estado de conciencia infinito de visión y eterno en duración.”

Tenemos aquí, indudablemente, un vislumbre de la vida superior y nadie que haya conseguido actuar en ella dejará de reconocer la descripción, por más que el poeta se detenga de pronto en el límite de algo infinitamente más grandioso. Parece que Tennyson tuvo vislumbres mucho mejor definidos que la mayor parte de gentes aficionadas a estos asuntos sin la debida instrucción y conocimiento, por lo que obtuvo valiosa certidumbre de la existencia del alma separada del cuerpo. Sin embargo, tampoco podemos recomendar a nadie el empleo de este método.

**Ejercicios de respiración.**—En la India se sigue generalmente para desarrollar la clarividencia el método de la respiración regulada, cuya eficacia a este propósito queda contrariada por la ruina de los cuerpos físico y mental. Muchas experiencias de esta clase se han llevado a cabo en Europa y América, según puedo atestiguar directamente, pues muchos de los que sufrieron sus perniciosos efectos recurrieron a mí en consulta de curación. Algunos desarrollaron la vista astral con bastante intensidad para advertir

que estaban acosados de continuo, y si bien otros no llegaron a este punto, perdieron la salud corporal y se debilitó su inteligencia hasta caer en la desesperación. Tan sólo uno o dos declararon haber obtenido beneficio.

Cierto es que en la India emplean este método los yoguis, que llaman hatha, y de él se valen para desarrollar sus facultades mediante artificios físicos con preferencia al interno desarrollo mental y espiritual; pero aun así, nadie sigue este método sin la inmediata dirección de maestros responsables, que observan los efectos de sus recetas en el discípulo y suspenden el tratamiento apenas observan el daño. En consecuencia, resulta muy peligroso este método para las gentes que, sin la debida preparación ni el suficiente discernimiento, se entregan a prácticas muy convenientes de seguro a unos y, en cambio, desastrosamente nocivas para otros, en proporción de uno a cincuenta, por lo que es preciso abstenerse de ellas, a menos de someterse a la dirección de quien sepa lo que conviene hacer para lograr su propósito, pues de lo contrario se exponen a fracasar en la mayor parte de sus intentos. Es desgraciadamente tan fácil ocasionar graves daños por este medio, como si quien a él recurre entrara en una farmacia y sin más ni más se tragará cuantas drogas le viniese a mano. Pudiera suceder que fuesen saludables, pero más probabilidades habría de que le ocasionaran la muerte.

**Hipnotismo.**- Es otro de los métodos conducentes al desarrollo de la clarividencia, de suerte que un sujeto hipnotizado puede tener visión astral mientras se halle en trance. El hipnotizador domina la voluntad del hipnotizado, cuyas facultades físicas quedan completamente en suspenso, dejando campo abierto, para que aquél estimule los sentidos astrales del sujeto mediante la intensificación vital del cuerpo respectivo. Muy buenos resultados se han obtenido por este método, mas para ello es preciso una rara combinación de circunstancias a parte de inmaculada y casi sobre humana pureza de pensamiento, tanto en el hipnotizado como en el hipnotizador, pues este adquiere sobre aquél mayor influjo del que muchos suponen puede valerse de él aun inconscientemente. Otra cualidad moral o intelectual del hipnotizador se transfiere fácilmente al sujeto, y, por lo tanto si aquél no es hombre de pura conciencia y desinteresada miras, pueden resultar múltiples peligros. Al caer en trance entrega el sujeto su propia personalidad y esto nunca es conveniente en los experimentos psíquicos, pero, además, le amaga el peligro de que, como casi siempre sucede, no sea el hipnotizador puero de pensamiento, palabra y obra. Por mi parte, jamás me sometería a este procedimiento ni aconsejo a nadie que se someta.

Sin embargo, nada cabe decir contra los que con conocimiento de causa se dedican a la medicina hipnótica, pues en este caso no hay necesidad de poner al sujeto en trance. Es perfectamente posible aliviar el dolor, curar las enfermedades o robustecer la fuerza vital, mediante pases magnéticos que no provoquen el sueño. Contra estas prácticas no hay objeción posible; pero aun así, es preciso que quien a ellas se entregue conozca debidamente cuanto con el magnetismo hipnótico se relaciona, pues siempre hay riesgo en manejar, aun con la mejor intención, fuerzas que el operador desconozca o

no comprenda acabadamente. Ninguno de estos métodos es de general recomendación para el desarrollo de la clarividencia.

**El mejor método.**- ¿Cuál es, entonces, preguntará el lector, el método más a propósito, puesto que tantos hay perjudiciales? El que en vez de violentar el cuerpo físico lo somete al dominio del alma, y para ello no hay medio más expedito que ponerse en manos de un maestro competente y seguir fielmente sus instrucciones. ¿Pero en dónde encontrar al maestro? Con seguridad que no entre quienes se arroguen este título ni entre los que exijan estipendio por la enseñanza y prometan revelar los misterios del universo por un puñado de monedas. Ahora, como antes y como siempre, se adquiere el conocimiento de labios de los adeptos a la gran ciencia del alma, cuyos rudimentos empezamos a descubrir en nuestros más profundos estudios.

Siempre existió una poderosa Fraternidad de sabios dispuestos a comunicar su sabiduría a los hombres de recta intención y buena voluntad, pues para ayudar y servir al mundo se valen de su sabiduría y no tienen otro interés que auxiliar la evolución humana. ¿Cómo podremos llegar a ellos? Imposible nos será en el cuerpo físico, y aunque por acaso los véramos, no los conoceríamos, pero ellos vienen a nosotros en cuanto nos consideran aptos para la tarea de auxiliar a la humanidad. Su mayor interés consiste en acelerar la evolución de la raza humana, y para ello necesitan hombres a propósito y de continuo están en demanda de ellos, hasta el punto de que nadie se verá postergado si, en efecto, sirve para colaborar en acción.

Nunca satisfarán la simple curiosidad ni prestarán ayuda a quien para el solo deseo obtener poderes, pero el hombre que por continuados y cuidadosos ejercicios, y por el empleo en servicio del prójimo de las facultades ya adquiridas, purifique su corazón y fortalezca su voluntad hasta el punto de participar dignamente en la divina obra, advertirá la presencia y recibirá la ayuda de los Maestros cuando menos lo espere.

Aunque ellos la fundaron, no basta pertenecer a la Sociedad Teosófica para merecer su auxilio ni tampoco es suficiente ser miembro de la escuela esotérica, donde la sociedad ofrece mayores ocasiones de interior desenvolvimiento a sus más fervorosos individuos. Cierto es que de las filas de la Sociedad Teosófica se han escogido los hombres que están en íntimas relaciones con los Maestros, pero no por ello se ha de creer que sea suficiente la calidad nominal de teósofo, pues la elección esta reservada a los Maestros, que ven el interior de nuestros corazones. Pero estemos seguros que quienes ardientemente aspiren a la vida superior, con preferencia a cuanto pueda brindarles el mundo terreno, no escaparan a la escrutadora mirada de los Maestros, de los que recibirán las auxiliadoras enseñanzas más convenientes a su actual estado de evolución.

Entretanto, esforcémonos por todos los medios a propósito en recorrer con paso firme la senda del progreso, pues mucha labor tenemos dispuesta para alcanzar la clarividencia, que no es por sí misma sino uno de tantos indicios

de desenvolvimiento, pues el hombre ha de progresar simultáneamente a lo largo de muchas vías antes de llegar a la meta de perfección.

Ved cuán poderosamente desarrollada esta la inteligencia de las eminencias científicas y, sin embargo, cuán escasas son en ellos las fuerzas dimanantes de la devoción. Ved, por el contrario, a cuán excelsas alturas morales se elevaron los santos de las iglesias religiosas y, no obstante el progreso realizado en este sentido, muy poco poseyeron del divino poder de la inteligencia. Cada cual necesita lo que el otro tiene y ha de adquirir las cualidades que le faltan y en el otro llegaron a la perfección.

Resulta, por lo tanto, indudable que en la actualidad estamos desequilibradamente evolucionados, pues somos superiores en un aspecto e inferiores en otro, según nuestra labor en pasadas vidas. Si en nuestro carácter sobresale la devoción, podremos afirmarla todavía más en esta vida, de suerte que llegue a ser preeminente cualidad en la próxima.

Lo mismo podemos decir respecto de la inteligencia y demás cualidades, entre las que está la clarividencia. Si encamináis a este punto vuestros esfuerzos, conseguiréis actualizar muchas facultades latentes. No hablo aquí de vagas posibilidades, sino de hechos definidos, porque algunos miembros de nuestra sociedad se resolvieron hace años a entrar en el sendero de continuado progreso, y cuantos perseveraron sin desmayo han obtenido ya los resultados de su esfuerzo. Unos desarrollaron plenamente sus facultades y otros tan sólo en parte, pero en todo caso allegaron beneficio de su labor y tuvieron dominio sobre la mente y las emociones.

**Cómo se ha de principiar.**— Si anheláis alcanzar la visión de las cosas superiores, principiad por perfeccionaros mental y moralmente a fin de no fracasar en posteriores esfuerzos para adquirir poderes que, sin aquellas previas cualidades, serían para vosotros maldición en vez de bendición, pues abusaríais de ellos y os encontraríais al cabo mucho peor que al principio. Cuando os consideréis seguros de vosotros mismos y podáis confiar en que, en cualquier circunstancia procederéis en justicia, por amor a la justicia, aun contrariando vuestros aparentes intereses terrenales, y siempre animados de sentimientos altruistas en vuestras acciones hasta el punto de olvidaros de vosotros por amor del prójimo, se abrirán entonces ante vuestros pasos dos caminos que os conducirán seguramente a la clarividencia, sin que os sobrevenga ningún daño, aunque no logréis vuestro propósito. El primero, si bien completamente inofensivo, no es igualmente conveniente para todos, pero el segundo es de aplicación universal. Por experiencia propia estoy convencido del éxito de ambos.

**La cuarta dimensión.**— El primer método es puramente intelectual y consiste en el estudio de la cuarta dimensión del espacio, a que al principio de esta obra nos referimos. El cerebro físico no está acostumbrado a actuar en esta dirección, y por ello se cree incapaz de acometer el problema, pero el cerebro, como cualquier otro órgano corporal, es susceptible de educación mediante persistentes, graduales y cuidadosos ejercicios que le capaciten

para efectuar lo que en un principio parecia imposible, y de esta suerte concebir con toda claridad las formas, de un modo distinto del en que ordinariamente actúa. El principal apostol de la cuarta dimension es C. H. Hinton, residente en la ciudad de Washington, y aunque no pertenece a la Sociedad Teosófica, ha prestado a los teósofos un excelente servicio al tratar con tanta claridad y lucidez esta singularísima materia científica. Dice Hinton en sus obras que, tanto el como cuantos siguieron sus pasos lograron elevar en su cerebro físico la facultad de concepción, y uno de ellos desarrolló la clarividencia por medio de la educación funcional del cerebro físico hasta la posibilidad de concebir las formas astrales y actualizar de este modo las potencias latentes, pues todo consiste en vigorizar la percepción hasta que abarque la materia astral. Con seguridad que solo uno entre veinte sera capaz de lograr tan rápido y completo éxito, pero de todos modos, el estudio de la cuarta dimension es más atractiva para los dotados de talento matemático, y si no desarrolla la clarividencia, dará en cambio el no despreciable resultado de ampliar la comprensión y dilatar el concepto del mundo. Aparte de la plena clarividencia, es el estudio de la cuarta dimension el único medio que me parece a propósito para concebir debidamente las formas astrales y tener idea exacta de lo que realmente es la vida astral.

**El segundo método.**—Si el estudio de la cuarta dimension conviene únicamente a los entendidos en matemáticas, el segundo método es de aplicación universal y, aunque de práctica algún tanto difícil, no puede por menos de dar utilidad al hombre, en lo que consiste su ventaja mayor, pues le conduce a la adquisición de los tan ardientemente deseados poderes. Sin embargo, la velocidad proporcional de su marcha por esta vía depende del grado de desarrollo alcanzado en este particular en vidas anteriores y, por lo tanto, nadie puede asegurarle el éxito a plazo fijo, pero, en cambio, cada paso que dé en la marcha significa un progreso, y aunque en el esfuerzo perseverar toda una vida sin alcanzar la vision astral, logrará indudables beneficios en los órdenes mental, moral y aun físico. Esto es lo que varias religiones llaman meditación. Para examinar mejor la materia la dividiremos en tres puntos sucesivos: concentracion, meditación y contemplación, cuyo significado explicaremos seguidamente.

Pero recordemos antes que, para obtener éxito, es absolutamente indispensable que este esfuerzo sea uno de los aspectos o modalidades del perfeccionamiento total del individuo. Ningún misterio encubren las reglas de vida pura y altruista. En todo tiempo conocio el muudo las etapas del sendero de Perfeccion (1) y no esta la dificultad en conocerlo, sino en seguirlo en la direccion senalada por todas las religiones.

**Concentración.**—Es la primera etapa del camino que conduce a la clarividencia, pero no consiste en mirar con fijeza un punto brillante hasta perder el conocimiento, sino en adquirir tal predominio sobre la mente, que poda-

(1) En mi obra *Protectores invisibles*, se enumeran las sucesivas etapas de este sendero y sus respectivas características, de conformidad con las enseñanzas del Buddha.

mos hacer de ella lo que queramos y aplicarla a nuestro albedrío donde nos convenga durante el tiempo que nos plazca. Esta tarea es sumamente difícil, pero no imposible, pues no una, sino centenares de veces la han llevado a cabo hombres de recia y domada voluntad. Pocos se detienen a considerar lo lejos que de nuestro dominio solemos tener la mente, y para convencernos de ello no hay más que paramos de pronto cuando vayamos por la calle a pie o en coche y advertir en que pensábamos y que nos movía a pensar en ello. Si entonces indagamos por asociación de ideas el origen de aquellos pensamientos nuestros, nos sorprenderemos de su vaguedad, inconstancia, erraticidad y vaivenes durante los cinco minutos anteriores a la reflexión, sin dejar la más leve huella. Poco a poco nos percataremos de que aquellos pensamientos no son del todo nuestros, sino pensamientos esparcidas de los de otras personas.

No hay duda de que el pensamiento es una fuerza cuyas vibraciones quedan impresas en el punto de aplicación. Un vigoroso pensamiento alcanza a la persona en quien pensamos, y si no va dirigido a nadie recae sobre el mismo que lo emite; pero muchos pensamientos son débiles e indeterminados y, por lo tanto, crean formas vagamente flotantes y desvanecientes que, al tropezar en su sinuosa trayectoria con una mente propicia a recibirlos, entran en ella, y de aquí los pensamientos fútiles que nos asaltan en nuestros ordinarios andares, a no ser que tengamos la mente ocupada en definidos objetos; y si bien la mayor parte de estas burbujeantes formas mentales apenas impresionan nuestro cerebro, algunas hay que por interesarnos o complacernos en ellas, vuelven a salir de nuestro cerebro vigorizadas con la adición de nuestra fuerza mental que las colora con el matiz de nuestra personalidad. Cuando entramos en un salón de visitas tropezamos con un cúmulo de pensamientos buenos, malos o indiferentes, según el caso, pero cuya mayor parte constituyen una especie de neblina incoherente que no merece el nombre de forma mental.

Si descamos desarrollar las facultades superiores, hemos de dominar de antemano la mente sin consentir que la invadan las frivolidades ajenas que para nada necesitamos. No ha de ser la mente nuestra dueña, sino nuestra sierva antes de dar los primeros pasos en el camino de la clarividencia verdaderamente desarrollada, porque de la mente hemos de valernos por instrumento y la hemos de tener siempre a nuestra disposición y bajo nuestro dominio.

La concentración mental es una de las cosas más difíciles para el hombre vulgar, porque su carencia de práctica no le consiente advertir lo que ha de hacer. Figurémonos que si sobre nuestras manos tuviésemos tan escaso dominio como sobre nuestra mente, y en vez de obedecer a nuestros mandatos se insubordinarán contra ellos, quedaríamos como paráliticos o mancos sin poder valernos. Pues de parálisis mental se ve aquejado quien no domina la mente, y así conviene ejercitarnos en su dominio hasta someterla por completo a nuestra voluntad. Afortunadamente, la concentración puede efectuarse cada día en perfecta compatibilidad con nuestras ocupaciones

ocupaciones habituales, si a todo cuanto hacemos aplicamos nuestras fuerzas mentales. Al escribir una carta no pensemos más que en ella hasta concluir la y así resultará mejor escrita. Si leemos un libro concentremos nuestra mente en sus páginas y esforcémonos en comprender el pensamiento del autor. Tengamos siempre conciencia de lo que pensamos y por que lo pensamos. Estemos siempre atentos a nuestra labor sin distraernos de ella, porque los momentos de distracción son como resquicios por donde se mete el daño.

Ninguna dificultad hallamos para concentrar la mente cuando, por complacernos o interesarnos el objeto, quedamos abstraídos hasta el punto de no ver ni oír lo que sucede a nuestro alrededor.

**Los palaciegos y los jarros de agua.**—Según cuentan en Oriente, unos palaciegos se resistían a creer que un asceta no advirtiese el paso de un ejército junto al árbol donde estaba abstraído en la meditación. El rey les aseguró que podía demostrárselo prácticamente, y al efecto, ordenó a la servidumbre que llenara allí mismo hasta el borde tantos jarros de agua como palaciegos eran y que estos fuesen jarro en mano por las calles de la ciudad, con apercibimiento de que el que derramase una sola gota de agua sería decapitado al punto por la escolta armada que les acompañaría a este propósito. Los palaciegos obedecieron llenos de terror, pero todos lograron, por fin, volver a palacio sin que se les cayera ni una gota, y al preguntarles el rey sonriendo si se habían fijado en las gentes de la calle, respondieron a una voz que como toda su atención estuvo puesta durante el camino en mantener el equilibrio de los jarros, no les quedó tiempo de distraerse en mirar quien pasaba. Entonces repuso el rey diciéndoles que podían convencerse de la posibilidad de la concentración cuando el objeto es de interés capital.

**Meditación.**—Una vez desarrollada hasta este punto la facultad de concentrar la mente, no por el temor de muerte inmediata sino por imperio de la voluntad, llega la ocasión de emprender la etapa sucesiva. No es fácil de recorrer este estrecho, pero tampoco es muy difícil, pues muchos de nosotros lo han recorrido. Cuando la mente os sirva dócilmente de instrumento, ejercitaos en la meditación y tener cada día un rato de aislamiento de modo que nadie os distraiga, y escoged con preferencia las primeras horas de la mañana, pues no permite otras el afán de la moderna civilización que ha desquiciado el punto medio del día solar. Nos levantamos mucho después de salido el sol y seguimos lastimándonos la vista con luz artificial hasta muy posteriormente de haberse puesto. Pero escoged la misma hora cada día y no dejéis pasar día sin esfuerzo, porque, como sucede en la educación física, es mucho más eficaz una serie de esfuerzos regulados que uno muy violento en un día para no hacer nada más en toda la semana. Así resulta la reglamentación lo más importante en esta materia.

Acomodaos donde nadie os moleste y posad la mente, ya habituada a la concentración, en algún objeto digno de altos pensamientos. Los estudios teosóficos no carecen de puntos tan interesantes como provechosos; pero, si lo preferís, podéis meditar sobre alguna virtud moral, según acostumbra la

iglesia católica en los ejercicios que llama espirituales. En este caso medita sobre la virtud escogida de modo que vuestra mente descubra en ella una cualidad esencial de la ordenación divina que a nuestro alrededor se manifiesta en la Naturaleza, y así como resplandeció en muchos hombres de la antigüedad, puede también resplandecer en nuestra vida diaria, ya que hasta ahora no supimos ejercitarla. Esta meditación sobre una elevada cualidad moral es muy provechosa en distintos conceptos, porque no solo educa la mente, sino que sostiene ante nosotros el buen pensamiento. Sin embargo, es preciso anteponer la meditación sobre puntos concretos, y una vez lograda la agilidad mental en ellos, elevamos a ideas más abstractas.

Cuando este ejercicio sea habitual en nosotros, sin que nada lo estorbe ni encuentre la menor dificultad ni el más leve extravío de la mente, podremos emprender la tercera etapa de nuestro esfuerzo, la contemplación. Pero conviene recordar que no lo conseguiremos hasta dominar por completo la mente, porque durante mucho tiempo advertiréis que vuestros pensamientos pugnan por escaparse, y cuando queráis detenerlos estarán ya muy lejos del objeto de meditación. Esto no debe descorazonaros, pues lo mismo le ocurre a todo principiante, sino que habéis de concentrar de nuevo la mente tantas cuantas veces cuanto sea preciso, convencidos de que el único medio de triunfar en el empeño es no admitir posibilidad alguna de fracaso. Pero cuando logréis dominar la mente alcanzaréis el fin de que todos vuestros esfuerzos anteriores fueron necesaria y provechosa preparación.

**Contemplación.**—En vez de fijar la mente en una cualidad, aplicadla al más elevado ideal de que seáis capaces y mejor se adecue a vuestro carácter. Los teósofos escogerán por ideal a un miembro de la gran Fraternidad de Adeptos, sobre todo si ha tenido el privilegio de ponerse en contacto directo con uno de ellos; los católicos escogerán tal vez a la Virgen o algún santo patrón; los protestantes y anglicanos a Cristo; el hinduista a Krishna; y el budista al mismo Señor Buddha. El nombre nada significa ante la realidad, pero debe ser vuestro ideal supremo, el más digno de sentimiento de reverencia, amor y devoción que seáis capaces de experimentar. En vez de la meditación anterior, representaos, lo más vívidamente posible, la imagen de vuestro ideal y, elevando vuestros sentimientos más intensos hacia aquel Ser, esforzaos con toda vuestra energía en llegar a El y participar de su gloriosa belleza. Si así lo hacéis, si perseverantemente proseguís elevando vuestra conciencia, tiempo vendrá en que os sintáis identificados con el ideal y lo comprendáis como hasta entonces no lo comprendísteis, pues una nueva luz habrá amanecido para vosotros, como si el mundo entero se transformase y por primera vez conocierais la vida, porque vuestra vida cotidiana os parecerá obscuridad y tinieblas y muerte comparada con aquella nueva vida.

Pero podéis reiterar una y otra vez la contemplación para reproducir otras tantas aquel que se irá prolongando sucesivamente hasta no ser ya un vislumbre del paraíso, sino fulgor permanente que en continuo acrecentamiento ilumine los días de vuestra existencia. Entonces, de día y de noche, disfrutaráis conscientemente de la felicidad que da el auxilio prestado al prójimo, y

no obstante pareceros esto tan insuperable e indescriptible, únicamente es el introito al patrimonio reservado a toda criatura humana. Mirad en torno vuestro con esta nueva vista y veréis lo que hasta entonces no visteis ni siquiera sospechasteis, a menos que previamente os hubiérais familiarizado con las investigaciones de vuestros predecesores en el sendero.

Continuad vuestros esfuerzos y os elevaréis todavía a mayor altura y oportunamente se abrirán vuestros atónitos ojos a una vida tan superior a la astral, como la astral lo es a la física, y de nuevo sentiréis que la verdadera vida os ha sido desconocida hasta entonces, porque ibais ascendiendo hacia la Vida Unica en que se cifran la perfecta Belleza y la perfecta Verdad.

Acaso diréis que este progreso requiere largos años. Ciertamente es así, porque apresuráis en una sola vida la evolución que normalmente hubiérais diluido en muchas, pero bien merece esta tarea el tiempo y el esfuerzo que en ella empleéis. Nadie puede predecir cuanto tardará en cada caso individual, pues depende de dos condiciones, la resistencia acumulada en vidas pasadas y la energía que a vencerla se aplique. No cabe asegurar el éxito en plazo prefijado de tantos o cuantos años, sino únicamente vale decir que otros alcanzaron éxito antes que vosotros. Los Maestros de Sabiduría un día estuvieron en el mismo nivel en que hoy estamos nosotros, y como ellos ascendieron podemos ascender todos. Muchos teósofos, en la medida de sus escasas fuerzas, han logrado mayor o menor éxito en sus esfuerzos pero ninguno se arrepiente del intento, porque, poco o mucho, algo ha ganado para la eternidad, puesto que la acopió en el alma imperecedera. Todo cuanto de este modo adquiramos, será nuestro con plena conciencia y lo tendremos perpetuamente a nuestra disposición, pues no es mediumnidad ni aptitud hipnótica eventual, sino el poder de la gloriosa vida de que algún día han de gozar todos los hombres.

**Requisitos previos.-** Pero quien trate de desarrollar estas facultades superiores no debe ni siquiera intentarlo sin purificarse de antemano y ser limpio de corazón. Para ello es preciso que purifique simultáneamente los cuerpos físico, astral y mental, extirpando sus vicios e impurezas. Debe abstenerse talmente de la carne, alcohol y tabaco y procurar ser en todo tan puro y limpio en el plano físico como en los planos superiores, pues no piense que poco importa desechar las impurezas leves, ya que es imposible servir conjuntamente a Dios y a belial. No quiere esto decir que las malas costumbres en el plano físico impidan el desarrollo físico, pero, es indudable y conviene repetirlo muy alto, que el hombre impuro se halla expuesto continuamente al terrible riesgo de tocar con sus manos impuras las cosas sagradas.

Quien intente elevarse a la vida superior ha de eliminar de su mente el pesimismo, el hastío y los bajos apetitos y cumplir impersonalmente sus deberes por amor a la justicia, dejando el fruto de la acción en manos de las potestades elevadas. De este modo se rodeará en su ascensión de seres puros y dispuestos al auxilio, que le conviertan en foco de luz cuyos rayos iluminen a los tristes y afligidos. Así llegará a ser dueño de sí mismo para emplear altruistamente, puro y limpio de corazón, sus nuevos poderes en beneficio

del prójimo y jamás en provecho personal, a fin de que también sus hermanos se eleven desde las tinieblas de ignorancia y egoísmo a la gloriosa luz de la paz divina.

Emprended, por lo tanto, el estudio de la Teosofía con criterio investigador y no con la ciega fe que tanto daño hizo al mundo; y si su estudio no os satisface, nada perderéis con ello, al paso que si colma vuestros anhelos ha de daros tanto bien como nos dió a nosotros. El mejor medio de averiguar la verdad de las enseñanzas teosóficas es ajustar nuestra conducta a ellas, como si en efecto fuesen verdaderas y observar los resultados obtenidos con nuestro proceder.

Probad a dominar la mente según previene Teosofía, y ved si luego os halláis mejor o peor que antes. Probad de practicar la unidad y confraternidad que la Teosofía enseña, sed altruistas como ella exige y entonces veréis si mejoráis o no de carácter. Tan verdad como en tiempos antiguos es hoy que los que hacen la voluntad del Padre, que está en los cielos, cumplen con la verdadera doctrina. El medio más seguro de hallar la verdad es vivir rectamente. Vivid sin egoísmo en continua querencia de auxiliar al prójimo y veréis dilatarse el campo de la dicha y de la satisfacción. Pasad gradualmente de estos a otros puntos de las enseñanzas teosóficas y también hallaréis pruebas de su verdad. Pensad lo que sería el mundo si se practicaran las enseñanzas de la paternidad divina y la confraternidad humana. ¿Sería mejor o peor el mundo si la especie humana mantuviera la unión como un hecho y la fraternidad como un deber? Aunque tan solo estamos en los comienzos de este altísimo estudio, podemos invitar a todos con plena seguridad a que en el nos acompañen, con la confianza de que, también como nos llegó a nosotros, ha de llegarles a ellos la paz y la dicha que elevan nuestra vida y nos hacen más útiles a nuestros hermanos.

## CAPITULO XXXV

### Mortalidad infantil

**Preliminares.**—La cuestión relativa a la muerte de los niños ha conturbado a muchas inteligencias, y el sentimiento de la pérdida ha lacerado muchos corazones, hasta el punto de preguntar las gentes, para que sirva una vida cortada en sus comienzos. La doctrina ortodoxa se esfuerza en consolar a los padres que pierden a sus hijos, diciendo que toda criatura bautizada y, por lo tanto muerta sin pecado, va derecha al cielo a gozar de la bienaventuranza eterna, con lo que aventajan a quienes por llegar a hombres arriesgan su salvación, si no se condenan irremisiblemente. Desde luego, que tan pronto como el hombre empieza a pensar no le satisfacen semejantes explicaciones, y por lo que toca a los estudiantes de Teosofía, también era para ellos un misterio la crecida proporción de niños muertos en edad temprana. Unos recurrían a vulgaridades por el estilo de la prodigalidad de la Naturaleza, diciendo que así como una encina produce miles de bellotas de las que solo dos o tres hallan oportunidad de engendrar un nuevo árbol, así también de los innumerables niños que nacen al día, solo una mínima porción llegaban a hombres por análogo fenómeno de la Naturaleza. Sin embargo, esta analogía era a todas luces deficiente, sin que hubiese paridad en ambos casos. Reconocíamos que la muerte de los niños había de corresponder precisamente al karma de los padres, y que el sufrimiento de ello derivado era consecuencia forzosa de ciertas acciones de los padres en vidas pasadas. Mas, a pesar de ser esto verdad, no explicaba la parte que la muerte tuviera con el Ego de la criatura, y suponíamos fundamentalmente que otros factores habían de intervenir en este caso.

**Esclarecimiento de la cuestión.**—Tal vez sea el medio más expedito de demostrar lo que acerca de este punto sabemos, explicar cómo lo esclarecieron los investigadores. La primera luz brotó al observar el caso de un hombre muerto en la niñez, siguiendo la serie de sus encarnaciones, a fin de conocer, por pacientes análisis comparativos, el método operante de la gran ley de causa y efecto y descubrir las reglas que presiden el lugar y la época del nacimiento. A este propósito examinaron los investigadores varias series de vidas que, cuidadosamente compulsadas, dieron a conocer hechos sumamente interesantes.

**Un problema de reencarnación.**—El caso a que antes me refería es el de dos hermanos que convivieron en la Grecia antigua. Ambos eran fervorosos partidarios de la filosofía pitagórica, y su mutuo afecto estaba doblemente

afianzado por la sangre y por el estudio. Para el hermano mayor, la filosofía pitagórica era el único interés de su vida y empleaba la mayor parte del tiempo en su estudio y en la obra de los Misterios en que estaba iniciado. También para el menor era la filosofía pitagórica el interés capital de su vida, pero además descollaba por sus aptitudes artísticas como uno de los más hábiles escultores de la época. Como se comprende, su profesión artística le ocupaba mucho tiempo que no podía dedicar a los estudios de la famosa escuela de Cleinas.

Dichosos en su intimidad, vivieron los hermanos hasta muy adelantada vejez, y de tal manera se habían ligado uno a otro con recíproca y poderosa influencia, que les fué necesario reencarnar juntos; pero contra ello surgía la diferente duración de sus vidas en el mundo celeste, pues el hermano menor estaba ya dispuesto a reencarnar a principios del siglo XVI de la era cristiana, mientras que el mayor había de permanecer aún trescientos años en el plano devakánico.

Esto suponía, dicho sea sin irreverencia, una especie de problema, aunque sencillísimo, para los Señores del Karma, porque, según nuestras observaciones, la duración de la vida humana en el mundo mental depende del tiempo empleado en agotar la energía acumulada y, por lo tanto, resulta imposible prolongar o reducir este período, a no ser en muy estrechos límites, pues cabe disminuirlo por medio de la intensificación de la dicha celeste, si bien este recurso se aplica muy raramente, y no tuvo ocasión en el caso de que tratamos. La dificultad quedó resuelta de modo muy sencillo. El hermano menor reencarnó en un país de la Europa central y desde muy joven rebrotaron sus eminentes aptitudes artísticas, aunque en distinta orientación, pues en vez de escultor, fué grabador como lo había sido su padre. La muerte desvaneció las esperanzas puestas en él por su excelencia artística, pues a los veinte años fué arrebatado del plano físico por una de aquellas pestes que azotaron a Europa en la Edad Media. No sin fundamento lloraron cuantos le conocían la pérdida que para el arte representaba su muerte y tuvieron lástima del malogrado joven, de tan brillante como inesperadamente interrumpida carrera.

Pero veamos cuál fué el resultado. En su corta vida física el joven grabador acopió muy poca energía y, por lo tanto, aunque sus deseos y emociones requerían una existencia astral de promediada duración, fué relativamente corta su vida celeste, y así estuvo dispuesto a reencarnar a mediados del siglo XIX, tres años después de haberlo efectuado el que había sido su hermano mayor en la Grecia antigua.

**Eventuales ventajas de la muerte prematura.**— Esto nos demuestra al mismo tiempo que las muertes tempranas, como la del joven que en apariencia quebró su brillante carrera artística, pueden ser a menudo fuentes de bendición en vez de la gravísima pérdida que comúnmente se supone. Porque aunque las facultades artísticas del joven hubiesen hallado adecuada expresión en el siglo XVI, no hiciera de seguro progresos notables en sus estudios filosóficos de índole mística. Su orientación hacia el arte estaba ya afirmada

y, por lo tanto, se asimiló anhelosamente todo cuanto de místico tuvo a su alcance, influyendo muy mucho en él las enseñanzas de Juan Tauler y relacionándose asimismo con los movimientos iniciados por Nicolás de Basilea, Cristina Margarita Elner y Enrique Suso. Es también evidente que, de vivir muchos años, no hubiese desenvuelto gran cosa esta modalidad de su carácter, y en cambio ambos hermanos pertenecen desde su juventud a la Sociedad Teosófica en la presente encarnación y han actuado activamente en ella, lo que demuestra cuán beneficiosa para él fué la muerte del menor en su precedente vida de la Edad Media.

**Una vida cambiada.**—Si procedemos por analogía interpretaremos en parte el enigma de las muertes tempranas, aunque, para esclarecerlo algún tanto más, es preciso poner otro ejemplo que nos permita abarcarlo en conjunto. Es el de un joven teósofo que reencarnó dos veces en la misma familia. Su primera existencia en aquel ambiente duró tan solo unas semanas, y pocos años después renació de los mismos padres. Como es natural, los investigadores inquirieron la razón de que el primer nacimiento no hubiese satisfecho las condiciones de existencia como las satisfizo el segundo, y se preguntaron que influencia habían tenido en el Ego aquellos cuantos años de demora, es decir, en que aspecto hubiera diferido la vida segada en sus comienzos de la que se inició años más tarde. Sirva de respuesta la consideración de que los padres fueron librepensadores de acción hasta conocer la Teosofía, cuyas enseñanzas abrazó ardientemente la familia toda con admirable unanimidad. La diferencia para el reencarnado consistió en que, de no morir al nacer la primera vez en el seno de aquella familia, hubiese pasado la pubertad sin recibir la luz de la Teosofía, y puesto que el libre pensamiento apenas da armas contra la pasión, tal vez contrajera depravadores hábitos viciosos antes de verse constreñido por la influencia de la Teosofía. Pero gracias al beneficio de aquella muerte prematura, era aún muy niño cuando su familia abrió los ojos a las enseñanzas teosóficas y pudo, por lo tanto, asimilárselas sin dificultad alguna.

El estudio de este caso despertó el interés de los investigadores, quienes se propusieron observar otros análogos, en que hallaron sin excepción, la misma característica, es decir, que la vida alcanzada por el sacrificio de la primera resultó de tipo muy superior en cuando a dar al Ego más ventajosas oportunidades de evolución. Nos convencimos entonces que mientras la pérdida del hijo servía para extinguir buena parte del karma de los padres, beneficiaba no poco al Ego encarnado en el cuerpo infantil.

Sin embargo, ha de haber otras todavía ignoradas causas de la mortalidad infantil, pero, de todos modos, en gran número de casos es sencillamente un medio de dar tiempo a encarnación más ventajosa. Puede suceder a menudo que un Ego agote las energías que le mantienen en el mundo celeste y haya de reencarnar antes de otros Egos con quienes le ligan lazos kármicos. En este caso, la aparente dificultad de sincronizar las vidas queda resuelta con solo dar una breve existencia terrena al Ego cuya reencarnación es prematura, y ponerle así en condiciones de reencarnar cuando todos sus compañeros

de destino se hallen en disposición de volver a la tierra. Hay casos en que dos o tres años más o menos han determinado incalculables diferencias en la vida inmediata. Tal sucede, por ejemplo, cuando el niño en cierta época de su vida recibe la influencia de determinado maestro que modela su carácter, lo cual no hubiera sido posible, de nacer uno o dos años antes, pues entonces de seguro tuviera otro maestro cuyas enseñanzas hubiesen orientado en sentido opuesto su vida entera. No siempre le es posible al Ego encontrar la oportunidad requerida de lugar y tiempo para reencarnar, y así se comprende fácilmente que un par de años de diferencia alteren del todo la susceptibilidad del individuo para recibir la influencia del medio ambiente.

**Vida astral de los niños.**—Tampoco hemos de echar en olvido que la vida astral de los niños es sumamente dichosa. El Ego que se desprende del cuerpo físico a los pocos meses de nacer, no está todavía acostumbrado a él ni a ningún otro de sus vehículos inferiores, por lo que su vida en los planos astral y mental ha de ser relativamente inconsciente, pero el niño que muere a los once o doce años, cuando ya es capaz de goces y placeres inocentes, hallará en el plano astral plenamente cuanto desea. La población infantil del plano astral es muy numerosa y feliz, hasta el punto de que a ninguno de sus individuos se le hace el tiempo pesado. Las almas bondadosas que amaron a los niños siguen amándolos allí, aunque ya no tengan cuerpo físico, y los acompañan en sus juegos o ahuyentan las entidades dañinas del plano. Sabemos que muchos niños gustan allí de imaginarse héroes de historia y leyenda, como por ejemplo Robinson Crusoe, Aladino o Ricardo Corazón de León, sin parar mientes en tamañas incongruencias. No es, por lo tanto, difícil representarnos su gozo cuando advierten que en aquella nueva y gloriosa vida pueden sus pensamientos modelar no solo la materia de su propio cuerpo, sino también la circundante, de modo que muy poco les cuesta tomar el aspecto del héroe imaginado y convertirse en Jasón al mando de los argonautas o en Perseo con sus zapatos alados, de modo que le admiren sus compañeros. •

Sabemos lo aficionados que son los niños a preguntar lo todo y cuanto les interesa el acabado conocimiento de las cosas. En el plano físico la persistente curiosidad infantil pone muchas veces en confusión a las personas mayores que no aciertan con claras y cumplidas respuestas. En el plano astral es mucho más fácil responder satisfactoriamente, puesto que en la mayoría de los casos crea el poder del pensamiento la imagen del objeto de la pregunta, que entonces se ve tal como es sin necesidad de describirlo. Esta demostración sinóptica deleita intensamente a los niños y satisface de acabada manera su curiosidad.

Tal vez se figure alguien que la dicha infantil en el plano astral no deja de estar amargada por la pena de no ver a sus padres y demás personas y aun animales domésticos a quienes en la tierra amaron; pero quien así piense, no tiene en cuenta las verdaderas condiciones de la vida astral. Conviene recordar que, aunque nos sobrecoja el sentimiento de haber “perdido” a nuestros parientes y amigos, no tienen ellos la menor idea de habernos perdido a

nosotros, pues permanecen cercanos a nosotros y ven nuestro cuerpo astral, con la sola diferencia de que nos tratan por la noche y no durante el día. Mientras estamos despiertos ven también nuestro cuerpo astral, pero nosotros no somos conscientes ni sensibles en su plano, al que nos trasladamos en cuanto se duerme nuestro cuerpo físico, y hablamos con ellos como en la tierra, de modo que nuestra noche es su día, y nuestro día es para ellos una especie de noche, durante la cual quedan interinamente separados de nosotros, como las personas de una misma familia al retirarse cada cual a su respectivo dormitorio. Así es que los niños no pierden a sus padres, porque por las noches se ponen al habla con ellos, como cuando vivían en la tierra, y aun más íntimamente todavía, puesto que tienen mayor y más aguda percepción. Durante el día podemos estar seguros de que están entretenidos en sus juegos y acompañados por entidades protectoras que intensifican su felicidad.

**¿Siguen creciendo los niños, después de la muerte?**—Preguntan muchos si los niños siguen creciendo en el plano astral. Los espiritistas no tienen duda alguna en este particular y aducen numerosos ejemplos de niños que, años después de muertos, se aparecieron a sus padres tan cambiados que no lo reconocían. Sin embargo, los teósofos repugnamos admitir esta afirmación, porque el Ego encarnado en un cuerpo que muera en la infancia, ha de reencarnar al poco tiempo. Para explicar las referidas apariciones, conviene tener presente que las entidades astrales se revisten a voluntad de las formas con que les place aparecerse, y así resulta que los niños muertos con suficiente edad para representarse lo que quisieran ser cuando hombres, pueden mostrarse tal como en su pensamiento se representan y crecer rápidamente hasta el punto de que, al materializarse el cuerpo astral en una sesión espiritista admirará a cuantos conocieron al niño. Sin embargo, el crecimiento es tan solo aparente y no corresponde en modo alguno al desarrollo natural del cuerpo físico.

Conviene recordar asimismo que la mayor parte de la materia constitutiva del cuerpo astral del hombre encarnado se adapta a la configuración del físico, cuya densidad la atrae, y esta misma configuración subsiste durante cierto número de años en el plano astral.

La fuerza del pensamiento puede alterar la forma adquirida mientras actúe sobre la materia astral, pero en cuanto deje de actuar recobrará la forma acostumbrada. Según crece el cuerpo físico va adaptándose el astral a sus variaciones naturales, y como al morir el cuerpo físico ya no tiene el astral ocasiones de adaptación, su forma peculiar es la que al tiempo de la muerte física retiene y que recobra en cuanto deja de alterar su configuración y tamaño el poder del pensamiento. No hay duda, por lo tanto, de que el anhelo del niño de llegar a ser hombre, determina el aparente crecimiento de su cuerpo en las materializaciones, años después de la muerte.

**Simulación.**—Hay casos en que entidades astrales llevadas de buena intención, simularon la apariencia del hijo muerto para consolar a los padres. En cierta ocasión pregunté a una de estas entidades por que simulaba la pre-

sencia del niño, y me respondió diciendo que había sido en vida novio de la madre que lloraba a su hijo, y que a pesar de haberse casado ella con otro seguía amándola como siempre, y que como el Ego del niño no estaba ya en el plano astral o tal vez habría reencarnado, el quiso simular su presencia para calmar el gran dolor de la madre sin temer las consecuencias de su acción. Al efecto se revistió, por un esfuerzo de voluntad, de la forma que supuso llevaría el niño en vida, y de este modo se apareció a la madre en las sesiones infundiéndole ánimo y consuelo. Solo él podía sufrir las consecuencias de su acción, pero no era probable que Dios juzgara severamente el engaño en gracia a la nobleza del propósito, pues, según el mismo decía, "¿Sería humanitario verla sufrir, cuando con tan inocente mentira estaba en mi mano calmar su dolor?" Algo patético había en esta actitud de abnegación, y aunque no me era posible aprobar su proceder, tampoco tenía yo autoridad para condenarle.

No son raros los casos de simulación determinada por excusables motivos, y en todos ellos quedó alterada la estatura de la entidad. Algunos espiritistas opinan que las almas de niños muertos al nacer han aparecido del mismo modo en las sesiones, como si continuaran creciendo en el otro mundo. Resulta evidente para los estudiantes de Teosofía, que estos casos solo pueden ser de simulación, pues los fetos de término que no han respirado no tienen alma, porque ningún Ego estaba dispuesto a infundirse en aquella forma corporal.

**Infinito consuelo.**—En el caso de la muerte de los niños, las enseñanzas teosóficas son de infinito consuelo. La muerte de los hijos no ha de entristecer el corazón de los padres, pues aunque la pérdida sufrida esté siempre presente en el plano físico, la pena por ella causada no es tanta para el teósofo que, al pasar por tal prueba, comprende que el hijo amado se ha desprendido del cuerpo físico para renacer en condiciones más favorables a su progreso. Este es uno de tantos ejemplos en que la investigación nos ha demostrado que todas las cosas, aun las al parecer más nocivas, se encaminan directamente al bien, y que cuando acusamos a la Naturaleza de cruel o negligente, está la deficiencia en nuestra ignorancia y de ningún modo en la ordenación divina.

Porque los designios de Dios son más altos que el agitado pensamiento del hombre y el corazón del Eterno rebosa bondad.

FABER.

Hace, deshace y corrige. Lo que es mejora, lo que fue. Lentamente elabora el espléndido modelo que en sus atentas manos entreteje.

Tal es la Ley que rige la justicia y nadie en definitiva puede eludir ni burlar. Su corazón es Amor. Su fin la Paz y la Plenitud. Obedecedla.—SIR EDWIN ARNOLD.